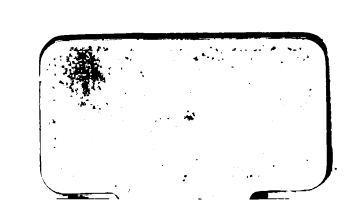



TAYLOR INSTITUTION
DOMI MINA
NUS TIO
ILLU MEA



ESCUELA POÉTICA SEVILLANA

EN LOS SIGLOS XVI Y XVII.

HISTORIA Y JUICIO CRÍTICO

DE LA

ESCUELA POÉTICA SEVILLANA

EN LOS SIGLOS XVI Y XVII.

MEMORIA ESCRITA

POR D. ANGEL LASSO DE LA VEGA Y ARGÜELLES,

PREMIADA POR VOTO UNÁNIME

DE LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS,

IMPRESA CON AUXILIO DEL MINISTERIO DE FOMENTO

Y PRECEDIDA DE UNA CARTA

DEL ILLMO. SR. D. JOSE AMADOR DE LOS RIOS,

INDIVIDUO DE NÚMERO DE LAS REALES ACADEMIAS DE LA HISTORIA Y DE NOBLES ARTES
DE SAN FERNANDO, ETC., ETC.

Quod si me lyricis vatibus inseris,
Sublime feriam sidera vertice.
HORACIO.

MADRID
IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJOS DE GALIANO
Plaza de los Ministerios, 2.
1871.

JUICIO DE ESTA OBRA.

CARTA AL SR. D. ANGEL LASSO DE LA VEGA Y ARGÜELLES.

I.

Mi estimado amigo y antiguo discípulo: Acabo de leer la erudita Memoria sobre la *Historia y juicio crítico de la Escuela poética Sevillana en los siglos* XVI *y* XVII, que ha tenido V. la bondad de remitirme, con el ruego, tan cortés como honroso para mí, de que le manifieste el concepto que me inspire su lectura. Demanda seria esta en todo caso de no fácil satisfaccion, y ahora por extremo comprometida, considerando que su obra trae ya la doble aureola del premio, con que la coronó há tiempo la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla, y de la confirmacion de este honroso veredicto, con que la ha distinguido há poco la Real Academia Española. La obra que V. ofrece al público, no há menester de nueva recomendacion para grangear el aprecio de los hombres doctos: á nadie será lícito dudar de que la Academia Sevillana la juzgó digna del galardon señalado por ella, al abrir el concurso de 1867; nadie podrá negar tampoco que la Española ha conceptuado «meritorio de parte del Gobierno el coadyuvar á su publicacion,» imposibilitada aquella por la penuria de los

tiempos, de cumplir el solemne compromiso, que al laurearla contrajo. ¿Qué falta, pues, á su libro para aparecer gallardamente en la liza literaria?

Pocas producciones saldrán á luz bajo tan favorables auspicios, y no muchas tratarán asunto tan solicitado y tan del gusto de ciertos cultivadores de las letras pátrias. Anhelo grande se ha mostrado, en verdad, desde el último siglo,—en que á vueltas de un exclusivismo exagerado, fijaron nuestros eruditos sus miradas en la olvidada historia de la literatura nacional—, por discernir si los celebrados ingénios que florecieron, en las precedentes centurias, á las márgenes del Guadalquivir, habian constituido realmente escuela poética, que pudiera distinguirse con nombre de *sevillana*. Tomó cuerpo, acaso por vez primera, este pensamiento en un muy erudito trabajo, escrito por el célebre penitenciario de Córdoba, D. Manuel María de Arjona, y dado á luz en el *Correo de Sevilla*, perteneciente al 23 de Julio de 1806. Apellidólo el docto indivíduo de la Academia de Letras Humanas: *Plan para una historia filosófica de la poesía española*; y clasificando en escuelas á sus cultivadores, dió el lugar segundo á Hernando de Herrera y sus discípulos, bajo la denominacion de: SEGUNDA ESCUELA ITALO-HISPANA ó SEVILLANA. Arjona reconocia en la Península Ibérica hasta cinco escuelas más, cuando proponia aquella division, fundándose, al proyectarla, en la breve sentencia de que «la historia de la poesía española debia escribirse por escuelas, así como se escribia la de la pintura.»

Movió la publicacion de este *Plan para una historia filosófica de la poesía española* al entendido D. Félix José Reinoso, á exponer algunos juiciosos reparos sobre la posibilidad de la ejecucion del mismo; pero admitida por él de buen grado la determinacion de los dos primeros miembros de la division de Arjona, que eran la PRIMERA ESCUELA ITALO-HISPANA ó de los petrarquistas, y la SEGUNDA, ó SEVILLANA, redujo las cinco restantes á la ESCUELA BUENA ESPAÑOLA y á la que llamó CORROMPIDA ó decadente, concretándolas por tan-

to á solas cuatro; «esto es (decia), la de Garcilaso, la de Herrera, la de Lope de Vega y la de Góngora.» (1) Limitóse la divergencia entre ambos humanistas, ornamento de la nueva escuela de Sevilla, á la determinacion de las que habian tenido desarrollo léjos de las márgenes del Bétis: conformes en cuanto á la existencia de la primera *Italo-hispana*, no lo estuvieron ménos respecto de la segunda ó *Sevillana*, cuyos caractéres procuraron fijar, Arjona bajo la externa relacion del *lenguaje*, Reinoso bajo la más interna y sujetiva del *estilo*. Herrera apareció, no obstante, á la contemplacion de ambos como fundador y cabeza de aquella suerte de secta poética, que tomaba el nombre de Sevilla; mas no todos los poetas sevillanos lograban, en su concepto, penetrar sus mistérios, ni tomar en consecuencia igual dictado.

Quedó, sin embargo, el *Plan para una historia filosófica de la poesía española* de todo punto olvidado, hasta que por los años de 1839 la precitada Academia Sevillana de Buenas Letras, por iniciativa de su director, que lo era á la sazon el erudito D. Manuel María del Mármol, antiguo consócio de Arjona y de Reinoso en la de Letras Humanas, abrió un concurso de premios, en que señaló, como asunto preferible á otro alguno y propio de su instituto, «si podrian clasificarse en escuelas los poetas españoles, como los pintores se clasificaban.» Fuéron numerosas las Memorias que se presentaron optando al premio: en todas se daba lugar indubitado y preferente á la *Escuela Sevillana*, entre las demás poéticas de la Península Ibérica: ninguna satisfizo los deseos de aquella docta Corporacion, aunque de contínuo tan benévola como amante de las glorias andaluzas; y por desdicha de estas, viéronse por segunda vez defraudadas las esperanzas de los que deseaban enaltecerlas con un estudio crítico-filosófico sobre la poesía española, cuadro en que debian resplandecer los triunfos alcanzados por los ingénios del Bétis.

(1) *Correo de Sevilla*, núm. 301, correspondiente al 16 de Agosto de 1806.

Operábase entre tanto aquella evolucion literaria, que, tomando título de *romántica*, aspiró un momento á romper todas las tradiciones de las antiguas escuelas; y primero en discusiones públicas, tales como las celebradas en el *Liceo* de Madrid, y despues en notables *Revistas*, no ya sólo se asentó y sostuvo que Hernando de Herrera, á pesar de los esfuerzos que la ilustrada crítica de D. Alberto Lista hacia en su favor, estaba muy léjos del mérito que se le habia atribuido, sino que no habia acertado a constituir escuela, como sin pruebas se pretendia, siendo muy al contrario el primer corruptor de la poesía española. Pasada aquella revolucionaria corriente, templáronse algun tanto, entre los cantores de Castilla, estas osadas cuanto insostenibles aseveraciones; y volvió á ganar el terreno perdido la crítica de Quintana, que si bien algo remisa y exigente, tan alto lugar habia concedido á Herrera y á Rioja en nuestro parnaso erudito. La semilla de la negacion prosiguió, no obstante, germinando; y si se confesaron al fin de nuevo las dotes personales de aquellos y otros ingénios andaluces, insistíase, no sin esfuerzo y con cierta autoridad, en quitar á la capital de Andalucía la gloria de haber abrigado en su seno una ESCUELA POÉTICA, especial y con privativos caractéres. Aquella semilla, léjos de ahogarse, ha brotado con mayor fuerza novísimamente en el campo de la crítica.

Quiso sin duda la Real Academia Sevillana combatir en abierto y noble palenque á los mantenedores de tal empresa, y publicó con tal intento el concurso de 1867. Su propósito no podia ser más patriótico ni ilustrado, á juzgar por la fórmula que habia dado al asunto. La Academia pedia taxativamente la *Historia y juicio crítico de la Escuela poética Sevillana en los siglos* XVI *y* XVII: parecia, pues, evidente que, siendo innegable para ella la existencia de semejante escuela, como la de un hecho real y positivo, exigia, para coronar al más afortunado justador, que hiciera este la historia crítica de aquella combatida escuela. Era, en sentir de los más doctos, un hecho incuestionable que Sevilla

contaba por hijos, en los expresados siglos, muy insignes poetas: convenia á la verdad histórica el demostrar que estos poetas se habian hermanado en ciertas dotes esenciales, y ajustado en comun á ciertas leyes superiores, capaces de guiarlos en el cultivo del arte hasta producir una unidad de manifestacion, que pudiese llevar legítimamente el disputado nombre de *Escuela Sevillana*. La obra de V., mi buen amigo, viene al palenque de las letras exornada, como va notado, con el laurel del triunfo, que sólo debia concederse bajo tal precio. No lleve V. por tanto á mal, ni tenga por exagerada pretension la racional exigencia de los hombres entendidos que esto anhelaren, ora se hayan mostrado adversarios de la realidad histórica de la *Escuela Sevillana*, ora hayan reconocido y proclamado su existencia.

II.

Debo apresurarme á recordar á V., por lo que á mí concierne, que pertenezco en cuerpo y alma al gremio de los que profesan la doctrina de que, sin ofensa de la gran *unidad* nacional del génio español, existe, dentro de esa misma unidad, la *variedad* más rica y poderosa; y V., pues que ha tenido presente en su obra el estudio comparativo, que para probanza de aquella tésis, he realizado, en la primera parte de mi *Historia crítica de la Literatura Española*, entre Lucano y Góngora, Marcial y Argensola (1), Columela y Rioja, no recelará un punto el que yo niegue á la capital de Andalucía el galardon de haber abrigado en su seno una escuela poética, animada de muy singulares virtudes. Creo y sostengo en esta parte, lo mismo que anunciaron y creyeron los muy perspícuos Arjona y Reinoso; lo mismo que la Real Academia Sevillana prejuzgó en su indicado programa de 1867; lo mismo que V. ha procurado demostrar con el exámen artístico de los más granados ingénios sevillanos.

Difiero de Reinoso y de Arjona, y me aparto de la fórmula adop-

(1) Lupercio.

tada por mis compañeros de la Academia Sevillana, en lo de limitar á las centurias xvi y xvii el estudio histórico de la memorada *Escuela*, porque unos y otros dejan sin raíces al gigantesco árbol, que se les mostraba tan lozano y pomposo: no aplaudo en V. el no haber osado remontarse, cual se había menester, á las primitivas fuentes históricas del ingénio español, para reconocer en ellas con toda certidumbre los rasgos característicos, las virtudes geniales, que en toda edad le distinguieron; porque sólo de este modo podia serle hacedero el determinar lo que era en los referidos ingénios realmente ibérico y lo que aparecía como inherente y privativo del suelo, no ya andaluz, sino propiamente sevillano.

Pide, mi cariñoso amigo, toda obra crítico-histórica, por base y cimiento, un principio fundamental y fecundo, que entrañe bastante fuerza y luz para enlazar estrechamente é iluminar de un modo duradero, así los principios secundarios, como las últimas consecuencias que la constituyan y desarrollen; y ninguna base más ámplia y segura para la *Historia y juicio crítico de la Escuela poética Sevillana* que el conocimiento y determinacion filósofica de los caractéres privativos, así esenciales como accidentales, de los ingénios sevillanos, desde su primera aparicion en el mundo de la inteligencia. Establecido este cánon capital, fácil es ya en tal linaje de monografías, el someter á un órden severamente filosófico la exposicion del asunto, no sin llenar con igual rigor las prescripciones históricas. Porque si en todo libro que aspire á producir una demostracion ó enseñanza, deducida de hechos sucesivos, es ley indeclinable la más estricta observancia de la cronología, nunca se hace más evidente é imperiosa esa suprema necesidad que al tratar de manifestaciones artístico-históricas. Ni cabe en efecto, á despecho de todos los esfuerzos humanos, el que una forma literaria aparezca en la vida del arte antes ni despues del momento en que espontáneamente se muestra, ni es dado tampoco el que una idea luminosa, fecunda y vividora, capaz

de producir un sistema artístico-literario (que no otra cosa revela la existencia de una escuela dada) brille sin antecedente y muera sin consecuencia alguna. Nada hay por tanto más estrictamente lógico que la cronología de la idea, nada más digno de respeto que la sucesion legítima de la forma.

No faltará sin duda quien, partiendo de estas consideraciones, repugne en su erudito libro el órden por V. adoptado, hallando á Hernando de Herrera al frente de la reseña histórica de los ingénios sevillanos, y tras él á Francisco de Rioja; á Pedro de Quirós entre D. Juan de Arguijo y Baltasar de Alcázar; y á Pablo de Céspedes y Gutierre de Cetina tras Francisco de Pacheco y Salcedo Coronel, etc. Grande esfuerzo de imaginacion y aun de memoria se há menester por cierto para establecer con este método las relaciones históricas y filosóficas, que existieron, ó pudieron existir realmente entre todos estos poetas; y sube de punto la dificultad, cuando sabemos que algunos de los postergados en la colocacion, influyeron poderosamente, no ya sólo en la educacion literaria de otros que van delante, sino tambien en desarrollos anteriores de la Escuela, determinando ciertos momentos de su historia, los cuales influyen por extremo en la madurez de los ingénios que V. les antepone. Yo tengo, amigo mio, la evidencia de que V. no ha procedido en tal manera por ignorancia del asunto que trataba, pues á cada paso indica V. en su trabajo la razon particular que le mueve á quebrantar á sabiendas la ley cronológica; pero cumple reparar, en vista del hecho, que si puede ser lícito á un colector hacer, como las hizo por ejemplo el docto Quintana, semejantes asociaciones, no asientan bien en un tratado crítico-histórico tales licencias, que producen siempre, cuando menos, confusion y desórden en la exposicion de los hechos y de las doctrinas.

Mucho me hubiera holgado de que antes de imprimir su muy apreciable libro y aun de presentarlo al concurso, me hubiese V. favorecido con la honra que hoy me hace. Realizado há

largos años el estudio de la *Escuela Sevillana*, tanto para las explicaciones universitarias, como para la redaccion de la *Historia crítica*, no hubiera tenido dificultad, y antes bien muy señalado placer, en facilitar á V. los apuntamientos que sobre dicho asunto tenia formados. De ellos se deducia que la *Historia de la Escuela poética Sevillana*, tal como yo alcanzaba á concebirla, podia reducirse á los términos siguientes:

INTRODUCCION.

Unidad y variedad del ingénio español.—Sus caractéres generales en todos tiempos y grados de cultura.—Sus caractéres especiales en las diversas comarcas de la Península Ibérica.—Génios andaluces.—Índole peculiar de los mismos.—Ingénios cordobeses y sevillanos.—Juicio comparativo de los poetas andaluces de la antigüedad, de la edad media y de los tiempos modernos.—Division en grupos ó escuelas de los ingénios españoles.—Qué es una escuela poética.—Escuela Sevillana.

CAPÍTULO PRIMERO.

Orígenes é infancia de la escuela sevillana.—Genuinos y especiales caractéres que la constituyen.—Primeros ingénios sevillanos de la Reconquista.—Formas literarias que cultivan en esta temprana edad de su existencia.—La escuela dantesca y los ingénios sevillanos y cordobeses.—Comparacion de la escuela andaluza y la escuela cortesana.—Poetas que determinan esta primera época, y movimiento del génio andaluz.—Su influencia sobre los trovadores de la España central.—Triunfo de la escuela dantesca, por medio de los poetas sevillanos.—Carácter artístico de la poesía andaluza á fines del siglo xv.—Formas métricas ensayadas en la misma.

CAPÍTULO II.

Estado y tendencia general de los estudios durante este primer desarrollo de la Escuela Sevillana.—Movimiento universal de los espíritus españoles hácia la antigüedad clásica.—Meritorios y reiterados esfuerzos de los ingénios ibéricos para apoderarse de la ciencia del mundo antiguo, en la córte de D. Juan II de Castilla y de D. Alfonso V de Aragon.—Imitacion de las formas clásicas.—Idem de las toscanas.—Poetas y oradores que, bajo los auspicios del conquistador de Nápoles, cultivan la lengua de Horacio y de Marco Tulio.—Progreso del cultivo de la forma clásica bajo los Reyes Católicos.—Antonio de Nebrija y Alfonso de Palencia.—Influencia activa de estos grandes latinistas en los ingénios sevillanos.

CAPÍTULO III.

Juventud de la escuela poética de Sevilla.—Cultivadores andaluces de la poesía latina.—Aparicion y triunfo de la forma ítalo-latina en el parnaso erudito de Castilla.—Ineficacia de los ensayos hechos durante la edad-media para aclimatarla en la poesía erudita-cortesana y en la escuela andaluza.—Imitadores de Garcilaso y traductores de Horacio.—Juan de Mal-Lara.—Principios literarios que profesa y propaga por medio de la enseñanza.—Su actividad como poeta.—Su influjo en la educacion clásica de los ingénios sevillanos.—Efectos positivos de la misma.—La Escuela Sevillana fluctua entre la imitacion propiamente latina y la imitacion petrarquista. Sus múltiples ensayos en el vario campo de las letras.

CAPÍTULO IV.

Virilidad de la escuela poética de Sevilla.—Espíritu de asociacion que distingue á sus cultivadores durante esta edad.—Reuniones artístico-literarias, que constituyen verdaderas acade-

mias.—De D. Juan de Arguijo;—de Francisco de Pacheco.—Mútua influencia de pintores y poetas.—Predominio de la idea de la forma.—Pablo de Céspedes.—Su autoridad, como pintor y como poeta.—Sentido esthético de los cultivadores de la Escuela poética Sevillana en este interesantísimo período.—El *Ejemplar Poético* de Juan de la Cueva.—Comparacion de su doctrina esthética con la del *Arte de la Pintura* de Francisco de Pacheco.—La Escuela poética de Sevilla, señora ya de las formas toscanas, como lo era la de pintura, ambiciona el dominio de todos los géneros literarios.

CAPÍTULO V.

Apogeo de la escuela poética de Sevilla.—Hernando de Herrera.—Triunfo del sentimiento lírico.—Sistema poético de Herrera.—Exámen de su doctrina esthética y literaria.—Herrera, considerado como poeta, al tenor de la tradicion literaria de los ingénios que le preceden.—Su estudio, basado en su propia doctrina.—Herrera, juzgado bajo el punto de vista de la nacionalidad española.—Ideal á que aspira en la esfera del arte y en la esfera social y política.—Herrera, considerado como crítico é instituidor poético.—Influencia de Herrera.

CAPÍTULO VI.

Sucesores de Hernando de Herrera.—El culteranismo.—Su significacion; su orígen y su triunfo en la España central.—Don Juan de Jáuregui.—Su educacion literaria.—Sus primeras obras poéticas.—Aparicion de Jáuregui entre los poetas castellanos.—Repulsion de los ingénios de la córte, y luchas que sostiene Jáuregui contra ellos.—Domínale al fin la innovacion culterana.—Propágase esta á los ingénios andaluces.—Sus efectos.—Ingénios sevillanos que se dejan llevar de tan poderosa corriente.—

Causas morales y políticas de la propagacion del culteranismo y de su fatal dominacion en los espíritus.

CAPÍTULO VII.

PROSIGUEN LOS SUCESORES DE HERRERA.—Protesta de la Escuela Sevillana contra la invasion y triunfo del culteranismo.—Aparicion de Francisco de Rioja y de Pedro de Quirós en el parnaso sevillano. —Educacion literaria, gusto y carácter genial de estos dos ingénios.—Su representacion individual en medio del universal olvido de la doctrina herreriana y de la tradicion de la antigua escuela.—Semejanzas y diferencias entre uno y otro.—Alto sentido moral de Rioja.—Inclinacion de Quirós al cultivo de la sátira fácil.—Respeto de ambos á las formas artísticas y de lenguaje.—Rioja completa y modera el sistema poético de Herrera.

CAPÍTULO VIII.

DECADENCIA DE LA ESCUELA POÉTICA SEVILLANA.—Estado general de la civilizacion española, al mediar el siglo XVII.—Postracion y extravío del espíritu y del sentimiento nacional.—Temprana decrepitud de las letras y en particular de la poesía lírica, principal empleo y ministerio de la Escuela Sevillana.—Ingénios que reflejan á orillas del Bétis tan lamentable estado.—Virtudes poéticas, que siendo en ellos geniales, los mueven á entrar en lucha con el torrente del mal gusto y de la corrupcion universal.—Su impotencia para contener, en la esfera del arte, la general decadencia de las letras.—La Escuela poética Sevillana cae envuelta en la comun ruina de la civilizacion española.

CAPÍTULO IX.

CONCLUSION.—Resúmen general de los hechos y doctrinas fun-

damentales relativos al desarrollo histórico de la Escuela poética Sevillana.—Corolarios capitales, que se obtienen de este estudio. —I. La Escuela Sevillana llena todas las condiciones y pasa por todos los trámites necesarios, pará merecer tal nombre, así respecto de la teoría (esthética) como de la práctica (arte).—II. La Escuela poética Sevillana tiene verdadera y completa manifestacion histórica, y cumple todas las leyes de su existencia, en su infancia, su juventud, su virilidad, su apogeo y su decadencia.—III. La Escuela Sevillana exige por su vitalidad, y obtiene por virtud de los fines que realiza en la órbita superior del arte, muy señalado lugar en la historia de la poesía y de la literatura pátrias.

III.

A este ú otro análogo plan expositivo hubiera querido yo, mi distinguido amigo, verle someter cuantos datos, que son muchos y muy preciados, y cuantas observaciones, que son no ménos abundantes y resplandecen á menudo con verdera luz, ha sabido V. atesorar en su laureado libro.—Hubiérale sido fácil por extremo, con esta ó parecida pauta, el trazar al vivo esos grandiosos cuadros, que en sucesivo panorama, van formando la bella é interesante galería de los humanistas y poetas sevillanos; cuadros en que se levanta siempre sobre las demás, la figura de un personaje principal, representacion genuina y legítima de cada edad y de cada desenvolvimiento esthético ó simplemente artístico de la expresada Escuela.—V., pagado sin duda del brillo y encanto de los pormenores, y por no malograr los estudios individuales y biográficos relativos á cada ingénio, ha preferido sin embargo á una galería de cuadros históricos una galería de retratos.—Muchos lectores habrán tal vez de aplaudir el intento, como holgarán todos ó los más con la ejecucion de la obra, una vez puestos en el vario y alternativo punto de vista, en que V. voluntariamente los coloca. En muy pocos trabajos brillan, por otra par-

te, tanta aficion y tanto amor, respecto del asunto á que se consagran, como los que revela en cada página su *Historia y juicio crítico de la Escuela poética Sevillana*; y á nadie es dado ignorar que todavía se deseaba en la república literariauna obra, donde se encontrase compaginado cuanto individualmente se habia escrito sobre los poetas del Bétis; fin á que cumple muy por completo la mencionada *Historia*.

Ganóle, á no dudarlo, esta estimable circunstancia el premio de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, como ha de ganarle lugar muy distinguido en el aprecio de los que amaren sinceramente las glorias poéticas de España; y aun cuando todavía pudiera haber codiciosos rebuscadores, que anhelaran «mayor caudal de noticias» y severos Aristarcos que desearan «juicios propios é investigaciones más profundas,» justo me parece advertir, que añadido el interesante *Apéndice biográfico*, en que logra V. dar noticia hasta de ciento treinta y tres ingénios sevillanos, rectificando al par ciertos pasajes del texto, poco tendrán ya que desear los primeros. Ni olvidarán tampoco los segundos, que es árduo empeño, y un tanto ocasionado á errar, el sustituir con irrespetuosa osadia en una *Memoria*, que opta á un premio dado, nuevos y personales juicios á los ya recibidos de antiguo por los hombres doctos, y consagrados por el tiempo.—Pueden y deben exigirse esa novedad, esa profundidad y esa trascendencia en obras fundamentales, debidas á grandes reputaciones científicas y literarias; cuando se abre por las Academias ú otros Cuerpos sábios el palenque de los concursos á premios, no se esperan esas obras magistrales, aunque no se desdeñen una vez presentadas: lo que se busca generalmente, fuera de la ilustracion concreta de puntos individuales, lo que en realidad se corona en semejantes lides, son las dotes intelectuales y las virtudes científicas ó literarias de los justadores, su perspicuidad, su diligencia; y estas prendas, de no escasos quilates, resaltan copiosa y vivamente en su *Historia y juicio crítico de la Escuela poética Sevillana*,

justificando la doble y ya memorada sentencia de las Academias de Buenas Letras y Española.

Y no han debido ser para una y otra Corporacion indiferentes los aciertos y galas del bien decir que V. despliega en este su libro. Pudiera tal vez apetecer alguno, menos vaguedad y vacilacion, mayor fuerza y energía en la frase, al dar forma á ciertos juicios, cuando en verdad hallábase el hierro, á que V. daba nuevas formas, perfectamente caldeado, y reducia á veces su labra, no sin loable anhelo, á la tarea de la soldadura ó del engaste. Pero si no es posible absolver á V. de todo cargo en este punto, injusticia imperdonable fuera el no confesarle en cambio, el galardon que en general merece su estilo y con mayor razon su lenguaje. Pureza, correccion, castidad y noble llaneza, son las virtudes que los avaloran y caracterizan; y hácese muy difícil, á mi cuidar, aún para los más apasionados cultivadores de la lengua y más intransigentes guardadores de sus fueros, el acusar á V., con fundadas é incontestables pruebas, de impropiedad, incorreccion ó abandono. Dicho se está, mi distinguido amigo, que en la revuelta edad que alcanzamos, cuando en comun se hace tan lastimoso como inconsiderado alarde de olvidar ó ignorar lo que debemos al habla, que tanto sublimaron los ingénios de la capital de Andalucía, léjos de sentar mal en su estudio, son todas aquellas dotes otras tantas joyas que han debido contribuir á esmaltar la nueva corona que V. ha procurado tejerles en su laureada *Historia*.

En suma: el libro que V. ha tenido á bien remitirme, solicitando mi pobre juicio,—demás del galardon alcanzado, cuando compareció V. al llamamiento de la Academia Sevillana, en la liza literaria, calada la visera y velado el mote de su escudo, y cuando ya, á rostro descubierto, se presentó ante la Española,—demandaba tambien la universal aprobacion de los hombres entendidos, y no es para mí dudoso que ha de obtenerla tan cumplida como V. desea.—Habrá sin duda quien insista en pedir para él,

«método más perfecto» y «ordenacion más rigorosamente histórica,» tratándose, sobre todo, de exponer y quilatar maduramente una série de fenómenos intelectuales, que se desenvuelven necesariamente en el tiempo, y que se hallan por tanto sujetos á las severas é indeclinables leyes de la cronología. Esto he tenido la honra de indicarlo arriba, con tanta sinceridad como lisura, mostrando de pasada el plan á que yo he sujetado antes de ahora el mismo estudio.—Pero si es digno de atencion semejante reparo, por las razones valederas en que estriba; si aún dado el método de individual exposicion por V. preferido, pudiera añadirse que no hay á veces entera pertinencia, ni íntimo enlace en las digresiones, con que V. anhela justificar y esclarecer el lugar y la importancia que á cada ingénio concede en la exposicion indicada;—no dude V., mi buen amigo, de que la riqueza de los materiales por V. allegados, aunque no traigan el sello de la *peregrinidad*, ambicionada por los ultra-eruditos; el acierto y perspicuidad en los juicios críticos que formula ó adopta, bien que en general sean estos más artísticos que filosóficos; las galas de lenguaje, con que ha sabido exornar así la exposicion literaria como los precitados juicios, y sobre todo el amor y devocion con que se ha consagrado al estudio del asunto, haciendo un verdadero servicio á la historia de las letras pátrias, sacan á su libro del número de los trabajos de corta vida ó poco fructuosos; grangeándole, por el contrario, señalado puesto entre los que están destinados á honrar la edad presente.

Hé aquí cuanto, ahorrando adrede toda disquicion erudita, y ateniéndome estrictamente á su demanda, juzgo conveniente decirle, sobre el mérito de su *Historia y juicio crítico de la Escuela poética Sevillana*. Su publicacion, favorecida por el Gobierno, es para V. un doble triunfo, en el concepto indicado arriba, y para sus buenos amigos motivo de satisfaccion tan cumplida como sincera.—Que no sea esta la única obra en que pruebe V. la generosidad de su patriotismo y la noble agudeza de su

talento, esperan desde hoy los amantes de las letras españolas: yo por mi parte me complazco en enviarle la más cordial enhorabuena; y recordando el infatigable anhelo, con que le ví siempre entregarse á los buenos estudios, me atrevo nuevamente á repetirle con el simpático cantor de Eneas: *Macte animo, generose puer*.

Quedo de V. con la mayor consideracion su afectísimo servidor y antiguo maestro q. b. s. m.

José Amador de los Rios.

Madrid 4 de Julio de 1871.

La poesía, ese armonioso y apasionado lenguaje en que el espíritu expansivo revela sus sentimientos, es, sin duda, la expresion exacta del carácter, las costumbres, la religion, la filosofía, el génio, en fin, del pueblo que la produce. El poeta es un reflejo tanto de la naturaleza que le circunda, como de la civilizacion que ha alcanzado el país en que reside. El claro cielo que cubre las comarcas meridionales, la lozana y alegre vestidura de sus campos, no inspiran los himnos melancólicos, henchidos de sublime tristeza, que aquel nebuloso y sombrio que se extiende sobre las soledades de las altas montañas, las dilatadas selvas y los profundos lagos del Norte. Una nacion próspera, perfeccionada por civilizadores elementos en sus costumbres y en sus leyes, enriquecida por sus conquistas en el saber y sus glorias en las artes, no se manifiesta en sus inspiraciones poéticas como los pueblos privados de aquellos beneficios, siquiera en estos cautive su ruda espontaneidad, hija sólo de la imaginacion impresionada por sus salvajes asperezas, sus creencias supersticiosas ó su instinto agresivamente belicoso. La poesía, como la pintura, caracteriza la individualidad de las naciones, expresa sus vicisitudes y adelantos, y señala las eras de su esplendor; imprimiéndoles tal sello, que la historia misma lega unidos á la posteridad, con la memoria de su existencia, los nombres de los que concurrieron con su inspiracion, aunque en diversa forma, al perfeccionamiento del arte. Unidos estarán siempre los de Fidias y de Homero, á los clásicos recuerdos de la Grecia. Hé aquí el gran triunfo de la inteligencia del hombre. El poeta no es un personaje activo que sobresale en

los acontecimientos de su patria; y sin embargo, cantor modesto, desde un retiro tal vez ignorado, alcanza con su génio sólo, esa fama imperecedera, esa aureola que circunda á los héroes que acrecientan con sus hazañas su poderío.

Este influjo que ejerce la naturaleza en las almas privilegiadas, para hacerlas eco suyo por medio del lenguaje de la poesía, unido á los más gratos elementos de grandiosa prosperidad, es evidente en una época inolvidable para la nacion española, en su siglo de oro del saber, y con especialidad en uno de sus pueblos meridionales, al que Dios concedió un cielo diáfano, un clima apacible, y una tierra fértil, fecundizada por un rio caudaloso, en cuyas riberas vagan perpétuamente las musas, dando á sus aguas la misma virtud inspiradora que encierran las del puro manantial de Hipocrene.

La morisca ciudad conquistada por el piadoso rey Fernando, la joya del Bétis, la depositaria de tantos monumentos del arte, notable desde los tiempos antiguos, como iniciadora en los adelantos del saber, es, en efecto, cuna de esclarecidos varones que, bajo aquel cielo de la inspiracion, esparcieron fúlgidos raudales de armonía, contribuyendo poderosamente al completo renacimiento de las letras en nuestra patria. Estos génios privilegiados, de ardiente imaginacion, profundos estudios é inteligencia clara, perfeccionaron hábilmente el lenguaje de la poesía, ya revistiéndolo de magnífica pompa, ya adornándolo tan sólo con los dulces y delicados sentimientos que despierta una naturaleza galana y vigorosa; fundaron en afortunada centuria el Parnaso hispalense, imprimiendo un nuevo carácter á nuestra versificacion, y llevaron á su apogeo una insigne escuela poética.

Véase, pues, realizado en la hermosa Sevilla este íntimo parentesco de que acabamos de hablar, de la poesía con las artes, que tanto caracteriza la ilustracion de un pueblo, al tiempo mismo que sus adelantos; si bien la poesía como más expontánea, precedió al desarrollo de aquellas. Las obras maestras de uno y otro género, hicieron célebres á muchos de sus hijos, de los cuales alguno cultivó, ambos á la vez; y si bien con distinto lenguaje, la belleza de la forma, la ternura, la luz, la armonía, la per-

feccion, tanto excita nuestro entusiasmo en los cantares del *divino* Herrera, como en los lienzos del *pintor del cielo*, el inmortal Murillo, príncipe de la escuela de pintura sevillana.

Antes de trazar la historia de la poesía de la reina del suelo andaluz en los siglos XVI y XVII, que es nuestro especial objeto; antes de examinar la influencia que ejerció en toda la literatura pátria, y el noble carácter que llegaron á imprimirle tantos ingénios eminentes; juzgamos indispensable reseñar, bien que del modo más sucinto posible, el estado de cultura y prosperidad que habia alcanzado entónces la nacion española, así como aquel en que se hallaban las letras, á la vez que las vicisitudes por que estas pasaron hasta llegar á la época de su renacimiento.

Sin que nuestro ánimo sea detenernos en otras edades más remotas, séanos permitido, como de pasada, y en confirmacion de ese glorioso privilegio concedido á nuestra Península por la naturaleza para producir ingénios señalados, recordar aquellos tiempos en que las águilas de los Césares cernian su vuelo sobre nuestras comarcas, imponiéndonos su dominio, amargo como todo yugo extranjero, pero beneficioso sin duda alguna por la influencia que sus letras tuvieron en las nuestras. Sometida España, como tantas otras naciones, á las leyes del Capitolio, recibiendo y adoptando el idioma del Lacio que tan armoniosamente embellecian las austeras musas del Tíber, afortunadas imitadoras á su vez de las risueñas é ingeniosas del Alféo, patentizó con dignos testimonios, que en nada era inferior el númen de sus hijos al que resplandecia en los insignes vates romanos que tanto contribuyeron con su gloria á la gloria de aquel imperio colosal, y que son los clásicos maestros de las generaciones siguientes.

Verdad es esta consignada por el sábio Feijóo, uno de los más eruditos de nuestros escritores. «Tiene no sé qué parentesco, dice, la gravedad y celsitud del génio español con la elevacion del númen poético, que, sin violencia nos podemos aplicar lo de *est Deus in nobis*. De aquí es, que en los tiempos en que florecia la lengua latina, todas las demás naciones sujetas al imperio romano; todas, digo, juntas no dieron á Roma tantos poetas como España sola, y poetas, no como quiera, sino de los más excelentes,

que, si no exceden, por lo menos igualan ó compiten con los mejores que nacieron en el seno de Italia. Tales fuéron Silio Itálico, Lucano, Marcial, Séneca el trágico, Columela, Latroniano y otros.»

Pero á estos tiempos afortunados de nuestra antigüedad, sucedieron otros en que estuvieron á punto de extinguirse las glorias de nuestras letras latinas, si algunos varones de saber no hubiesen acertado á conservar sus honrosas tradiciones.

La ciudad de Rómulo no es ya la señora del mundo; sus águilas conquistadoras no sombrean con sus alas el trono del César; éste no empuña su cetro de oro, ni se envuelve indolentemente en su clámide purpúrea. Se derrumba y desmorona aquel imperio portentoso, é invaden sus provincias los bárbaros del Norte: éstos imponen por donde quiera su feroz dominio, ensangrentando sus armas al resplandor del incendio; corrompen su culto idioma, y desprecian en su ignorancia, los copiosos frutos del génio y de la inspiracion de un siglo, el más grande, el único por su poder en los fastos del mundo.

Por espacio de tres centurias avasallan al pueblo hispano las razas septentrionales: los godos, los suevos, los alanos y los vándalos silingos, se hacen dueños de sus hermosas comarcas, destruyendo por completo hasta los vestigios de la civilizacion romana, bajo la presion de su ruda barbarie y sus instintos belicosos. Sin embargo, trascurrido algun tiempo, los vencidos obligaron á adoptar insensiblemente á sus conquistadores, su religion y sus costumbres. El símbolo redentor de la humanidad, brilló en la diadema de Recaredo y de Wamba; y su influencia, dulce y benigna como ninguna, poderosa sobre todas, suavizó algun tanto el carácter de aquellos audaces extranjeros, nunca exentos del todo de su primitiva aspereza. Piadosos varones, consagrados á la virtud, depositarios de la fé divina y alejados de las turbulencias de una época tan calamitosa, se afanaron, no en balde, desde el silencioso retiro de los claustros, en encender de nuevo, haciéndola reaparecer viva y fulgurante, aquella antorcha del saber apagada de tan brusca manera. Las letras hispano-latinas renacian regeneradas: no se ocupaban ya de los profanos asuntos, antes inspirados por la pagana Roma: estas, despues de tan pro-

longado sueño, despertaban llenas de las armonias cristianas, de las santas doctrinas predicadas por el Salvador del hombre, y con el prestigio de la ciencia y de la verdad. Bien lo atestiguan en tiempos tan distantes Yuvenco, Prudencio, Draconio, Orencio, Leandró, Isidoro, Eugenio, Ildefonso y otros vates inspirados y celosos defensores de la Iglesia, alguno de ellos fundador en Sevilla de una docta escuela literaria.

El imperio del godo, despues de haber causado honda perturbacion en nuestra patria, debia concluir de una manera desastrosa en las orillas del Guadalete. El último de sus monarcas, falto de virtudes, y entregado á torpes amores, dió ocasion á una infame alevosía, jamás disculpable, que abrió paso hasta la península ibérica, al árabe osado, admirador codicioso de la hermosura y feracidad de su suelo, desde las abrasantes arenas de la Libia. ¿Fué acaso esta nueva invasion no menos ominosa para las letras, que tan pasajeramente brillaron bajo el imperio gótico? Extraño es, á la verdad, que la influencia de estos últimos dueños de la España, tan poco afortunada entónces, fuese tan benéfica para las artes y el saber, como fatal la de sus degradados predecesores.

No quisiéramos detenernos demasiado en estas reflexiones generales sobre la historia y vicisitudes de nuestras letras, temerosos de separarnos de nuestro principal objeto; pero creemos indispensable hacerlo así, para juzgar los diversos caracteres de aquella, lo que en pró de su perfeccionamiento y de sus adelantos trabajaron en una y otra edad sus cultivadores, ya imprimiéndolas el sello de grandeza de los antiguos clásicos latinos y griegos, ya embelleciéndolas con el perfume oriental de la poesía de los árabes, ya sublimándolas con el espíritu inspirador del cristianismo; porque de esta manera podrémos apreciar mejor hasta qué punto llegaron á dar á la literatura pátria los siglos en que nos hemos de detener, esa expresion verdaderamente nacional, única y espontánea.

La invasion africana, influyó, como deciamos, favorablemente en nuestra literatura. No obstante ser el hijo del Islam enemigo de la religion del subyugado; á pesar del odio de raza que este le profesaba, y el hazañoso despecho que lo armaba en contra suya,

le hizo sentir el predominio de su saber, de su imaginacion fecunda y poética, más dulcemente inspirada en un clima halagador y apacible. Cómo se efectuó este fenómeno, objeto es de más detenido estudio, y sólo basta á nuestro propósito consignar, que fué tan poderoso y eficaz este influjo de la lengua arábiga en la nuestra, de su poesía, de sus ciencias y de sus artes en nuestro suelo, que cuando el resto de Europa se hallaba sumergida en el más lamentable atraso, España ofrecia un ejemplo raro de cultura y civilizacion, propagando el estudio de la literatura sarracena, á la par que en sus ciudades nos dejaba el génio oriental, como elocuente y precioso testimonio de su gusto artístico, los monumentos que aún admiramos en Sevilla, Granada, Córdoba y otros puntos de la Península.

Los siglos, pues, trascurrian, y una lucha sin tregua ni desaliento entre el cristiano y el musulman, lucha más encarnizada é implacable por sus distintas creencias religiosas, ensangrentaba los campos y destruia las almenadas torres, dando señalada ventaja, aunque lentamente y merced á un titánico é infatigable esfuerzo, á cien y cien adalides que se sucedian en esta empresa colosal, y que oian incesantemente en derredor suyo, aquel grito vibrador de venganza que estremeció las ásperas cumbres del Auseva.

En los últimos años del siglo XII y los primeros del XIII, comenzaron á tomar un carácter más genuino las letras castellanas. En el segundo de aquellos ocupó el trono de Castilla y de Leon, Alfonso X, llamado justamente el Sábio, cultivador de las ciencias y de la poesía, y su digno protector; siendo de notar el aprecio que hizo de los productos del ingénio de sus enemigos en las armas, estableciendo en Sevilla cátedras donde se estudiasen las obras escritas en lengua arábiga, y disponiendo la traduccion de estas al idioma castellano, menos distante ya de su perfeccionamiento (1).

(1) El docto y erudito Rodrigo Caro trata extensamente en su libro titulado *Varones ilustres en letras, naturales de Sevilla*, y bajo el epigrafe de *Antiquísimas escuelas* de esta ciudad, de las que tuvo desde tiempos muy remotos en todas las ciencias la misma, como tan conocedor de su historia y tan amante de sus lauros.

Desgracia grande fué, que un monarca tan lleno de sabiduría y elevacion, hallase en su pueblo, por su sensible atraso, y en su mismo hijo, causador ambicioso de disturbios y rebeldías, tristes obstáculos para sus miras ilustradas y para el progreso de las ciencias. A su muerte, palideció de nuevo la luz del saber, porque era imposible que brillase ante las enconadas luchas y pasiones que tanto ensangrentaron á Castilla.

El siglo XIV renovó lastimosamente en su retroceso los tiempos de ignorancia y barbarie, oscureciendo los esfuerzos de los pocos que entónces se consagraron al cultivo de las letras: pero el que le siguió, como si quisiese restaurar el nombre pátrio, ofrece una reaccion tan favorable en su cultura, á pesar de existir en él no escasos elementos perturbadores, que lo distinguen ciertamente entre los de nuestra historia.

Sin embargo, la musa castellana parecia querer reanimarse ya en el último tercio de aquel mismo siglo XIV. Una notable innovacion en el gusto literario, ejercida en Italia por el génio sublime del Dante, debia ser acogida por entónces con grande ardimiento, é influir no poco en nuestro parnaso.

Para gloria de la ciudad hispalense, en ella tuvo lugar aquella manifestacion del arte, de trascendental consecuencia en la literatura pátria y especialmente en la poesía.

No es nuestro ánimo tratar con la detencion que el asunto merece, este acontecimiento de tan lisonjeros resultados para nuestras letras; pero seria una falta imperdonable no consignarlo, siquiera con la brevedad posible, por haber tenido lugar en la privilegiada ciudad andaluza, cuyas glorias del saber narramos, y más principalmente, porque debemos considerarlo como el que formó la base de la escuela poética que es objeto de nuestro estudio (1).

(1) Uno de los críticos que han tratado hasta ahora con mayor acierto y la detencion debida, este punto tan interesante de nuestra historia literaria en general, es el ilustrado catedrático D. José Amador de los Rios, en su *Historia crítica de la literatura española*. Su larga enseñanza de este ramo del saber y sus detenidos estudios, le dan autoridad competente para tener en alta y merecida estima sus juicios y apreciaciones.

Caracterizaban en aquellos tiempos á los escasos cultivadores de nuestras letras, exclusivamente las formas simbólica y didáctica. Micer Francisco Imperial, célebre trovador de los últimos años del siglo XIV y primeros del siguiente, natural de Génova y *estante é morador en la muy noble çibdat de Sevilla*, introdujo desde ella en el arte erudito cultivado en España, la innovacion á que nos referimos. Añadióle, pues, otra nueva forma: la *alegoría dantesca*, trasformacion importante en el gusto poético, que habia de causar otras mayores hasta los tiempos en que Garcilaso fijó y perfeccionó, con inspirado acierto, el armonioso lenguaje de las musas, y el *divino* Herrera lo levantó á las regiones más ideales.

Imperial fué un poeta aplaudido y considerado en su época. Basta para juzgarlo así, la honrosa mencion que de él hace el insigne Marqués de Santillana en su carta al Condestable de Portugal. «Passaremos, dice despues de citar á Alfonso Alvarez de Illescas, á Miçer Francisco Imperial, al qual yo non llamaria deçidor ó trovador, mas poeta; como sea çierto que si alguno en estas partes del Occaso meresçió premio de aquella triunphal é láurea guirlanda, loando á todos los otros, este fué.»

El merecedor de tales alabanzas era, pues, el llamado á fundar una nueva escuela con muy favorables auspicios, no sin que por ello dejase de tener oposicion decidida de aquellas otras que rechazaban cualquier novedad en las doctrinas entónces existentes, aunque la alegoría habia sido empleada tambien en algunas obras de los siglos anteriores. Suscitaba, en primer lugar, esta oposicion, la tendencia marcada de aquella misma escuela al dominio exclusivo del parnaso castellano, privando al arte de ser lo que hasta entonces, especialmente *didáctico-simbólico*.

La *Divina Commedia* revela al mundo culto, la inagotable y sublime poesia que encierra el arte alegórico. En él halla el vate inflamado por el fuego de la pasion ó del idealismo, un espacio

Grato deber de justicia es consignarlo así en este lugar. La obra citada nos suministra interesantes datos para apuntar, apreciando su importancia, el suceso á que aludimos, y que hace época en los fastos literarios de Sevilla.

sin límites á los vuelos de su fantasía; un riquísimo venero de inspiracion para las más grandiosas concepciones de la inteligencia humana.

Entre los pueblos ilustrados de la edad media, en ningun otro pudiera haberse formado la escuela propagadora del *arte dantesco*, como en aquel meridional, ardiente y de poético carácter por excelencia. El vate genovés trasporta desde Italia al suelo de Sevilla, el género creado por el amante de Beatriz, y los poetas del Bítis, fascinados por su belleza, lo aplauden con entusiasmo, lo imitan y lo propagan en la lengua pátria, extendiéndolo hasta el suelo de Castilla.

Conocida ya la alegoría en la antigüedad clásica, y cultivada en otras épocas, como hemos indicado, por algunos ingénios de nuestra nacion, aparece, pues, con la misma pompa cristiana y misterioso aparato fantástico con que la reviste el poeta florentino, en la ciudad andaluza; estableciendo una escuela literaria de verdadera importancia, seguida con ardor por los ingénios que florecen en las córtes de D. Juan I y Enrique III.

No fué la imitacion de Imperial de tal naturaleza que pudiera conquistarle, estando exento de pretensiones y sujeto á la forma y al lenguaje poético que entónces caminaba á su perfeccion, un gran renombre; pero á él se debe el nuevo giro que tomó nuestra poesía; y por tanto, suya es la influencia que le siguió dando carácter en los tiempos posteriores á aquel en que floreció.

Esta misma imitacion de la *Divina Commedia*, es tan palpable en su *Desir á las syete virtudes*, que basta para convencerse de ello, la lectura del poético resúmen y exámen detenido que hace de aquel, el ilustrado autor, ya citado, de la *Historia crítica de la literatura española* (1).

El vate morador de las orillas del Guadalquivir, toma por guia en su obra al mismo Dante, á quien llama su maestro, dándole á su vez el lugar en que este coloca á Virgilio en su grandiosa epopeya; y admirador de su génio, señala el manantial de bellezas

(1) Tomo V.

y de inspiracion en donde ha bebido la suya, y toda la poesía del arte alegórico.

No tardaron en comprenderlo así los poetas eruditos andaluces, entre los cuales sobresalian un hermano del mismo Imperial, Fray Pedro, y especialmente los sevillanos Ruy Paez de Ribera, los hermanos Diego y Gonzalo Martinez de Medina, Fray Diego de Valencia y Ferrant Manuel de Lando, con ese gusto delicado, ese espíritu poético superior al de otros trovadores que no tuvieron su cuna en aquel suelo inspirador, y que, como dice el entendido crítico de nuestra historia literaria que antes nombramos, «ponian de manifiesto que la literatura establecida por el rey Sábio, no habia sido planta estéril en las fértiles comarcas arrancadas del poder sarraceno por la espada de San Fernando.»

El que con mejores facultades y más peregrino ingénio sobresalió entre aquellos á fines del siglo XIV y comienzo del inmediato, como partidario de la escuela dantesca é imitador de la de Imperial, fué sin duda el noble caballero Ruy Paez de Ribera, «el qual era home muy sábio, entendido, é todas las cosas que él ordenó é fizo fuéron bien fechas é bien apuntadas,» segun el encabezamiento de sus *desires é preguntas*, insertas en el *Cancionero de Baena*. Suyo es el *Proçeso que ovieron en uno la Dolençia é la Vejes é el Destierro é la Provesa*, incluido en el mismo Cancionero, que guarda la forma alegórica traida á España por Imperial, y cuyo asunto versa sobre los dolores y flaquezas humanas. De este mismo género es tambien su otro *Proçeso entre la Soberbia é la Mesura*, en donde personifica poéticamente los vicios y las virtudes.

Ya en el siglo XV la *alegoría dantesca*, erigida en escuela del arte poético por los trovadores de Sevilla, émula abiertamente de la *didáctica* y de la *provenzal*, acaudillada desde principios de aquel por Pero Lopez de Ayala y el famoso Alvarez Villasandino, obtiene un verdadero triunfo sobre ellas. Son, pues, sus dignos sostenedores los ya nombrados Diego Martinez de Medina, Fray Diego de Valencia, el cual declara que en algunos lugares *retrató* al mismo Imperial, Pero Gonzalez de Uceda, cordobés, Fray Lope del Monte, Alfonso de la Monja y el veinticuatro Gonzalo Martinez de Medina, el más sobresaliente de todos.

Este filosófico poeta sevillano que, por su profunda y melancólica inspiracion, despierta sin duda, el recuerdo del insigne Rioja, que dos siglos más tarde llegaría á contarse entre los cisnes del Bétis que más honra habian de dar al parnaso de su patria, se revela en sus decires contra las glorias mundanas que desdeña en sus elevados sentimientos, al vestir el hábito de San Gerónimo, y consagrarse á la virtud más austera.

Otro noble caballero, hijo de Sevilla, cuyo nombre hemos ya consignado, Ferrant Manuel de Lando, trasportó á la córte de Castilla, y sostuvo en ella con denuedo, la escuela iniciada por Imperial, á quien *imitó más que á ningun otro*, segun dice el marqués de Santillana (1). Conceptuado por su saber y númen poético, por la galanura de su porte y su juventud, y haciéndose notar desenfadadamente, sobre todo, por su gusto dantesco, en menosprecio del estilo provenzal, y por su aficion al vate genovés, acarreóse la envidia de los poetas palaciegos y cortesanos, y el satírico enojo del anciano Villasandino, provocador de una larga contienda que no les proporcionaba honra alguna á la verdad. No menos encarnizado enemigo suyo fué el *júdio* converso Juan Alfonso de Baena, con quien sostuvo poética lucha, no siempre comedida, aunque ingeniosa, en que claramente se traslucia el odio á la escuela que cada cual representaba, especie de controversia, á que, por otra parte, eran muy dados los ingénios de entónces.

Lando tuvo tambien con sus paisanos los religiosos Alonso de la Monja y Lope del Monte, estas lides poéticas, como afiliado á una escuela misma; y siempre estimando en mucho *su alto saber*. No sobresalen en aquel ingénio, á pesar de ser tan vehemente defensor del estilo de Imperial, las excelentes cualidades de éste y de Rey Paez de Rivera para el arte alegórico; pero como su más decidido campeon, obtuvo la gloria de extenderlo entre los poetas

(1) «Ferrant Manuel de Lando, honorable caballero, escribió muchas buenas cosas de poesía: imitó más que ningun otro á Miçer Francisco Imperial; hizo asy mesmo invectivas contra Alonso Alvarez, de diversas materias é bien ordenadas.» (*Carta al Condestable de Portugal.*)

cortesanos, hasta que al fin llegó á ser cultivado por estos, avanzando más el siglo, con verdadero ardimiento y entusiasmo.

El autor de la *Historia crítica* de nuestra literatura, á quien debemos, repetimos, un completo estudio sobre las vicisitudes del arte poético en esta época, tan poco conocida, dice á este propósito: «que semejante lucha parecia preludiar la que en tiempos más cercanos provoca la aparicion de D. Luis de Góngora y D. Juan de Jáuregui en el parnaso de la España Central, cual representantes del génio andaluz y de la escuela sevillana. Así como Góngora, añade, lograba al cabo imponer las novedades culteranas en la poesía de Castilla, y así como Jáuregui, abandonando al postre la imitacion de Herrera, seguia los extravios por él combatidos, recibieron los impugnadores de Lando la influencia *dantesca*, cual nos enseña claramente el estudio de Alfonso Alvarez Villansandino; y mientras perdia el contrariado doncel, alguna parte de su primitivo entusiasmo por la *forma alegórica*, extendia ésta su imperio entre los trovadores cortesanos, destinada á recibir de ellos en no lejanos dias su más completo desarrollo.»

Llegamos, pues, á estos tiempos de prosperidad. A mediados del siglo XV, un rey de Castilla, dado tambien al culto de las deidades del Pindo, D. Juan el Segundo, patrocina á nuevos y levantados ingénios, que creciendo en número y generalizando el saber, abren el glorioso palenque donde tan gallardos justadores acuden á quebrar lanzas en los inmediatos siglos XVI y XVII. En el alcázar de este soberano, presididos por Minerva, no entonces la diosa que embraza el broquel y empuña la férrea lanza de los combates, sino la que se deleita en el grato solaz que el ingénio proporciona, palaciegos, próceres, soldados aún cubiertos del polvo de los campos de batalla á que los conducian sus civiles desavenencias, á semejanza de su rey, pulsaban la lira del vate, inspirándose en la poesía provenzal y en la de la escuela *alegórica dantesca*, ya tan en boga y propagada. Esta culta aficion al arte de trovar, se extendió rápidamente hasta el vulgo. Sobresalen en aquel reinado, entre otros sostenedores de la gaya ciencia, el cordobés Juan de Mena y el marqués de Santillana, apa-

sionados de la nueva forma literaria dada á conocer en Sevilla por el trovador de Génova. Adalides y perfeccionadores de su escuela, ambos se hacen notar entre la muchedumbre de fecundos poetas de más ó menos mérito que florecieron en este reinado, en que tanto prestigio adquirieron nuestras letras.

El siglo xv era, pues, el destinado á egercer una gloriosa revolucion en el arte. Grandes elementos se reunian en él para este fin: por donde quiera cundia el sentimiento poético en nuestra Península. Los trovadores de Aragon, Cataluña y Mallorca, tan cultivadores del *gay saber*, emulaban en ardor con los de Castilla. Desde esta época parte el gran desarrollo de la literatura pátria. El siglo xv, precursor del de oro, deja á este una magnífica herencia de gloria, y anuncia ya las grandes conquistas del saber y de la inteligencia que han de caminar unidas al poderio y esplendor nacional, y simboliza toda la grandeza y audacia del carácter español en una augusta princesa, llamada por sus virtudes y corazon magnánimo, á ocupar un lugar eminente en la historia pátria.

Epoca calamitosa fué, á la verdad, la que atravesó España durante el azaroso y triste reinado de Enrique IV; pero enmedio de los desórdenes é inquietudes que lo caracterizan, las letras seguian, no obstante, la marcha progresiva que habian recibido, especialmente desde el reinado de su antecesor D. Juan II, para caminar bajo los auspicios de la augusta soberana de Castilla á quien acabamos de aludir, á su brillante apogeo, á su renacimiento glorioso en el siglo de Cárlos V y Felipe II. Uno de los poetas merecedores de señalada mencion, que pertenece á aquel turbulento reinado, es Jorge Manrique, el elegíaco cantor de las perecederas grandezas del mundo.

Bajo el reinado de los Reyes Católicos no se interrumpe el cultivo de la escuela *alegórico dantesca*, fundada por Imperial en las márgenes del Guadalquivir. Digno representante tiene aquella en la ciudad sevillana, en el cartujano Juan de Padilla, que ya precede y anuncia en el mismo siglo xvi á los vates insignes de su patria, que habian de perfeccionar el lenguaje poético alcanzando un justo renombre.

La obra en que este religioso sigue más fielmente que aun los que le precedieron en sus imitaciones, al Dante, es un poema titulado *Los doce triunfos de los Apóstoles*. En extremo parecido á aquel en la forma y el pensamiento, revela á un tiempo mismo el estudio de los antiguos clásicos y su aficion especial al cantor de la *Eneida*.

El objeto de Padilla, fué, segun sus palabras, describir los hechos maravillosos de los Apóstoles, divididos por los doce signos del zodiaco. San Pablo guia al poeta, ya á las altas regiones del cielo, ya á las profundidades del abismo, ya por los confines de la tierra; narrando á la vez los portentos con que aquellos doce elegidos patentizaron la verdad de su santa doctrina. La imitacion del poeta florentino no puede ser más palpable, ni más evidente su entusiasmo por la escuela alegórica. A pesar de la reprobacion de nuestro ingénio sobre el uso de las imágenes de la fábula y de las deidades del paganismo á la par que las inspiradas por los misterios de la religion cristiana, cayó á su vez en este mismo defecto á que lo llevaban sus estudios clásicos, tan frecuente en los poetas de su tiempo y algunos posteriores, como tendrémos ocasion de observar.

Padilla es autor de otro poema que llamó *El Retablo de la vida de Cristo*, en cuatro tablas, refiriéndose á los cuatro Evangelios, y del histórico, el *Laberinto del Marqués de Cádiz*, título tomado del que usó Juan de Mena. Ambos fuéron escritos antes que el de los *Doce triunfos*, de mayor importancia sin duda.

Nótase en este ingénio una marcada tendencia á enriquecer el dialecto poético con nuevas voces tomadas de los antiguos clásicos griegos y latinos y del idioma italiano, en cuya senda habian de seguirle los vates más renombrados de la escuela sevillana, y á veces, con notorios perjuicios para el arte y las reglas del buen gusto, los de la cordobesa.

Este cantor religioso, desde el silencio de los claustros, mantuvo, pues, despierta la ardorosa musa hispalense, que muy pronto debia alcanzár sus nobles aspiraciones y sus ensueños de gloria, remontándose á los espacios más ideales de la poesía.

No pasarémos á examinar el más brillante período de nuestras

letras, sin dejar consignado un hecho. Muéstrase la musa castellana, henchida de severa gravedad, seguidora de los preceptos; pero sin tomar la iniciativa para las innovaciones del arte: en tanto, la que recorre los floridos campos andaluces, y halla el espejo de sus sonrisas en las limpias aguas del Bétis, se lanza atrevidamente á ilimitados espacios; aparece creadora de nuevas y sorprendentes manifestaciones; hace justo alarde, como uno de sus hermosos títulos de gloria, de su diccion y locucion poética; trasforma el gusto, y consigue avasallar, con su acento mágico, á aquellos mismos que la miran con cierta ojeriza y prevencion. Esta influencia, no sólo la ejerce extendiendo en la literatura pátria el arte alegórico trasportado desde Italia á nuestra Peninsula, sino, como hemos de apreciar más adelante, enriqueciendo con el puro ideal y la sublime inspiracion de la escuela poética que simboliza, el levantado espíritu de otros felices ingénios que no tuvieron su cuna en el suelo meridional donde deleita con sus acentos.

Séanos permitido otra vez trasladar aquí las elocuentes palabras con que el Sr. Amador de los Rios reasume estas gloriosas conquistas de la musa del Bétis. «Exaltados los poetas andaluces, dice, al espectáculo sorprendente y majestuoso de aquella naturaleza, que poblaba los valles de verdes olivos y aromáticos naranjos y limoneros, y que perfumaba los prados con bosques de rosas y jazmines, convertíanse á todas partes para recoger inspiraciones; y guiados primero por la musa del cantor de Beatriz, y conducidos más adelante por el génio de la antigüedad clásica y el génio de la Biblia, logran transferir á sus cantos aquella misma pompa y riqueza con que plugo al cielo dotar tan envidiadas regiones. No parecia sino que al ser estas recobradas por las armas cristianas del poder de la morisma, se restituia á su suelo el mismo espíritu que animó un dia á Séneca y Lucano, á Silio y Columela.»

Hemos llegado al primero de los siglos que nos proponemos estudiar más detenidamente, en aquel pueblo de la Bética donde tantos varones aumentaron los lauros del saber que enorgullecen á nuestra patria; empero al traspasar los lindes que separan las edades médias de las modernas, las centurias de hierro de las

de oro, en la nacion española, fuerza es decir algo del estado de prosperidad en que esta se hallaba al despertar aurora tan risueña; porque siempre caminan en imprescindible consorcio el poder de las naciones con su cultura literaria, y aquel, sin duda alguna, tuvo una influencia evidente en la grandeza que á época tan feliz imprimió el ingénio castellano.

Un conjunto de acontecimientos extraordinarios y asombrosos, dispuestos sin duda por la Providencia, cambia de súbito á nuestra patria, levantándola á un grado de esplendor notabilísimo. La civilizacion, es cierto, trastorna entónces el sér de los pueblos; pero el nuestro, sobre todos los demás, consigue admirables é inesperadas conquistas, España, casi en los albores del siglo xvi, ve por fin el reflejo de sus vencedores estandartes en las cristalinas aguas del Darro, libre del todo del yugo musulman; consiguiendo dar cima á una empresa sin ejemplo, á que consagró más de siete centurias. ¡Heróica prueba de su indomable valor y de su constancia! Los Reyes Católicos que alcanzan este decisivo triunfo, dan unidad á su monarquía, proteccion al génio y estímulo al saber. Un mundo desconocido cuya existencia guarda el Atlántico en sus misterios, digna recompensa al levantado espíritu y á las virtudes de Isabel, y hallazgo digno de la ciencia y de la audacia de Colon, viene á acumular maravillosamente sus preciadas riquezas, á los timbres honrosos que ya circundaban de prestigio el poder y el nombre del hispano. Hasta entónces no pudo este llamarse dueño de su misma Península; y por los altos designios del que es árbitro y dispensador de los destinos de los pueblos, no tan sólo consigue este triunfo, sino que extiende sus dominios hasta más allá del Océano.

Con tan prósperos elementos y en tan feliz período de nuestra historia, cubre el régio dosel de San Fernando y el sábio Alfonso, al César Cárlos V. Los tiempos son cada vez más afortunados y venturosos: las glorias se multiplican, y los lauros que obtienen las armas en marciales lides, dan colosales proporciones á su imperio. Ensánchase su dominacion en la misma Europa: el flamenco y el ítalo son sus vasallos, y hace cautivo á un rey poderoso que lleva en sus sienes la corona de Clodoveo, venciendo

á una nacion guerrera y esforzada, en los campos de Pavía; ocupan sus armas las costas de Africa, y allá en las regiones de la América, Cortés quema sus naves, y como Pizarro, lleva á cabo esas conquistas prodigiosas, más bien para soñadas que para conseguidas.

Un suceso, reciente entónces, que hace época sin duda entre los más notables de la historia del mundo, la invencion de los caractéres tipográficos, propagadores del pensamiento, viene á hacer duraderos los tesoros del saber de la antigüedad y de las modernas edades. Con éste admirabilísimo elemento, se difunden en España, como en otros países, los frutos del estudio y de la inspiracion.

Tal es el estado de grandeza y de cultura que alcanza nuestra patria en el siglo xvi. Acaso se nos juzgue algo prolijos al reseñar sucesos que se separan de esta época, aunque no de nuestro intento principal; pero el recuerdo de nuestras glorias en el saber, siempre grato, no es ocioso é inoportuno en la ocasion presente; porque cuando menos, puede establecer una comparacion entre los diversos períodos de nuestra historia literaria, y señalar el rápido progreso de la ciencia poética, y el mérito superior de sus cultivadores en sus tiempos más felices.

El impulso dado á las letras desde el reinado de D. Juan II, fué grande, pero no acertado. Los ingénios españoles, en su mayor parte, desdeñando su inspiracion nativa y los altos asuntos que les suministraba la historia pátria sobre sus héroes y sus victorias sin número en sus contínuas luchas con las huestes muslímicas, se afanaron en seguir con impropia afectacion, no tan sólo los modelos del siglo de Augusto, sino á aquellos imitadores tambien de esta escuela de la antigüedad que tanto sobresalian ya en Italia. Divorcióse pues, la poesía erudita de la popular, genuina y verdaderamente espontánea; y amanerándose, en su servil antojo de ataviarse con la forma toscana, erigió en maestros, como ya dejamos dicho, no siempre saliendo airosa de su tenaz porfia, al profundo y fantástico Dante y al dulce Petrarca, ambos dignos de la celebridad que han alcanzado.

Esta poesía erudita, en nuestro siglo de oro, con un estudio

más detenido de los antiguos clásicos y los modernos poetas italianos, y no tan esclavizada á ellos; con una versificacion más adecuada y armoniosa, un lenguaje más pomposo y pulido, y otras nuevas ventajas, alcanzó, no obstante, una gloria imperecedera, y fué manantial fecundo de tantas y tantas obras del ingénio, que son la admiracion de propios y extraños. ¡Lástima grande que ya en los últimos años de este mismo siglo, no brillase nuestra poesía siempre perfecta y elevada, y sin los defectos de la escuela llamada *culta*, tan dada á estravagancias y sutilezas!

La reforma que introdujo Boscan en el metro, apartándose de los usos rutinarios, aunque imitando, como los poetas que le precedieron, la versificacion italiana, hizo una verdadera revolucíon en la nuestra. Adoptó aquel ingénio el sonoro verso de once sílabas, usado con el de siete, y esta innovacion sola, dejó libre al lenguaje del círculo reducido y de las monótonas combinaciones á que estaba sujeto. Boscan, sin embargo, al emplear el endecasílabo en sus imitaciones del Petrarca, no completó su obra; este triunfo estaba reservado al dulce y tierno Garcilaso, el elegido de las musas castellanas para marcar de una vez la senda del buen gusto y trasformar con ventaja sorprendente, el carácter de nuestra poesía; así como á Herrera, el príncipe de la escuela sevillana, el perfeccionar todavía más el lenguaje poético, imprimiéndole un sello de majestad y grandeza que no exigian por su género y los asuntos en que se empleaban, las églogas y canciones del que esmaltó su corona de poeta con *La flor de Guido.*

Y hénos aquí, ante la noble figura del vate *divino*; el creador de una escuela que tanto enalteció el pátrio idioma; el que emuló á los grandes clásicos de Roma y Grecia en elevacion y armonía, y supo dar el primero á sus cantos, con sublimidad severa, los sonidos de la cítara hebráica; el que será siempre gloria de nuestro parnaso y orgullo del pueblo que le cuenta en el número de sus hijos. Con justo motivo debemos darle señalada preferencia entre otros tantos ingénios que como él, recibieron la inspiracion en las hermosas orillas del Guadalquivir. Príncipe de nuestros líricos, es suficiente por sí solo para dar merecido renombre á la antigua Híspalis. Cuantos admiran sus obras, reconocen la superioridad

de su génio; y sus mismos contemporáneos, nuestros modernos críticos y los de otros países que se han consagrado al estudio de las letras españolas, todos unánimes le tributan las alabanzas de que es digno por su valer. Quintana, al juzgar de su mérito detenidamente, al conceder á él sólo el nombre de *divino* entre aquellos poetas castellanos á quienes tambien se les otorgó, trae á la memoria las entusiastas palabras de nuestro insigne Lope de Vega, cuando encomia como modelo de poética locucion una de sus más bellas canciones. «Aquí no excede, dice el fecundo dramático, ninguna lengua á la nuestra, perdonen la griega y latina. Nunca se me aparta de los ojos Fernando de Herrera» (1).

No entrarémos á examinar detenidamente las obras de este sábio maestro de la escuela sevillana, ni aquellas otras de tantos ingénios esclarecidos que tuvieron su cuna bajo un mismo cielo, sin dar una ligera idea del floreciente estado de la ciudad de inolvidables recuerdos históricos, de espléndidos monumentos del arte, rica en dones de la naturaleza, siempre de las primeras en cultura en las pasadas edades, y por un influjo igual, ufanándose de la preciada herencia de gloria que la legaron otros siglos, constante sostenedora de sus honrosos lauros en las letras.

Habiendo reseñado la próspera suerte que toda nuestra nacion alcanzaba, justo es que nos concretemos á la que sonreia al mismo tiempo á aquella que fué su antigua córte, por lo que contribuyó la preponderancia entónces de nuestro poder, que atrajo mayor concurso de gentes de otros países á su recinto, á levantar la viva y despierta imaginacion de los que sólo con nacer en tan privilegiado suelo, respiraban ya la poesía hasta en su ambiente.

No puede menos de venir á nuestra memoria en este instante, la pintura que de tan famoso pueblo de la Península, en el siglo XVI, hace Schack, escritor inteligente y aficionado á nuestras letras, en su *Historia de la literatura y arte dramático en España.* Ofrécenos á Sevilla, «como el emporio de las riquezas de América, la primera plaza comercial de Europa, con sus muelles llenos de extranjeros de todas las naciones y agoviada bajo el

(1) En carta de un señor de estos reinos sobre la nueva poesía.

peso de tantas riquezas, con su gigantesca catedral, con su esbelta torre de la Giralda, destacándose en las tranquilas aguas del Guadalquivir.»

Sevilla era, pues, en la época á que nos referimos, sin que aceptemos del todo la hiperbólica calificacion de ***emporio del orbe***, de un apasionado de su grandeza en el reinado de Felipe II, el punto de partida de aquellos atrevidos navegantes que se lanzaron trás de Colon al insondable piélago, ganosos de asombrar al mundo con sus hazañas; y á la vez aquel en que afluian las riquezas de las regiones tropicales. Industriosa y activa en sus artes y manufacturas (1), próspera en su comercio, mantenia constante trato con otras naciones: sus bageles llegaban á casi todos los puertos del Mediterráneo, y en especial á los de Italia, en gran parte sometida al dominio español. De aquí, que por su misma reciprocidad de intereses, se estrecharan más las relaciones de los hijos de Sevilla, con los de aquel país, y que siguieran simpatizando hasta en sus gustos, inspirándose en su poesía como en su arte pictórico, que son hermanos gemelos; especialmente en la primera, á que tan dada fué la musa española, de algunos años atrás. Este influjo fué entónces más poderoso en la pintura; y á fé que no era desacertado adoptar las bellas formas y los atavíos de la nacion que siempre fué maestra del génio.

En ningun pueblo como en Sevilla, tuvieron más íntimo maridaje en aquella época feliz, la poesía y el sublime arte de la pintura; siendo esta union, motivo para su mayor grandeza. Casi podemos confundir en unos mismos representantes del estilo, de la filosofía, del carácter propio del génio sevillano, á los poetas y pintores reunidos en sábia academia en el taller de Pacheco, quien realmente daba forma á sus inspiraciones, lo mismo con sus hábi-

(1) De tal modo se acrecentaban la riqueza y el bienestar en nuestro suelo desde el feliz reinado de Fernando y de Isabel, y extendia el comercio sus productos, que sólo en Sevilla, segun dice un autor respetable, «se ocupaban en sus manufacturas á mediados del siglo XVI, ciento treinta mil hombres, número superior á la poblacion actual; y más de dos mil naves mercantes llevaban los productos de su industria, á todos los ángulos de la tierra.»

les pinceles que con su docta pluma, y de quien hemos de tratar más adelante.

Todas estas causas contribuyeron á acrecentar la inspiracion de aquellos hijos del Bétis, y el renombre de la noble ciudad de SanFernando, en el que con tanta razon podemos tambien llamar su siglo de oro.

Pero existia además otra más directa para estimular en ella el saber y despertar el ingénio, no sólo de sus naturales, sino de aquellos que de otros puntos de la Península acudian á este cenro de il ustracion, á emprender ó perfeccionar sus estudios. La enseñanza de sus letras así sagradas como profanas, por entendidos maestros, daba impulso al saber y producia al mismo tiempo, dignos sostenedores de los adelantos intelectuales de una juventud aplicada.

Muchos nombres pudiéramos citar de estos sábios, cuya mision era propagar sus luces; pero sólo recordarémos aquí el del que por su buen gusto y doctrina, tanto contribuyó á la fundacion de la escuela poética sevillana, Francisco Pacheco, de quien era sobrino el antes citado, notable humanista y fecundo vate en la hermosa lengua de Virgilio, y los de Medina y Juan de Malara, que tanto concurrieron con sus lecciones, el uno de retórica y el otrode elocuencia, al engrandecimiento deaquella misma escuela.

Preciso es consignar, la notabilísima influencia que tuvo tambien con su enseñanza, el sábio maestro Antonio de Nebrija, en los ingénios sevillanos. Ejercióla no sólo en ellos, sino en todos los cultivadores de las letras en España; y su memoria obtiene por tanto, el aplauso y renombre merecidos. «En el año 1524, (decia el arcediano D. Alfonso Fernandez de Madrid en el de 1566), murió aquel muy docto varon maestro Antonio Nebrisense, natural de Nebrija, cerca de Sevilla, al cual de verdad toda España debe mucho, porque fué el primero que en España y otros reinos comenzó á enseñar pura y elegantemente la lengua latina, haciendo diversas instituciones y artes en prosa y verso para que los niños y los de más edad con menos dificultad la aprendiesen, desterrando, como desterró de nuestros reinos, aquella torpe manera de enseñar que los pasados te-

nian.» Introduciendo otra forma de hablar y de escribir latin más conforme á la pureza antígua romana. Fué varon muy leido é instruido en las letras latinas y aun en las griegas, y gran historiador, por lo cual el rey católico D. Fernando lo hizo su cronista.»

Este ilustre promovedor, de los buenos estudios, tuvo felíz ocasion de extenderlos en la ciudad hispalense, cuando invitado por aquel arzobispo, acudió á encargarse de la educacion de su sobrino D. Juan Rodriguez de Fonseca. Su estancia en Sevilla hasta el año 1473, no menor de tres años, y de algunos meses en los primeros del siglo inmediato, época en que desempeñó la cátedra de San Miguel de esta ciudad, antes de ser llamado por Cisneros á la Universidad de Alcalá para que explicase los estudios de retórica, fué suficiente para que dejara sembrada su excelente doctrina en suelo tan propicio. Conserváronse las tradiciones de su buen gusto y de sus preceptos, en sus sucesores en la enseñanza, y se advierten sin duda alguna sus reflejos, en los hábiles ingénios de la escuela poética sevillana del siglo XVI.

El docto Nebrija perpetuó sus estimadas lecciones en varias obras: en su método de *Introductione latinæ*, publicado en 1481, repetidamente impreso despues; en sus escritos como entendido gramático, corrector de errores y corrupciones del idioma del Lacio, é ilustrador de los grandes poetas romanos, así como en sus Diccionarios latinos.

Grandes distinciones mereció éste notable preceptor, de los altos personajes de su época, y justísimos elógios de autores contemporáneos suyos y posteriores, al reconocer todos ellos la inmensa influencia que tuvieron su erudicion y doctrina sobre los diversos ramos de la literatura pátria.

«Nuestro Antonio de Nebrija, dice el padre Sigüenza en su descripcion de las pinturas de la Biblioteca del Escorial, está con razon puesto entre estos varones tan doctos, y tengo vergüenza lo estimen y conozcan mejor los extranjeros que nosotros sus naturales y discípulos, que, sin exceptuar ninguno, se pueden llamar así de cien años á esta parte todos los hombres doctos de España... Al fin podremos decir que fué el padre de las buenas letras de España, como el Petrarca en Italia.»

Sobra lo dicho para reconocer los copiosos frutos que dejó su enseñanza en nuestra pátria y en especial en el suelo andaluz, donde hizo oir, siquiera por breve tiempo, sus doctas lecciones; en aquel pueblo ilustrado y ávido siempre de recoger la buena doctrina, en su delicado gusto y su constante aficion al saber.

Estas lecciones de tan notable restaurador del estudio, y las de otros insignes maestros, formaron ó engrandecieron las escuelas poéticas que honran nuestra historia literaria; ya la petrarquista de Boscan y Garcilaso; ya la que con este mismo sabor sublimaba en el suelo sevillano el lenguaje de las musas, y ya las otras que se regian por especiales preceptos.

Es evidente que esta docta enseñanza; el oportuno gíro que se dió en la naciente universidad sevillana, cuya fundacion (año de 1502) fué debida al infatigable celo del arcediano D. Rodrigo de Santaella, á los estudios clásicos y orientales; la preferencia que hubieron de tener en imaginaciones tan ardientes como el sol que dora los campos andaluces, los de la poesia y la elocuencia, sobre los llamados de *letras mayores*, fuéron base de tan insigne escuela poética. Las controvérsias escolásticas que entónces abrian un palenque al ingénio, por creer que en él sólo era donde podia brillar con más esplendor, produjeron otra escuela, poética asimismo, pero diferente del todo, que obtuvo no pocos seguidores en las célebres aulas de Salamanca. Los afiliados á esta última, á diferencia de los de la primera, con menos inspiracion, más sobra de estudios filosóficos, y aficcion más excesiva á los clásicos paganos greco-latinos, más inclinados á las sutilezas pretensiosas que á la sencillez espontánea y verdadera del númen, se deslizaron sin tardanza, no apercibiendose casi de ello, y afectando huir de un modo exagerado del habla vulgar, por las espuestas pendientes que arrastran á un abismo insondable y oscuro, donde ciertas imaginaciones febriles confundian las metáforas, las alegorias, las hipérboles, en monstruoso conjunto, exaltándose hasta una demencia *sui generis:* enfermedad grave, conocida con el nombre de *culteranismo.*

Establecióse, pues, cierta emulacion de escuela entre la salmantina y la sevillana, en el mismo siglo XVI, aun ántes de des-

cender aquella á este período de estravío. Nada nos extraña, por lo tanto, que Fernando de Herrera escribiese sus extensos comentarios á las obras de Garcilaso, en competencia con los que hizo á las mismas Francisco Sanchez, conocido por el Brocense, así como tampoco que fuera objeto de las observaciones del licenciado Prete Jacopin, aquel trabajo del poeta andaluz.

No estuvieron exentos, sin embargo, de incurrir en aquellas extravagancias algunos ingénios sevillanos: no ciertamente; pero preciso es confesar, aunque anticipemos esta indicacion, que las musas del Guadalquivir, no se ostentaron con la abigarrada veste que las del Tórmes, si bien en las márgenes risueñas de aquel primer rio, allí donde tuvieron su cuna Séneca, y Lucano, se meciera tambien la del creador de aquella culta poesía. Dotado éste, D. Luis de Góngora, de una inteligencia clara y superior sin duda á la de sus numerosos prosélitos, pretendió rivalizar con el *divino* poeta hispalense, siendo como él iniciador de otro estilo que sobrepujara á todos en pompa y altisonancia; consiguiendo sólo inventar un lenguaje afectado é ininteligible.

El gusto literario, la aficion á muy diferentes géneros en la poesía, entre los que en número no escaso contaba la lírica española en siglos tan fecundos para el génio, se marcó de una manera notable en las dos citadas escuelas. La sevillana, señalándose en sus tendencias desde un principio, mostróse influida por el elemento poético oriental; y como hallaba á la vez en su carácter, el espíritu religioso, inspirador de tan grandes bellezas, pudo aparecer en los vuelos de su fantasía, más espontánea, más pura, sin apelar á desusados y mostruosos artificios.

Volviendo, pues, á nuestro excelente cantor de *La Batalla de Lepanto*, sin ceñirnos absolutamente en el curso de estos estudios á un órden cronológico de autores, difícil de determinar, por ser contemporáneos la mayor parte y por no saberse de algunos la época fija en que florecieron: juzgando, además, tal circunstancia innecesaria á nuestro objeto, y no tan indispensable para apreciar el mérito de sus obras; veamos á qué grado de brillantez, de perfeccion y de armonioso lirismo, elevó tan afortunado ingénio la poesía castellana.

Ya dejamos indicado el nuevo y favorable aspecto que ofreció este bellísimo arte bajo la inspiracion de Garcilaso. Tambien hemos expuesto de pasada la gloria de Fernando de Herrera al dar un carácter más levantado, una expresion más ideal, más sonora y grandilocuente al lenguaje, y una elegancia á la forma, que no habian acertado á hallar sus predecesores. Tales triunfos son debidos, en efecto, á este génio notabilísimo, á quien, como dice Quintana, la elocuencia poética debió más que á ninguno.

Es indudable que pocos poetas han sabido dar como él á los sentimientos y afectos, ya dulces y apasionados, ya enérgicos y vehementes, la variedad de tono necesaria, y la expresion verdadera. Creador, sin disputa, de este modo de considerar el arte de la poesía, tocando apenas en la afectacion, defecto en que incurrieron muchos de sus imitadores, acaso por la exuberancia de ornato con que revestia sus obras; de tal manera supo dar á estas la entonacion conveniente y adecuada, que algunas no parecen el fruto de la inspiracion de un mismo ingénio.

¡Cuán distintos caractéres presenta el entusiasta encomiador del príncipe que subyuga al rebelde morisco en las sierras de Granada, al hacer resonar nuevamente la muda lira de Horacio con su antigua elevacion y armonía, y el que acudiendo á los fecundos manantiales de la inspiracion más pura, halla en los ságrados libros, imágenes sublimes y entonacion severa para revestir el habla castellana con la majestad de la poesía hebráica, y ensalzar al Dios de Israel, que, así como en las aguas del mar Rojo sepulta á los enemigos de su pueblo, abre á los que alzaron sus lunas contra la cruz, las gloriosas de Lepanto! ¡Y cuán otro se muestra el que pide, lleno de voluptuosa dulzura, que cierre el sueño sus ojos, porque es *regalo del afligido*, y el vate elegíaco y discreto cantor de Eliodora!

Considerando á Herrera bajo el primer aspecto, es decir, como el poeta altisonante, de rica diccion y estilo vigoroso, que pretende, y no en vano, conquistar para sí los laureles de Píndaro, ninguna entre sus odas pudieramos citar superior á aquella á que hemos aludido, consagrada á Don Juan de Austria. En todo tiempo será un modelo digno del estudio de los que se dediquen

al de nuestra poesía, y una brillante muestra de los adelantos de tan gloriosa era literaria.

Quizás se encuentre en ella un uso excesivo de la mitologia; pero es necesario tener presente que Herrera imitaba á los clásicos antiguos, y que deseaba resucitar en su país su imágenes, sus pensamientos y hasta el sonido de sus frases.

Apolo celebra al principiar esta cancion el esfuerzo del númen de la guerra en la rota de los gigantes, para despues pronosticar que las proezas del héroe, tan predilecto de nuestro vate sevillano, eclipsarian en un dia las del terrible Mavorte. He aquí la entonacion conque desde luego comienza:

«Cuando con resonante
Rayo y furor del brazo impetuoso.
A Encelado arrogante
Júpiter poderoso
Despeñó airado en Etna cavernoso;
Y la vencida tierra,
A su imperio rebelde quebrantada,
Desamparó la guerra
Por la sangrienta espada
De Marte, aun con mil muertes no domada;
En el sereno polo
Con la suave cítara presente
Cantó el crinado Apolo
Entónces dulcemente,
Y en oro y lauro coronó su frente.

Parécenos quizás severa en demasía, la opinion emitida por Ticknor sobre esta oda de Herrera, aunque tan acertada sea aquella en otras ocasiones, al calificarla de *la más floja, y en la que*, añade, *la introduccion de la mitologia griega, hace malísimo efecto y desfigura la composicion.* Ya hemos indicado la ficcion poética é ingeniosa de que su autor se vale en su entusiasmo y en los vuelos de su fantasía, introduciendo en ella á los altos dioses del Olimpo, para ensalzar con la hipérbole al vencedor de Lepanto. Obsérvese que sin estas figuras mitológicas, tal composicion sería solamente un himno, más ó ménos encomiástico, de aquel esforzado guerrero, desprovisto de un episodio épico

tan original. No por esto dejamos de reconocer algo inoportuno el pronóstico de Apolo al celebrar la victoria de Marte, porque ciertamente no debia ser del gusto del Olimpo; pero no creemos que incurriese nuestro ingenio en descuido y error, como piensan algunos críticos, al concebir el plan y la forma de su obra; porque no existirian en ella las alabanzas al héroe que se propone sublimar, sino las pregonase en su canto el dios de la luz y de la poesía. En contraposicion del juicio de Ticknor, podemos ofrecer el de Quintana, que no duda afirmar que Horacio hubiera adoptado con gusto esta misma obra.

Como una muestra de ese elevado estilo, de esa oportunidad en los conceptos y rapidez en la accion que se advierten en esta poesía, ya que fuera prolijo enumerar todas sus bellas imágenes, tomadas de la fábula ó nacidas de la propia inspiracion, en medio del desórden de un entusiasmo vehemente, para lo cual necesitaríamos trasladarla íntegra, únicamente copiarémos las estrofas que se refieren al asunto principal de la composicion; esto es, al triunfo del héroe sobre los rebeldes moriscos.

Vése el pérfido bando
En la fragosa, yerta, aeria cumbre,
Que sube amenazando
La soberana lumbre,
Fiado en su animosa muchedumbre;
Y allí, de miedo ageno,
Corre cual suelta cabra, y se abalanza
Con el fogoso trueno
De su cubierta estanza,
Y sigue de sus ódios la venganza;
Mas despues que aparece
El jóven de Austria en la enriscada sierra,
Frio miedo entorpece
Al rebelde, y lo aterra
Con espanto y con muerte la impía guerra.
Cual tempestad ondosa
Con horrísono estruendo se levanta,
Y la nave, medrosa
De rabia y furia tanta,
Entre peñascos ásperos quebranta.

O cual del cerco estrecho,
El flamígero rayo se desata,
Con luengo sulco hecho,
Y rompe y desbarata
Cuanto al encuentro su ímpetu arrebata;
La fama alzará luego,
Y con las alas de oro la vitoria
Sobre el giro del fuego,
Resonando su gloria
Con puro lampo de inmortal memoria.
Y extenderá su nombre
Por do céfiro espira en blando vuelo,
Con ínclito renombre,
Al remoto indio suelo
Y á do esparce el rigor helado el cielo.

Como poeta cristiano que pulsa el arpa de Sion, aseméjase el inspirado hispalense al profeta de los tiempos bíblicos: refleja en su canto sus imágenes numerosas y entonacion peregrina, y prodiga en él, los puros conceptos que con tanta sublimidad revelan su orígen divino.

Levanta el himno de gratitud al Dios de los combates, que dá el triunfo á nuestros bajeles en el golfo de Lepanto; ocupándose apenas del caudillo de nuestras armas, porque en su fé profunda, vé en primer término las altas miras de la Providencia, y los resultados de tan célebre jornada para la causa de la civilizacion y de la cristiandad.

Cantemos al Señor, que en la llanura
Venció del ancho mar al Trace fiero;
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
Salud y gloria nuestra.

Estas son sus primeras frases: antes que la expresion de su orgullo patriótico, antes que la de su admiracion al glorioso jóven de Austria, la de su agradecimiento al dispensador de la victoria. En todo el himno dominan siempre la fervorosa alabanza á su omnipotencia infinita y las bendiciones á su grandeza. Cuando

llega á nombrar al guerrero vencedor, es para presentarlo humillando sus ojos ante el Señor de los ejércitos.

Hoy se vieron los ojos humillados
Del sublime varon y su grandeza,
Y tú sólo, Señor, fuiste exaltado.

Como modelo de correccion, aventaja esta oda á la primera que mencionamos. Se halla tan inspirada en los sagrados libros, que son numerosos los pasajes que conservan semejanza con el texto de aquellos (1).

Véase la digna entonacion con que describe Herrera el amparo que Dios concede á los campeones de la fé, y la confusion y despecho del torpe mahometano en su derrota:

Cual leon á la presa apercibido,
Sin recelo los impíos esperaban
A los que tú, Señor, eras escudo;
Que el corazon desnudo
De pavor, y de fé y amor vestido,
Con celestial aliento confiaban.
Sus manos á la guerra compusiste,
Y sus brazos fortísimos pusiste
Como el arco acerado, y con la espada
Vibraste en su favor la diestra armada.
Turbáronse los grandes, los robustos
Rindiéronse temblando, y desmayaron;
Y tú entregaste, Dios, como la rueda,
Como la arista queda
Al ímpetu del viento, á estos injustos,
Que mil huyendo de uno se pasmaron.
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama
En las espesas cumbres se derrama,
Tal en tu ira y tempestad seguiste,
Y su faz de ignominia convertiste.
Quebrantaste al cruel dragon, cortando
Las alas de su cuerpo temerosas,
Y sus brazos terribles no vencidos;
Que con hondos gemidos
Se retira á su cueva, do silbando
Tiembla con sus culebras venenosas,

(1) Mauri, que ha traducido al francés este excelente himno en su *Espagne poetique*, hace notar más de veinte, citando los mismos textos.

Lleno de miedo torpe sus entrañas,
De tu leon temiendo las hazañas;
Que, saliendo de España, dió un rugido
Que lo dejó asombrado y aturdido.

Lleno despues del sagrado fuego de los cantores bíblicos, vaticina el poeta la destruccion de aquellos constantes enemigos de las naciones cristianas.

Llorad, naves del mar; que es destruida
Vuestra vana soberbia y pensamiento.
¿Quién ya tendrá de tí lástima alguna,
Tú, que signes la luna,
Asia adúltera, en vicios sumergida?
¿Quién mostrará un liviano sentimiento?
¿Quién rogará por tí? Que á Dios enciende
Tu ira y la arrogancia que te ofende,
Y tus viejos delitos y mudanza
Han vnelto contra tí á pedir venganza.

Dejónos tambien Herrera una cancion elegíaca á la muerte del rey lusitano Don Sebastian, en su desastrosa espedicion á las costas de la Libia, que rivaliza en mérito con la anterior. Impresionado vivamente nuestro poeta por tan terrible catástrofe, ocurrida en su tiempo, su lenguaje revela esa tristeza melancólica que infunden á un alma generosa y noble, las grandes desgracias: hállase impregnado del sabor bíblico que emplea al cantor la victoria de Lepanto, y exala su mismo aroma religioso.

Grande fué la admiracion que produjo la caballeresca cuanto temeraria empresa de aquel príncipe aventurero tan desdichado; el vate se conduele de su destino; pero halla justo el severo castigo que sufren sus legiones, al verse completamente aniquiladas; porque solo atendiendo á la mundana ambicion, no volvieron á Dios sus ojos,

Haciendo de su alteza solo estima.

Y Dios las abandona á su orgullo y confianza;

Y el Santo de Israel abrió su mano,
Y los dejó, y cayó en despeñadero
El carro, y el caballo y caballero.

Para dar á conocer al poeta lírico, bástanos copiar las siguientes estrofas de esta oda magnífica: aquella en que recuerda las glorias de los hijos de la Lusitania, al lamentar su reciente y amarguísimo infortunio:

¿Son estos, por ventura, los famosos,
Los fuertes, los belígeros varones
Que conturbaron con furor la tierra,
Que sacudieron reinos poderosos,
Que domaron las hórridas naciones,
Que pusieron desierto en cruda guerra
Cuanto el mar Indo encierra,
Y soberbias ciudades destruyeron?
¿Do el corazon seguro y la osadia?
¿Cómo así se acabaron y perdieron
Tanto heróico valor en solo un dia;
Y léjos de su patria derribados,
No fueron juntamente sepultados?
Tales ya fueron estos, cual hermoso
Cedro del alto Líbano, vestido
De ramos, hojas, con excelsa alteza;
Las aguas lo criaron poderoso,
Sobre empinados árboles crecido,
Y se mutiplicaron en grandeza
Sus ramos con belleza;
Y extendiendo su sombra, se anidaron
Las aves que sustenta el grande cielo,
Y en sus hojas las fieras engendraron,
Y hizo á mucha gente umbroso velo;
No igualó en celsitud y en hermosura
Jamas árbol alguno á su figura.

¿Cabe espresar una imágen tan bella con mayor galanura y encanto? Preséntanos despues el árbol presuntuoso cortado de raiz, derribado en tierra por la mano de Dios, y á merced de agenos y de impíos. El poeta no puede menos de mostrarse indignado contra el enemigo de sus creencias, porque el espíritu cristiano domina en toda esta composicion; y si bien es severo con el vencido, no olvida al vencedor funesto, para advertirle, en su fácil victoria, que el dia de la reparacion sufrirá el tremendo destino que su ultrage merece.

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
Murió el vencido reino lusitano,
Y se acabó su generosa gloria,
No estés alegre y de ufanía llena;
Porque tu temorosa y flaca mano
Hubo sin esperanza tal vitoria,
Indina de memoria;
Que si el justo dolor mueve á venganza
Alguna vez el español coraje,
Despedazada con aguda lanza,
Compensarás muriendo el hecho ultraje;
Y Luco amedrentado, al mar inmenso
Pagará de africana sangre el censo.

Aunque Herrera en este lugar, juzga poco benignamente á aquellos audaces soldados que encontraron un éxito tan triste á sus audaces deseos, conmuévese, sin embargo, á su desventura; y en su espíritu elevado, halla al fin simpatía, sino el móvil de su belicosa expedicion, el inaudito arrojo que la acompaña. Tambien demanda con voz doliente, en un precioso soneto, á la *musa triste*, que ordene las exéquias y ensalce la memoria de aquellas víctimas de su misma heroicidad, y prorumpe apostrofando á sus almas *no rendidas*.

Al cielo id veneradas, id dichosas.

Otra cancion dedicó Herrera al santo rey Fernando, el héroe conquistador de su ciudad nativa, que puede considerarse como una de las suyas del género histórico, y es notable tambien, á pesar de no ser juzgada como de las mejores por algunos de sus críticos. Hay en ella una bellísima estrofa, la que excitaba á tal extremo la entusiasta admiracion de Lope de Vega. Es como sigue:

Cubrió el sagrado Bétis de florida
Púrpura y blandas esmeraldas llena,
Y tiernas perlas la ribera ondosa,
Y al cielo alzó la barba revestida
De verde musgo, y removió en la arena
El movible cristal de la sombrosa
Gruta, y la faz hermosa
De juncos, cañas y coral ornada,

Tendió los cuernos húmidos, creciendo
La abundosa corriente dilatada,
Su imperio en el Océano extendiendo.

No es posible confundir el estilo especial y oportuno de Herrera, con el de otro ingénio. Esos períodos fáciles, numerosos; ese dominio sobre el endecasílabo, que corta á su antojo, sin privarle de su sonoridad y armonía, ya lo emplee en el asunto grandioso que exige rapidez y enérgica entonacion, ya en el risueño y tranquilo que requiere para agradar la suavidad y la dulzura, deben considerarse propios de este poeta, entre los muchos de su tiempo; siendo además gloria suya indisputable, el haber sujetado de esta manera el primero, puede decirse así, el lenguaje á la inspiracion.

Otra cualidad muy digna de aprecio, sobresale en este cantor insigne, por lo rara que es tambien entre los de su época. El acierto en la eleccion de los asuntos en que se inspiraba, no tantas veces como fuera de desear, que indudablemente produjo sus mejores obras. La poesía, que es un elemento de la historia, por estar una y otra íntimamente ligadas, y ser la primera el más vivo reflejo de la segunda, si bien en las inspiraciones que sólo provienen de la invencion ó de la fantasía, manifiesta la expresion de los sentimientos, el estado intelectual y moral de un pueblo, no puede darnos una idea completa del tiempo y sitio en que florece, si no une algo de realidad á los vuelos de la inspiracion, si no canta los grandes sucesos, las glorias, las proezas, los triunfos que siempre despiertan y enardecen el orgullo patrio, los héroes que tal vez sin esta alabanza quedan ignorados ó en el olvido, y á quienes puede aplicarse aquel verso de Horacio:

Dignum laude virum Musa vetat mori.

Ya lo dejamos consignado: nuestros ingénios del siglo xv desdeñaron este género de poesía, porque aspiraban sólo á aparecer cultos, discretos y conceptuosos. La poesía verdaderamente nacional quedó monopolizada por el pueblo; y á pesar de verse acaso en las plazas en forma de toscos y rústicos romances, perfeccionada luego, ha llegado hasta nuestros dias conservando su interés é importancia. Triunfo es este que no ha conseguido la

3

docta y erudita. Faltándole á aquella el estudio, la belleza de la forma, ¿á qué otra causa puede atribuirse su mayor vida y popularidad, sino á los asuntos de que se ocupaba, tan simpáticos para los hijos de una nacion rica en glorias inmarcesibles? Este defecto de los poetas de aquel siglo, lo heredaron en mucha parte los del siguiente. Hé aquí, por qué concedemos á Herrera tal superioridad sobre estos, con muy leves excepciones. Ercilla, soldado nunca ocioso en las hazañas de que es cantor, y algunos otros autores de poemas heróicos, no siempre producen los majestuosos sonidos de la trompa épica. ¡Cuántas obras inapreciables, cuántos monumentos de mayores bellezas nos hubieran legado aquellos fecundos ingénios, que en tanto número frecuentaban las laderas del Pindo en nuestra edad de oro de las letras, si hubiesen estimado para argumento de sus obras, nuestras tradiciones históricas, que son otros tantos inolvidables timbres de la patria!

«Cosa es que admira, dice Mr. Weis (1), que se trasluzca tan poco el estruendo de las armas en la poesía de entónces; cree uno que vá á oir cantos de guerra, llenos de la embriaguez de los combates, y oye casi siempre dulces cavilaciones pastoriles, y los melodiosos acentos de un amor tierno y rendido. Crece la admiracion cuando se piensa en que Boscan, Garcilaso de la Vega, Montemayor, Herrera (2) y Ponce de Leon, habian combatido bajo las banderas castellanas, y combatido en las sangrientas guerras que conmovieron la cristiandad, mientras que en sus versos se representaban con facciones de pastorcillos ocupados en tejer guirnaldas de flores y esperando trémulos el favor de una mirada de sus amantes. Todas sus poesías son de una refinada molicie, de esperar en un pueblo afeminado por una larga servidumbre, pero no de una nacion guerrera y belicosa. Las poesías

(1) *España desde el reinado de Felipe II hasta el advenimiento de los Borbones.*

(2) No sólo este escritor extranjero es inexacto al incluir á Herrera de un modo absoluto en tal juicio, sino que incurre en un error; puesto que no se sabe que empuñara la espada del soldado. En igual caso se halla el ilustre maestro Luis Ponce de Leon.

españolas del siglo XVI, añade, respiran ese decaimiento y esa embriaguez de la vida y del amor que se encuentran en los poetas griegos y latinos que sobrevivieron á la libertad de su patria. Theócrito y Callimaco, Ovidio y Propercio, son tiernos y lánguidos como Garcilaso y el divino Herrera.»

Pero, ¿cuántos poetas de la antigüedad, entre los cuales algunos han eternizado sus nombres, no mostraron con gloriosos ejemplos á los de aquella época en nuestra España, tan gánosos de seguirlos en los vuelos de la inspiracion, que nada exalta más el entusiasmo del génio, que los cánticos consagrados á enaltecer el amor de la patria, por sus grandes hechos, sus héroes y sus conquistas? Homero canta á los varones esforzados de la Grecia; Virgilio al príncipe troyano, pretendiendo excitar la gratitud de los hijos de Roma hácia Augusto, al comparar los sucesos que elevaron á este al supremo poder, con los de su héroe; y Tirteo conduce á la victoria á los lacedemonios, reanimando su valor con los himnos belicosos que arranca de su mágica lira.

Los poetas del Tíber, enardecidos por el fuego que invocaban de los númenes pátrios, celebraban las grandes empresas del imperio; y al retornar del campo de la lid las legiones victoriosas, ante el ara de sus deidades, en el pórtico de sus templos, alzaban el canto de alabanza y de gratitud, con toda la exaltacion y el entusiasmo del que acrece en orgullo con las glorias de su nacion.

¿Faltaban, por ventura, á los ingénios españoles de un siglo feliz, dignos asuntos para inflamar su fantasía, sucesos grandiosos que les inspirasen los pensamientos ardientes y sublimes que son el reflejo del espíritu nacional, y que tan bien hubiesen retratado la noble altivez castellana? Hemos dicho cuáles fuéron los más notables al ascender al solio el que bajó despues sus gradas para morir en Yuste: otros sucesos provocaban despues al ingénio español á demandar sus acentos á la majestuosa Clio. Las grandes conquistas del otro lado de los mares, el descubrimiento de aquellas islas á que dió su nombre el segundo Felipe, el triunfo de Lepanto, la Lusitania sometida al dominio de España, las funestas escisiones religiosas, y otros más, merecedores por su índole de ser inmortalizados en la poesía.

Imposible parece que á tan sobrados estímulos, no despertase la musa castellana, tan fecunda y embelesadora. Imposible que no tornase la vista al pasado, y permaneciese indiferente á los recuerdos. ¡Los recuerdos! ¿Qué otra historia que la nuestra podia suministrarlos más grandes para inflamar la mente y el corazon del poeta? Desde las cumbres de Covadonga hasta la vega de Granada, ¡cuántos nombres ilustres, y cuántos lugares que han hecho famosos nuestras glorias! Pelayo, Bernardo del Carpio, el Cid, los Alfonsos, los Fernandos y tantos otros caudillos, monarcas y guerreros; las Navas, el Salado, los muros de Zamora y de Sevilla.. .. Pero, ¿á qué enumerar los sangrientos palenques donde asombraron al mundo tantos varones esforzados, si fuera interminable tarea que nos haria olvidar, en nuestro legítimo orgullo, que es otro aquí nuestro propósito?

En el poeta *divino* tenemos la prueba evidente de lo que puede elevarse el génio en los asuntos inspirados por la historia, que son, repetimos, el reflejo del carácter de su época. ¿No es un rasgo del espíritu de aquel siglo, el noble pensamiento que expresa Herrera en este soneto, dirigido á Felipe II, el católico monarca que tanto extendia entónces su poder?

Ya que el sujeto reino lusitano
Inclina al yugo la cerviz paciente,
Y todo el grande esfuerzo de Occidente
Teneis, sacro Señor, en vuestra mano,
Volved contra el suelo hórrido africano
El firme pecho y vuestra osada gente,
Que su poder, su corazon valiente,
Que tanto fué, será ante el vuestro en vano.
Cristo os dá la pujanza de su imperio
Para que la fé nuestra se adelante
Por do su santo nombre es ofendido.
¿Quién contra vos, quién contra el reino hesperio
Bastará á alzar la frente, que al instante
No se derribe á vuestros piés rendido?

Bajo este concepto, es decir, como cantor de la historia, tal vez Fernando de Herrera sea el único, ó de los pocos que acertaron á tratarla dignamente, entre los escasos ingénios que enton-

ces cantaron las glorias de la patria, ya de los tiempos pasados ó ya de las que presenciaban en sus dias. Plácenos, sin embargo, exceptuar al maestro Luis de Leon, el vate apacible y cristiano que supo revestir la musa pagana con el candor y el encanto de la fé religiosa, cuando inspirado en estos mismos recuerdos de la historia, con estro más vehemente, repite al desventurado Rodrigo la tremenda *Profecia del Tajo*.

Y ya que á la memoria traemos al insigne agustino, justo será señalarle el lugar á que es acreedor al lado del *divino* poeta hispalense. Líricos tan espontáneos el uno como el otro, sin imitarse, aunque florecieron á la vez, acaso sólo deba concederse á los dos señalada supremacia sobre los demás.

Véase, pues, cómo Herrera, además de perfeccionar la obra de Garcilaso, dulce poeta, entregado únicamente á la expresion de sus afectos; dando nuevos artificios al lenguaje de la poesía, ensanchó más el círculo de sus inspiraciones; mostrando á la vez á los cultivadores del arte, en qué fecundos manantiales podian encontrarlas. Pero estos, sin que acertemos á explicarnos la razon, á pesar de admirar en el cantor de la insigne jornada de Lepanto, el éxito brillante de esta innovacion en los asuntos poéticos, consideraron el vastísimo campo que les ofrecia, como terreno vedado á las excursiones del ingénio.

Como una prueba más de la diversidad de tonos que daba Herrera á sus composiciones, segun al asunto convenia, y en contraposicion de las citadas anteriormente, trasladamos á este lugar algun trozo de su cancion melancólica *Al sueño*; sin encarecer por nuestra parte su belleza.

El poeta no canta ahora el fragor de las armas, ni las hazañas del héroe: va á ofrecernos al mundo dormido entre las sombras.

Suave sueño, tú, que en tardo vuelo
Las alas perezosas blandamente
Bates, de adormideras coronado,
Por el puro, adormido y vago cielo,
Ven á la última parte de Occidente,
Y de licor sagrado
Baña mis ojos tristes; que cansado

Y rendido al furor de mi tormento;
No admito algun sosiego,
Y el dolor desconhorta al sufrimiento.

. . . .

Sienta yo en tal estrecho tu grandeza,
Baja y esparce líquido el rócío,
Huya el alba, que en torno resplandece;
Mira mi ardiente llanto y mi tristeza,
Y cuanta fuerza tiene el pesar mio,
Y mi frente humedece;
Que ya de fuegos juntos el sol crece.
Torna, sabroso sueño, y tus hermosas
Alas suenen ahora
Y huya con sus alas presurosas
La desabrida aurora;
Y lo que en mí faltó la noche fria,
Termine la cercana luz del dia.
Una corona, ¡oh sueño! de tus flores
Ofrezco; tú produce el blando efeto
En los desiertos cercos de mis ojos;
Que el aire, entretejido con olores,
Halaga y ledo mueve en dulce afeto;
Y de estos mis enojos
Destierra, manso sueño, los despojos.
Ven, pues, amado sueño, ven, liviano;
Que del rico Oriente
Despierta el tierno Febo el rayo cano.
Ven ya, sueño clemente,
Y acabará el dolor..... Así te vea
En brazos de tu cara Pasitea.

No ménos bañada de ese tinte melancólico á la vez que de apasionada ternura, hallamos entre las poesías de éste ingénio, una égloga venatoria *A Diana*, digna por su sabor especial, del cantor más dulce y bucólico de los tiempos antiguos. El poeta, nuevo Acteon de Clearista, ninfa rival en gracia y hermosura de aquella triforme diosa; dura beldad, cuyos cabellos de oro mece el viento y coronan las flores, en vano suspira sin descanso, porque

En la callada noche, en la mañana,
Al sol ardiente, al importuno frio,

no se aparta de su vista. Inútil es que la busque por el prado y la montaña, dando su nombre á los ecos ¿Por qué á la más hábil cazadora, tanto del temible jabalí, como del corazon menos blando, conoció este pobre amante?

¿Qué dios, ¡oh Clearista! te ha ofrecido
A mis ojos, corriendo yo una fiera
Sin cuidado de amor; y vista, luego
Te me llevó, dejándome perdido,
Porque en llama inmortal ardiendo muera?

¡Pero en qué ilusiones tan gratas se complace!

Sí contigo viviera, ninfa mia,
En esta selva, tu sutil cabello
Adornára de rosas y cogiera
Las frutas varias en el nuevo dia,
Las blancas plumas del gallardo cuello
De la garza ofreciendo, y te trajera
De la silvestre fiera
Los despojos, contigo recostado;
Y en la sombra cantando tu belleza,
Y en la verde corteza
De tu frondosa encina mi cuidado
Extendiendo, conmigo lo leyeras
Y sobre mí las flores esparcieras.

Así prosigue halagándose con imaginadas venturas. Sírvenle para expresar su deseo las frases más afectuosas, las imágenes más bellas y adecuadas al que vive en las selvas y en los montes, entregado á la ruda tarea del cazador incansable.

Como algunos pretenden que Herrera sacrificaba por lo comun al arte la espontaneidad del pensamiento, creyendo hallar siempre en este género de composiciones una vehemencia ficticia, nos complacemos en citar los versos anteriores, entre otros muchos de su índole que confirman no ser del todo exacto aquel juicio. Más adelante tendrémos ocasion de convencernos de esto mismo.

Veamos tambien al poeta filosófico, fácil como siempre en su estilo, y correcto en su diccion. Ya no canta sus penas; las de aquel amor tan intenso como dominado, que tampoco es, en nues-

tro sentir, una ficcion poética cuidadosamente embellecida por el arte, y de lo cual hemos de hablar muy en breve; ya no se expresa con esas bruscas transiciones, esos apóstrofes enérgicos, esa exaltacion propia de los asuntos grandiosos que encienden la imaginacion con sus colores de fuego: él mismo lo dice:

No celebro los hechos
Del duro Marte, y sin temor osados
Los valerosos pechos,
La siempre insigne gloria
De aquellos españoles no domados;
Que para la memoria
Que canto me da aliento
Febo á la voz y vida al pensamiento.
Escriba otro la guerra,
Y en turca sangre el ancho mar cuajado,
Y en la abrasada tierra
El conflicto terrible,
Y el lusitano orgullo quebrantado
Con estrago increible;
Que no menor corona
Teje á mi frente el coro de Helicona.

Ahora es el hombre reflexivo, dotado de un don especial para poder expresar su pensamiento de esta manera:

Aquel que libre tiene
De engaño el corazon, y sólo estima
Lo que á virtud conviene,
Y sobre cuánto precia
El vulgo incierto su intencion sublima,
Y el miedo menosprecia,
Y sabe mejorarse,
Sólo señor merece y rey llamarse.

Quisiéramos ser más parcos al copiar algunos pasajes de las obras de este ingénio, al mismo tiempo que luchamos con el deseo de ofrecer otros muchos que encierran bellezas no menos estimables, por lo que puede hacerse, por parte nuestra, monótono y poco atractivo este trabajo; pero si esta es una falta, creemos que se compense con el vivo placer que siempre proporciona el ad-

mirar los hermosos frutos de tan claro entendimiento. Así consigan ellos hacer más llevadera la lectura de estas modestas observaciones.

Fáltanos considerar á Herrera como cultivador á su vez, del género comun ó usual, podemos llamarle así, ó imitador del gusto italiano; en cuyo concepto fué no menos *petrarquista* que otros muchos. A nadie mejor que á él mismo, y no en un solo sentido, pudieramos aplicar estos versos suyos:

> Tal á su bella Laura el gran toscano
> Cantó con alta, insigne y noble lira,
> Guiando el niño rey su diestra mano.

Así se nos ofrece en sus elogios, consagrados á revelar aquel misterioso amor, que digimos guardaba discretamente en su alma.

Una señora de ilustre linaje, Leonor de Milan, condesa de Gélves, fué el objeto constante de su adoracion; pero, á semejanza del mismo Petrarca, contenido en los límites del deber, haciendo casi una virtud del sufrimiento, y una delicia de su martirio, esta pasion que parece alimentar toda su vida, siempre se manifiesta profunda y respetuosa, en un lenguaje tan decoroso y en un tono tan ideal, como puede serlo el que inspira un amor heróico y sublime, que se resigna á vivir sin esperanza.

> Un divino esplendor de su belleza,
> Pasando dulcemente por mis ojos,
> Mi afan cuidoso causa, y mi tristeza.

Así reasume el vate apasionado la historia de estos amores; pero aún nos revela la lucha de su alma, de un modo más terminante, en ocasion, como dice Lope de Vega en su *Laurel de Apolo, que al Petrarca desafia* (1).

> Osé y temí, mas pudo la osadía
> Tanto, que desprecié el temor cobarde;
> Subí á do el fuego más se enciende y arde

(1) Herrera que al Petrarca desafia,
Cuando en sus rimas empezó diciendo:
Osé y temí, mas pudo la osadía, etc.

Cuanto más la esperanza se desvia.
Gasté en error la edad florida mia;
Ahora veo el daño, pero tarde,
Que ya mal puede ser que el seso guarde
A quien se entrega ciego á su porfia.
Tal vez puede (mas ¿qué vale?) alzarme
Del grave peso que mi cuello oprime,
Aunque falta á la poca fuerza el hecho.
Sigo al fin sin furor, porque mudarme
No es honra ya, ni justo que se estime
Tan mal de quien tan bien rindió su pecho.

Hé aquí cómo dice en otro lugar sus tormentos:

Solo es el bien que busco y la vitoria
Agradar á mi Luz, y que mi canto
Haga de mis trabajos la memoria.
Entre suspiros dieron y entre llanto
La edad florida, al pensamiento incierto,
Ley á los versos míseros que canto.

Sin duda hallamos sinceridad en esta manera de explicarse. No vemos en estas palabras estudio alguno, ni deseo de fingir un amor que no existe; antes bien nos parece que revelan las amarguras de un corazon apasionado, que sólo aspira al dulce consuelo de ensalzar al objeto de su cariño. ¿Hay acaso artificio en esta expresiva exclamacion que sólo arranca un desden ó un desengaño, de los lábios de un amante?

Si ya la Luz que causa mi alegría
Su resplandor aparta de mis ojos,
¿Para qué quiero ver la luz del dia?

El estado eclesiástico de Herrera, por una parte; el de su dama por otra, que para asemejarse aún más á la del tierno poeta toscano, como ella tenia, observándolos de una manera digna, sus deberes de esposa; dan á estos amores el doble carácter de *inocentemente inmorales*, segun la oportuna expresion de un escritor francés, tan inteligente apreciador de nuestras letras, como entusiasta por las que honran la escuela sevillana (1).

(1) Mr. de Latour, *Estudes sur l, Espagne.*

Encubriendo el nombre de la belleza á quien consagraba un afecto tan platónico y espiritual, bajo el de Eliodora unas veces, otras bajo el de Luz, de Sol y de Estrella, entrégase nuestro vate en algunas de sus canciones, en muchos de sus sonetos, composicion á que era en extremo aficionado, y casi en todas sus elegías, á las melancólicas reflexiones que le sugiere lo imposible de su felicidad.

Los que dudan de la historia de estos amores ó les niegan el platonismo con que solo se alimentaban, fúndanse, y algun motivo existe para ello, en el demasiado arte, que no pocas veces se observa en sus poesías amatorias, unido á cierta afectacion, á ciertas sutilezas metafísicas, que acaso degeneran en oscuros conceptos.

Es evidente que el estilo, un tanto alambicado y confuso, que en aquellas se nota, viene á dar alguna fuerza á tal suposicion. Pero, ¿no es posible tambien que el hombre sábio y de erudicion vastísima, el que aspiraba constantemente á pulir y levantar el lenguaje de la poesía, sacrificase con deliberada intencion, alguna que otra vez, su misma espontaneidad, la sencillez de los tiernos afectos del amor, delicados y profundos, la vehemencia propia de su cariño sincero, al afan de mostrar sus obras limadas y concluidas; ó que el poeta esmerado y conceptuoso diera ese mismo carácter ficticio á los versos del amante; no cabiendo en absoluto, que aquellos que pretenden expresar el fuego más vivo de la pasion, se hallen agenos de todo artificio poético?

Seria además injusto negar por completo al amador de Eliodora, esa expresion verdadera de los sentimientos de un alma expansiva y apenada. Algunos trozos de muchas de sus poesías pudiéramos citar, que respiran ese fogoso entusiasmo que tan del todo echan de ménos los que han creido descifrar este enigma. Pasion hay en los versos que su crítico Marchena intitula *Al Desengaño*, pasion en los que dedica *A unas lágrimas*, y en otros más, donde se perciben los suspiros de un pecho que sufre, y así desahoga sus pesares; si bien, como reconocemos, suele parecer amanerado, pero siempre mostrándose en sus tristes lamentaciones, el poeta lírico, grandilocuente, emulador en

sus imágenes y en su estilo, de los clásicos de la antigüedad.

Otras razones existen tambien para creer en la verdad de este amor, si no fuera bastante el testimonio de Pacheco, el inteligente artista, amigo, paisano y biógrafo de Herrera.

«Los versos amorosos en alabanza de Luz, dice, aunque de su modestia y recato no se pudo saber, es cierto que los dedicó á doña Leonor de Milan, condesa de Gélves, nobilísima y principal señora.» ¿Cómo, pues, (suponiendo una ficcion, tal sufrimiento, con tanta insistencia revelado en sus poesías), un hombre de su juicio, de su carácter, por mero solaz ó capricho, habia de comprometer el buen nombre de tan ilustre dama, puesto que no evitó, como vemos, que las sospechas de sus contemporáneos la hicieran objeto de su pasion? Pudiera recelarse acaso, que estos versos amorosos. estos *juegos de la juventud*, como él llama á sus obras poéticas, fueran inspiradas antes de hallarse revestido de un carácter respetable, pero sus mismas palabras descubren una lucha tan amarga y fuerte entre la razon y la intensidad de su afecto, á que no aludiria en su discrecion, si sólo la ocasionase el pertenecer á otro dueño la beldad de su culto.

Sólo citarémos algun pasaje de estas elegíacas endechas, en confirmacion de lo que decimos; dando á conocer de paso el tono triste y la grave entonacion que se advierten en todas sus obras de este género.

Estoy pensando en medio de mi engaño
El error de mi tiempo mal perdido,
Y cuán poco me ofendo de mi daño.
Vuelvo los ojos, que el mejor sentido
Alumbra, y hallo una pequeña senda
Do paso humano apena está esculpido.
Procuro antes que el breve sol descienda
Al encubrirse en el último Occidente,
Llegar al fin desta mortal contienda.
Y como quien se vé del daño ausente,
Que considera su temor pasado,
Y aun no descansa con el bien presente;
Tal, de mi afrenta y mi dolor cargado,
En la seguridad nunca sosiego,

Y en el sosiego siempre estoy turbado.
  Aquel vigor, aquel celeste fuego
Que enciende mis entrañas, me levanta
De la oscura tiniebla y error ciego.
  Veo el tiempo veloz que se adelanta,
Y derriba con vuelo presuroso
Cuanto el hombre fabrica y cuanto planta.
  ¡Oh cierto desengaño vergonzoso!
¡Oh grave confusion de nuestro yerro,
Claro enemigo, amigo sospechoso!
  Tú me pusiste sólo en un destierro
De cuanto me podia dar tormento,
Y por tí á la alegría el paso cierro.
  ¿Cuántas veces me diste al pensamiento
Ocasiones de gloria, si yo osara
Valerme del honor de tu tormento?
  Fuéme la suerte en lo mejor avara,
Sombras fuéron de bien las que yo tuve,
Oscuras sombras en la luz más clara.
  Ninguna, en tantas penas que sostuve,
Puso merecimiento al amor mio
Cuando de merecer más cerca estuve.
  Acabe ya este grande desvarío,
O, pues no acaba, estas razones vanas,
Que sin provecho á quien no escucha envio.
  Tus mudanzas, oh tiempo, soberanas,
Las cosas que resuelven ó quebrantan,
Movibles, graves, firmes y livianas.
  Me arrebatan el ánimo y levantan
Deste cansado peso, que contrasta,
Y en su diversa condicion me espantan.
  La edad robusta huye apriesa y gasta
Las fuerzas, y se pierde la ufanía,
Y á tu furor ninguna fuerza basta.
  ¿Cuántas cosas mostró el sereno dia
Alegres, que tu furia apresurada
Entristeció en la noche y sombra fría?

. . . .

  ¡Quién pudiera traer siempre á la mano
De la razon la voluntad perdida,
Sin que temiera su ímpetu liviano!
  ¡Varias revueltas de confusa vida,

Dejadme respirar de mi déseo,
Dejadme ya curar esta herida!

Hemos visto lo que fué el insigne vate sevillano en los diversos géneros de poesía que cultivó; tambien, cómo inició un lenguaje pomposo y lleno de magnificencia, que tanto se separaba del comun y usado hasta entónces; cómo consiguiendo esa armonía imitativa que tanto realza los sonidos, enriqueció nuestro idioma con frases oportunas y vigorosas, alejando aquellas vulgares que empequeñecen el pensamiento, y engalanándolo con la sonoridad melodiosa de las lenguas clásicas; y por último, hemos apreciado la justicia con que sus contemporáneos y la posteridad han concedido á sus sienes, como príncipe de los líricos, el laurel de Dafne.

Este varon estudioso fué uno de los que sacaron en su tiempo mayor partido de la hermosa habla castellana; conociendo con su clara inteligencia, en qué consistia que no se levantase con toda la grandeza de que era susceptible, especialmente en el dialecto poético. «Por nuestra ignorancia, decia él mismo en sus *Anotaciones á Garcilaso*, habemos estrechado los términos extendidos de nuestra lengua, de suerte que ninguna es más corta y menesterosa que ella, siendo la más abundante y rica de todas las que viven ahora, porque la rudeza y poco entendimiento de muchos, la ha reducido á extrema pobreza.»

Hallábase dotado nuestro ingénio de las cualidades más excelentes: tan modesto como instruido, jamás creció en fortuna, á pesar de los oficios y buena amistad de sugetos de valimiento, la mayor parte dignos cultivadores, como él, de las letras y del estudio. Extinguióse su vida dejando sobre la tierra los fúlgidos resplandores de la luz que le animó, cuando ya contaba sesenta y tres años. Aquella fué la del hombre sábio y superior, ageno á la envidia y á la lisonja, y sólo consagrado en el retiro á las nobles tareas de la inteligencia. Varios son los autores de su tiempo que le rindieron el tributo de su admiracion, especialmente Pacheco, el artista y poeta, á quien no sólo debemos algunas noticias de su existencia y de sus trabajos, y la publica-

cion de sus poesías, despues de su muerte, sino la copia de su noble semblante, así como la de otros insignes ingénios, en el cual se admira la profundidad, la severa elevacion de su espíritu.

Tendríamos un placer en trasladar á este lugar las varias opiniones sobre las obras poéticas de Herrera, tanto del esclarecido sevillano que acabamos de nombrar, como las de Rioja, seguidor afortunado de su escuela, y entusiasta de aquel que, segun sus propias espresiones, «tanto engrandeció las musas castellanas, y que verdaderamente fué el primero que dió en nuestros números en el lenguaje, arte y grandeza,» como las del maestro Medina, Duarte, Marchena y otros escritores de su tiempo.

Notarémos, no obstante, la justa supremacia que le concede Saavedra Fajardo en su *República literaria*, haciéndole juez y apreciador de los demás ingénios. Asimismo pudieramos mencionar los pareceres de otros críticos extranjeros, que, en su mayor parte reconocen su sobresaliente mérito, si bien incurren en algunos errores fáciles de rebatir, hijos del poco detenido estudio de sus obras. Gustosos emprenderíamos esta tarea, si sólo tuvieramos que ocuparnos de nuestro pindárico vate. Cúmplenos, no obstante, consignar en gloria de su nombre, que algunas de sus excelentes obras han sido traducidas por más de un apasionado suyo, al aleman, al francés y al italiano. Pero ya que mencionamos los juicios que ha merecido fuera de su patria el *Aguila de Sevilla*, nombre que, contra lo que acaso se crea, no le ha sido puesto por los que hablan el idioma español, ni tampoco fué ideado por hijo alguno del suelo andaluz, donde la hipérbole se considera por muchos lenguaje usual; ya que citamos algunos de los más entusiastas que han honrado dignamente su memoria, no dejarémos de copiar el elogio que le tributa Puibusque, en su *Historia comparada de las literaturas española y francesa*. «El, dice, partiendo desde el mismo punto donde se detuvo Fray Luis de Leon, parece haber reducido á notas, y revelado á los hombres aquella música de los cielos, cuyo eco habia encontrado el cantor granadino solamente en su corazon. No hay que compararle otros escritores extranjeros, ni aún Rousseau, ni aún Dryden: la estrofa del poeta andaluz, sin tener nada de árabe, es

enteramente oriental, y baja en derechura de las alturas de Sion. Sus cantos religiosos y nacionales, son la verdadera oda, la oda heróica de la antigüedad, con formas líricas, descriptivas y dramáticas, tal como se cantaba al frente de los ejércitos en la plaza pública, en el recinto sagrado de los templos. El poeta es un cristiano inspirado, que toma la voz de un pueblo, y canta en nombre de todos sus hermanos.»

¡Cuantos himnos de admiracion y de alabanza produjo en inspirados poetas de su tiempo, el númen del que mereció el renombre de divino! Lope de Vega, Cervantes, Espinel, Céspedes, Escobar, el citado Pacheco y otros muchos, esmaltaron estimables joyas en la brillante diadema que le ceñia, como preciado galardon de las conquistas del génio.

Si no temiéramos dar una extension inconveniente á este modesto trabajo, tambien nos detendriamos gustosos en este lugar, para apreciar el mérito de Herrera como excelente crítico y hombre de profunda erudicion en sus escritos en prosa. Sus *Anotaciones*, ya citadas, á las obras de Garcilaso, son una prueba más de ello. Sólo el exámen de este libro, que tanto aprecio y alabanza merece, nos desviaria de un modo inoportuno de nuestro objeto principal.

Despues de este ilustre maestro de la escuela poética sevillana, si hubiéramos de seguir un órden riguroso de fechas, no corresponderia ciertamente este lugar á Francisco de Rioja, que floreció pasados algunos años de la muerte de aquel; pero considerándole como el más felíz imitador de su estilo, en cuanto á su valentía y grandeza, y el que tuvo el acierto de imprimir un sello todavía más marcado de perfeccion, y un sabor más delicado á sus obras, no dudamos en darle tal preferencia sobre los demás sostenedores del honor de las letras hispalenses.

Un ilustrado académico, en su discurso de recepcion en la Real Española (1), cuyo asunto versa sobre el carácter de los poetas andaluces, llama á Rioja el verdadero jefe de la escuela sevillana, como la personificacion del buen gusto; así como Herrera, dice, es la encarnacion humana del génio, y el padre de esta misma escuela, que sin él no existiria.

(1) D. Fermin de la Puente y Apezechea.

¡Pobre de aquel que corre y se dilata
Por cuantos son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata!
Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve,
Que no perturben deudas ni pesares.

Hé aquí cómo revela Rioja su carácter modesto. Poeta de más exquisita sensibilidad que Herrera; casi tan instruido como él en las obras de la antigüedad; más tierno en la expresion de sus afectos; su lenguaje es á un tiempo mismo, superior en correccion y pureza, sin decaer en dignidad y ardimiento.

Triste contemplador de las ruinas de un pueblo de gloriosa memoria, parécenos tenerlo ante nuestra vista, sentado en los fragmentos de alguna marmórea columna derribada en tierra, en medio de la soledad y el silencio, inclinando su frente pensativa bajo la emocion que experimenta, dejando volar su espíritu á las edades remotas en que se alzaban, donde hoy el amarillo jaramago, el alcázar y los jardines de un César, el anchuroso anfiteatro y los soberbios pórticos. Figúrasenos verlo despertar sobresaltado, de sus profundas reflexiones, á aquel eco lúgubre que lamenta la ruina de Itálica, y recuerda los gemidos de tantas sombras ilustres.

Melancólico *cantor de las flores*, perfuma con ellas los pensamientos del filósofo, las aspiraciones del cristiano; cubriendo con estos cándidos emblemas de la pureza y de la hermosura, los amargos desengaños de un corazon víctima ya de los sinsabores del mundo.

Moralista sábio y modesto, hace brotar melodiosamente de sus lábios, con noble expresion, superior á todo encomio, aquellas máximas saludables que le inspiran la experiencia y el conocimiento de las humanas pasiones, allá en el seno maternal de la antigua Romúlea, tranquilo en su estado, severo con el vicio, y ajeno á las ambiciones y á la envidia, en el reposo de su retiro.

Parece estar fuera de duda que la cancion elegíaca de Rioja á las ruinas de la que fué patria de Trajano, es sólo una imitacion ó refundicion más bien, de la que hizo Rodrigo Caro á este

asunto, pocos años antes de nacer aquel (1). De la comparacion de ambas, resulta, sin que privemos del mérito de la originalidad á la primitiva, que esta queda eclipsada ante la superioridad de la de Rioja. Si se considera sólo como una refundicion la de este

(1) Esta poesía existe en la Biblioteca de la Catedral de Sevilla, en un códice copiado de otro que se hallaba en el convento de Utrera, y cuyo título es *Memorial de la Villa de Utrera*, obra del mismo Rodrigo Caro, el cual dice en ella, haber compuesto esta cancion en el año 1595.

Despues de haber tenido la honra de ver premiado el presente estudio sobre la escuela poética de Sevilla, advertimos que á nuestra vez, como otros muchos, hemos incurrido en el equivocado concepto de atribuir á Rioja la refundicion de la poesía del Licenciado Rodrigo Caro, *A las Ruinas de Itálica.* Tal creencia, fundada sobre todo en el estilo que distingue á aquella, ha dado lugar á que hasta una época reciente, se considerase la misma como del insigne *Cantor de las flores.* Parece fuera de duda que á quien se debe en primer lugar la noticia de ser del mismo Caro la obra refundida, es al distinguido crítico D. Aureliano Fernandez Guerra: posteriormente, otros escritores que se han consagrado á idénticas investigaciones, apoyan aquel aserto; esto es: que la cancion á que nos referimos pertenece á Rodrigo Caro exclusivamente, y no á Rioja, ajeno á ella del todo, contra lo que generalmente se ha creido por mucho tiempo. El poeta utrerense varió hasta tres veces su sentida composicion, á la que debia tener, y con razon, especial cariño: suyas son, pues, las alabanzas que tributamos á Rioja en concepto de ser él su inspirado autor; y cuanto decimos sobre el mérito de la misma, lo aplicamos á aquel varon erudito que coloca su nombre con sólo esta obra, si otras no lo acreditasen ya de vate distinguido, en tan alto lugar en nuestro parnaso, y entre los que dan gloria á la escuela sevillana. En nada, por otra parte, se amengua el mérito de Rioja, con separar esta joya de su repertorio poético: sobrados títulos le dan las demás que posee, para conservar en un todo, el concepto que ha alcanzado por su extraordinario valer, de las personas doctas.

Preferimos hacer esta rectificacion, á alterar el texto de nuestra memoria, porque confesamos francamente el error en que tambien hemos incurrido con otros muchos, y no creemos, además, deber permitirnos variacion alguna en un trabajo ya examinado y admitido por una respetable Academia. Esta misma corporacion, como interesada tan de cerca en cuanto se refiere á las glorias de la insigne escuela poética sevillana, se consagra, segun nuestras noticias, al esclarecimiento de ciertos hechos que, con motivo de recientes escritos sobre la primacía del descubrimiento del verdadero autor de aquella célebre oda elegíaca, han promovido una cuestion literaria de interés.

último, tan magistrales fuéron sus toques, que imprimió en ella una elevacion, un sentimiento no tan manifiestos en la de Caro.

No hubiese reservado para él sólo, ciertamente, el gran poeta cuyo mérito examinamos, la gloria debida al que primero ideó el asunto y plan de su obra; pero como sus poesías quedaron inéditas á su muerte, no pudo hacer pública mencion de la que ya existia, y fué base de la suya.

En nada oscurece para nosotros el mérito de Rioja en tan melancólica cancion, esta circunstancia, averiguada despues de haberla creido por tanto tiempo, de su invencion única y exclusiva. Tal como la escribió Caro, no hubiera sido más que una de tantas, notable siempre, de las que enriquecen el parnaso de nuestra patria: engrandecida por Rioja, es un monumento glorioso; es uno de esos rasgos brillantes del ingénio, que bastan para dar un nombre esclarecido al que de tan feliz manera recibe la inspiracion.

Tan conocida de todos es esta magnífica oda, que hasta creemos inoportuno trasladar algunos de sus versos á este sitio, mereciendo además todos ellos ser admirados; pero sí copiarémos algunas de sus bellas estancias, la primera de cada una de entrambos ingénios, en confirmacion de nuestro juicio y para que se compare su respectivo valer, y otra de las que añadió Rioja de su propio númen.

Así principia Caro la suya:

Este es, si no me engaño, el edificio
De Publio Scipion, de Roma gloria,
Colonia de sus gentes victoriosas;
Con él el tiempo ejercitó su oficio,
Y porque se leyese su memoria
Dejó aquestas reliquias espantosas,
Que las manos rabiosas
De el alarbe fiero
En el dia postrero
Le consagró en sus aras inmortales.
Los muros, ya que tan ilustres fuéron,
Combatidos de arietes cayeron
Para campos de incultos matorrales.

¡Qué de dorados lazos tragó el fuego,
Qué de soberbias torres sumió luego
El hondo abismo! ¡Aún apenas vemos
Iguales en la tierra sus extremos!

Hé aquí la de Rioja:

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fuéron un tiempo Itálica famosa;
Aquí de Cipion la vencedora
Colonia fué; por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente
De su invencible gente.
Sólo quedan memorias funerales
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo;
Este llano fué plaza, allí fué templo;
De todo apenas quedan las señales.
Del gimnasio y las termas regaladas
Leves vuelan cenizas desdichadas;
Las torres que desprecio al aire fuéron
A su gran pesadumbre se rindieron.

Los pensamientos de la siguiente estrofa, no se hallan en la composicion de Caro.

Fabio, si tú no lloras, pon atenta
La vista en luengas calles destruidas;
Mira mármoles, y arcos destrozados,
Mira estátuas soberbias que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas,
Y ya en alto silencio sepultados
Los dueños celebrados.
Así á Troya figuro,
Así á su antiguo muro,
Y á tí, Roma, á quien queda el nombre apenas,
¡Oh patria de los dioses y los reyes!
Y á tí, á quien no valieron justas leyes,
Fábrica de Minerva, sábia Aténas,
Emulacion ayer de las edades,
Hoy cenizas, hoy vastas soledades,
Que no os respetó el hado, no la muerte,
¡Ay! ni por sábia á tí, ni á tí por fuerte.

«Todo en esta composicion, dice Quintana, con referencia á la de Rioja, es grande y majestuoso; el asunto, la idea, la contestura, la ejecucion, La poesía no alcanza más; añade en seguida de reseñar su argumento. Y si de esta disposicion tan magnífica y poética, al mismo paso que natural y sencilla, se pasa á los primores de ejecucion, el escritor se nos presenta todavía más grande, y toda alabanza que se le dé, parece escasa y supérflua. ¡Qué gravedad y nobleza en aquellas largas estancias donde se espacia á su placer el raudal numeroso de los períodos poéticos que en ella se comprenden! ¡Con qué gusto están puestos en medio aquellos tres versos cortos, como para amenizar algun tanto con su gracia y armonía, la sobrada austeridad que resultaria si todos fueran mayores! Y en medio de la llaneza y curso de la versificacion, nótese cómo en la primera estancia, le rompe con aquella trasposicion enfática del principio, y con las bellas pausas y apoyaturas que se ven en la misma estancia, en la siguiente y en los ecos de la penúltima; todas convenientes y propias para expresar, ya el dolor que le embarga el agolpamiento de los objetos que se le presentan á la vez, ya en fin, la importancia de la idea á que corresponde la palabra en que se para.»

Nada nuevo pudiera decirse, nada más oportuno, despues del juicio del eminente crítico é inspirado poeta que acabamos de citar: por tanto, pues, damos tal preferencia al análisis de esta bella cancion, sobre el nuestro, tan desautorizado.

Rioja abrazó la carrera eclesiástica como el sábio Herrera, y perteneció al cabildo de la ilustre basílica de Sevilla. Su claró talento y su amistad con el conde-duque de Olivares, á la sazon ministro y favorito de Felipe IV, le proporcionaron el cargo de bibliotecario de este hombre tan notable en la historia, y despues, el serlo del mismo monarca, así como su cronista. Pero al recibir estos señalados honores, penetra en un mundo extraño á un alma sencilla y leal, y no conoce sus engaños, sus pasiones y sus peligros. No tarda en ser víctima de las asechanzas de la envidia ó la mala voluntad; y abandonado de los halagos de la fortuna, hállase de improviso sepultado en una oscura prision.

En esta angustiosa cautividad, reduce todas sus ambiciones y esperanzas, á huir de aquella atmósfera corrompida al seno de su país natal y querido, á respirar libremente en un clima sereno, buscando la tierna amistad de las flores, y á apreciar en el retiro y en el reposo, lo grato que es, pasada la deshecha tormenta, extasiarse ante un cielo hermoso y despejado. Entónces, como los de Horacio, sus votos se reducen á encontrar un dulce apartamiento, léjos del bullicio de las gentes, y recuerda sin duda aquellos versos del gran poeta latino:

Hoc erat in votis: modus agri non ita magnus,
Hortus ubi, et tecto vicinus jugis aquæ fons,
Et paulum silvæ super his foret.

Y consigue ver cumplidos sus anhelos. Una vivienda que entre el grato murmullo de las fuentecillas, embalsaman las flores de un primoroso jardin en el suelo de su patria, donde brotan por donde quiera, construida á su gusto y cercana al monasterio de San Clemente, es el refugio de su espíritu atormentado. Allí, en la soledad, aborrece aún con más viveza las vanidades y los vicios del mundo: y en su tranquila medianía, desahoga su pecho en sus *epístolas morales*; y consagrando su cuidado á sus flores inocentes, se inspira en ellas, para dejarnos la expresion de sus bellísimos sentimientos. Entónces parece sostener un misterioso lenguaje con aquellas florecillas que delicadamente retrata, y entónces brota de sus lábios, embalsamada con el mismo perfume de la rosa, la filosófica silva que consagra á esta reina de su pensil (1).

Pura, encendida rosa,
Emula de la llama
Que sale con el dia,
¿Cómo naces tan llena de alegría,
Si sabes que la edad que te da el cielo
Es apenas un breve y veloz vuelo?
Y no valdrán las puntas de tu rama
Ni tu púrpura hermosa
A detener un punto
La ejecucion del hado presurosa.

(1) De esta silva ha hecho Mauri una preciosa traduccion, tambien en verso, al idioma francés. (*Espagne poetique.*)

El mismo cerco alado
Que estoy viendo riente,
Ya temo amortiguado,
Presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespo seno,
Te dió Amor de sus alas blandas plumas,
Y oro de su cabello dió á tu frente.
¡Oh fiel imágen suya peregrina!
Bañóte en su color sangre divina,
De la deidad que dieron las espumas,
¿Y esto, purpúrea flor, y esto no pudo
Hacer menos violento el rayo agudo?
Róbate en una hora,
Róbate licencioso su ardimiento
El color y el aliento;
Tiendes aún no las alas abrasadas,
Y ya vuelan al suelo desmayadas.
Tan cerca, tan unida
Está al morir tu vida,
Que dudo si en sus lágrimas la aurora
Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

Desde la vez primera que leimos esta sentidísima poesía, la hemos conservado en la memoria, complaciéndonos en repetirla; recreándonos en su encanto, á la manera de lo que sucede con esas obras maestras del sublime arte de la música, que mientras más veces deleitan el oido, más vivamente nos impresionan y nos agradan.

¿Cabe mayor elegancia y fluidez, más pureza de estilo y versificacion más dulce? Esta silva puede considerarse como una obra perfecta en todos sentidos. Bien canta al jazmin, á la arrebolera, á la rosa amarilla, al clavel; tan inspirado poeta, nuestro predilecto entre todos los de la escuela sevillana, siempre revela sus meditaciones, los profundos pensamientos que le dominan. Así pregunta con triste dulzura al clavel:

¿Dióte naturaleza sentimiento?
¡Oh yo dichoso á habérseme negado!

Este género poético de Rioja, no es el descriptivo solamante; no es sólo el que se inspira en la contemplacion de la naturaleza: es el que encubre una idea más elevada. ¡Cómo se entrega su es-

píritu á las reflexiones más filosóficas cuando habla de aquella triste flor de la noche, de existencia tan fugaz?

¡Tan poco se desvia
De tu nacer la muerte arrebatada!
Si es, pues, de alto decreto
Que el tiempo breve de tu edad incluyas
En sólo el cerco de una noche fria,
¿Qué te valdrá que huyas
Con ambicioso afeto
De acrecentarle instantes á la vida?
. . . .
Dime, ¿cuál necio ardor te solicita
Por ver de Apolo el refulgente rayo?
¿Qué flor de las que en larga copia el Mayo
Vierte, su grave incendio no marchita?
¡Oh, cómo es error vano
Fatigarse por ver los resplandores
De un ardiente tirano
Que impío roba á las flores
El lustre, el aliento y los colores!
Y tú, admirable y vaga,
Dulce honor y cuidado de la noche,
Si la llama y color del sol se apaga,
¿Cuál mayor dicha tuya
Que el tiempo de tu edad tan velez huya?
No es más el luengo curso de los años
Que un espacioso número de daños.
Si vives breves horas,
¡Oh cuántas glorias tienes!

Hace el Sr. Amador de los Rios, en su *Historia crítica de la Literatura española* (1), un oportuno paralelo entre el célebre vate gaditano Columela y el sevillano Rioja, que pasados quince siglos dejaba oir sus cantos bajo el mismo cielo andaluz, como una prueba de que la literatura española, fué más afortunada que la latina, cuando introdujeron en una y otra, dice, sus peligrosas innovaciones los cordobeses Marco Anneo Lucano y D. Luis de Góngora. «Columela aparece, como Rioja, así se expresa tan ilustrado crítico, precisamente en el momento en que la

(1) Tomo 1.°, part. 1.ª, cap. IV. *Poetas y escritores del Imperio.*

innovacion obtiene omnímodo triunfo: ambos son andaluces; ambos se duelen de la corrupcion de las letras, y ambos apelan á la imitacion de los grandes modelos, para salvarlas de su inminente ruina. Uno y otro cantan las flores; el primero se enamora tal vez de la belleza exterior de sus formas, y áun aspira á describirlas frescas, lozanas y olorosas, tales como aparecen á sus ojos; pero en su mayor entusiasmo, juzga que sólo puede sazonar su fragancia el puro licor de Baco..... La felicidad suprema de Columela, cantada la belleza de las flores y cerrados ya los huertos, estriba en recoger los dones de Baco entre los sátiros lascivos; celebrándole despues con embriagados himnos en su morada..... El segundo, pintor delicado y poeta de dulces y apacibles sentimientos, sin menospreciar su belleza, aprende á conocer en las flores la fragilidad de la vida y la instabilidad de las cosas humanas; y elevándose tras el simpático afecto que le inspiran, á la contemplacion de las virtudes morales, procura precaverse de los seductores halagos del mundo, mostrándose cual verdadero filósofo... La diferencia no puede aparecer mayor entre ambos poetas, siendo uno virtualmente el asunto, y el arte en manos de ambos, blanda cera. Diríase acaso que no es Columela como Rioja, ni el poeta ni el sacerdote cristiano, para quien se ofrece la vida como una peregrinacion, y el mundo como un valle de lágrimas, no excediendo su intento de la esfera meramente didáctica; pero, sobre no consistir su mérito, como poeta, en la nocion doctrinal del *Huertecillo*, no es posible olvidar que Junio Moderato vive en la Roma de los Cláudios y los Domicianos, donde menospreciada toda creencia gentílica, habia resonado ya la voz de los Apóstoles y corrido en abundancia la sangre de los mártires de Cristo.»

Con cualidades más á propósito para la elegía que el mismo Herrera, el cual, por el mayor arte que á veces quiso imprimir en algunas de las que hizo, alzando su vuelo á más sublime altura á expensas del sentimiento y la espontaneidad; Rioja trocaba, como hemos podido ver, sus composiciones más dulces, consagradas á objetos que hasta infunden expansion al ánimo, en verdaderas obras de este género.

En todas sus poesías predomina el mismo espíritu, ora cante

á la pobreza, siempre oscura y de ninguno deseada; ora las inquietudes que la riqueza proporciona, ó ya, inspirándose en Horacio, la tranquilidad y la paz segura, preferible siempre á los cuidados y azares del que busca codicioso mayor bienandanza.

Hállase en él constantemente, al hombre reflexivo y desengañado, que disfraza con las más seductoras formas y la mágia de un lenguaje armonioso y embelesador, las amargas verdades que rebosan de sus lábios.

De este modo se expresa en una de las obras á que acabamos de aludir:

¡Oh mal seguro bien, oh cuidadosa
Riqueza, y como á sombra de alegría
Y de sosiego engañas!
El que vela en tu alcance y se desvía
Del pobre estado y la quietud dichosa,
Ocio y seguridad pretende en vano,
Pues tras el luengo errar de agua y montañas,
Cuando el metal precioso coja á mano,
No ha de ver sin cuidado abrir el dia.
No sin causa los dioses te escondieron
En las entrañas de la tierra dura:
Mas, ¿qué halló difícil y encubierto
La sedienta codicia?
Turbó la paz segura
Con que en la antigua selva florecieron
El abeto y el pino,
Y trájoles al puerto,
Y por campos de mar les dió camino.
Abrióse el mar y abrióse
Altamente la tierra,
Y saliste del centro al aire claro,
Hija de la avaricia,
A hacer á los hombres cruda guerra.

¡Qué bien se revela al sábio amaestrado en el infortunio, conocedor de las mezquinas pasiones de la humanidad, en su oda *A la Constancia*, consagrada á Pacheco, el amigo de todos los hijos de la inspiracion en su ciudad nativa! Aconséjale que desprecie á la envidia ruin, y con noble persistencia levante siem-

pre su ánimo en las adversidades. Dirigiéndose á aquel, habla de sí mismo, recordando la emulacion de que fué víctima.

¡Oh, ejercite yo siempre el sufrimiento
Con frente no marchita!
Que los valientes ánimos más deben
A la acerba ocasion que á la dichosa,
Porque en el daño su valor se aumenta.
. . . .
¡Oh cuanto es infelice quien la vida
Breve pasa olvidado!
. . . .
Ni formo queja alguna
Del más amigo en mi alabanza mudo;
Que en el último dia
Comenzará á vivir la gloria mia.
Tú, pues, que en la pintura con destreza
A la naturaleza
Ya vences y ya igualas,
No temas de enemiga
Pluma ó de acerba lengua lo que diga;
Que tu nombre divino
El tiempo llevará sobre sus alas,
Y por tu ingénio y arte
Dirá del orbe en la escondida parte,
Nunca en tus alabanzas importuno,
Que antes te envidia que te imita alguno,

Igualmente notable es en la silva que consagra á su otro amigo Fonseca, en la cual canta los atractivos de la estacion de las flores, pasada la inclemencia del invierno aterido.

Forman tambien una parte de sus poesías, algunos bellísimos sonetos, amorosos unos, otros morales, que recuerdan la fluidez y la perfeccion de los de Arguijo, y á veces tanto los de Herrera, de quien ambos fuéron imitadores, que casi pudieran atribuirse más de uno, á tan inspirado maestro.

Para indicar las bellezas y los grandes pensamientos en que abundan, menester seria reproducirlos casi todos. ¡Qué imágen tan hábilmente expresada en uno de ellos; aquella que le sugiere al poeta el haber procurado él mismo su desdicha!

No vine á este rigor por culpa ajena,
Yo dejé el ocio y paz en que vivia,
Y corrí al mal. . . . .
. . . .
Así del manso mar en la llanura,
Levantando la frente onda lozana,
La tierra al agua en que nació prefiere;
Mueve su pompa á la ribera ufana,
Y cuanto más sus cercos apresura,
Rota más presto en las arenas muere.

Deliberadamente hemos dejado para este lugar, el tratar del género en que es superior á toda alabanza tan notabilísimo ingénio, siquiera sea como efectuosa despedida, ya que la extension que van tomando estos desautorizados apuntes, nos obliga á no detenernos más en el exámen de sus producciones. Nos referimos á su *Epístola moral*, eterno monumento de gloria de nuestro parnaso. Todo es perfecto en esta obra. ¿Quién que una vez haya tenido en sus lábios aquellos versos en que rebosan imágenes excelentes, pensamientos profundos, sanas máximas y esmerada diccion, ha podido olvidarlas jamás? Y hénos aquí en lucha con nuestro deseo, para poder entresacar algunos que sobresalgan por su mérito en tan elocuentísima poesía, porque difícil es á la verdad hacer esta eleccion. Todo en ella es hermoso; pero al fin habrémos de contentarnos con trasladar los siguientes fragmentos, sin añadir más de nuestra parte; puesto que despues de su lectura, todo encomio seria ciertamente excusado.

Fabio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son do el ambicioso muere,
Y donde al más astuto nacen canas.
. . . .
Que el corazon entero y generoso
Al caso adverso inclinará la frente
Antes que la rodilla al poderoso.
Más triunfos, más coronas dió al prudente
Que supo retirarse la fortuna,
Que al que esperó obstinada y locamente.
Esta invasion terrible é importuna
De contrarios sucesos nos espera

Desde el primer sollozo de la cuna.
  Dejémosla pasar como á la fiera
Corriente del gran Bétis, cuando airado
Dilata ante los montes sus riberas.

. . . .

  Ven, y reposa en el materno seno
De la antigua Romúlea, cuyo clima
Te será más humano y más sereno.
  Á donde por lo menos, cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
«Blanda le sea» al derramarla encima;
  Donde no dejarás la mesa ayuno
Cuando te falte en ella el pece raro,
O cuando su pavon nos niegue Juno.

. . . .

  Más precia el ruiseñor su pobre nido
De pluma y leves pajas, más sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,
  Que agradar lisonjero las orejas
De algun príncipe insigne, aprisionado
En el metal de las doradas rejas.

. . . .

  ¿Qué es nuestra vida más que un breve dia
Do apena sale el sol cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fria?
  ¿Qué más que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde? ¡Oh ciego desvarío!
¿Será que de este sueño me recuerde?

. . . .

  Como los rios, que en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.

. . . .

  ¡Cuán callada que pasa las montañas
El aura, suspirando mansamente!
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!
  ¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡Qué redundante y llena de ruido
Por el vano, ambicioso y aparente!
  Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En la costumbre sólo á los mejores,
Sin presumir de roto y mal ceñido.

No resplandezca el oro y los colores
En nuestro traje, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores,
Una mediana vida yo posea,
Un estilo comun y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.
En el plebeyo barro mal tostado
Hubo ya quien bebió tan ambicioso,
Como en el vaso Murino preciado;
Y alguno tan ilustre y generoso,
Que usó, como si fuera plata neta,
Del cristal trasparente y luminoso.
. . . .
¿Es por ventura ménos poderosa
Que el vicio la virtud? ¿Es ménos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa
La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar, la ira á las espadas,
Y la ambicion se rie de la muerte.
. . . .
Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De cuanto simple amé; rompí los lazos.
Ven y verás al alto fin que aspiro.
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

Tal es el docto ingénio á quien estudiamos. Floreciendo en una época en que ya la contagiosa epidemia del culteranismo tomaba alarmantes proporciones, supo salir ileso, con su entendimiento claro y delicado gusto, de sus terribles peligros, como dice un traductor de sus obras al idioma francés; ofreciendo el fenómeno de Aretusa, la cual conservaba la dulzura de la linfa en el agua salobre de los mares.

Pocas son las obras conocidas del Tíbulo sevillano, así lo llama alguno de sus biógrafos, en perjuicio de los amantes del estudio de la poesía «Rioja, dice Quintana, hubiera fijado sin duda los límites entre la lengua prosáica y la poética, si hubiese escrito más ó se conservasen sus composiciones». Otro crítico le juzga de la manera siguiente (1): «Su talento poético se distingue mu-

(1) En el prólogo á las *Poesías inéditas de Francisco de Rioja y otros poetas andaluces. Coleccion de poesías castellanas* de D. Ramon Fernandez. T. 8.° (1797)

cho de los demás ingénios de su siglo, por la belleza de su diccion majestuosa y de su versificacion, por la regularidad de sus composiciones, por la vehemencia, en fin, de su imaginacion, y la fuerza y severidad de pensamientos que en casi todas ellas centellean. Ninguno ha manifestado un carácter tan respetable y filosófico, ninguno una sensibilidad tan interesante, ninguno el acierto de variar el tono tan á propósito, segun los diferentes objetos que se le presentaban á la vista: él sabia enterternecerse sobre las flores; llorar con entusiasmo los estragos del tiempo y las ruinas de los pueblos; llamar con voz irresistible al ejercicio y estudio de la sabiduría. Es el primero de nuestros poetas antiguos que, sin lamentarse de ella, ha saludado á la desgracia como el crisol de la virtud; y él es, en fin, el que ha dicho que valia más plegar la frente á la adversidad que la rodilla al poder.»

Cuatro insignes ingénios se nos ofrecen casi necesariamente á la vista, al reflexionar sobre las innovaciones y adelantos del lenguaje poético en nuestra patria, desde los tiempos en que Juan de Mena, comenzó á engrandecerlo, y Boscan á libertarlo de las formas poco adecuadas en que se hallaba aprisionado. Estos son Garcilaso, Herrera, el maestro Luis de Leon y Rioja. Cada uno de ellos, tomando un camino distinto, pero contribuyendo á un mismo fin, elevó el dialecto poético á un grado de brillantez en extremo notable. Conviértelo en dulce y cadencioso el poeta toledano, el cantor de los tiernos idilios, «cuya lengua, segun dice Francisco de Medina, sin duda escogerán las musas, todas las veces que hubieran de hablar en castellano» Herrera lo reviste de magnificencia, y le da una expresion más enérgica y levantada. El horaciano Leon le imprime esa gravedad y exaltacion mística del que, más ganoso del retiro, la llaneza y las piadosas contemplaciones, que del mundanal ruido,

Su casa y celda estrecha,
Alcázar le parece torreado;
Su túnica deshecha,
Vestido recamado;
El suelo duro, lecho delicado.

Y por último, Rioja, aunque pensador más mundano que el sábio agustino, lo baña con ese tinte melancólico y tierno, impulsado instintivamente, á semejanza suya, en todas ocasiones, por un espíritu moral y religioso. Hé aquí por qué, al tratar de este felicísimo vate, han venido á nuestra memoria las grandes figuras de aquellos, que, como él, innovadores en el lenguaje de la poesía, han ejercido tan poderoso influjo en nuestras letras.

Cúmplenos hablar ahora de un ingénio distinguido de la escuela sevillana, menos conocido de lo que debiera ser por su mérito. Su nombre es Francisco de Medrano. Poeta de índole é inclinaciones semejantes á aquel cuyas obras acabamos de examinar, alejado por su buen gusto de los extravios del culteranismo, doctamente filósofo á su vez, y apasionado imitador de Horacio, quizás con superiores ventajas á cuantos siguieron á este gran modelo; no es sólo honra del Bétis, sino gloria de las letras castellanas, y uno de nuestros líricos más estimables. Su lenguaje es puro y correcto, y su estilo, ya natural, ya sentido, ya levantado, notablemente propio de los asuntos, que trata.

Despues de recrearnos en sus poesías, menos numerosas de lo que quisiéramos, no alcanzamos á comprender la poca importancia que le han dado algunos de nuestros críticos, ó por mejor decir, el olvido absoluto á que casi todos le han condenado.

Velazquez en sus *Orígenes de la poesía castellana*, es uno de los que hacen señalada mencion de este inspirado hispalense, calificando sus poesías, con estremado aprecio, *de las mejores de su siglo*. ¡Extraño contraste con el desden con que otros le han mirado! Sus obras poéticas se componen de algunos excelentes sonetos, y varias odas, la mayor parte imitaciones de Horacio, entre las cuales más de una, acrece el esplendor de la poesía sevillana.

Acertado en estas últimas, se ofrece cultivando ese genero filosófico tan útil é instructivo, como aquel én que mejor puede el poeta demostrar su recto juicio y saber. «Todas las composiciones que contienen alabanzas de las virtudes y de las acciones gloriosas, dice Luzan en su *Poética*, son utilísimas por los buenos efectos que causan en quien las lee.» No ménos oportuno hallamos á este injénio, buscando su modelo en quien lo fué tan

elevado. «Es preciso confesar, con gran confusion de los poetas cristianos, añade el mismo crítico en la obra citada, que un poeta gentil como Horacio, trató mejores y más dignos asuntos; ya inspirando la virtud de la religion, aunque falsa, en aquella oda, *Parcus Deorum cultor et infrequens*; y en la otra *Cœlo supinas si tuleris manus*; y el amor á la vida rústica en la célebre, *Beatus ille qui procul negotiis*. ¿Qué diferencia no hay de estos y otros asuntos morales, á aquellos frívolos sobre la hermosura de una dama, sobre sus celos, sobre sus cabellos, su retrato, su rigor, su inconstancia y otras mil vanidades? El poeta que deseare la fama y duracion de sus versos, debe huir esta puerilidad, y cantar las grandes hazañas y los héroes de la patria y de las ajenas, para que los lectores, atraidos de la dulzura del verso, se aficionen á la virtud y á los grandes hombres que la profesaron.»

Medrano, pues, apreció estas excelentes cualidades del lírico de Venusa, y siguió sus huellas esmeradamente, haciéndose tan digno de estudio, como acreedor al aplauso. Sus imitaciones se hallan dirigidas á varios de sus amigos, á semejanza de las odas de aquel: Citarémos algunas de sus estancias, para dar una idea de su fácil estilo y entonacion armoniosa. Así comienza una de la poesías más ajustadas á su modelo.

Quién es ¡oh Pirro! el mozo delicado
Que, en ámbares bañado y entre flores,
Hoy goza tus amores?
¿Para quien has trenzado
Tus rubias hebras con sencillo aseo?

Tan apacible cuando hace esta dulce pregunta, es enérgico y vehemente al expresar el despecho que producen los celos.

Cuando tú me encareces
¡Oh Amarili! de Julio el talle hermoso,
Y mirando enmudeces
A Julio con descuido mal curioso,
¡Ay como arde en mi pecho
Infernal rabia, y con dolor esquivo
Revienta á mi despecho
Por los ojos el llanto fugitivo!

Y cambiando colores,
Indicacion dá al rostro fatigado
De cuán fieros ardores
En mi alma lentamente se han lanzado.

Merece especial mencion la oda que dedica á Fernando de Soria, sobre la vanidad de las ambiciones humanas. Despues de lamentarse del yerro comun de todos, que tan sin acuerdo apetecemos los bienes de la vida, exponiendo de paso la situacion en aquel tiempo de España y otras naciones importantes, exclama:

Nadie principio ha dado
Con tan dichoso pié á felice empresa,
Que no de haberla osado
Confiese malcontento que le pesa;
Ya la muelle nos daña
De la paz, de la guerra ya la saña.

Por donde quiera hallamos en las poesías de este ingénio, oportunas y filosóficas reflexiones. Cuando prorumpe:

.....¡Dichoso á quien con seso sano
Dios le dió bien amigo,
Lo azas con parca mano!

Cuando brotan de sus lábios los preceptos del poeta á quien imita:

¡Ay Sorino, Sorino, cómo el dia
Huyendo se desliza,
Y unos atropellando y otros años,
Á la muerte corremos á porfía!
¡Tanta prisa á volvernos en ceniza!
Y á tales desengaños,
Mal ciegos, con afanes, ¿ay! tamaños,
¿Tras de una sombra de ambicion mentida
Fatigamos la vida?

Notable es su imitacion, ó traduccion más bien, de la oda que el poeta latino dirige á Torcuato, invitándole á que goce de una existencia apacible y de los bienes tan poco duraderos que en ella se encuentran. Es la que principia con los versos siguientes, que de ambos reproducimos, para que puedan compararse:

Diffugere nives, redeunt jam gramina campis
Arboribus que comæ.
Mutat terra vices, et decrescentia ripas
Flumina prætereunt.
Huyó la nieve, y árboles y prados
De hoja y grama se visten;
La tierra se reveza, y amenguados
Los rios no la embisten.
El año te amonesta que no esperes
Bienes aquí inmortales;
Y el dia, que arrebata los placeres
Y gustos no cabales,
Amansa del invierno yerto el frio
Con favonios templados,
Y el verano ahuyentan del estío
Los soles requemados.

Asimismo, es digna de mencion la oda, tambien horaciana, en que ofrece los males y vicios que acarrean la ambicion de las riquezas; la cual nos trae el recuerdo de la de Rioja al mismo asunto. Lo es, no menos la que dedica á D. Fernando Niño de Guevara, cardenal y arzobispo de Sevilla, cuyo argumento es muy análogo al de la que anteriormente citamos.

Para examinar otros géneros poéticos distintos de este, en que tal superioridad muestra nuestro vate pensador, recordarémos su *Profecia del Tajo*, inspirada como la de fray Luis de Leon, en la obra del mismo Horacio, en forma de prediccion, y en la que algunos han creido ver una alusion á Marco Antonio y á Cleopatra. Ambos poetas españoles acomodaron su pensamiento á un suceso infausto y de triste memoria en nuestros fastos históricos, aunque de diversa manera; ciñéndose mucho más el sevillano á imitar al latino, que el insigne maestro Leon. Estas dos inspiradas producciones, dice un ilustrado colector de las obras de nuestros poetas de aquellos tiempos (1), merecen estudiarse como joyas literarias de España. No obstante, el famoso agustino excede sin duda alguna á Medrano en entonacion, en valentia, en el raudo movimiento, y en el vivo colorido que le inspira este rasgo brillantísimo de su nú-

(1) D. Adolfo de Castro. *Poetas líricos de los siglos* XVI *y* XVII. Biblioteca de Autores Españoles.

men. En su oda tienen mayor realce y animacion las pasiones; revelan de una manera más fuerte la emocion del espíritu á los infortunios de la patria: hállanse expresados sus temores con arrogancia y rapidez en aquellos períodos cortados:

Acude, corre, vuela,
Traspasa la alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano.

Esta obra es excelente en todas sus partes, como dice Marmontel en su *Discurso sobre el poema lírico*, al considerarla como clásico modelo que revela la bondad de nuestra lengua para la poesía.

No es nuestro ánimo establecer un parangon entre esta obra y la de Medrano, aunque en nada rebajaria aquella el mérito superior de la del poeta andaluz. Por otra parte, Luis de Leon se propuso prestar más vuelo á su fantasía, y no se ajustó tanto al texto que le sugeria tan felices pensamientos, mientras que Medrano, más traduce que imita. A continuacion copiamos algunas estrofas de la composicion de este último:

Rendido el primer godo á la primera
Y última hermosura que en el suelo
Vió el sol, del Tajo estaba en la ribera,
Moviendo invidia al cielo
De su adorada fiera.

. . . .

¡Oh mal dulce deleite! Puso luego
Calma enojosa en su corriente el rio
Para advertir, aunque ofendido, al ciego
Rey en su desvario
Del hierro así y del fuego
Que le amenaza: «En punto desdichado
Ofendiste á esa hermosa ¡oh godo injusto
Que vengará con tanto y tal soldado
Africa, de tu gusto
Y tu real estado.

. . . .

»Ya suena el atambor, ya las banderas

Se despliegan al viento, ya obedientes
Al acicate, corren en hileras
Los ginetes ardientes
Y las yeguas ligeras.

. . . .

»Conocerás allí al nunca vencido
Almanzor, que en tu mengua se engrandece;
Mas al Conde, ¡ay! ¿no ves cuán sin sentido,
Y hierve y se enfurece,
Buscándote ofendido?

. . . .

»Traerá, présago yo, al godo su dia,
Tras no muchos diciembres, la africana
Armada, que ya el cielo airado guia;
Caerá tu soberana
Y antigua monarquía.»

En la oda que dedica á Felipe III entrando en Salamanca, sobresale Medrano por sus elevados conceptos, su entonacion valiente, y esos rasgos propios de los cantos líricos:

Alienta, alienta, tu nativo instinto,
Generoso leon, y con la cola,
Que atras de mil hazañas vas dejando,
Azota tu corage, pues no es sola
La sangre de un invicto Carlos Quinto;
De un D. Juan, y de un Alfonso y de un Fernando
La que en tus venas arma está tocando.

Igualmente se muestra ingenioso, á la par que revela un juicio recto é ilustrado, en el soneto dirigido al mismo monarca, en su visita á las doctas aulas de aquella célebre ciudad:

Honra ahora á las letras, y con ellas,
Escudo de tu padre y de sus leyes,
Da á la paz el dominio de tu tierra.
De tu abuelo despues sigue las huellas
Pues igualmente es propio de los reyes
Amar la paz y ejercitar la guerra.

Como ejemplo de dulzura y facilidad, puede ofrecerse este otro soneto amoroso:

Borde Tórmes de perlas sus orillas
Sobre las yerbas de esmeralda, y Flora
Hurte para adornarlas, á la aurora
Las rosas que arrebolan sus mejillas.
Viertan las turquesadas maravillas
Y junquillos dorados que atesora
La rica gruta, donde el viejo mora,
Sus driadas en cándidas cestillas,
Para que pise Margarita ufana,
Tierra y agua llenando de favores;
Mas si uno y otro mira con desvío,
Ni las ninfas del Tórmes viertan flores,
Ni rosas hurte Flora á la mañana,
Ni su orilla de perlas borde el rio.

¿Puede expresarse con mayor elegancia que lo hace nuestro ingénio en este otro soneto, que la aüsencia nunca es causa del olvido en el corazon que bien ama?

Quien te dice que ausencia causa olvido
Mal supo amar, porque si amar supiera,
¿Qué la ausencia? La muerte nunca hubiera
Las mientes de su amor adormecido.
¿Podrá olvidar su llaga un corzo herido
Del acertado hierro, cuando quiera
Huir medroso con veloz carrera
Las manos que la flecha han despedido?
Herida es el amor tan penetrante,
Que llega al alma, y tuya fué la flecha
De quien la mia dichosa fué herida.
No temas, pues, en verme así distante;
Que la herida, Amarili, una vez hecha,
Siempre, siempre y do quiera será herida.

Vemos tambien entre los sonetos de Medrano, uno que dedica *A las ruinas de Itálica*, cuyo principio es muy semejante á la cancion de Rioja á las mismas; lo que pudiera hacer fijar, suponiendo que imitase á este último, la época en que floreció, que en tal caso debió ser algo entrado el siglo XVII (1). Así comienza:

(1) Hicimos esta observacion en el concepto de que Rioja, y no Rodrigo Caro, fué el autor de la cancion expresada. En otra nota anterior dejamos rectificado este error, en que no hemos sido los únicos en incurrir, cuando escribimos la presente Memoria.

Estos de rubia mies, campos agora,
Ciudad fué un tiempo Itálica. Este llano
Templo fué, en que á Teodosio y á Trajano
Puso estátuas su gente vencedora.

Este autor, segun creemos haber hecho evidente, es digno de figurar entre los primeros de la famosa escuela sevillana. Por lo mismo que no ha sido apreciado en lo que vale hasta nuestros tiempos, hubiéranos agradado detenernos aún más en el exámen de sus obras; pero otros no menos distinguidos ingénios, reclaman ya á su vez nuestra atencion.

Es el primero de estos, otro ilustre sevillano, amantísimo del estudio y generoso protector del saber, y acaso el que más sobresale entre todos como imitador de Herrera. Célebre fué por sus favores y liberalidades entre los ingénios menesterosos; y estos, más que por su nombre, el de D. Juan de Arguijo, lo ensalzaban con el de Mecenas. Pródigo en demasía en sus dádivas y limosnas, así como en sus magnificencias y agasajos, llegó á verse reducido á una notable estrechez en los postreros años de su vida. Tanta largueza, si bien censurable por su exceso cuando su móvil es la vanidad, era efecto en tan desprendida persona, de sus nobles instintos, y en mucha parte, sin duda, de su aficion á las letras, y de su digno afan de festejar y acudir á los que las cultivaban. Hemos citado esta particularidad, por lo que habla en favor del carácter generoso y elevado de nuestro ingénio, conocido tambien por *Arcicio*, nombre poético que adoptó.

Cuando la pluma puede consignar estos brillantes rasgos del alma, en verdad que es más hábil que el pincel afortunado, que pretende, al trasladar al lienzo las facciones de un hombre no vulgar, animarlas con la expresion del génio ó de la virtud.

Dice Boileau que Apolo inventó el soneto para tormento de los poetas, y aûn pretende que vale tanto como un poema el que sale exento de defectos. Preciso es confesar que por difícil que sea la breve composicion á que se dá tal nombre, exagerado es el aserto del célebre autor francés. Casi todos nuestros antiguos ingénios, dados con extremada aficion á este género de poesía italiana, supieron vencer sus dificultades, y muchos son los que pu-

dieran citarse como buenos modelos. Los de Arguijo se hallan en este caso. El maestro Francisco de Medina, cuya opinion sobre otros poetas de su patria, hemos tenido ya ocasion de conocer, se expresa así, refiriéndose á este último: «O yo estoy tan olvidado de esta facultad, ó es el autor de los sonetos tan aventajado en ella, que los dientes de la lima no hallan en qué hacer presa, por más que los aguce la mala intencion de quien tiene más de Zoilo que de Aristarco.»

Razon tiene Medina: ninguno de ellos puede calificarse de mediano: todos son buenos, y algunos de un mérito extraordinario. En todos se admira esa soltura, esa rotundidad tan necesaria á esta clase de composicion; y si algun defecto, decimos mal, porque en nuestro poeta no llega á serlo declarado; si algo pudiera imprimir ligerísima sombra, aunque rara vez, en aquellos, es cierta inclinacion al estilo conceptuoso, que, moderado por el buen gusto, no toca en *gongorino* (1). Torciéndose por esta senda, puede verse el génio más inspirado y la inteligencia más clara, en un verdadero peligro, mientras mayores sean sus alardes de lirismo y más altos sus vuelos en las excursiones por el inmenso campo de la fantasía.

Lástima es que Arguijo, como tantos ingénios de su tiempo, incurriese en la falta de que nos hemos lamentado, desdeñando los asuntos de la patria historia. ¡Cuánto los hubiera sublimado su númen feliz, tan inclinado á los de las antiguas y extrañas naciones, haciéndolos más populares y estimados de la generalidad de las gentes!

La reducida extension del soneto puede hacer difícil expresar,

(1) Refiriéndose el citado Medina en sus *Apuntamientos á los sonetos de Arguijo*, á uno de ellos, el titulado *A Baco*, en que se vé manifiestamente esta inclinacion, dice con especial donaire «La fanfarria poética de este último terceto parece de algun trovador nacido y crecido en la *Rua nova de Lisbona*. Salga por ende de Castilla.

»Este soneto seria bueno á sus solas, pero no lo parece puesto en decena de otros mejores; podemos decir de él, lo que dijo el cazador vizcaino del ruiseñor que mató. «Amigo mio, todo sois palabras.» Habíale agradado el estruendo del canto, mas no le agradó la sustancia del cuerpo.»

sin omisiones y con la claridad debida, un asunto que por su índole reclama campo más anchuroso á la inspiracion, y menos sujecion á las ideas y á los afectos. Por los estrechos límites en que se encierra, exige el menor artificio en la frase y la mayor concentracion del pensamiento: de aquí lo acabado de una obra de este género, cuando se consigue reunir en ella ambas cualidades. Segun el docto crítico Luzan, más debe apreciarse un soneto afectuoso de un poeta de buen gusto, que todos los conceptos, toda la afectacion de Góngora, y de otros del mismo estilo.

Las composiciones de esta clase, del ingénio á que nos referimos, reunen, pues, aquellas buenas circunstancias. Adviértese en ellas á la vez, la elevacion de Herrera y la filosofía de Rioja. Los graves pensamientos en que abundan, se hallan aún más realzados, por lo mismo que tan estrechos son los límites de este género de poesía. Verdad es, que obra maestra debe llamarse aquella en que se reasumen las ideas, las imágenes, con perfeccion atinada, ofreciendo, puede decirse, la exencia de la inspiracion. Ya recuerde un héroe de la antigüedad, ya un suceso notable de la historia griega y romana, ya un asunto mitológico, tratando de imitar, para ser superior, á los clásicos latinos y de la Grecia; siempre es Arguijo correcto y elevado, siempre da á cada una de estas cortas producciones, el carácter de un verdadero poema, impregnado de ese sabor antiguo y delicado, que revela al hombre que ama juiciosamente el estudio, y une á esta cualidad una gran viveza de imaginacion.

Si sus sesenta sonetos fuesen otras tantas poesías de proporciones más extensas, no le hubieran dado mayor nombre, ni un puesto más distinguido que el que ocupa entre los poetas de Sevilla y los de todo nuestro parnaso.

Tal vez fuera necesario hacer una relacion casi completa de sus composiciones de este género, para señalar las que son dignas de admiracion y de estudio. A nuestro juicio, pueden citarse, sin embargo, como tales, más especialmente, las que titula: *Al Guadalquivir, A Tántalo, A Pompilio, A Ulises, A Lucrecia, A Icaro, A Ariadna, A Curcio, La calma y la tempestad, A Eumelo* y *Las Estaciones*.

A riesgo de incurrir en el defecto de prolijos, copiamos las siguientes:

AL GUADALQUIVIR.

Tú, á quien ofrece el apartado polo,
Hasta donde tu nombre se dilata,
Preciosos dones de luciente plata
Que invidia el rico Tajo y el Pactolo;
Para cuya corona, como á sólo
Rey de los rios, entreteje y ata
Palas su oliva con la rama ingrata
Que contempla en tus márgenes Apolo;
Claro Guadalquivir, si impetuoso
Con crespas ondas y mayor corriente
Cubrieres nuestros campos mal seguros,
De la mejor ciudad, por quien famoso
Alzas igual al mar la altiva frente,
Respeta humilde los antiguos muros,

LAS ESTACIONES.

Vierte alegre la copia en que atesora
Bienes la primavera, da colores
Al campo y esperanza á los pastores
Del premio de su fé la bella Flora,
Pasa ligero el sol á donde mora
El cancro abrasador, que en sus ardores
Destruye campos y marchita flores,
Y el orbe de su lustre descolora;
Sigue el húmedo otoño, cuya puerta
Adornar Baco de sus dones quiere;
Luego el invierno en su rigor se extrema.
¡Oh variedad comun, mudanza cierta!
¿Quién habrá que en sus males no te espere?
¿Quién habrá que en sus bienes no te tema?

Á LA MUERTE DE CICERON (1).

Detén un poco la cobarde espada,
Cruel Pompilio, ingrato, y considera
La injusta empresa que á tu brazo espera,
Y largos siglos ha de ser llorada.

(1) Entusiasmado á la belleza de esta composicion, exclama Medina: «Vos, soneto, sois el mejor que leí en mi vida, y sin tocaros, os venero de léjos.»

¿Posible es que se vé tu mano armada
Contra el gran Tulio, á quien librar debiera
En igual recompensa de la fiera
Muerte, á tu ingratitud recomendada?
¡Oh, cuán poco aprovecha la memoria
Del recibido bien, que al obstinado
Ninguna cosa de su error le muda!
Desciende el golpe sobre la alta gloria
De la latina lengua; y derribado
Deja el valor, y la elocuencia muda.

LA TEMPESTAD Y LA CALMA.

Yo ví del rojo sol la luz serena
Turbarse, y que en un punto desparece
Su alegre faz, y en torno se oscurece
El cielo con tiniebla de horror llena
El austro proceloso airado suena,
Crece su furia y la tormenta crece,
Y en los hombros de Atlante se estremece
El alto Olimpo y con espanto truena;
Mas luego ví romperse el negro velo
Deshecho en agua, y á su luz primera
Restituirse alegre el claro dia,
Y de nuevo esplendor ornado el cielo
Miré y dije: ¿Quién sabe si le espera
Igual mudanza á la fortuna mia?

Otro no más, para concluir.

Á JULIO CÉSAR MIRANDO LA CABEZA DE POMPEYO.

Presenta ufano á César victorioso
El tirano de Ménfis inclemente
La temida cabeza que al Oriente
Tuvo al son de las armas temeroso.
No pudo dar el corazon piadoso
Enjutos ojos ni serena frente
Al don funesto; mas gimió impaciente
De tal crueldad, y repitió lloroso:
«Tú, gran Pompeyo, en la fatal caida
Serás ejemplo de la humana gloria
Y cierto aviso de su fin incierto.
»¡Cuánto se debe á tu virtud crecida!
¡Cuán costosa en tu muerte es mi vitoria!
Vivo te aborrecí, te lloro muerto.»

Basta ya; y resistamos nuestro vivo deseo de reproducir para complacencia nuestra y del que nos honre, fijando sus ojos en estas líneas, otros no menos notables y dignos de eterna alabanza.

La extensa cancion que dedica Arguijo á la muerte de un amigo suyo, si bien afectuosa y tierna, no es tan acreedora en nuestro concepto, á los grandes elogios que Sedano, le tributa, en el *Parnaso español*. Hállase tambien entre sus poesías, otra piadosa del mismo género, publicada por el padre Martin de Roa en sus *Santos de Jerez*, que hizo en la fiesta consagrada en dicha ciudad á los mártires Eustaquio y Estéban; la cual creemos, asimismo, que no es de las llamadas á encumbrar el nombre de este poeta al punto que merece. Más notable juzgamos, por su melancólica ternura, su silva *A la vihuela*, aquel *dulce instrumento que templaba su dolor*, y que con tanta habilidad tañía, segun dice Caro. Tambien es autor de una epístola en esdrújulos discretamente versificada.

Enemigo nuestro vate de la lisonja, á la que ninguno como él debió hallarse expuesto, siquiera fuese empleada por aquellos que aspiraron á granjearse su voluntad y sus liberalidades, supo, con excelente juicio y claro entendimiento, permanecer superior á los halagos, y hasta mirar con ódio la adulacion que tanto humilla al que la emplea como al que la recibe. Así lo nota Lope de Vega, en la dedicatoria que le hizo de su *Dragontea*, á la vez que encomia sus brillantes dotes. «Si como de amigos familiares, dice, fueran de todos vistos los versos que vuestra merced escribe, no era menester mayor probanza de lo que aquí se trata; que huyendo toda lisonja, como quien sabe cuánto vuestra merced la aborrece..... dudo que se hayan visto más graves, limpios y de mayor decoro, y en que tan altamente se conoce su peregrino ingénio.»

No falta quien le conceda al elegante *Arcicio* alguna superioridad sobre Rioja, por aproximarse más al *divino* poeta sevillano en su estilo y grandilocuencia. Parécenos inoportuna esta comparacion; puesto que si en algunos casos el uno es inferior al otro, ambos por lo general, y acaso más Rioja, por la índole y

extension de sus composiciones, llegan á colocarse á la misma altura que aquel gran maestro de su escuela.

Con la misma indiferencia con que por largo tiempo fuéron considerados aquellos hombres eminentes que ilustraron la época en que vivieron, y de que nos hemos dolido al hablar de Medrano, se ha visto hasta nuestros dias otro ingénio no menos apreciable, y que forma parte de este grupo glorioso que nos hemos propuesto reunir, de aquellos adalides del saber que alzaban sus tiendas en las márgenes del Bétis, y cuyo insigne caudillo es Herrera. Nos referimos á Pedro de Quirós, poeta de las mismas inclinaciones y estudios que los anteriores, dado tambien al de los antiguos clásicos latinos, y á Horacio más señaladamente. Autor de varias obras en prosa, publicadas en su tiempo, lo es tambien de algunas poesías, de las cuales, las conocidas, se han conservado inéditas hasta hace poco, en un códice que posee la Biblioteca de la catedral de Sevilla (1).

Hallamos en el carácter de este poeta, algo de la jovialidad y epigramática vena de Salinas (2), y esa misma viveza de imaginacion, hija del suelo pátrio, con que se distingüieron los ingénios precedentes, ya citados, de su escuela. Se nota, sin embargo, en su estilo cierta tendencia á ese gusto corrompido, que tan fatalmente se extendia en su época.

Algunas de sus composiciones se hallan libres de este lunar; y en prueba de ello, copiamos el dulce y sentido madrigal siguiente:

Tórtola amante, que el robre moras,
Endechando en arrullos quejas tantas,
Mucho alivias tus penas, si es que lloras.
Y pocos son tus males, si es que cantas.
Si de la que enamoras

(1) Don Adolfo de Castro ha recogido y publicado en reducido número, las poesías que ha considerado de mayor mérito de este autor, en el tomo primero de *Poetas líricos de los siglos* XVI y XVII, coleccion que ya hemos citado, y que forma parte de la *Biblioteca de Autores Españoles*.

(2) Este poeta no es el racionero de Huesca, don Manuel Salinas, epigramático tambien y traductor de Marcial. Nos referimos al doctor Juan de Salinas, ingénio sevillano.

El desden te desvia,
No durará el desden, pues tu porfía
Está un pecho de pluma conquistando.
¡Ay de la pena mia,
En que medroso y triste estoy llorando,
Y enternecer procuro
Pecho de mármol, cuanto blanco, duro!

Otras dos canciones tiene Quirós, de este mismo género. De una de ellas son estas dos estrofas:

Pensamiento atrevido,
Para estar de tí mismo confiado
Eres tan desvalido
Como de nobles causas engendrado;
Teme, si al sol te igualas,
Que á su calor se quemarán tus alas,

. . . .

En la luz de su esfera
Rigor fatal conocerás de muerte,
Si con alas de cera
De Icaro sigues la ambiciosa suerte.
Mira que es desvario
Esperar que amor venza un mármol frio.

Digno es de ser mencionado, para dar una idea del mérito de Quirós, el soneto que dedica á Itálica, cuyos pensamientos no desmerecen de los del otro ilustre cantor de sus ruinas.

Itálica, ¿do estas? Tu lozania
Rendida yace al peso de los años.
¿Quién á la luz que dan tus desengaños
En la sombra veloz del tiempo fia?
Cedió tu pompa á la fatal porfia
De tirana ambicion de los extraños;
Mas hízote el ejemplo de tus daños
Libro de sábios, de ignorantes guia.
Mal dije: no humilló tus torres claras
Tiempo ni emulacion con manos fieras;
Que, á resistirte, de los dos triunfaras.
Tu morir fué deber; que si hoy vivieras,
Ni á tus héroes más triunfos les hallaras,
Ni del mundo en el ámbito cupieras.

¡Cuánta ternura y sentimiento revela el poeta cuando exclama!

Ruiseñor amoroso, cuyo llanto
No hay robre que no deje enternecido,
¡Oh, si tu voz cantase mi gemido!
¡Oh, si gimiera mi dolor tu canto!

Pruebas son de ese númen festivo é ingenioso que indicamos se advierte en este sevillano notable, además de algunos de sus epígramas, como aquel que dirige á una que enmaridó con un calvo, las redondillas que dedica *Al breve hermoso pié de una dama.*

Dándome pié para hablar,
Mudo estoy, mi fé te empeño;
Y es que no hallo qué glosar
Sobre pié que es tan pequeño.
Flecha que el alma penetra,
Pues ves mi pluma turbada,
Ven tú, y al pié de la letra
El pié á la letra traslada.
. . . .
Esta esperanza alentó,
Dulcísima Lisi, al ver
Que amor que de piés nació
Dichoso promete ser.
. . . .
Mas en mi dulce penar,
Amado ó aborrecido,
A tus piés siempre he de estar,
Como agora estoy, rendido.

Tambien es una muestra de su elegancia y de su estilo feliz, el romance en que Daliso, más amante que venturoso,

Remando á vista de tierra.
Una de Abril, fiera tarde,
(Que ni es Abril siempre flores,
Ni siempre Enero huracanes),
Al compás de la tormenta,
Y al tenor de sus pesares,

da á los vientos sus voces y sus profundas quejas, sin que, al ver

presa de las olas su frágil barquilla, sentado sobre un peñasco, deje de exclamar:

«Amarilis ingrata,
Desde que te ví,
El mar no me mat a,
El amarte sí.»

Sentimos que sean en tan corto número las obras que se conocen de este ingénio hispalense.

De otros dos festivos poetas que, considerando su correccion y fácil lenguaje poético, puede decirse pertenecen á la misma escuela que fundó el cantor de Lepanto, hemos de tratar ahora, no sólo por el lugar oportuno que á la vez tienen aquí, sino porque los rasgos epigramáticos de Quirós, nos traen necesariamente el recuerdo de su musa maliciosa y alegre.

De uno de ellos, Baltasar de Alcázar (1), superior al otro, el doctor Juan de Salinas, no dudamos afirmar que en pureza y elegancia, dotes que une á la sencillez y facilidad más admirables, apenas tiene competidor alguno en nuestro parnaso.

Nacido este vate agudísimo en el suelo donde el donaire y el gracejo epigramático puede decirse que son patrimonio comun, admira ciertamente que entre tantos cultivadores de la poesía quienes halagaban en aquella época las placenteras brisas del á Guadalquivir, sean tan escasos los que siguiendo su ejemplo, pulsaron la lira de Cátulo y de nuestro Marcial.

Este último fué el autor predilecto de Alcázar, entre los que

(1) Tal vez no debemos considerar á Baltasar de Alcázar como uno de los poetas que siguieron el estilo de Herrera, que es el propio y genuino de la escuela sevillana. En tal caso, ciertamente que no tendria oportuna colocacion en este lugar. Su género humorístico, su originalidad hasta en el mismo lenguaje poético, le hacen una excepcion en aquella época, y le dan otro carácter, que no es el que distingue por lo comun á los vates sevillanos. Si esto es una falta nuestra, dispénsesenos en gracia al deseo que nos anima de no apartar una figura tan digna y notable, de aquellas otras que aparecen agrupadas en tiempos tan felices para las letras; de aquellos otros cisnes del Bétis, de tan gloriosos recuerdos en la historia poética de nuestra nacion.

tanto embellecieron el idioma del Lacio, y él estudió con afición tan provechosa.

Hace otro ingénio, D. Juan de Jáuregui, hijo tambien de la hermosa Sevilla, tan acertado juicio de este fácil poeta, que no dudamos en trascribirlo; dándole una justa preferencia sobre el que, tan débil é inferior, pudiera consignar nuestro buen deseo.

»Los versos de Baltasar de Alcázar, dice, descubren tal gracia y sutileza, que no sólo lo juzgo superior á todos, sino entre todos singular, porque no vemos otro que haya seguido lo particularísimo de aquella suerte de escribir. Suelen, los que escriben donaires, por lograr alguno, perder muchas palabras; mas este solo autor usa lo festivo y gracioso, más cultivado que las veras de Horacio. No sé que consiguiese Marcial salir tan corregido y limpio de sus epígramas. Y lo que más admira es, que á veces con sencilla sentencia ó ninguna, hace sabroso plato lo más frio, y labra en sus burlas un estilo tan torneado, que sólo el rodar de sus versos tiene donaire, y con lo más descuidado despierta el gusto. En fin, su modo de componer, así como no se deja imitar, apenas se acierta á descubrir.»

Alcázar, en efecto, *no pierde las palabras*; es tan atinado y conciso, como el pensamiento lo exige. La idea se manifiesta por él con una expresion feliz y llena de maliciosa agudeza, sin traspasar imprudentemente los límites del decoro y del buen gusto; sin llegar á ser frio ni mordaz, y siempre provocador de la risa y el deleite. A la verdad que no es poco estimable este don en el poeta festivo y dado al epígrama. El cultivador de este género difícil y peligroso, camina siempre por un terreno resbaladizo; y sólo su instinto delicado y gracia nativa, pueden librarle de convertirse en decidor maligno y grosero, si no es que desciende hasta vulgar, sin conseguir, á expensas de estas cualidades tan poco dignas de aprecio, el chiste sazonado y oportuno. «Es una cosa arriesgada, como dice Luzan, hacer profesion de jocosidad, pues aun los poetas que se han acreditado en ella, dijeron muchas más vulgaridades, frialdades é insipideces, que gracias.»

No así nuestro Marcial sevillano: en sus versos no hay palabra ociosa, incorrecta ó falta de oportunidad. Tal es su naturali-

dad y soltura, que en él no se trasluce el arte; en ninguna ocasion llega á hacerse sutil y conceptuoso; y no es posible que el lábio, siempre risueño á los acentos de su donosa y picaresca musa, pueda expresar una vez sola el desden, el fastidio ó el cansancio.

Otra circunstancia, esencial en el género festivo, llena cumplidamente este poeta. Sus originales agudezas, lo mismo son entendidas del hombre docto que del más vulgar: en todos excita el regocijo y el aplauso.

Sus obras no son en gran número; pero sí casi todas ellas, populares y conocidas de los admiradores del ingénio y aficionados al chiste picante pero decoroso.

¿Quién no ha visto á aquella Inés, cenando en compañía del locuaz narrador de los cuentos comenzados y nunca concluidos; oyendo á este los entusiastas encomios de los manjares y bebidas que absorben por completo su atencion?

En la famosa y chistosísima poesía á que aludimos, la de mayor extension, que siempre parecerá nueva, no hay un sólo detalle inoportuno. Todo en ella respira gracia, espontaneidad y tal colorido y viveza, que parece escrita para despertar el apetito ó promover la envidia del ménos gloton y partidario del alegre númen de los beodos.

Casi creemos ofender al lector ofreciéndole íntegra esta deliciosa *Escena*, como su autor la llama, que con seguridad ha de serle conocida; pero no ha de llevar á mal la reproduzcamos, en nuestro deseo, tanto de renovarle el placer que siempre despierta su lectura, como de dar una tregua al cansancio que deben producirle nuestras observaciones. Hé aquí dicha composicion:

En Jaen, donde resido,
Vive Don Lope de Sosa,
Y diréte Inés la cosa
Más brava de él que has oido.
Tenia este caballero
Un criado portugués...
Pero cenemos, Inés,
¿Si te parece, primero.
La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,

Las tazas del vino á punto;
Falta comenzar la fiesta.
  Comience el vinillo nuevo
Y échole la bendicion;
Yo tengo por devocion
El santiguar lo que bebo.
  Franco fué, Inés, este toque;
Pero arrójame la bota,
Vale un florin cada gota
De aqueste vinillo aloque.
  ¿De qué taberna se trajo?
Mas ya... de la del Castillo;
Diez y seis vale el cuartillo;
No tiene vino más bajo.
  Por nuestro Señor, que es mina
La taberna de Alcocer;
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.
  Si es ó no invencion moderna,
Vive Dios, que no lo sé,
Pero delicada fué
La invencion de la taberna;
  Porque allí llego sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dánmelo, bebo,
Págolo, y vóime contento.
  Esto, Inés, ello se alaba,
No es menester alaballo,
Sólo una falta le hallo,
Que con la prisa se acaba.
  La ensalada y salpicon
Hizo fin; ¿qué viene ahora?
La morcilla, ¡oh gran señora,
Digna de veneracion!
  ¡Qué oronda viene y qué bella!
¡Qué través y enjundia tiene!
Paréceme, Inés, que viene
Para que demos en ella.
  Pues sus, encójase y entre;
Que es algo estrecho el camino...
No eches agua, Inés, al vino;
No se escandalice el vientre.
  Echa de lo tras añejo,

Porque con más gusto comas:
Dios te guarde, que así tomas,
Como sabía, mi consejo.
Más di, ¿no adoras y precias
La morcilla ilustre y rica?
¡Como la traidora pica!
Tal debe tener especias.
¡Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
Y asada por esas manos,
Hechas á cebar lechones.
El corazon me revienta
De placer: no sé de tí,
¿Cómo te va? Yo por mí
Sospecho que estás contenta.
Alegre estoy, vive Dios:
Mas oye un punto sutil;
¿No pusiste allí un candil?
¿Cómo me parecen dos?
Pero son preguntas viles;
Ya sé lo que puede ser:
Con este negro beber
Se acrecientan los candiles.
Probemos lo del Pichel,
Alto licor celestial:
No es el aloquillo igual,
Ni tiene que ver con él.
¡Qué suavidad! ¡qué clareza!
¡Que rancio gusto y olor!
¡Qué paladar! ¡que color!
¡Todo con tanta fineza!
Mas el queso sale á plaza,
La moradilla va entrando,
Y ambos vienen preguntando
Por el Pichel y la taza.
Prueba el queso, que es extremo,
El de Pinto no le iguala;
Pues la aceituna no es mala,
Bien puede bogar su remo.
Haz, pues, Inés, lo que sueles,
Daca de la bota llena
Seis tragos: hecha es la cena,

Levántense los manteles.
Ya, Inés, que habemos cenado
Tan bien y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.
Pues sabrás, Inés hermana,
Que el portugués cayó enfermo...
Las once dan, yo me duermo:
Quédese para mañana.

Nuestro poeta siguió en sus años juveniles, el noble ejercicio de las armas, y militó con gloria y bizarría en las galeras de D. Alvaro Bazan, primer marqués de Santa Cruz. Vióse en aquella época prisionero del francés; pero consiguiendo al cabo su rescate, regresó á su país natal, donde se consagró al estudio de las letras y de las ciencias, cuya aficion conservó siempre en la agitada existencia del soldado. Entónces, no tan sólo por su noble nacimiento y honrosa posicion en la sociedad sevillana, sino tambien por sus prendas dignas de estima, grangeóse el aprecio de sus conciudadanos, y vivió feliz ejerciendo señalados destinos, propios de su clase, y cultivando el sabroso é íntimo trato de los sábios humanistas y poetas que en aquella centuria daban gloria á Sevilla, entre los cuales se contaban Fernando de Herrera, Juan de Malara, Pacheco, Argote de Molina y Diego Giron.

Es indudable que, tanto la vida poco sosegada de su juventud, cuando su diestra se ocupaba más del acero que de la pluma, variable y sujeta á tan contrarias impresiones, y que estimulaba por su índole al desenfado del ingénio; como la amistad con aquellos insignes varones, que tan provechosa debió ser para el comun esplendor de las letras; todo esto, unido á su nativa gracia y carácter discretamente malicioso, contribuyó á hacerle el poeta de viva imaginacion, y el más elegante y castizo, á la vez que epigramático.

Algunas de sus poesías tienen tal semejanza entre sí, y un carácter tan análogo, que parecen más bien copias unas de otras. Veamos en confirmacion de esto mismo, las siguientes, entre las cuales algunas de ellas son idénticas en su pensamiento á la

titulada *La cena ó El cuento interrumpido*, que acabamos de copiar, y todas dignas de mencionarse por su gracia é ingénio.

Revelóme ayer Luisa
Un caso bien de reir;
Quiérotelo, Inés, decir
Porque te caigas de risa.
Has de saber que su tia...
No puedo de risa, Inés;
Quiero reirme, y despues
Lo diré cuando me ria.

——

Donde el sacro Bétis baña
Con manso curso la tierra,
Que entre sus muros encierra
Toda la gloria de España,
Reside Inés la graciosa,
La del dorado cabello;
Pero ¿á mí qué me vá en ello?
Maldita de Dios la cosa.

——

Hay en el cielo segundo
La estrella Hérmes famosa,
Y refiérese una cosa
La más donosa del mundo;
No saben quién la refiere,
Mas yo sabré de él lo cierto,
Si sé quién es y no es muerto,
Si le hallo y él quisiere.

En los cuentos, en los madrigales, en las letrillas y apólogos de este culto poeta, siempre resalta el chiste epigramático que, sin ser cáustico y maldiciente, llega en ocasiones, á tomar un súbito color, envolviendo quizás algun rasgo epicúreo. Rara vez, sin embargo, adolece un tanto, sino del descarado cinismo, de la malignidad tan comun en los antiguos y modernos poetas que han cultivado este género.

Citarémos algunos de sus epígramas, y no aquellos demasiado espresivos, por su inconveniencia en este lugar; aunque sean felices por su donaire; recelando, no menos, pecar de importunos;

porque cualquiera que escojamos, ha de ser desde luego conocido del lector.

Tus cabellos estimados
Por oro contra razon,
Ya se sabe, Inés, que son
De plata sobredorados.
Pues querrás que se celebre
Por plata lo que no es;
Dar plata por oro, Inés,
Es vender gato por liebre.

——

Tu nariz, hermosa Clara,
Ya vemos visiblemente
Que parte desde la frente;
No hay quién sepa dónde para.
Más, puesto que no haya quién,
Por derivacion se saca
Que una cosa tan bellaca
No puede parar en bien.

El siguiente, sobre todo, puede ofrecerse como un modelo de esquisita perfeccion.

En un muladar un dia
Cierta vieja sevillana,
Buscando trapos y lana,
Su ordinaria granjería,
Acaso vino á hallarse
Un pedazo de un espejo,
Y con un trapillo viejo
Lo limpió para mirarse.
Viendo en él aquellas feas
Quijadas de desconsuelo,
Dando con él en él suelo,
Le dijo: «¡Maldito seas!»

Trasciende en más de una poesía de este festivo ingénio, cierto olor culinario, cierto perfume estomacal y confortante, que hasta se confunde con las dulces y espirituales galanterías del amor. Y esta observacion nos trae á la memoria aquella que comienza:

Tres cosas me tienen preso
De amores el corazon:
La bella Inés, el jamon,
Y berengenas con queso.

Repetidas veces hallamos á esta pobre Inés, oyendo pacientemente al poeta, ante una mesa bien provista, discurrir sobre la excelencia de los manjares, y pospuesta por lo comun, en sus sibaríticas alabanzas.

Exigencia es, sin duda, que en toda obra poética, por breve que sea en su forma, ó frívola y ligera en su asunto, haya de encerrarse siempre una máxima ó un objeto filosófico: algo debe darse sólo á la expansion y solaz del espíritu, guardando siempre las reglas convenientes, que prescriben el decoro, y los sanos principios morales; pero sí consideramos el género satírico, y el epígrama especialmente, como el que más se presta á corregir los vicios y los defectos de la sociedad, con la poderosa arma del ridículo; bien exagerando sin escarnecer; bien prodigando sus lecciones con halagadora apariencia. La obra más perfecta de esta clase, es sin duda, la que cumple tales condiciones, si es breve y correcta á la vez, y lleva en la agudeza su característico sello. Algunos de los epígramas de Alcázar llenan en nuestro concepto aquellas cualidades: siendo imposible que en tiempo alguno, dejen todos de excitar placentera sonrisa, y de ser comprendidos y apreciados aún por las inteligencias más vulgares.

La artificiosa composicion de Alcázar titulada *El Eco*, no pasa de ser un juguete literario, demasiado extenso para el asunto; si bien escrito con el donaire y facilidad que tanto distinguen á este poeta. Es un diálogo entre un galan, ausente de la que vió rendida á sus amores, y asáz inquieto por la fidelidad que puede guardarle, y aquella ninfa castigada de Juno por un intrigüelas en favor del infiel Tonante, y por su excesiva facundia, al suplicio más terrible y cruel para cualquiera de su sexo; á no hablar sino preguntada, y en este caso, sólo repitiendo las últimas silabas del discurso que á ella se dirija. No son infundados los recelos del pobre ausente: el malicioso eco le descubre la perfidia de su amada, en sus lacónicas respuestas.

GALAN. ¡Que en tales trances y puntos
Inés con otro se halla!
Dí cómo los viste, y calla
Las circunstancias y adjuntos.
ECO. Juntos.
GALAN. Ella fué nave sin lastre,
Que dió conmigo al través;
Y ¿de qué calidad es
El autor de mi desastre?
ECO. Sastre.

«Los *Ecos*, dice el ya citado Luzan, que en el siglo pasado (el xvii), y aun en este, se tuvieron por gala preciosa de los versos; no son sino un juguete muy pueril que tambien se halla practicado por algunos poetas griegos y latinos, y por los vulgares de otras naciones; y en concepto de tal juguete, se puede sufrir alguna vez.» Si alguno mereciera exceptuarse por lo ingenioso, de esta regla general, seria ciertamente el de Baltasar de Alcázar.

Hállase entre las obras de este poeta, una traduccion de Horacio, en correctas redondillas: no es este el género de composicion que más se presta á trascribir á nuestro idioma los felices pensamientos del poeta latino.

No falta quien eche de ménos, y se duela con razon al admirar el talento festivo y la facilidad asombrosa de Alcázar, que este no se emplease en el diálogo de la buena comedia. Y en efecto, pocos atesoraban dotes más excelentes para cultivarlo. Más adelante, y con la brevedad que nos sea posible, nos proponemos indicar algo sobre el imperio que ejerció Talia en los ingénios sevillanos. Si bien es cierto, que no es en la poesía dramática donde alcanzaron estos mayores triunfos, tambien lo es, que tan elocuente musa, no dejó de prodigar sus inspiraciones en la hermosa Híspalis, escogiendo en ella el poeta llamado á crear verdaderamente el teatro español.

Alguna vez trocó el autor de la *cena jocosa*, el tono risueño y picaresco que le era habitual, por el grave del pensador cristiano; y en este concepto le debemos dos sonetos y una epístola. Uno de los primeros, trata del poder de Dios, y el otro de la misteriosa

impenetrabilidad de la muerte. La segunda lleva por título: *Epístola divina hecha á modo de enfados, en nombre de una dama*. Enfádanle en ella á esta señora, todas las grandezas, bienes y prosperidades del mundo, que pueden apartarla de Dios.

Enfádame, Señor, verme señora
De tantos adorada, y por ventura
Por adorarme alguno, no os adora.

Y despues de expresar sus enfados de tan original manera, concluye:

Finalmente, Señor, sólo agradarme
Puede, entre tanto como aquí me enfada,
Ver que de vos me viene el enfadarme,
Y que es lo que de mí más os agrada.

En esta composicion, aunque por su índole, séria y grave, se manifiesta el carácter siempre original de Alcázar. Sin embargo, no es este el género en que estaba llamado á sobresalir, ni el que habia de proporcionarle merecidos lauros.

En una obra notable, premiada por su mérito (1), se hallan dos excelentes poesías inéditas de Alcázar, en las que este se presenta bajo un nuevo aspecto. Dejando en ellas ese tono casi siempre picante y malicioso, describe enérgica y magistralmente la cruel pasion de los celos. Hé aquí de qué manera:

Son un verdugo feroz
A infames obras sujeto,
Y un pregonero secreto
Que habla sin lengua y voz.
Son mar de tormenta y calma,
Donde nadie nos defiende:
Hierro que en el alma prende,
Y se arranca con el alma.
Ponen la paz en destierro,
Y son una piedra imán
Que contínuamente están
Trayendo por fuerza el hierro.
. . . .

(1) *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*, formado con los apuntamientos de D. Bartolomé José Gallardo, coordinados y aumentados por D. M. R. Zarco del Valle y D. J. Sanchez Rayon. Obra premiada por la Biblioteca Nacional

Entre dudar y creer
Vacilando perseveran;
No son nada, si algo fueran
Pudiendo dejar de ser.

. . . .

Curiosidad insaciable,
Malicia de sed ardiente,
Hacen cierto lo aparente
Y lo imposible palpable.

. . . .

De agüeros sacan afrenta,
Desconfianza obstinada,
Celos que no siendo nada
Hacen infinita cuenta.

No parecen, á la verdad, estos versos vigorosos, del mismo autor del villancico en que tambien habla de los celos con tono bien diferente.

Conténtate ya, rapaz,
De las travesuras hechas,
Depon el arco y las flechas;
Tengamos la fiesta en paz.

. . . .

No me obligues á más duelos,
Ni á ver con ciego error
Aquel amargo licor
Que en tu casa llaman celos.

No hubo de ser nuestro poeta muy cuidadoso de conservar los preciados frutos de su ingénio, segun expresa Pacheco al elogiar dos de sus composiciones. «Las cosas, dice, que hizo este ilustre varon, viven por mi solicitud y diligencia; porque siempre que lo visitaba, escribia algo de lo que tenia guardado en el tesoro de su felice memoria. Pero entre tantos sonetos, epístolas, epígramas y cosas de donaire, la *Cena jocosa* es una de las mas lucidas obras que compuso, y el *Eco*, de lo mas trabajoso y artificioso que hay en nuestra lengua.»

No fué sólo este estimable crítico, á quien deben los apasionados de las letras el gran servicio de la conservacion de joyas de tanto valimiento, con el que Alcázar tuvo sus confianzas y las expansiones de la mas tierna amistad. Varios son los versos que

dirigió á aquel hábil poeta y artista, y la última composicion que hizo, titulada *El Trueco*, se la dedicó, demandándole al mismo tiempo sus consejos para vivir alejado del mundo y sus malicias. Otro discreto varon, llamado D. Ambrosio Sarmiento, era tambien antiguo amigo suyo y depositario de sus pensamientos mas íntimos: de aquellos graves y sentenciosos que se posesionaron de su espíritu en los últimos años de su vida. Este, conocido sólo hasta hace poco, por aquellas aplaudidas estrofas que comienzan «Deseais, señor Sarmiento...» segun un infatigable investigador de cuantas glorias pueden enaltecer á Sevilla, su patria (1), era un caballero rico en fortuna y en viveza de ingénio, avecindado en aquella ciudad, y con quien Alcázar paseaba todas las tardes, por sus amenos y pintorescos alrededores.

El poeta alegre y malicioso, no es el mismo en su ancianidad; el tono de sus poesías adquiere con los años un tinte melancólico y triste, que revela distintas sensaciones, y otros sentimientos más levantados y solemnes. Sin embargo; siempre en ellas existe algo del autor de la famosa *Cena*, aún en los momentos en que los achaques de una grave enfermedad, y el cansancio que causan los años, postran el ánimo más entero. Oigámosle exclamar en esta triste época de su vida:

Tengo la cabeza rota,
En esta cama tendido,
Del cruel dolor herido
Que el médico llama gota.

Entónces el buen Alcázar, que siempre fué cumplido en sus deberes sociales y religiosos, se consagró al cultivo de la poesía moral y filosófica; y prueba es de este cambio, que debió llenar de dulce melancolía el semblante risueño y lleno de la picaresca expresion de su graciosa musa, la composicion que ya hemos citado, dirigida á su amigo Sarmiento.

Deseais, señor Sarmiento,
Saber en estos mis años,
Sujetos á tantos daños,
Cómo me porto y sustento.

(1) D. Antonio Gomez y Acebes.

Yo os lo diré en brevedad,
Porque la historia es bien breve,
Y el daros gusto se os debe
Con toda puntualidad.

Salido el sol por Oriente,
De rayos acompañado,
Me dan un huevo pasado
Por agua, blando y caliente,

Con dos tragos del que suelo
Llamar yo néctar divino,
Y á quien otros llaman vino
Porque nos vino del cielo.

Cuando el luminoso vaso
Toca en la meridional,
Distando por un igual
Del Oriente y del Ocaso,

Me dan asada y cocida
De una gruesa y gentil ave,
Con tres veces del suave
Licor que alegra la vida.

Despues que cayendo viene
A dar en el mar hesperio
Desamparando el imperio
Que en este horizonte tiene,

Me suelen dar á comer
Tostadas en vino mulso,
Que el enflaquecido pulso
Restituyen á su ser.

Luego me cierran la puerta,
Yo me entrego al dulce sueño;
Dormido soy de otro dueño,
No sé de mí nueva cierta.

Hasta que habiendo sol nuevo,
Me cuentan cómo he dormido;
Y así, de nuevo les pido
Que me den nectar y huevo.

Ser vieja la casa es esto,
Veo que se va cayendo;
Voile puntales poniendo,
Porque no caiga tan presto.

Mas todo es vano artificio;
Presto me dicen mis males

Que han de faltar los puntales
Y allanarse el edificio.

Nada más añadirémos sobre este esclarecido poeta, siempre gloria de la poesía sevillana. La última muestra que damos de su ingénio, es una prueba de lo viva y lozana que se conservó su brillante imaginacion, cuando ya los padecimientos y los años amargaban y entristecian su existencia.

Unido al nombre de Alcázar, ofrecimos á la vez, el de otro festivo ingénio, de quien ahora nos corresponde tratar. El doctor Juan de Salinas, poeta, como aquel, de donosa vena y notable imaginacion, no merece, sin embargo, colocarse á su misma altura. El comensal de Inés, le aventaja indudablemente, así como á todos los que en nuestro antiguo parnaso cultivaron el género festivo.

Algun tanto conceptuoso nuestro doctor, sin llegar á ser oscuro, mostróse siempre en sus obras correcto y atinado; sazonándolas no pocas veces con el chiste discreto, y con los afectos que inspira el buen gusto y una clara inteligencia. Otra cualidad le distingue sobremanera: su aficion al epígrama un tanto punzante, del que ni aun sus amigos se hallaban exentos.

Las dos siguientes composiciones son dos bellos rasgos de la delicadeza de estilo de este autor.

Epitafio á un jabalí que mató la Duquesa de Osuna, que fué hermosísima señora:

Un jabalí yace aquí,
Muerto por una deidad;
Muriera de vanidad
Otra vez á estar en sí.
No fué sólo el jabalí
El muerto; que no hallarás
Caminante que jamás
Quede en la selva con vida;
Que este murió de la herida,
Y de envidia los demás.

Celebra el Doctor un tiro que la misma Duquesa hizo á unos gorriones.

Belisa á cinco tiró
Gorriones, y á cuatro dellos
Antes con sus ojos bellos,
Que con el tiro mató.
El otro sólo quedó,
Y luego se fué á un desierto,
Y sobre un peñasco yerto
Escribió el pico dorado:
«Aquí yace un desdichado
Que murió de no haber muerto.»

En el género festivo muéstrase asáz malicioso é intencionado, en más de una ocasion. Entre sus epígranas los hay que tienen cumplidamente las condiciones de tales. Véase, en prueba de ello, el que dirige á un fraile viejo, mentiroso y falto de dientes.

Vuestra dentadura poca
Dice vuestra mucha edad,
Y es la primera verdad
Que se ha visto en vuestra boca.

Es notable tambien, entre sus poesías de esta índole, el romance atribuido á Góngora, que principia *De amor las intercadencias*; y de cuyo supuesto protestó Salinas, su autor verdadero, al verle impreso como de aquel, en unas donosas décimas.

Merece mencionarse por su sencillez y facilidad, el juguete, cuyo estribilto es:

¡Mal haya quien fía
De gente que pasa!

Don Agustin Duran, en su *Coleccion de romances castellanos*, dice de esta letrilla: «Es una lindísima composicion escrita con gracia, donde la sencillez de la expresion más inocente, esconde la malignidad del poeta, que aparece en el doble sentido que puede darse á las ideas equívocas que presenta.»

En el romance de Lucindo lamentando la ausencia de Albania, se advierte, á la vez que la expresion de la ternura y el sentimiento, una galana y armoniosa versificacion.

El pensamiento en Albania,
Los ojos en su retrato,
Las memorias de sus gustos
Conjurados en su daño;
Tan léjos de su alegría,
Cuan cerca de un fin amargo,
Está sin alma Lucindo,
Muerto y vivo por milagro.
«Ojos de mis ojos, dice,
A los que está contemplando,
Tan graciosos como bellos,
Y tan bellos como amados;
»Causadores de mi muerte,
Autores de mi regalo,
Para alumbrarme dos soles,
Para matarme dos rayos.
»Ausente estoy de vosotros,
Celoso y desesperado,
De mi desdicha me temo,
Que es mi perpétuo contrario.
»No pagueis los tristes míos
Que están en contínuo llanto,
Siendo para otros alegres,
Y para Lucindo ingratos.
»De vuestro dueño me fío,
Y de su término hidalgo,
Creyendo que no habrán sido
Sus promesas sobre falso.»
Esto dijo, y de Lucinda (1)
Llegó un papel á sus manos,
En sumo grado discreto,
Y amoroso en sumo grado;
Con que recibe en su mal
Un aparente descanso;
Si alguno puede tener
En su ausencia un desdichado.

Casi las mismas excelentes cualidades tiene otro romance pastoril de Salinas, de análogo argumento: las ausencias del pastor Elicio de Galatea, que se halla inserto en *El Romancero*

(1) Creemos que en vez *de Lucinda*, debe decir *de su Albania*.

general. Notable es tambien el del *cautivo*, que se encuentra en esta misma coleccion.

En ella se incluye, como anónimo, si bien atribuyéndole al mismo Salinas, aquel morisco tan digno de estimacion y popular, que empieza:

> Mira, Zaide, que te aviso
> Que no pases por mi calle,
> Ni hables con mis mujeres,
> Ni con mis cautivos trates.

Como no tenemos la certeza de que esta bella poesía pertenezca, en efecto, al vate sevillano, sólo hacemos esta indicacion. Á quien quiera que sea su autor, dá una honra merecida.

El doctor Salinas compuso tambien no pocos versos *á lo divino*, mostrando en estos como en otros de distinta índole, esa correccion y espontaneidad que tanto caracterizan á los poetas de la escuela hispalense.

Ofrécesenos ahora un varon notabilísimo en la historia artística y literaria de Sevilla, intimamente ligado por los lazos de la amistad y del génio, con casi todos los grandes hombres que sobresalian por su posicion ó mérito, ya naturales, ya huéspedes de aquella hermosa ciudad, centro entónces del saber, algunos de los cuales hemos ya nombrado en más de una ocasion.

No es difícil adivinar que nos referimos á Francisco Pacheco, sobrino del canónigo de aquella santa basílica, del mismo nombre, que tanto se distinguió como elegante poeta latino. No es de nuestro propósito, por ser ageno á este lugar, ocuparnos de aquel varon privilegiado que hizo á Minerva la diosa tutelar de sus lares, como digno discípulo de Apeles, sino de aquel entusiasta poeta, que, no contento con dar forma y atractivo real sobre el lienzo á las ideas y creaciones de su mente, quiso tambien que alzasen su vuelo á las alturas del Pindo, por medio del armonioso lenguaje de la poesía; de aquel instruido y juicioso sevillano, que agrupó en torno suyo á las eminencias de su época por sus estudios y conocimientos, para recibir sus lecciones, comunicarse mútuamente sus consejos, estimular su inspiracion y propagar su fama.

¡Hermoso espectáculo debia ofrecer en aquella ciudad, entónces tan floreciente, la docta reunion de tantos indivíduos de una misma familia, porque los poetas y los pintores tienen entre sí un íntimo parentesco, en el modesto taller del hombre apasionado del estudio, convertido en templo de las artes y de las letras!

Veíanse en aquel concurso, convocado por las mismas musas castellanas, como en los tiempos en que dieron cita á sus favorecidos en el alcázar del segundo D. Juan, vates, filósofos, eruditos, novelistas, pintores llamados por su génio á formar una escuela gloriosa, honra de su patria, maestros en las sagradas letras y varones de virtud; contribuyendo todos por la fecundidad de su númen, su noble pasion por el estudio y su culto á las ciencias, á hacer entónces de Sevilla, la nueva Atenas de España, y á ensanchar el camino que conduce á la verdadera civilizacion; la que se alcanza con el triunfo de la inteligencia.

Si la muerte despiadada no marcase un límite á la existencia de los hombres, apagando en el mundo la luz de su génio, cuando comienzan á brillar los albores de otra en la frente de un nuevo sér privilegiado, impidiendo que ambos se manifiesten á la par con toda su grandeza; complaceríanos ofrecer reunidos en la academia de Pacheco, en medio de aquella concurrencia de sábios, junto al caballete, ocupado por la obra en estudio, y entre los diseminados objetos que marcan la presencia del arte, al *divino* Herrera, el respetable maestro de los líricos, el creador y representante de la poesía sevillana del siglo XVI, oyendo embebido y orgulloso de los lábios de Rioja, que á su vez lo fué de la del inmediato XVII, aquellas silvas dulcísimas y filosóficas; y ciertamente hubiéramos podido, á realizar este sueño encantador de nuestra fantasía, hacer sobresalir entre los unánimes aplausos de sus dignos oyentes, los entusiastas y sinceros del elegíaco cantor de Eliodora.

Empero las puertas de la morada del ilustre pintor, no se abrieron para todos á un mismo tiempo. Ni Herrera pudo hallarse en ella con Rioja, ni éste con Alcázar y otros que ya dormian el sueño de la muerte cuando floreció el tierno *cantor de las flores*, con

nuevos ingénios llamados á reemplazarlos y conservar sus glorias, y cuando más concurridas se hallaban aquellas reuniones de sábios andaluces y de otras provincias, á quienes atraia á la ciudad hispalense, la opulencia y la ilustracion que la hicieron entonces tan famosa.

«Hay agora de presente en aquesta ciudad, dice Pedro de Medina, en sus *Grandezas de España*, libro impreso en el año 1590, refiriéndose á la misma, muchos varones muy sábios que con sus letras dan contino mucha erudicion y doctrina.» A todos estos conoció y trató Pacheco, que compartió su larga existencia entre los últimos años del siglo XVI y los primeros del siguiente. Así, tanto cultivó la amistad de Herrera, como la de Alcázar, que tan íntima fué segun hemos visto, como la de Rioja, Arguijo, Medrano y otros ingénios, algunos de los cuales más de una vez se dirigieron y dedicaron varias de sus poesías (1).

Nos detenemos algun tanto hablando de esta notabilísima *tertulia literaria*, como la hubiéramos llamado en nuestros dias, porque ella nos dá la idea más completa del grado de brillantez á que habia llegado el saber en esta edad de oro, en la reina del suelo andaluz.

No fué esta sola academia la que dió noble culto á las letras en el pueblo sevillano; y no nos referimos á aquellas justas ó certámenes poéticos tan en boga entónces en la córte y en todas las poblaciones importantes, y de las que, verificadas sólo en Sevi-

(1) Acaso se refiera á esta reunion de hombres sábios, el doctor sevillano Gaspar Caldera de Heredia, cuando al tratar sobre las leyes del duelo, dice:

«Esta cuestion ha pasado *per ignem et aquam* en las conferencias de la más ilustre academia de Sevilla, adonde concurrian los varones de mayores letras y juicio de aquella ciudad, adonde el señor inquisidor D. Francisco de Rioja, tan conocido por su grande juicio y mayores noticias de todas las ciencias y en todas letras, así griegas como latinas, como por tan gran cortesano y de tan largas experiencias, fué deste mesmo sentir.

»Como tambien el Sr. D. Juan Suarez y Mendoza, oidor de la Contratacion, que se ha hecho tan gran lugar por sus escritos, como por su gran talento. Y otros varones que concurrieron á esta academia.»

lla, pudiéramos citar en no escaso número (1): De otra reunion de la clase á que nos referimos, dá noticia Luis Velez de Guevara, excelente autor dramático nacido en Ecija. establecida á mediados del siglo XVII; y que por tanto debió ser posterior á la de Pacheco. En ella tambien se juntaban personas de mérito reconocido, algunas de las cuales nombra con extremadas alabanzas; pero apenas vemos entre las mismas aquellas grandes figuras que tuvo la suerte de reunir en su morada el célebre artista y poeta; así es, que nunca pudo ser de igual importancia. Se encuentra la expresada noticia en *El Diablo Cojuelo.* (Tranco IX.) Hállase este infernal personaje con D. Cleofas, en sus nocturnas expediciones por las calles de la ciudad andaluza: y al llegar por la de las Armas, y

(1) En extremo frecuentes fuéron en Sevilla estos certámenes ó lides poéticas para solemnizar las festividades de la madre de Dios y de los justos, que merecieron la corona de la santidad. El Sr. Sanchez Rayon, premiado á la vez que el Sr. Zarco del Valle, por la obra presentada por ambos á uno de los concursos de la Biblioteca Nacional, que lleva por título *Ensayo de una Biblioteca de libros raros y curiosos*, es poseedor, segun se expresa en el Apéndice al tomo 1.° de la misma, y en una nota del Sr. Fernandez Guerra, de un códice autógrafo en que se hallan reunidas por el licenciado Porras de la Cámara, algunas buenas composiciones poéticas de los certámenes, de San Martin, celebrado el año de 1568; del de San Francisco, el de 1591; del Sacramento, 1593; de San Roque, 1600; San Pedro, 1603; San Pablo y San Andrés, 1604; y de otros muchos santos.

En la misma obra citada, se dá tambien minuciosa cuenta de otros actos de esta especie, al tratar de sus autores respectivos; y en los anónimos, refiriéndose á Sevilla, se menciona una *Justa literaria en loor y alabanza del bienaventurado San Juan Evangelista*, celebrada el primer dia de Diciembre del año de 1531, en los palacios arzobispales del Cardenal de San Calixto, en presencia de este y la de muchos señores de dignidad eclesiástica y seglar. Distinguiéronse en dicho certámen, y fuéron premiados por ello, el *estudioso estudiante* Gomez de Leon, y el *virtuoso escolar* Miguel de Soto. Figuraron en el mismo, los poetas siguientes: Dr. Céspedes, Bernaldo de la Torre, Martel de Mariño Diego de Quirós, Diego de Esquivel, capitan Salazar, Pedro Suarez, Pineda (clérigo), Pedro de Salinas (clérigo), Gaspar Suarez (Jurado de Sevilla). Pedro Megía, Andrés de Quevedo, Lázaro de Bejarano, Juan Ochoa y Diego de Padilla. Celebróse la festividad del mismo santo, el año siguiente, en igual sitio y forma; concurriendo á ella, además de algunos de los ingenios nombrados, Francisco Herrera, Baltasar Suarez, Cristóbal Megia, y Diego Amado.

al ver en cierto piso bajo, cuyas rejas rasgadas descubren algunas luces, mucha *gente de buena capa*, reunida en gran órden y á manera de junta grave y solemne, explica aquel lisiado sér, á su compañero de aventuras, que lo que tiene ante su vista, es una academia de los mejores ingénios de Sevilla, que se reunen á conferir cosas de su profesion, y á hacer versos á diferentes asuntos. Añade luego que la dicha academia, era patrocinada por el conde de Torre Rivera y Saavedra Guzman; siendo su presidente Antonio Ortiz Melgarejo, y su secretario el poeta granadino y dramático notable, Alvaro Cubillo, á quien designa como «excelente cómico y grande versificador, con aquel fuego andaluz que todos los que nacen en aquel clima tienen.» Nombra, asimismo,

Otras dos justas literarias tuvieron lugar en los años 1532 y 1533, en loor de San Pedro, príncipe de los apóstoles, y de Santa María Magdalena, la primera tambien en el palacio del mismo arzobispo de Sevilla, cardenal D. Alonso Manrique, y la otra en el del duque de Béjar, donde habitaba entónces D. Baltasar del Rio, obispo de Escalas, patrocinador del ingénio; el cual, segun Argote de Molina en su *Discurso sobre la poesía castellana*, instituyó honrados premios á los que en este género de habilidad más se aventajasen. Concurrieron á ellas hasta veinte poetas, cuyos nombres omitimos por no extendernos demasiado, y por ser muchos de estos los ya referidos. De otros dos concursos de la misma especie, se habla en la obra enunciada, habidos en los años 1533 y 1544, ante el mismo obispo de Escalas, en loor del apóstol San Pablo, y de la mártir Santa Catalina; mencionando igualmente los ingénios que concurrieron á el segundo. Nos extendemos algo en estos pormenores, por que dan una exacta y honrosa idea de la cultura y aficion á los estudios literarios y especialmente poéticos, en la ilustrada Sevilla de los siglos XVI y XVII.

Además de las academias de que ya hemos hablado, pudieran recordarse otras muchas. Lo harémos sólo de la que se menciona en la misma obra premiada, citada al principio de esta nota, del modo siguiente: «Academia que celebró en Sevilla, jueves 17 de Febrero de 1667 años, en festejo de las carnestolendas. Presidióla D. Cristobal Bañes de Salcedo, siendo secretario don Fernando de la Torre Farfan, en casa de D. Gerónimo de Tejada y Aldrete y de D. Nicolás Riser Barba de la Cueva.» Además de estos, ofrecieron sus poesías en este certámen, varios ingénios hasta el número de diez.

Ya tendrémos ocasion de citar en el curso de nuestro trabajo, algunos otros actos de este género, descritos por autores determinados, vates á su vez é hijos del suelo de Sevilla.

como académicos y peregrinos ingénios, que han honrado al poema dramático, á D. Cristobal y D. Diego Rozas, hermanos á lo que parece, y cuyas obras, segun el juicio del autor de la que citamos, es de sentir que sean hoy desconocidas, y á D. García Coronel y Salcedo, á quien apellida *Fènix de las letras humanas y primer Píndaro andaluz*, elogio excesivo y apasionado. Al emitir este parecer nuestro, no tratamos de negar á tal poeta, sevillano tambien, las buenas cualidades que le distinguen.

La celebridad que ha adquirido la academia de Pacheco, no es tan sólo debida á la concurrencia en ella de sus doctos paisanos, sino tambien, como ya hemos dicho, á la de otros ingénios y cultivadores de su mismo arte pictórico y á la de las eminencias en los diversos ramos del saber, que tuvieron su cuna en distintos puntos de la Península. Allí debieron confundirse Cetina, Medrano, Arguijo, Rioja y Jáuregui, si bien unos en la flor de su edad, y otros en la ya madura, con Rodrigo Caro, Pablo de Céspedes, pintor y poeta, nacido tambien en las orillas del Guadalquivir, y muchos otros, entre los cuales sobresale aquel ingénio perseguido de la fortuna, cuyo nombre une España á su grandeza, y sirve hasta en los extraños países, para designar el nuestro como lugar en que vió la luz del dia; el autor, en fin, de la obra que más ha inmortalizado el habla castellana.

Hubo un tiempo en que Sevilla se enorgullecia, y con razon, de haberle dado su cuna. Creyeron tambien que era de su pueblo nativo semejante honra, D. Nicolás Antonio y Ortiz de Zúñiga, y lo consignaron el uno en su *Biblioteca* y el otro en sus *Anales*; pero despues de haberse disputado esta gloria otras poblaciones, se ha confirmado que fué natural de la villa de Alcalá de Henares. Cervantes, sin embargo, concurrió con el contingente de su saber y su inspiracion, á dar mayor realce en aquel tiempo á la ciudad bañada por el Bétis. En ella escribió algunas de sus novelas ejemplares. El soldado humilde y de suerte tan esquiva, estimado sólo por los que podian comprender la elevacion de su espíritu, marca indudablemente una época de gloria en la ciudad amante del saber, con su larga y provechosa estancia en ella.

Vamos á copiar lo que dice Navarrete en la vida de este hom-

bre insigne, á propósito de su concurrencia á la mansion de Pacheco, y del influjo que tuvo en sus obras su permanencia en Sevilla. A riesgo de parecer acaso importunos, permítasenos que traslademos el párrafo íntegro, aunque incurramos en larga digresion, en gracia á referirse al príncipe de nuestras letras, al pueblo que es la patria de los vates cuyas obras examinamos, y á la notable virtud inspiradora de este mismo sobre el ingénio.

«Mas aquel trato popular, dice el mencionado Navarrete, que puso á Cervantes en disposicion de penetrar y conocer el modo de vivir y de pensar de tanta gente baldía y holgazana como se abrigaba en tan extensa poblacion, no le estorbó cultivar la amistad y compañía de los sábios y literatos de mayor crédito que en ella residian al mismo tiempo. Uno de ellos era Francisco Pacheco, insigne pintor y poeta, *cuya oficina*, segun Rodrigo Caro, *era academia ordinaria de los más cultos ingénios de Sevilla y forasteros*, y cuyo amor á las letras le hizo retratar á más de ciento y setenta personas, entre las cuales habia hasta ciento eminentes en todas facultades. Se sabe que Cervantes fué una de ellas y que igualmente le retrató D. Juan de Jáuregui, tambien afamado pintor y poeta sevillano; y por lo mismo hay sobrados fundamentos para creer que aquel escritor trató amigable y familiarmente á Francisco Pacheco, y que fué uno de los concurrentes á su academia. Lo mismo pudiera presumirse respecto al culto é insigne poeta Fernando de Herrera, que murió por estos años, honrando Cervantes su memoria con un soneto que se ha conservado sin publicarse. Quien examine con cuidado y perspicacia las obras de este escritor, conociendo su carácter particular y los sucesos de su vida, se convencerá fácilmente de que su trato é intimidad con los andaluces, y la agudeza, prontitud y oportunidad de los chistes y ocurrencias que le son propias y naturales, fuéron tan de su génio, y amenizaron tanto su fecunda imaginacion, que puede asegurarse dispuso allí la tabla de donde tomó los colores que despues hicieron tan célebre é inimitable su pincel, por aquella gracia nativa, aquella ironía discreta, aquel aire burlesco y sazonado, que produce un deleite cada vez más nuevo, singularmente en las obras posteriores á su residencia en

Andalucía.» En confirmacion de esto mismo, sólo copiarémos algunas palabras de Capmani en su *Teatro histórico crítico de la Elocuencia Española*; y nada más añadirémos, moderando nuestro deseo, sobre este génio colosal en nuestros anales literarios. «Si Cervantes, dice, no hubiese respirado los aires australes y bebido las aguas del Bétis, bien podria haber concebido su D. Quijote, inventando su preciosa fábula, y adornándola con buenos raciocinios; pero la sal, la gracia y el chiste con que sazona sus cuentos, y abre las ganas de comer á los lectores, ó no se hallarian, ó se halláran derramadas con avarienta mano.»

No le bastó á Pacheco la gloria de haber franqueado sus puertas á todos los representantes de los conocimientos humanos, jurisconsultos, filósofos, historiadores, médicos, poetas y artistas; sino que quiso legar á los siglos futuros un recuerdo elocuente, como hábil pintor y como atinado crítico, de aquella sábia y escogida sociedad. Ya hemos visto cómo llevó á cabo pensamiento tan feliz, en el párrafo que acabamos de copiar de Navarrete. Compuso, pues, el insigne sevillano, una obra que tituló *Libro de descripcion de ilustres y memorables varones*. Dióle comienzo en el año 1599, y lo continuó hasta el de 1640. La historia y vicisitudes de este libro, de un valor ciertamente inestimable, son de un gran interés para todo el que aprecie en algo las glorias literarias, no sólo de Sevilla, sino de España entera.

Pacheco, en su *Arte de la pintura*, consigna ya hasta el número de retratos que al lápiz negro y rojo llevaba hechos, de personas todas distinguidas; así es que no se dudaba de la existencia de este autógrafo tan precioso para nuestras letras y nuestras artes, y de una estimacion é interés histórico que es inútil encarecer. Rodrigo Caro y D. Nicolás Antonio, el primero en su obra titulada *Claros varones en letras naturales de Sevilla*, y el segundo repitiendo tan sólo el aserto de este, dicen que aquel libro fué regalado al conde-duque de Olivares, por su autor. Ortiz de Zúñiga manifiesta haber tenido en sus manos algunos elogios y retratos de los comprendidos en el mismo, añadiendo que á su muerte, se perdió aquella coleccion, dividiéndose en varios aficionados. Quintana, Cean Bermudez y cuantos de ella tenian

noticia por la tradicion, han lamentado su pérdida. Despues de trascurrido un período de cerca de dos siglos, en el año 1830, vuelve á saberse quién es el feliz poseedor de este tesoro, ignorándose por completo dónde estuvo tan oculto anteriormente. Este, D. Vicente Avilés, médico de la villa de Fuentes de Andalucía, hizo una copia de los elogios, guardando el original tan cuidadosamente, que á su fallecimiento sólo se halló la copia mencionada, hecha por el maestro de escuela de aquel pueblo, y se tuvo otra vez por perdido. Hace muy poco, si no nos equivocamos, el año de 1864, volvió á parecer por fortuna, y su actual depositario, persona ilustrada, estimando en lo que vale este curiosísimo trabajo, ha dado al público algunas circunstanciadas é interesantes noticias del mismo. De ellas hemos adquirido una parte de las que brevemente consignamos en este lugar. Considerando el libro de Pacheco como obra artística, parece que en ella realza de un modo notable su mérito como diestro pintor, y el concepto que de él se tiene formado.

Réstanos decir algo sobre su talento poético. En prueba del que le adornaba, copiamos, de las pocas poesías suyas que se conocen, el soneto siguiente. puesto al principio de la coleccion que hizo de las obras de Herrera.

Goza, oh nacion osada, el don fecundo
Que te ofrezco en la forma verdadera
Que imaginé del culto y gran Herrera,
Y el fruto de su ingénio alto y profundo.
Ya que amaste al primero (1); ama el segundo,
Pues pudo uno y otro en su manera,
Aquel honrar del Tajo la ribera,
Este del Bétis, y los dos el mundo.
El dulce y grande canto el espumoso
Océano á naciones diferentes
Lleve, y dilate ufano su pureza,
Porque tu nombre ilustre y generoso
No envidie ya otras liras más valiente,
Ni del latino griego la grandeza.

Igualmente son dignos de honrosa mencion, el que escribió á la muerte de Miguel Angel, el renombrado artista; el que dedicó

(1) Alude á Garcilaso.

al famoso pintor Diego de Silva Velazquez, de quien fué nuestro poeta, suegro y maestro, y el que dirigió al tercer duque de Alcalá, D. Fernando Enriquez de Rivera, en ocasion de ofrecerle el lienzo pintado por su mano que representaba la fábula de Dédalo y su hijo Icaro, cuando derretidas las alas, cae al mar. Su elogio á Pablo de Céspedes, y cuantos versos hizo, para decirlo de una vez, son dignos del que fué correcto imitador de Herrera, aunque sin aspirar á igualarle en elevacion.

No dejó, al mismo tiempo, de tener algun trato con la musa festiva de Alcázar; y bien lo demuestran los siguientes epígramas:

Sacó un conejo pintado
Un pintor mal entendido;
Como no fué conocido,
Estaba desesperado.
Mas halló un nuevo consejo
Para consolarse, y fué,
Poner de su mano al pié
De letra grande, *conejo*.

—

Pintó un gallo un mal pintor,
Y entró un vivo de repente,
En todo tan diferente,
Cuanto ignorante su autor.
Su falta de habilidad
Satisfizo con matallo;
De suerte que murió el gallo
Por sustentar la verdad.

Este último se atribuye equivocadamente al conde de Villamediana. Tradújole al francés, segun dice Sedano en su *Parnaso Español*, M. de Gramvenville.

Tambien en este género, es digna de citarse la fábula ó cuento que intitula *La devocion indiscreta*.

Era en la sazon dichosa
Cuando ajena de alegria
A su esposo, y rey hacia
Honras la sagrada esposa;
Y andando en su movimiento,
Un loco encontró un lanzon,

Y al punto le dió aficion
De guardar un monumento.
Puesto en su ejercicio pío,
Vido acercarse á rezar
A un honrado del lugar,
Pero en fama de judío.
Con la aprehension ó el celo
Enarboló la cruel
Asta, con que dió con él
Más que aturdido en el suelo;
Y al pueblo, que le cercó
Para vengar esta injuria,
Daba voces con gran furia;
«¿Hemos de guardar ó nó?»
Fabio mio, la razon
Siga un camino quieto;
Que nunca el celo indiscreto
Alcanzó reformacion.

Hay un nombre que no puede menos de ir unido al de Pacheco, en la historia de las artes y la poesía sevillana, á pesar que aquel que lo lleva, nacido tambien bajo el cielo de Andalucía, no tuvo su cuna en la ciudad de los Herreras y Riojas. Por su buen gusto literario; por su estilo poético, que es el mismo de la escuela que estudiamos, en su mayor perfeccion; por el tiempo que residió en el pueblo mencionado; ¿quién no vé en Pablo de Céspedes, uno de los hermanos de letras de aquellos para quienes entretegian sus laureles las musas del Guadalquivir? ¿Acaso como á este insigne ingénio, pintor, escultor y elegantísimo vate cordobés, no pudiéramos considerar como hijos adoptivos de la reina del Bétis, entre otros, al profundo Arias Montano, el sábio teólogo, el poeta latino y del pátrio idioma, que en ella fué su admiracion y orgullo, por el brillo de su elevadísima inteligencia, y al anticuario Rodrigo Caro, tan felizmente dado al culto de la poesía, tan amante y propagador de las glorias de los claros varones que nacieron dentro de los muros que allanó la espada de San Fernando?

Aunque incompleto, el poema de la pintura de Céspedes, es acaso el más perfecto que poseemos del género didáctico; y el

génio superior que en él revela, hace más sensible la pérdida de las demás poesías que en gran número compuso, y la del otro poema histórico titulado *El cerco de Zamora*. Por su extension y por ser además tan conocidas las bellísimas octavas de su primera obra citada, en que describe el caballo, nos privamos del gusto de copiarlas aquí.

Pacheco que, por tantos motivos de simpatía, se hallaba ligado en íntima amistad al sábio racionero de Córdoba, publicó pasados algunos años de su muerte (1), aquellos preciosos fragmentos de su poema sobre el *Arte de la pintura*, en otro libro en prosa que del mismo asunto compuso á su vez. Hizo, además, su retrato, y no contento con perpetuar las facciones de su amigo, dedicó á este mismo retrato un soneto, que copiamos porque es una prueba más del númen poético de este artista inspirado.

Céspedes peregrino, mi atrevida
Mano intentó imitar vuestra figura;
Justa empresa, gran bien, alta ventura,
Si alcanzara la gloria pretendida,
Al que os iguale sólo concedida,
Si puede haberlo en verso y en pintura,
O en raras partes; que en la edad futura
Darán á vuestro nombre eterna vida.
Vos ilustrais del Bétis la corriente,
Y á mí dejais en mi ardimiento ufano
Manifestando lo que el mundo admira:
Mientras la fama vá de gente en gente
Con vuestra imágen de mi ruda mano
Por cuanto el claro eterno Olimpo mira.

Céspedes fué gran amigo de Herrera, é hizo en elogio suyo unas octavas que Pacheco incluyó, en parte, al fin de la vida de aquel poeta sevillano, con esta advertencia: «Aunque muchos aventajados ingénios hicieron versos en su alabanza, me pareció poner aquí parte de un elogio de Pablo de Céspedes, por ser persona á quien estimó mucho Fernando de Herrera.»

No pretendemos usurpar á la ciudad de los Sénecas, la gloria de haber sido patria del hábil modelo en la poesía didáctica; pero

(1) Céspedes nació en el año 1536, y murió el de 1608.

sí reclamamos algo de esta gloria, para el suelo en que se fundó la escuela poética que tanta iufluencia tuvo en sus inpiraciones, que le hizo lugar como indivíduo suyo; asi como él á su vez influyó tambien notablemente con sus sábios preceptos, á la formacion de aquella otra escuela de pintura tan famosa en la historia del arte, que habia de producir un Zurbaran, un Murillo y tantos célebres maestros.

Otro vate glorioso y delicado artista, reclama en este momento nuestra atencion. Fué hijo de la misma ciudad que dió cuna á Pacheco; de aquella noble matrona, inspiradora fecunda del génio, que no puede ménos de aparecer ante nuestros ojos en tiempos tan felices, sino trocando su rico turbante de sultana por la corona de mirto y laurel; reemplazando su blanco albornóz por la túnica griega, con la majestad y hermosura de la prudente diosa Minerva, cuando agitando el olivo, símbolo de paz, á cuya sombra se engrandecen las artes y la sabiduría, dió el nombre de Aténas, á un pueblo clásico y de inolvidables recuerdos.

Ciertamente que admira ver en la reina del Bétis, el íntimo consorcio de la poesía y la pintura; que son la más bella expresion de cuantas ideas ó creaciones se agitan en la inteligencia humana. No le bastaba al artista trasladar en silencio á la posteridad las inspiraciones que guiaban su diestro pincel: sentia la necesidad de hacer oir sus acentos, acompañados de la lira, cómo si sólo así pudiese hallar su espíritu más completa expansion y campo suficiente para desahogar el fuego que lo agitaba. Lo mismo sentia el poeta. Por eso admiramos esos rasgos brillantes de la pluma ó del pincel, en las manos de un Pacheco, de un Céspedes y de un Jáuregui.

Las obras poéticas de este último, son las que ahora debemos examinar. Jáuregui comenzó siendo uno de los más excelentes adalides de la escuela sevillana, y llegó á colocarse en ocasiones, casi á la altura del mismo Herrera, aunque siempre más frio en la entonacion y mucho menos vehemente y arrebatado; pero en los últimos años de su vida, cuando la epidémia culta comenzó á extender su contágio aun á los mismos que parecian preservarse de su saña; olvidándose de un modo sensible del buen gusto que

inspiró sus mejores obras, y de que él mismo habia combatido las irrupciones de este mal en un *Discurso contra el hablar culto y oscuro*, se convirtió en gongorino; dando á sus producciones un carácter completamente diverso.

Así, en Jáuregui, debemos considerar dos poetas: uno el de la buena escuela sevillana, y otro el que, ofuscado de una manera lastimosa, desertó de sus tiendas, pasándose á las filas de un combatiente, que más que con su valor propio, contaba para deslumbrar ó poner más bien espanto á sus enemigos, con el falso brillo de sus armas y el oropel de sus abigarrada vestimenta.

¿Parecerán de nuestro Jáuregui, los siguientes versos que compuso antes de aquella sensible desercion, en los que con tan buen juicio discurre?

Cancion, al que indignare
Tu voz altiva y sílabas tremendas,
Díle que en silogismos no repare;
Que no te faltará de quien lo aprendas.
Basta que tú me entiendas,
Y que el lenguaje culto
Muchos no le distinguen del oculto.

¿Pudiera nunca imaginarse que el autor de la paráfrasis del salmo *Super flumina Babilonis* y de la *Elegía á la muerte de la reina Margarita*, composiciones en que tan sublime se muestra, y en las que tan digno es de ser admirado; el traductor de la *Aminta* del Tasso, sea el mismo de la *Farsalia*, donde entre algunos versos felices, á despecho de su nueva musa, sobresalen otros llenos de afectada hinchazon y despropósitos?

Jáuregui tuvo íntima amistad con el padre Hortensio Paravicino, á cuya defensa salió en su *Apología*; y acaso no fuese temerario creer que este orador sagrado, de tan notable ingénio, pero tan secuaz de Góngora, contribuyó no poco á la conversion de aquel á sus doctrinas literarias.

En la citada *Elegía*, se muestra Jáuregui como un poeta de delicadísimo gusto. En ella concibió, como dice Luzan, «aquella tan hermosa como grande y noble comparacion tejida de muchas imágenes, por su variedad y propiedad extremadas».

¿Quién al leer la de la caida del árbol, no traerá á la memoria la que ya hemos citado de Herrera, la del excelso cedro del Líbano, en su magnífica oda á la pérdida del rey D. Sebastian?

Hé aquí los versos de Jáuregui á que nos referimos:

¿Quién vió tal vez en áspera campaña
Arbol hermoso, cuya rama y hoja
Cubre la tierra de verdor sombrío
Donde el ganado cándido recoja,
Alejado el pastor de su cabaña,
Y allí resista el caluroso Estío?
La planta con ilustre señorío
Ofrece de su tronco y de sus flores,
Y de su hojoso toldo y fruto ópimo
Olor y dulce arrimo;
Sustento y sombra á obejas y pastores,
Hasta que la segur de avara mano
Sus fértiles raices desenvuelve,
Atormentando en torno su terreno
Por dar materia al edificio ajeno.
Siente la noche el ganadillo, y vuelve
Al caro albergue, procurado en vano;
Y viendo de su abrigo yermo el llano,
Forma balido ronco, y su lamento
Esparce (¡ay triste!) y su dolor al viento.
No de otra suerte, oh planta generosa,
Que adornas los alcázares del cielo,
Prestaste arrimo, sombra y acogida
Al pueblo grato del iberio suelo.

No aparece ménos ilustre adalid de la escuela sevillana, en una hermosa cancion á que ya aludimos: aquella en que se lamentan los hebreos de su cautividad en Babilonia. Es una paráfrasis del tiernísimo salmo del rey profeta

»Esta paráfrasis, dice un crítico de las obras de nuestro ingénio (1), merece contarse entre las mejores que hay, no sólo en España, sino entre todas las lenguas europeas. Reune cuatro cualidades esencialísimas para esta clase de escritos: inteligencia del sagrado texto, elocucion vehementísima, sublimidad en la frase, claridad en el estilo.»

(1) D. Adolfo de Castro. *Poetas líricos.—Biblioteca de Autores Españoles.*

Júzguese de lo acertado de esta opinion, por las dos estrofas primeras, que copiamos.

En la ribera undosa
Del babilonio rio
Los fatigados miembros reclinamos,
Y allí con faz llorosa
Junto á su márgen frio
Con lágrimas sus ondas aumentamos.
Entónces de los ramos
De los silvestres sauces suspendimos
Las cítaras y arpas, do solia
Alentar sus enojos algun dia
Alegre el corazon, cuando vivimos
En tí, Jerusalen; mas la memoria
De tu asolado imperio,
Y el duro cautiverio
En que trocamos hoy la antigua gloria,
Nos despojó del regocijo y canto
Para entregarnos al afan y al llanto.
Allí, por más tristeza,
La escuadra victoriosa,
Que nos condujo á míseras prisiones,
Templada su fiereza,
Nos preguntó piadosa
Por nuestras dulces rimas y canciones,
Y con blandas razones
Nos animaba á repetir alguna;
Mas respondimos con ageno intento:
«¿Cómo dará señal de algun contento
Quien se vé reducido á tal fortuna?
¿Cómo cantar podrémos himnos santos
En region extranjera
Do la deidad primera
Es ofendida? ¿Entre enemigos tantos
De aquel Señor, á cuya gloria aspira
Nuestro piadoso canto y nuestra lira?»

A fé, que quien de tal modo sentia la inspiracion, y tan singular poeta se mostraba, hace olvidar por completo cualquier sombra que el extravío de su ingénio imprimiera más tarde en sus escritos. Véase, pues, con cuánta razon podemos considerar á

Jáuregui como imitador de su paisano el *divino*, y como uno de los mejores representantes de su famosa escuela.

Y ya que admiramos á este poeta cuando se inspira en los sagrados asuntos, lugar oportuno es este de recordar otra oda suya, de argumento altamente místico y sublime. Teresa, la mujer sábia que ciñó á su frente la corona de la santidad y del génio, celebra su epitalamio con Jesucristo. Digno es de un ingénio español, como D. Juan de Jáuregui, este delicado himno á la esposa que entrega á su Dios sus pensamientos y su alma.

Descendió Jesús á las mansiones terrenales,

Y siendo á su grandeza
Palacio angosto la region del cielo,
Quiso alojarse ufano
En sólo un simple corazon humano.

¡Con qué dulzura y terneza expresa el inspirado Jáuregui, esta simbólica union!

Dióle Jesus piadoso
La diestra mano, y dijo dulcemente:
«Yo quiero ser tu esposo.«
La esposa ardiendo en fé correspondiente,
A la palabra suya
Responde: «¡oh mi Jesus! tambien soy tuya.»

Así pinta el vate aquellos vehementes y puros anhelos de la doctora avilesa, de ser arrebatada por la muerte de *la larga vida y de los duros destierros* del mundo, para volar, como el ave á quien se da libertad, á las eternas moradas del esposo; porque

En Cristo el alma bella
De Teresa reside, y Cristo en ella.

Hé aquí cómo describe el júbilo que produce en los elegidos y los angélicos séres, este divino consorcio.

Las almas se alegraban
Del ancho empíreo en todos sus confines;
Con viva voz clamaban,
Teresa es de Jesus, los serafines;
Mas otros que lo oian,
Y Jesus de Teresa, repondian.

El asunto no puede ser más cristianamente poético. El vate debió sentir la misma inspiracion que esos artistas piadosos que han ofrecido en sus lienzos el místico matrimonio del infante Jesus con la mártir Catalina; como en su última obra el *pintor del cielo* y orgullo de nuestra patria, el gran Murillo.

Recordamos otras poesías de Jáuregui que se hallan en el libro titulado *Avisos para la muerte*. Sirven como de introduccion á este romancero, y son dos plegarias del pecador antes de confesar sus culpas y de recibir el Sacramento eucarístico. El colector de las poesías de esta obra piadosa, inserta las de aquel con este encabezamiento: «Dos oraciones muy devotas para antes de la confesion y sagrada comunion, escritas á imitacion de otras de San Buenaventura, por D. Juan de Jáuregui, Caballerizo de la Reina N. S., que por ser tan del asunto de este libro, pareció ponerlas aquí.» Ambas están hechas en estrofas de seis versos, y revelan efusion y sentimientos elevados. En la segunda se lee este hermoso pensamiento.

Hablando del Dios de las piedades, dice:

En el perdon tu omnipotencia abonas,
Y más la ensalzas cuanto más perdonas.

Una gran parte de las rimas de nuestro ingénio, pertenece al género sagrado; y tanto la eleccion de sus asuntos, como el modo de tratarlos, indican su inspiracion y acierto.

Considerando tambien las producciones del mismo, de muy diferente clase, hállamos, por ejemplo, en su excelente traduccion de *Aminta*, pasajes como este en que describe la edad de oro.

Entonces por el agua y por las flores
Iban con dulces bailes retozando
Los cupidillos sin aljaba ó lazo.
Sentábanse las ninfas y pastores,
Caricias mil al razonar mezclando,
Y á las caricias uno y otro abrazo;
De velo ni embarazo
Jamás cubrió sus rosas encarnadas
La pastorcilla, ni la pura frente.

Desnudó juntamente
Su blanco pecho y pomas delicadas;
Y á menudo en el agua detenida
Triscar se vió á el amante y su querida.
Tú, honor, fuiste el primero que negaste
La fuente de deleites tan copiosa,
Y á la sed amorosa la escondiste.
Tú á los hermosos ojos enseñaste
A encubrir en sí misma temerosa
La viva luz que en su belleza asiste;
Tú en redes recogiste
Las hebras de oro que trataba el viento,
Y tú pusiste el ademan esquivo
Al proceder lascivo;
Freno á la lengua y arte al movimiento.
Efecto (¡oh vil honor!) es solo tuyo
Que el don de amor se llame hurto suyo.

Verdad es, que esta bellísima traduccion, es el más preciado laurel de nuestro ingénio. Es considerada como la de más mérito que posee nuestro idioma en su clase, y digna de estima en todos conceptos, por la fluidez y dulzura de su versificacion, su natural y peregrino lenguaje, y la entonacion propia, en la cual compite ciertamente con el mismo cantor de Sorrento.

«El traducir de lenguas fáciles, dice el célebre autor del *Ingenioso hidalgo de la Mancha*, ni arguye ingénio ni elocuencia, como no lo arguye el que traslada, ni el que copia un papel de otro papel; y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podria ocupar un hombre y que ménos provecho le trajesen. Fuera de esta cuenta van los dos famosos traductores: el uno el doctor Cristóbal de Figueroa, en su *Pastor Fido*, y el otro D. Juan de Jáuregui, en su *Amintia*, donde felizmente ponen en duda cuál es la traduccion ó cuál el original.»

Otra prueba del primitivo buen gusto de Jáuregui, de su maestría para pintarnos la verdad, y su gracia para embellecerla, hallamos en su silva titulada el *Acaecimiento amoroso*. A pesar de lo expuesto que es su asunto á incurrir en descuidos que pudieran amenguar el tono decoroso de la obra, nada hay en ella censura-

ble en este concepto. En tan línda composicion, finje el poeta que sorprende á su ninfa bañándose en las cristalinas aguas del Bétis; y es tal su pintura, tan encantador su colorido, que no creemos muy desacertado suponer que en esta ocasion el vate, inteligente artista á la vez, y por serlo no poco encarecido, tanto imaginaba una dulce y tierna cancion, como hacia brotar sobre el lienzo, allá en su fantasía, uno de esos bocetos en que resaltan aquellas escenas llenas de gracia y atractivo, fieles copias de la naturaleza, que tan frecuentes son en los grandes maestros del arte.

Pensamientos, imágenes, descripciones; todo es verdadero en esta poesía, que á no ser por su extension, copiaríamos integra, porque no de otro modo puede estimarse su mérito por completo. Y, á este propósito, recordamos, por lo aplicable que es á nuestro insigne sevillano en esta obra suya, lo que dice Marmontel en su *Discurso sobre el poema lírico*, acerca de la verdad en la poesía. «Siempre tenemos derecho á exigir del poeta que hable el lenguaje de la naturaleza, y que nos lleve por los caminos del sentimiento y de la razon. Vale más con todo, algunas veces, apartarse de él, que no caminar con pasos temerosos, como se ha hecho muchas en el género moderado que se llama oda filosófica..... Una oda en que se discurre con frialdad, es el peor de todos los poemas.» Para completar el pensamiento de aquel escritor, acabarémos de copiar sus palabras: «El poeta lírico, añade, tenia siempre un carácter verdadero. Anacreon cantaba el vino y los placeres, porque era bebedor y voluptuoso; Safo cantaba el amor, porque se abrasaba en él. Estos dos géneros de embriaguez, han podido en todos los tiempos y en todos los paises inspirar á los poetas.»

Entre las rimas de Jáuregui, merece tambien especial recuerdo, su cancion *Al oro*, por sus sentimientos dignos, muy semejantes á los que manifiesta Rioja en su oda *A la riqueza*, que antes citamos.

Sus composiciones cortas, exceptuando algunos sonetos, no se prestan á iguales elogios. Juzgando ahora á este inspirado hispalense, en el segundo período de su vida literaria, es decir, co-

mo aficionado al mismo estilo que fué objeto de su censura, y ya uno de tantos en el bando culto; no es posible desconocer en varias ocasiones, en medio de sus extravíos, al feliz narrador del *Acaecimiento amoroso* y al dulcísimo vate de la *Aminta*.

En su traduccion de la *Farsalia* de Lucano, y en su poema de *Orfeo*, manifiéstase ya decidido imitador de Góngora. No es el ingénio sevillano, (juzgamos aquí oportuna esta observacion) como cree Vargas Ponce, precursor del cordobés en la invencion de este estilo; puesto que escribió su *Farsalia*, despues de haber censurado la conceptuosa manera de Góngora.

En las dos obras citadas, siempre aparece Jáuregui el poeta sobresaliente de fluida y sonora versificacion. Algunas octavas llenas de entonacion y armonía, exentas de los defectos nuevos en él, en que debió incurrir inducido por algun enemigo de su fama, á no hallarse deslucidas por las que las acompañan, pudieran haber acreditado á su autor, como el mejor ó de los mejores de nuestros épicos. Véase aquella de Orfeo, en que describe con una propiedad notable, la metamórfosis de una ninfa en un árbol.

Cuando forceja más, siente la planta
Darse al terreno con mayor firmeza,
Y el pecho en que albergó dureza tanta,
Ya de roble ostentar tanta dureza:
Levanta el brazo y ramo le levanta;
La fresca tez ya es árida corteza,
Seguido al tronco se prolonga el cuello,
Ya es leño el rostro y hojas el cabello.

La descripcion de la entrada en las regiones infernales, del mismo poema, exento en largo período de los lunares del culteranismo, puede figurar como uno de los destellos más felices de su númen. Asimismo, se encuentran en la *Farsalia*, alternando con el estilo lleno de hinchazon de la artificiosa escuela, otros pasajes no menos bellos, y algunas juiciosas sentencias, dignas de ser apreciadas.

Pudiéramos citar muchos versos de Jáuregui, tomados de ambas obras, que patentizan el extravío de su imaginacion, lan-

zada á los vuelos del culteranismo; pero preferimos remitir á quien de ello tuviera curiosidad, al libro escrito por Vargas Ponce, con el título de *Declamacion contra los abusos introducidos en el castellano*, donde hallará, en contraposicion con otros muy dignos de estima, una parte de aquellos que adolecen del defecto que lamentamos. ¿Quién no podrá figurarse las hipérboles y extravagancias en que puede incurrir el poeta de mayor mérito, una vez lanzado en tal camino? Por otra parte; creemos poco noble y generoso tildar de la falta más leve, en sus postreros años, al que supo adquirir tanta gloria al cantar á *Aminta*. Basta indicar las que se interponen entre las mayores bellezas, porque tal es el deber de la crítica justa é imparcial.

El mal gusto introducido por la escuela culta, hacia cada vez mayores extragos, ya en el siglo XVII, en la sevillana. Uno de los ingénios dignos por su clara inteligencia, de honrosa mencion, D. García Salcedo Coronel, siguió la senda por que su paisano Jáuregui se engolfó en el último período de su existencia. En él tuvo un partidario decidido y un defensor acérrimo el mismo Góngora. Llegó á tal punto el fanatismo de aquel por el género hiperbólico y desatinado, que dedicó un tiempo, que tan precioso y útil hubiera sido en otras tareas, á escribir unos prolijos comentarios á las poesías del jefe de la escuela culta.

Otros poetas pudiéramos citar de menor importancia, tambien nacidos en Sevilla, que se apartaron de los buenos modelos de su escuela, para seguir los extravíos del vate cordobés; pero deseando no detenernos ya demasiado sobre este punto, en las noticias que de varios escritores de aquella ciudad ponemos como apéndice á estos apuntes, podrá hallarse remediada esta falta con la amplitud posible.

Entre los ingénios que colocamos en dicho paraje, no por considerarlos de un mérito inferior, antes por el contrario, dignos de ocupar un honroso puesto entre los representantes de la legítima escuela sevillana, á causa de no podernos extender en el exámen de sus producciones, por ser escasas las que conocemos, se encuentran los ya citados Diego Giron y Francisco de Medina, unidos en íntima amistad con Fernando de Herrera. Adviértese

desde luego su estilo correcto y propio del gusto de aquella escuela, en los fragmentos que de sus poesías cita el último en sus *Anotaciones* á las de Garcilaso. En iguales circunstancias se hallan los que son mencionados asimismo en la expresada obra: el licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa, tan aficionado á los antiguos autores clásicos, Juan Saez de Zumeta, traductor tambien de algunas composiciones poéticas latinas, y Fernando de Cangas, seguidor del dulce estilo del bucólico vate toledano. Tambien consagramos en el referido lugar, un merecido recuerdo á los inspirados hispalenses Baltasar de Escobar, Antonio Ortiz Melgarejo, imitador del jefe de la escuela que es objeto de nuestro estudio, á Soria Galvarro, y á otros varios que contribuyeron á la mayor gloria del parnaso de Sevilla. Justo es hacer aquí, á lo menos, esta ligera indicacion.

Creemos haber ofrecido aquellos ingénios que mejor representan la verdadera escuela sevillana en tiempos tan prósperos para las letras; los que mayor influencia tuvieron, no sólo sobre los demás poetas andaluces, sino los de todas nuestras provincias, haciéndoles adoptar, por su buen gusto y excelentes dotes, el estilo que tanto la distingue. Pero no dejan de merecer un lugar señalado aquellos otros nacidos tambíen en el suelo sevillano, como Gutierre de Cetina, apasionado de la escuela imitadora de la italiana de Garcilaso y D. Diego Hurtado de Mendoza, que no puede agruparse con Herrera, ni con sus imitadores, y otros que pareciéndose más á Jáuregui en sus últimas obras, se afiliaron bajo las handeras del culteranismo, no consiguiendo á pesar de sus galas ficticias y el oropel de sus atavíos, aunque menos contagiados del mal algunos de ellos, el elevado puesto en que coloca la posteridad á los insignes poetas que ilustran la genuina y gloriosa escuela que es objeto de nuestro estudio.

Los hay entre aquellos, algunos que tienen una importancia mayor, y que no pueden confundirse con los que, lanzados enteramente en un camino tan peligroso, habian de llegar á un resultado tan poco feliz para su buen nombre; y algo hemos de decir de los mismos en el lugar que antes indicamos, deseando el mejoracierto en nuestros juicios. Pero haciendo una absoluta separa-

cion de estos últimos, debemos mencionar especialmente en este paraje al ya citado Gutierre de Cetina.

Para admirar el delicado gusto, dulcísima expresion y armonía encantadora que distingue con frecuencia á tan decidido imitador de Garcilaso, basta que recordemos aquel madrigal suyo, tan conocido y estimado, y tanto más notable, cuanto comun y tratadísimo es su asunto. ¿Qué poeta no habrá lamentado que los bellos ojos en que se mira, hayan pagado sus ánsias con desdenes?

Hé aquí esta bellísima poesía:

Ojos claros, serenos,
Si de un dulce mirar sois alabados,
¿Por qué, si me mirais, mirais airados?
Si cuando más piadosos,
Mas bellos pareceis á aquel que os mira,
No me mireis con ira,
Porque no parezcais menos hermosos.
¡Ay tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
Ya que así me mirais, miradme al menos.

Llamábase Dórida la beldad moradora de las márgenes del Bétis, á quien nuestro vate, adoptando el nombre de Vandalio, consagró sus ternezas y suspiros, Hé aquí la dulce y apasionada expresion de sus versos, cuando habla de aquella ninfa seductora.

Con ánsia ya del alma le salia,
La mente del morir hecha adivina,
Contemplando Vandalio la marina
De la ribera Bética, decia:
«Pues vano desear, loca porfía
A la rabiosa muerte me destina,
Mientras la triste hora se avecina,
Oye mi llanto tú, Dórida mia
«¡Oh si tu crueldad contenta fuese,
Por premio de esta fé firme y constante,
Que sobre mi sepulcro se leyese,
»No en letras de metal, mas de diamante:
Dórida ha sido causa que muriese
El más leal y más sufrido amante!»

Se ha llamado á Cetina, exageradamente sin duda, por pertenecerle las primeras anacreónticas de nuestro parnaso, el *Anacreonte español.* Cierto que el estilo gracioso y digno de este poeta, era el más á propósito para tal clase de composiciones; pero merecen aquel dictado con más fundamento y justicia, otros de nuestros vates insignes. La siguiente poesía de Cetina, es del género á que dá su nombre el lírico griego, delicado cantor de las venturas amorosas y de los placeres que proporciona el Salerno y el Chipre.

De tus rubios cabellos,
Dórida ingrata mia,
Hizo el amor la cuerda
Para el arco homicida.
«Ahora verás si burlas
De mi poder,» decia,
Y tomando una flecha,
Quiso á mí dirigirla.
Yo le dije: «Muchacho,
Arco y arpon retira;
Con esas nuevas armas,
¿Quién hay que te resista?

Son muy notables la cancion de este poeta á *La Esperanza*, y un soneto que dedicó al mismo asunto, publicado por Herrera en sus *Anotaciones de las obras de Garcilaso.*

Hé aquí este último:

Remedio incierto que en el alma cria
La ponzoña que dá vida al torm nto;
Madrasta del cuitado sufrimiento,
De nuestros bienes robadora arpía;
Oscura luz que por tinieblas guia,
Falso esfuerzo del loco pensamiento,
Dificultoso bien del sentimiento,
Peligroso manjar de la porfía;
Siempre fiera con rostro de doncella,
Fuego que blandamente nos consume,
Jarabe dulce de alargar los males;
Bien do el daño mayor se anida y sella,
¿Quién será tal que tus maldades sume?
¡Oh mísera esperanza de mortales!

Son merecedoras de recuerdo, asimismo, las epístolas que dirige á su amigo D. Diego Hurtado de Mendoza y al malogrado príncipe de Ascoli que le dispensaba su proteccion y amistad, y cuya muerte lamenta henchido de pena, de un modo afectuoso y tierno.

Trascribimos, por último, el soneto que compuso Cetina *Al monte donde fué Cartago*, imitando al que en lengua italiana hizo Baltasar Casteglioni; siquiera sea por la circunstancia de considerarlo Herrera *como uno de los buenos que tiene la lengua española.*

Dice así:

Excelso monte, do el romano extrago
Eterna mostrará vuestra memoria;
Soberbios edificios, do la gloria
Aún resplandece de la gran Cartago;
Desierta playa, que apacible lago
Fuiste lleno de triunfos y vitoria;
De pedazados mármoles, historia
En que se lee cuál es del mundo el pago;
Arcos, anfiteatros, baños, templo,
Que fuisteis edificios celebrados,
Y agora apenas vemos las señales,
Gran remedio á mi mal es vuestro ejemplo,
Que si del tiempo fuisteis derribados,
El tiempo derribar podrá mis males.

No creemos merecer la nota de prolijos, repitiendo el docto parecer de Herrera, contemporáneo de Cetina, y tan competente apreciador en materias de buen gusto, sobre el mérito poético, así como sobre las faltas que halla en las obras de este ingénio. «En Cetina, dice, cuanto á los sonetos particularmente, se conoce la hermosura y gracia de Italia; y en número, lengua, terneza y afectos, ninguno le negará lugar con los primeros; mas fáltale el espíritu y vigor que tan importante es en la poesía; y así, dice muchas cosas dulcemente, pero sin fuerzas. Y paréceme que se vé en él y en otros lo que en los pintores y maestros de labrar piedra y metal, que afectando la blandura y policía de un cuerpo hermoso de un mancebo, se contentan con la dulzura y terneza, no mostrando alguna señal de nérvios y músculos, como si no

fuese tanto más diferente y apartada la belleza de la mujer de la hermosura y generosidad del hombre, que cuanto dista el rio Ipanis del Erídano; porque no se ha de enternecer y humillar el estilo de suerte que le fallezca la vivacidad y venga á ser todo desmayado y sin aliento, aunque Cetina muchas veces, ó sea causa la imitacion ó otra cualquiera, es tan generoso y lleno, que casi no cabe en sí. Y si acompañara la erudicion y destreza del arte al ingénio y trabajo, y pusiera intencion en la fuerza como en la suavidad y pureza, ninguno le fuera aventajado.» (1)

D. Diego de Saavedra en su *República literaria*, aunque muy sucintamente, sigue casi en un todo al anterior juicio sobre Cetina.

Dícese que este afectuoso y dulce vate, escribió tambien algunas obras dramáticas ajustadas al arte clásico, y aún se le cita por contemporáneos suyos, como autor de este género. De sentir es que ninguna de ellas se haya conservado hasta nuestros dias.

Gutierre de Cetina no es, pues, un poeta de la entonacion brillante y levantada que tanto distingue á su crítico Herrera; pero sí delicado y sencillo, sin llegar al extremo de desalentado en absoluto, como parece considerarlo el mismo Saavedra, cuando dice que carece de nérvio y de vigor.

Debemos hacer aquí una ligera mencion de otro distinguido sevillano, que aunque no alcanzó su nombradía, precísamente como poeta, y dejó escasas producciones de su númen en este concepto, digno es de tal recuerdo, si bien no son estas tan levantadas como las de los primeros ingénios de la escuela poética de su patria. Nos referimos á Gonzalo Argote de Molina, tan conocido y célebre por sus trabajos históricos. Su cancion *Al Santo rey D. Fernando*, y su *Elogio á la historia y antigüedad de España*, con motivo de la obra sobre este asunto, escrita por Ambrosio de Morales, demuestran su correcto estilo y fácil versificacion.

Tampoco debemos olvidar á otro poeta, en nuestro concepto sevillano, aunque no tenemos la completa certeza de ello, pero de todos modos muy digno de figurar entre los felices seguidores de

(1) *Anotaciones á las obras de Garcilaso.*

la escuela hispalense. Su nombre es Juan de Morales, y á juzgar por el mérito de sus poesías, que inserta Espinosa en las *Flores de poetas ilustres*, merecedor es sin disputa, de aplauso. Al trasladar algunas de aquellas Sedano á su *Parnaso español*, duda si su autor fué de Sevilla ó de Córdoba. En la misma incertidumbre acerca de su patria, y á riesgo de equivocarnos, nos inclinamos á considerarlo como hijo de la primera de aquellas ciudades, porque así nos lo hace sospechar su gusto y estilo, más semejantes al de sus poetas; sin que por esto privemos de otras cualidades excelentes á los que tambien dan honor con su nombre á la patria de Góngora. La composicion de Morales en elogio del señor de Guadalcazar, es una prueba de lo que decimos: en ella sobresale el gusto especial de la escuela sevillana. Una égloga suya, tambien incluida en la coleccion de Espinosa, tiene la ternura, el mágico y dulce encanto de las de Garcilaso de la Vega: es un feliz reflejo de las inspiraciones de los clásicos de Grecia y de Roma.

Como indivíduo de la escuela sevillana, debe considerarse con fundamento sobrado, al bachiller Francisco de La Torre, ingénio del siglo XVI, de esquisito gusto poético, dulce como el vate de Toledo, á quien acabamos de nombrar, y los que siguieron su estilo, siempre estudiado por los mismos maestros de las riberas del Bétis; melancólico como Rioja en sus bellísimas silvas, y en algunas ocasiones semejante en sus rasgos al mismo Herrera el *divino* Divino, fué llamado tambien por Lope de Vega el desconocido bachiller, si tal título puede darse á aquel de cuya existencia tanto se ha dudado, haciéndole un mismo sugeto que el señor de La Torre de Juan Abad, que dió á luz sus poesías. No tuvo su cuna en Sevilla: túvola en alguna poblacion de las márgenes del Jarama, segun él mismo dice; pero la musa discreta que le inspiró sus blandos acentos, debió ser moradora de la ciudad hispalense, y de ella partió á imprimir en sus obras ese caráter y ese estilo peculiar de los maestros de aquel suelo, ganosa de que en la duda que de su patria é individualidad habian de tener los siglos que le sucedieron, pasase por uno de sus mejores y más predilectos vates, en aquella misma escuela sevillana.

Como casi todos los ingenios que la honraron, La Torre, cantor de la naturaleza y del amor apasionado, se aparta visiblemente del estilo de Quevedo, más conceptuoso, menos sencillo al tratar idénticos asuntos.

¿Es posible describir con mayor dulzura que lo hace aquel erótico poeta, los lugares frecuentados por la bella Tirsis?

Esta es, Tirsis, la fuente do solia
Contemplar su beldad mi Filis bella;
Este el prado gentil, Tirsis, donde ella
Su hermosa frente de su flor ceñia
Aquí, Tirsis, la ví cuando salia
Dando la luz de una y otra estrella:
Allí, Tirsis, me vido, y tras aquella
Haya se me escondió, y así la via.
En esta cueva de este monte amado
Me dió la mano, y me ciñó le frente
De verde yedra y de violetas tiernas
Al prado y haya y cueva y monte y fuente
Y al cielo, desparciendo olor sagrado,
Rindo por tanto bien gracias eternas.

Véase, así mismo, este otro dulce y sentido soneto:

Bella es mi ninfa, si los lazos de oro
Al apacible viento desordena:
Bella, si de sus ojos enagena
El altivo desden que siempre lloro.
Bella, si con la luz que solo adoro
La tempestad del viento y mar serena;
Bella, si á la dureza de mi pena
Vuelve las gracias del celeste coro:
Bella, si mansa, bella si terrible;
Bella, si cruda; bella esquiva; y bella,
Si vuelve grave aquella luz del cielo:
Cuya beldad humana y apacible,
Ni se puede saber lo que es sin vella,
Ni, vista, entenderá lo que es el suelo.

Los versos que dirige este vate á una cierva, y á *aquel sagrado rio adornado de arenas de oro y con las crecientes de su llanto*; aquellos en que espresa su deseo vehementísimo de la vuelta de la primavera, ya que el yerto invierno ocupa su alma; todos vie-

nen á demostrar el gran parecido y analogía que existe entre tan insigne poeta y los sevillanos.

De otro no menos digno, y en un todo semejante al identificado sin razon con Quevedo, Francisco de Figueroa, á quien se dió como á aquel nombre de *divino*, y cuya patria fué Alcalá de Henares, y no Sevilla, cómo hay quien supone; podemos repetir lo mismo ó casi lo mismo que dejamos consignado sobre La Torre, con respecto á su buen gusto y su analogía con los ingénios hispalenses, y alguna vez de un modo más evidente, con el cantor de Eliodora.

Debemos advertir, no obstante, porque no se considere de un modo absoluto nuestro juicio; que si así estimamos á los inspirados líricos á quienes damos tal semejanza con aquellos, es sobre todo, por encontrar en sus obras ciertos rasgos característicos, propios de la poesía hispalense, como son la galanura de los conceptos, la diccion esmerada, la pomposa majestad de la forma; aunque en algunas se adviertan tambien los de otros estilos diversos; bien el del tierno Garcilaso, al hacer resonar dulcemente su rústica avena; bien el del cantor estudioso que se ajusta con mayor fidelidad al grave y clásico tono marcado por la musa latina.

Este influjo de la escuela poética de Sevilla, llegó á extenderse, no sólo sobre otros poetas andaluces de diversa localidad; sino sobre los de otros puntos, y hasta á los que residian en la córte en vida menos apacible y atmósfera menos sana. Sin la corrupcion del buen gusto, debida á los secuaces de Góngora, esta influencia se hubiese extendido aún más; conservándose inalterable y provechosa en los ingénios que florecieron en los siglos posteriores al de oro de las letras españolas, como por fortuna se advierte de nuevo en muchos cultivadores de nuestra poesía contemporánea.

Fuera tarea harto difícil, y que exige gran detenimiento y espacio, enumerar los poetas que estudiaron los modelos que le suministraba tan docta escuela, y nombrar entre sus obras aquellas al ménos; que despues de su exámen y comparacion, pueden probar la exactitud de nuestro aserto. En Pablo de Céspedes, de la patria de Lucano, y á quien ya incluimos entre los hijos adop-

tivos de la que fué cuna de tanto varon insigne, en el fecundo y portentoso Lope de Vega, constante y entusiasta admirador de los Herreras, los Riojas y los Argüijos, y en otros muchos, encontramos algunos ecos de la lira sevillana.

¿Qué mayor elogio pudiera hacerse del númen poético y elevacion de aquellos insignes maestros del lenguaje de las musas, que tal influencia ejercieron, despues de consignar tan señalado triunfo?

Tambien la poesía inspirada por el génio sublime que reside en las cumbres de Sion, tuvo sus dignos y especiales representantes entre los ingénios sevillanos, además de los que, como hemos apreciado, la cultivaron á la vez que otros géneros, derramando los destellos de su luz, ya sobre el cantor profano que alejaba de sí las mundanas imágenes, ya sobre el grave y melancólico poeta que residia en las soledades del cláustro. La poesía sagrada es en nuestra literatura una parte esencialísima de la lírica, considerada en general. Muy pocos, contados serán los poetas de nuestra nacion, aun los más festivos y maliciosamente epigramáticos, que no han cultivado el género religioso, que es sin duda riquísimo é inagotable venero de pura y sublime inspiracion. Sin justo motivo se halló por largo tiempo olvidada ó vista con desden esta clase de poesía, juzgada acaso ligeramente del mismo modo que aquella, numerosa á la verdad, qué llevaba el sello del mal gusto. En ningun otro género hizo mayores daños la manera culta; pero no ha de confundirse la que es tan merecedora de constante estimacion y estudio, con la que se marca con un carácter tan especial.

No es nuestro objeto tratar de la historia de la poesía sagrada en España; porque asunto es este que exige por su importancia más detenido lugar y pluma autorizada y competente; pero sí dirémos que ya desde el siglo IV, bajo el imperio de Constantino el Grande, contamos con un poeta religioso, Cayo Vecio Aquilino Yuvenco, autor de un poema titulado *Historiæ Evangelicæ*, la vida del Salvador del mundo, y de varios himnos; predecesor de tantos otros ilustres cantores que asimismo pulsaron en nuestro suelo la cítara cristiana.

Consignamos tambien que desde los principios de la poesía castellana, sus cultivadores eligieron con acierto, á la vez que los asuntos históricos que interesaban á la honra pátria, los que trataban de su religion y de sus creencias profundas; porque necesariamente unos y otros habian de alcanzar popularidad justificada; porque eran, unidos, los móviles de sus heróicas empresas y los estímulos de sus repetidos triunfos.

Cuando el lenguaje poético fué perdiendo su primitiva rudeza, y llegó á su perfeccion, y á ser en el siglo de oro, el himno del poeta sagrado, se adornó con las más espléndidas galas; siendo el reflejo de la mística filosofía de un siglo cristiano. Los cantores de la divinidad se vieron en mayor número en los retiros monacales: allí donde desciende de los cielos á los corazones sanos y de una virtud acrisolada, la inspiracion más pura y sublime.

En este número, y como hijo notabilísimo de Sevilla, debemos colocar en primer lugar á Fray Diego de Hojeda, autor del poema titulado *La Cristiada*. Hasta la época actual, no se le ha hecho cumplida justicia, dando á conocer y estimando en lo que vale aquella verdadera epopeya cristiana, la mejor acaso, de este género en nuestra literatura. No es posible tratar en el humano lenguaje un asunto más terrible y grandioso, ni hallar un héroe más alto y más perfecto. Aparece en el mundo con su majestad y excelsitud divina: es el Hijo del Eterno, convertido en hombre para realizar el cruento sacrificio que dá la salud y la vida á las gentes.

Si bien el poeta fia alguna vez demasiado en la grandeza de este mismo asunto, y llega á parecer un tanto débil; por lo general es afectuoso y oportuno en su manera de versificar; es correcto, castizo, fácil y digno en sus pensamientos; pero no siempre acierta á expresarlos con enérgica entonacion, sino con la sencillez y ternura que revela el alma ferviente y religiosa.

Ticknor halla algunos de sus episodios comparables con los del *Paraiso* de Milton y la *Mesiada* de Klopstock; y no falta entre nuestros críticos, quien juzgue que cuando Hojeda pinta la mansion de los espíritus infernales y los conciliábulos de Satanás, no

cede en ciertos rasgos á la invencion del vate aleman. Parece y con razon, asimismo, al escritor á quien nos referimos (1), que la personificacion que hace el modesto religioso sevillano, de la oracion del Verbo, es más espiritual, mas bella que en Klopstock el mensaje del arcángel Gabriel, encargado de hacer presente al Eterno las angustias de su corazon; y añade, que el cantor de la *Mesiada* debió conocer el hermoso pensamiento de la obra de Hojeda, y lo imitó despues más extrictamente en la personificacion que, muerto el Dios-hombre, hace de su incomparable gloria. Juzgamos oportuno trasladar aquí el autorizado juicio sobre este poema, de Quintana, que fué el primero que lo sacó del olvido (2), dando á conocer algunos de sus más bellos fragmentos.

«La parte sobrenatural, dice, de estos poemas, ó llámese máquina, que como condicion épica es, segun la opinion general, un accesorio preciso en ellos, era en la Cristiada la esencia verdadera de su argumento, puesto que en ella todo es maravilloso y divino. Su enlace, pues, y su oportunidad no era por lo mismo tan difícil aquí como en las fábulas puramente humanas, aunque era á la verdad mucho más árduo su desempeño. Pero no hay duda en que está grandemente concebida en la Cristiana esta alta composicion en que los hombres, sin saber lo que hacen, persiguen, atormentan y ajustician á su Salvador; en que los espíritus infernales, inciertos al principio del gran acto que se prepara, dudan, averiguan, despues tratan de impedirlo por medios de equidad y de blandura, y desengañados al fin, y furiosos de no poderlo estorbar, acrecientan hasta un punto sobrenatural la rábia y crueldad de los sayones, como en venganza de la mengua que van á padecer, mientras que los moradores del cielo, conmovidos á un tiempo de dolor, de horror y maravilla por lo que se consiente á los hombres con el Hijo de su Hacedor, bajan y suben de la tierra al cielo, del cielo á la tierra, á suministrar aquí consuelos, allí esperanzas, más allá firmeza y resignacion, y algunas veces terror y espanto, ya que no se les permiten ni la defensa

(1) D. Cayetano Rosell. *Poemas épicos*. Biblioteca de Autores Españoles.
(2) En el año de 1833.—Publicó diez y siete fragmentos de este poema.

ni el castigo. Dios en lo alto, inmoble en sus decretos, llevando á cabo la obra acordada en su mente para beneficio de los hombres, y su Hijo en la tierra, prestándose al sacrificio, y sufriendo con toda la majestad y constancia de su carácter divino, aquel raudal de amarguras y dolores que vierte sobre él la perversidad humana. Así el cielo, la tierra, los ángeles, los demonios, Dios y los hombres, todo está en movimiento, todo en accion en este magnífico espectáculo, donde la pompa y la brillantez de las descripciones, la belleza general de los versos y del estilo, corresponden casi siempre á la grandeza de la intencion y de los pensamientos.»

Hojeda no fué el primer poeta que trató este asunto, el más sublime que puede concebir la inteligencia humana: otro latino, Gerónimo Vida, lo hizo anteriormente objeto de su inspiracion, y si llegó á servir de modelo en algo su obra al ingénio sevillano, éste, superior en todo, no aparece por ello menos original, ni menos merecedor de alta estima.

La accion de la Cristiada principia con la última cena que Jesus tuvo con sus discípulos antes de llegar la hora del solemne holocausto, y termina cuando ya consumado éste, es desclavado el Mártir del árbol que desde entónces es emblema de nuestra salvacion, y depositado su cuerpo bajo la losa sepulcral de la muerte. Los episodios en que abunda esta obra, tienen toda la poesía, todos los accesorios maravillosos y divino aparato á que se presta su argumento, y que tan esenciales son en las composiciones épicas. Observan Quintana y Gil y Zárate, entendidos apreciadores del mérito de Hojeda, en los carácteres de los personajes que intervienen en aquella, que si bien se hallan descritos como nuestras creencias los conciben, son débiles y no se ven realzados por la imaginacion del poeta con nada nuevo y que merezca particular encomio.

Véase sin embargo, cómo personifica á la oracion que sube al cielo desde los lábios del augusto Salvador de la humanidad.

Con prestas alas, que al ligero viento
Al fuego volador, al rayo agudo,

A la voz clara, al vivo pensamiento
Deja atrás, va rasgando el aire mudo:
Llega al sutil y expléndido elemento
Que al cielo sirve de fogoso escudo,
Y como en otro ardor más abrasada
Rompe, sin ser de su calor tocada.
De allí se párte con feliz denuedo
Al cuerpo de los orbes rutilante;
Que ni le pone su grandeza miedo,
Ni le muda el bellísimo semblante:
Que ya más de una vez con rostro ledo,
Con frente osada y ánimo constante,
Despreciando la más excelsa nube,
Al tribunal subió que ahora sube.
Estaban los magníficos porteros
De la casa á la gloria consagrada,
Que en intelectivos piés ligeros
Voltean la gran máquina estrellada,
Estaban como espíritus guerreros
Para guardar la celestial entrada
Puestos á punto, y viendo que subia
A su consorte cada cual decia:
«¿Quién es aquella dama religiosa
Que de Getsemaní volando viene?
Es su cuerpo gentil, su faz hermosa,
Mas el rostro en sudor bañado tiene.
Que beldad tan suave y amorosa
Con tan grave pasion se aflige y pene,
Lástima causa. ¿Quién es la afligida,
En igual grado bella y dolorida?
Es de oro su cabello refulgente,
Su rubia crin los rayos de la aurora,
De lavado cristal su limpia frente,
Su vista sol que alumbra y enamora,
Sus mejillas Abril resplandeciente,
En sus lábios la misma gracia mora;
Callando viene, pero su garganta
Da muestras que suspende cuando canta.
En polvo, en sangre y en sudor teñida
Aparece su grave vestidura:
Como quien piés lavó, sube ceñida,
Y humildad debe ser quien la asegura.
Vedla, que en santo amor está encendida;

Y así de amor el fuego la apresura:
¿Si es por dicha oracion de algun profeta?
Si es oracion es oracion perfeta.
Oracion es, que los atentos ojos
Y las tendidas arqueadas cejas,
Y lo demás que lleva por despojos,
Son de esta gran virtud señales viejas.
Sin duda puso en tierra los hinojos,
Y á sólo Dios pretende dar sus quejas;
El barro de la ropa lo declara,
Y la congoja de su pecho rara.
Cual humo de pebete es delicada
De amarga mirra y de suave incienso,
Y de la especería más preciada
De que á Belén pagó la Arabia censo.
Mirra fué de su sangre derramada
La primer causa, y un dolor inmenso,
Y de estos aromáticos olores
Ciencias, virtudes, gracias, resplandores.»

Quisiéramos poder trasladar algun otro no ménos bello pasaje de tan excelente poema, á este sitio; pero de obras de tal índole no es posible hacer breves extractos. Creemos, pues, que no se juzgará fuera de propósito el recuerdo que tributamos al olvidado hijo de Sevilla, que tanta gloria da, extendiendo su nombre hasta países extraños, á aquel en que vino al mundo.

No olvidarémos, al mencionar los vates inspirados por la musa sagrada que tuvieron su cuna en aquella ciudad, á Luis de Ribera, poeta modesto, casi desconocido y por completo olvidado tambien en obras importantes que tratan de nuestra historia literaria, en las cuales ni aún como leve recuerdo, hemos hallado su nombre, á la vez que otros no más acreedores que él á este homenaje, alcanzaron distinta suerte.

Ribera, no es un poeta elevado, pero tampoco lo es vulgar: carece algo de la sencillez sublime de Luis de Leon; pero resalta en él la sencillez fervorosa del vate cristiano. No deja, sin embargo, de propender algunas veces al estilo conceptuoso que tantos extragos hizo, especialmente en la poesía sagrada, que por su misma elevacion tan expuesta se veia á los extravíos del cul-

teranismo; extragos de que tantas muestras tenemos en aquel siglo que sucedió al de oro de nuestras letras, en el parnaso religioso de España.

Las poesías de este ingénio, tan oscurecido hasta ahora, escritas en tercetos; las de la *santidad y gozo de la gloria* y *contrarios errores mundanos*, y aún más la que intitula *De la virtud heróica*, nos traen gratamente el recuerdo de los filosóficos versos de Rioja, Hallamos en los de Ribera algo de aquella dulce melancolía, de aquellos rasgos producidos por una profunda meditacion en el retiro y en el alejamiento de las pasiones humanas. Pero aún sobresale más en las obras del mismo, el espíritu fervoroso del cristiano: verdad es, que su más esencial objeto es enaltecer á la divinidad. ¡Cuán felizmente expresa los bienes que la virtud sólo proporciona! La que

> Nunca temió las flechas de la muerte,
> Y en los más duros trances concertada,
> Señora fué del hado y de la suerte.

Todas sus poesías se encuentran bañadas de ese perfume bíblico, de esa dulzura que se revela en las imágenes, el estilo tierno, apasionado y vehemente de la poesía hebrea. Sus sonetos, que son en gran número, sus odas y canciones, se refieren á la historia del antiguo y nuevo Testamento: todos tienen por asunto los hechos más culminantes de los tiempos bíblicos, y tambien muy especialmente, aquellos en que el Dios-Hombre predicó su santa doctrina sobre la tierra, y sufrió las angustias de una muerte cruel, para la salvacion del mundo.

Tierna y afectuosa es la cancion que titula *De los nombres simbólicos de María Virgen Nuestra Señora*. En ella abundan las imágenes oportunas y los puros pensamientos que sólo sabe inspirar una fé sincera y profunda. Otra de sus sagradas poesías, *De la entrada y triunfo de Cristo en el cielo el dia de su gloriosa ascension*. ofrece un carácter verdaderamente original, por no llamarlo extravagante; pero que no es exclusivo de este poeta en aquellos tiempos. Hállase en esta composicion una mezcla extraña por demás, de las deidades del Olimpo pagano, y los espíritus divinos, los angélicos coros de la sagrada region de los cielos.

Todos los astros se conmueven y lucen con mayor explendor á la gloriosa subida de Cristo al empíreo eterno, y los planetas de gentílicos nombres, acuden á recibirlo igualmente. Basta, para no hacer prolija esta descripcion y dar una breve idea de esa mezcla extraña que tanto nos sorprende, copiar sólo los siguientes versos:

> Júpiter, descubriendo su riqueza,
> El cuerno de Amaltea vaciaba
> Con abundante copia y real largueza,
> Al tiempo que Saturno se acercaba
> A la pompa triunfal, y cano aspeto
> Con pálio de esmeraldas adornada
> Al ecelso Señor; con el respeto
> Debido se inclinó, y hermosa planta
> Besa con dulce júbilo y secreto.

Nadie creerá seguramente al leer las anteriores estrofas, que se trata de un asunto tan sagrado, tan grande y sublime entre los misterios de nuestra religion; pero estos extravíos de la fantasía y de los sentimientos de una fé sencilla, no son tanto de extrañar, cuando se advierte á qué extremos condujo á algunos poetas no vulgares, en aquellos tiempos. De tal manera, una devocion no siempre acompañada del mejor gusto, traspasó los límites del conveniente y usual, queriendo aparecer con nuevas formas, que hasta las cosas más divinas las comparó con las humanas, tratando los misterios grandiosos de la fé con efusion verdadera, pero con la llaneza y sencillez más extravagante. Asimiló alegóricamente los sucesos más santos y respetables, con los juegos más pueriles y apartados de sus graves argumentos. A este género extraño pertenecen los *Juegos de noche buena á lo divino*, de Alonso de Ledesma, impresos on 1605.

Séanos permitido, para concluir estas ligeras observaciones que nos ha inspirado la última obra de Ribera citada, recordar que no ha faltado quien convirtió las profanas obras de Garcilaso y Boscan, en poesías del género religioso y ascético. Verdaderamente, que tan lastimoso extravío sólo tiene su disculpa en una fervorosa y exaltada devocion. ¿Quién concibe á *Cristo Nuestro*

Señor en la cruz, hallado en los versos de Garcilaso, título de un poema que, á semejanza de algun otro anterior de la misma índole, se publicó en el siglo XVII (1)?

Encuéntranse en una de las poesías de Ribera, *Cristo puesto en el sepulcro*, estancias notables, que es de sentir no se hallen exentas del todo de cierto sabor culto. Por sus imágenes bíblicas y entonacion más elevada, es digna de señalada atencion. Casi lo mismo puede decirse de aquella otra en que canta los horrores causados por el decreto sanguinario del suspicaz Herodes contra la inocencia, y el amarguísimo llanto de Raquel, á tal desventura.

Concluirémos nuestras observaciones sobre este ingénio sevillano, copiando de entre sus muchos sonetos, el que trata de las miserias de la vida, para dar una muestra de su estilo en esta clase de composiciones.

(1) D. Juan de Andosilla y Larramendi, 1628. El anterior á que aludimos, es de Sebastian de Córdoba, y se publicó en 1577.

Como una muestra del mal gusto y ridículo estilo de los exajerados secuaces del gongorismo, especialmente en los últimos años del siglo XVII, y en el género religioso, copiamos el título de una obra que se conserva manuscrita, á Dios gracias, y se halla compuesta en versos á lo divino. Es como sigue: «Asaltos del ócio, con que en diversos ratos perdidos, dió batería á la Pereza el cañon de Francisco Joseph de Aldana Tirado Q. L. D. O. Y. C. (quien los dedica ofrece y consagra), á la más Pura, cándida y rutilante Aurora que en su primer albor amaneció tan diáfana al Dia de la Gracia sin pasar las lobregueces de la Noche de la culpa que (hallándola perservada del comun contagio de la primer inobediencia) por copiar los rayos de sus luces, se adocenaron en corona de estrellas, se entretegió para vestirla el Sol y se formó argentado chapin la barra de plata de la Luna, á María Santísima Madre de Dios Omnipotente, en su soberana imágen milagrosa de Nuestra Señora de los Reyes O. S. C. S. M. C. E. R» (Año de 1692.)

No es posible que exista obra alguna con título más fatigoso y disparatado. Si como es de creer, fué escrita en Sevilla, por la imágen á que se halla dedicada, nos prueba que por desgracia en la citada época, no faltaban en aquella ciudad, dignos y exajerados campeones de la escuela culta. El tal Aldana la representaba con perfeccion en sus ratos verdaderamente *perdidos*. Este manuscrito, segun la noticia que de él se dá en la obra ya citada, *Ensayo de una Biblioteca de libros raros y curiosos*, lo poseia en 1844, por muerte de D. Juan Colon y Colon, el Dr. D. José María de Alava, en Sevilla.

¿Para qué es el nacer, si la ley dura
Del morir desbarata el edificio?
¿Qué mísero y violento sacrificio
Ofrece triste vida mal segura?
¿Qué poder, qué consejo, qué cordura
Suspenderá el fatal, cruento oficio?
¿Qué lloro, qué dolor y qué ejercicio
De pena no acomete á mi estrechura?
El ánimo en cadenas oprimido,
La muerte á error dispuesta, y á la odiosa
Necesidad del cuerpo, ¡oh vano dia
De la primera luz, si no has corrido
Siempre por entre nube tenebrosa,
Donde perpétuo sol te mueve y guia!

Al mencionar los poetas sagrados que concurrieron á la mayor brillantez del parnaso de Sevilla, nos asalta el recuerdo de Teresa, á quien aquella ciudad dió hospedaje algun tiempo, cuando en su constancia y celo religioso, fundó en ella el convento de su nombre. Una de las glorias del hispalense, es el haber albergado en su recinto á la sábia carmelita en el siglo más brillante de nuestras letras. En aquel debió trazar la pluma de oro de la esposa de Jesucristo, algunas de esas páginas elocuentes é impregnadas de virtud y elevacion; y en el mismo, bajo su cielo sereno, bajo el influjo de la poesía que se respira en su atmósfera, hubo de concebir aquellos versos sentidísimos en que, á pesar de mostrarse enamorada de la muerte, no aflige el ánimo con idea alguna triste ó sombría, sino con las ardientes y puras aspiraciones del avecilla prisionera, que aguarda ansiosa el momento en que, rotos los hierros de su cárcel, le sea dado remontarse á los cielos; porque todas sus esperanzas se encuentran en otra region que la del mundo. Por eso exclama:

¡Ay, qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros!

La influencia que, como hemos observado, tuvo sin disputa el donaire y gracejo meridional en la imaginacion de Cervantes, el príncipe de nuestros ingénios, la ejercieron á su vez el clima apacible, el espíritu piadoso, la religiosidad del pueblo del santo

rey conquistador, en la Safo cristiana; la que ciñó á sus sienes la doble corona de la santidad y de la sabiduría.

El eco de la lira sagrada, resonó más tarde en el silencio de los cláustros. Más de un alma virginal, á ejemplo suyo, hizo á la poesía intérprete de sus afectos divinos, en las ascéticas moradas de la abstinencia y del insomnio (1). No tan sólo tiene su digna representacion la poesía religiosa en las letras sevillanas, sino tambien la mística; y por poesía mística entendemos aquella que es inspirada en el éstasis del espíritu que se eleva hácia Dios, y en la contemplacion de cuanto emana de su poder. *El Cantar de los Cantares* es un ejemplo de poesía mística. El poeta místico es necesariamente apasionado; modula sus palabras con la exaltacion del sentimiento, porque no canta humanos y vulgares asuntos, sino los que un amor sublime les sugiere en sus visiones y celestes arrobos. Para gloria nuestra, contamos en este género con insignes vates como Luis de Leon, Juan de la Cruz, Teresa, y el mismo Luis de Granada, en su poética prosa.

Marcamos, pues, una diferencia notable entre la poesía religiosa y la mística: esta última es producida por la pasion, por la exaltacion que saca al espíritu de su habitual estado; la otra para ser levantada y digna, no necesita estas circunstancias, puesto que puede emplearse en ella la reflexion, el estudio y los razonamientos. Ambos géneros sublimes fuéron tambien cultivados por los poetas de Sevilla.

Otro muy distinto del que formó su poética y célebre escuela, muy diferente tambien de aquel elevado, docto, elegante y perfeccionado por el buen gusto; otro género, decimos, si no erudito, ni ambicionando emular el de los Virgilios y los Horacios, notable por sí y merecedor de un estudio especial, inspiró tambien á algunos ingénios sevillanos, para que no quedase en la literatura, alguno que no fuese tratado dignamente por ellos. Nos referimos al romance, composicion popular, que para su mejor éxito no necesita de la belleza de la forma, de la correccion y fluidez del

(1) Véanse en el Apéndice las noticias biográficas de Sor Valentina Pinelo y Sor Gregoria de Santa Teresa.

lenguaje. El pueblo, considerándolo en general, prescinde de todas estas circunstancias, porque sólo atiende al asunto que lo motiva, y nada le importa las frases escogidas, los hermosos conceptos, ni que se le ofrezca con toda la perfeccion del arte. Esta clase de poesía es la que más caracteriza el pueblo donde brota, porque es el reflejo más fiel de sus tradiciones, sus ferales triunfos, sus gustos, sus deseos; es, por decirlo de una vez, la brillante epopeya de sus glorias y de sus héroes.

Circunscribiéndonos á nuestra patria, en ella el romance llegó á ser la expresion de su nacionalidad, y alcanzó extraordinaria voga en el siglo xv y el que le sucedió; logrando ya en este, y en el del fecundo Calderon de la Barca, que los poetas eruditos de quienes se hallaba divorciado, no sólo cesaran en el desden con que lo miraban, sino que engalanándolo con las flores de su ingénio, lo ofreciesen aun más embellecido, hasta en los templos de Talia.

Excusado nos parece decir dónde tuvo su orígen el romance español, y por qué fué tanta su popularidad. Fácilmente se adivina que nació en los campos de batalla, para celebrar los triunfos del héroe, entre la algarada guerrera y en las lides con una raza invasora. Materia es esta, por otra parte, que no es posible tratar en breve espacio, y sobre la que fuera importuno nos extendiésemos en este lugar. Baste lo dicho para que veamos sin extrañeza, por qué cuando las obras del vate lleno de cultura y elevacion, sólo conseguian un pasajero aplauso de la sociedad ilustrada de su siglo, el popular autor de romances, sin los conocimientos y el númen sublime de aquel; con una imaginacion viva, casi con iguales condiciones que el antiguo juglar, dotado más que de génio, de un espíritu de imitacion; alcanzaba la atencion del vulgo, y que sus fáciles producciones no cayesen en el olvido.

Aquellos magníficos cantos que sin duda embelesaban la docta concurrencia del taller de Pacheco, los himnos de Herrera y de Rioja, no se vieron por sus autores impresos y difundidos, y los de otros menos afortunados, han quedado por la incuria ó la indiferencia, perdidos para siempre. En cambio, los versos de un cantor oscuro, nacido tambien en la ciudad del Bétis,

y á quien á pesar de su buen instinto, tal vez no seamos exactos al darle el nombre de poeta, alcanzaban un éxito asombroso, y coleccionándose en una y otra edicion, eran divulgados y leidos con avidez por toda nuestra Península. Una circunstancia notable distingue á Lorenzo de Sepúlveda, que así se llama este fecundo versificador. Él fué el primero que consagrándose á la imitacion de aquellos romances *viejos*, conservados por la tradicion oral con su primitiva rudeza, dió á luz en su patria una numerosa coleccion de producciones de este género, casi á la par ó inmediatamente de haberse publicado en Zaragoza el romancero en que se reunian aquellos anónimos y que pasaban de una generacion á otra sin conocer su orígen. Sepúlveda llevó á cabo su intento á mediados del siglo XVI, y no estuvo poco acertado al elegir sus asuntos en la historia de su nacion, en las antiguas crónicas y en las hazañas de los héroes favoritos del pueblo. Copiosas fuentes de inspiracion se le ofrecian; pero tanto porque era su propósito imitar fielmente estas antiguas narraciones en verso, tanto porque le faltaban el gusto literario y las dotes suficientes para dar más brillante colorido á sus obras, estas no pasaron de ser un reflejo de las primitivas, llegando á veces á confundirse de tal modo con ellas su estilo y lenguaeje, que á no llevar su nombre, pudiera creerse que eran otras tantas de las conservadas por la tradicion.

Aunque tambien escribió Sepúlveda romances sobre la historia antigua sagrada y profana, y algunos sobre asuntos de su invencion, la mayor parte se hallan basados en las gloriosas crónicas castellanas; y en esta preferencia manifestó un tino excelente, puesto que estos últimos eran los llamados, excitando el interés y el orgullo nacional en todas las clases, á adquirir mayor popularidad.

Poco despues, publicaba tambien en Sevilla, Alfonso de Fuentes, otra coleccion de romances comentada por él, y debida á un ingénio desconocido que se propuso seguir el estilo de los de Sepúlveda, dándoles á su vez su mismo antiguo sabor. Escritos aquellos con mayor cultura, pero no siendo tampoco de un mérito notable; tal era sin embargo la aficion á este género de poe-

sía, que se vieron impresos hasta tres veces. En algunos de los suyos, aunque pocos, Sepúlveda, apartándose de la servil imitacion que se propuso, y sin ajustarse tan fielmente á las viejas crónicas, muestra mayor viveza de imaginacion y aquella espontaneidad que en algo se asemeja en su estilo á la de los juglares. Este popular escritor, segun dice en el prólogo de sus obras, quiso resucitar los romances históricos viejos, purgándolos de sus inverosimilitudes y siguiendo exectamente el texto de las crónicas. Así es, que en su coleccion los hay que no son enteramente suyos, y varios de los que parecen pertenecerle, tienen el carácter de aquellos antiguos reformados. Muchas de estas composiciones adolecen de languidez y monotonia por su extremada extension, y no pocas del defecto de prosáicas. Sólo copiarémos una de las más breves, y de las que imitan más á los viejos romances tradicionales del siglo xv, para dar una idea de su estilo. Su asunto es la huida de Búcar del Cid, nuestro héroe más famoso y popular:

Ese buen Cid Campeador
Bravo va por la batalla;
Contra aquese moro Búcar,
Alzada lleva su espada.
Cuando el moro vido al Cid,
Vuelto le ha las espaldas:
Hácia la mar iba huyendo,
Parece que lleva alas.
Caballo trae corredor,
Muy récio lo espoleaba,
Alongádose ha del Cid,
Que Babieca no le alcanza,
Pues está laso y cansado
De la pasada batalla.
El Cid con gran voluntad
De vengar en él su saña,
Lo hiere de las espuelas,
Con gran enojo lo llaga;
Cerca llegaba del moro,
El espada le errojára,
En las espaldas lo hirió,
Mucha sangre derramaba.

El moro se entró huyendo
En la nave que lo aguarda,
Apeádose ha el buen Cid,
Y allí su espada tomára,
Tambien tomó la del moro
Que era muy buena y preciada.

Otro ingénio de Sevilla, Juan de la Cueva, en quien hemos de detenernos al examinar sus obras de distinta índole, publicó á fines del siglo XVI una coleccion de romances, que tituló *Coro fébeo de romances historiales*. A pesar de ser esta obra, ya rarísima, de un poeta artístico, carece de interés é importancia. Acaso no alcanzaron aquellos la fama de los de su predecesor Sepúlveda, por los argumentos que eligió en las historias griega y romana, estando ya explotados los que se referian á la de nuestra patria. Los pocos, cuatro ó cinco á lo más, que hizo sobre hechos notables de esta, son los mejores, así como algun otro en que da curiosos pormenores de su vida, y aquel burlesco contra los malos poetas, contemporáneos suyos, que principia:

Huyendo va la poesía
Despavorida y temblando,
De una chusma de poetas
Que caza le iban dando.

Cueva publicó su *Coro fébeo* en 1587, dividiéndolo en diez libros, los nueve primeros dedicados á las musas, y el restante á Apolo.

Réstanos algo que consignar sobre este sevillano, fecundo cultivador de todos los géneros de poesía; mas para ello, fuerza es que consagremos algunos renglones á la dramática sevillana, de importancia no pequeña, á pesar de la escasa detencion con que los críticos de nuestro antiguo teatro la han considerado por lo general. Sevilla produjo al varon insigne en la representacion y el entendimiento, como dice Cervantes, que fué el primero que en España sacó las comedias de mantillas y las puso en toldo y vistió de gala; al humilde comediante y autor despues, que tanto contribuyó á los progresos de la patria escena, en donde más tarde el otro fecundísimo Lope se habia de alzar, segun expresa el

mismo Cervantes, con la monarquía cómica. Cuna fué Sevilla de varios poetas sobresalientes en este género; y no porque hayan sido mirados con injusto desden ó dados al olvido en épocas antiliterarias, merecen el de la nuestra, en que afortunadamente se ha hecho justicia á tantos hijos ilustres de la nacion española, que dan honra á las letras; reabilitando su memoria dignamente.

No pretendemos llamar escuela al agrupamiento de aquellos dramáticos nacidos en Sevilla, bien sea en el período en que Lope de Rueda comenzó la reforma de nuestro teatro, bien más adelante, cuando el Fénix de nuestros ingénios llegó á ser el creador y jefe de una escuela nacional. A ella desde entónces pertenecen, salvo algunos rasgos característicos, tanto los poetas del Manzanares, como los del Guadalquivir y el Turia.

Cierto que el sevillano Juan de la Cueva pudo indicar al último de los vates citados, la grande y verdadera reforma que este llevó á cabo; pero á pesar de su *Ejemplar poético*, no llegó á fijar las leyes con que debiera regirse el arte dramático, ni son de imitar sus obras, donde pone en práctica su doctrinas.

¿Qué influencia llegó á tener en la Talía española Juan de Malara, que tanta ejerció en la lírica con sus doctas lecciones; seguidor de los preceptos clásicos, por lo que el referido Cueva nos dice, puesto que no se conoce, ni existe una sola de sus producciones cómicas?

Y no faltaron en Sevilla autores de la misma escuela que este último, que escribieran al estilo antiguo. Oigamos á Cueva:

Ya fuéron á estas leyes obedientes
Los sevillanos cómicos: Guevara,
Gutierre de Cetina, Cozar, Fuentes;
El ingenioso Ortiz, aquella rara
Musa de nuestro astrífero Megía,
Y del Menandro Bético Malara.

. . . .

Y el maestro Malara fué loado,
Porque en alguna cosa alteró el uso
Antiguo con el nuevo reformado.
En el teatro mil tragedias puso,
Con que dió nueva luz á la rudeza,
De ella apartando el término confuso.

Pero si no nos determinamos á conceder que formasen escuela los ingénios dramáticos de Sevilla, fuera injusto negar el influjo que ejercieron, los adelantos que promovieron en el arte algunos de ellos, con especialidad el cómico Rueda y Juan de la Cueva mismo. Si en los primeros tiempos del teatro en la ilustrada ciudad andaluza, sus poetas lograron el favor y el aplauso del público; preciso es confesarlo á fuer de imparciales, por una excepcion en todos los géneros literarios donde tanto gusto y elevacion demostraron, faltóles el acierto y la reflexion necesaria para conocer los extravíos de su imaginacion; y de aquí, la efímera vida que tuvieron sus numerosas producciones.

En Sevilla existian, sin duda, los mejores elementos y el mas yor estímulo en aquella época, para los progresos del arte dramático. «A la sazon que los farsantes escribian las comedias que representaban, dice Luzan en su *Poética*, era Sevilla el lugar más populoso, de mayor comercio y más rico de España; y por consecuencia, junto con mayor disipacion, habia en él más incentivos para las artes agradables. Las que concurren á formar los espectáculos escénicos han tenido siempre buena acogida en tales poblaciones; y así frecuentaban aquella ciudad más que otra alguna las compañías de cómicos, que entónces todos eran ambuantes, como ahora los que llaman de la legua. Con esta proporcion, los poetas (que buenos ó malos siempre han abundado en las orillas del Bétis), empezaron á componer y darles farsas en verso, sin duda mejores que las que ellos llevaban.»

Prueba sobradamente la aficion de los sevillanos á las representaciones teatrales, la existencia en los tiempos de Juan de la Cueva, de tres lugares destinados á aquellas: el jardin ó huerta de doña Elvira, las Atarazanas, cobertizo bajo el cual trabajaban anteriormente los cordeleros, y el corral de D. Juan. Sólo Valencia pudo competir con Sevilla en esta predileccion por el teatro y las obras del ingénio, que tanta cultura demuestra.

En la época á que se refiere Luzan, debió aparecer el ingenioso Rueda, para dar un nuevo aspecto á aquellas composiciones y regenerar el arte escénico.

Lope de Rueda, que ocupaba en la sociedad una condicion

oscura y se empleaba en un oficio mecánico, abandonó este, llevado de su aficion y génio cómico, para convertirse en actor y autor. Hízose notable bajo ambos conceptos, en su ciudad natal, centro ya de las artes y de las letras, á mediados del siglo xvi, y posteriormente en Valencia, Segovia, Córdoba y otras poblaciones importantes. Despues de los escasos adelantos que en los primeros años de aquel siglo habia conseguido la poesía dramática, este humilde artesano aparece como su reformador, en la completa decadencia en que se hallaba. No sólo popularizó las representaciones de este género, atrayendo un concurso numeroso y entusiasta, donde quiera que armaba su improvisado y tosco teatro, sino que dió á las fábulas que compuso, más regularidad, creando caractéres propios y simpáticos, para el vulgo especialmente, y ofreciendo escenas desprovistas de enojosa erudicion é inoportuno artificio; porque copiando la naturaleza, á semejanza de los buenos líricosde la escuela poética de su patria, y retratando sin afectacion ni pretensiones, los personajes que ofrecia en las tablas, de los que existian en el mundo real, en su génio observador; se hacia entender de su auditorio, al paso que señalaba la verdadera senda del arte á sus cultivadores. Sencillo é ingenioso, más particularmente en sus coloquios pastoriles en verso, es correcto y chistoso en el lenguaje de todas sus obras. «Por ellas mereció, segun Moratin, el nombre de padre del teatro español, y en ellas mismas y en el testimonio unánime de los hombres doctos que se las vieron representar, se hallará la razon que tuvo su patria para colmarle de elogios y recomendar á la posteridad su memoria.»

Acordes están en considerar á este hábil ingénio como el fundador de la comedia española, Lope de Vega y Cervantes: no así de un modo absoluto el aleman Schack, historiador de nuestra litetutura y arte dramático, que juzga sus obras muy inferiores en valor poético á las de algunos de sus predecesores. Acaso sea justo, en parte, tal parecer; mas no destruye el influjo de tan perseverante ingénio en los progresos de nuestro teatro, y la nueva existencia que este adquirió por su iniciativa. La autorizada opinion de uno de los hijos más ilustres con que Sevilla se honra en la época moderna, la del sábio D. Alberto Lista, excusa á nuestro buen

deseo, cuanto quisiéramos añadir sobre tan donoso comediante y poeta.

«Vemos, dice, primero, que conservó al drama de cierta extension, el carácter novelesco impreso por Torres Naharro: segundo, que mejoró notablemente é hizo progresos muy apreciables en la descripcion de los caractéres, bien que la mayor parte de los vicios que censuró eran los de la gente valadí; tercero, que introdujo la notable innovacion de escribir las comedias en prosa, en lo cual no fué imitado sino de muy pocos de sus sucesores; cuarto, que inventó las comedias de mágia, lo que seguramente citamos como un hecho histórico, pero no como una parte de su elogio: quinto, que era excelente poeta, y que sabia pintar y escribir en verso tan bien como en prosa: sexto y último, que fué un padre de la lengua, prescindiendo de sus sales y gracias cómicas, y de la viveza de su diálogo, por la pureza y correccion sostenida de su frase, por la verdad de la expresion que siempre se nota en ella, y por la armonía y fluidez de su estilo; dotes en que antecedió al inmortal Cervantes, en tiempo, no en mérito. Solo añadirémos en obsequio de la verdad, que Lope de Rueda, aunque mucho más casto y urbano que Torres Naharro, no siempre es tan limpio como la moral y el decoro exigen. Tal vez es obsceno y grosero, no sólo en las expresiones, sino tambien en el pensamiento: defectos de que poco á poco se fué purgando nuestro teatro, aunque nunca llegó á estarlo completamente hasta el último tercio del siglo XVIII.»

Las obras de Rueda, publicadas despues de su muerte, desde 1567 á 1588, por su amigo Juan de Timoneda, tambien autor dramático, se componen de cuatro comedias de argumento en algunas complicado, de dos coloquios pastoriles, imitando las églogas de Juan de la Encina, y diez pasos ó diálogos en prosa, con otros dos en verso; escenas cortas en que figuran las personas más ínfimas de la sociedad, rufianes, cobardes, matones y otras de tal jaez.

A la primera de estas clases de composiciones, pertenece la titulada *Los engaños*, la mejor de nuestro discreto farsante, por el interés que ofrece su accion, lo ingenioso de sus escenas y el ar-

tificio de su fábula. Esta misma fué aprovechada despues por un poeta desconocido, que algunos piensan fuese Calderon, en *La Española de Florencia*. No inferiores en mérito, son tambien las comedias la *Medora*, la *Eufemia* y la *Armelina*; especialmente esta última, por sus atrevidos episodios, su extraño desenlace y la naturalidad y animacion de sus diálogos.

Sus dos pasos en verso que tituló *Prendas de amor*, en que disputan dos pastores cuál de ellos se ha visto favorecido con prenda de más valor, y el otro *Diálogo sobre la invencion de las calzas que se usan agora*, se hayan escritos en fáciles quintillas y con especial gracejo: cualidad que distinguia sobre manera á su autor.

Poeta de otro género muy diverso, era Malara. Hombre de notables estudios y erudicion; preceptor excelente de la juventud de su tiempo, autor á la vez de varios poemas y de la conocida obra titulada la *Filosofía vulgar*; de rica imaginacion y lenguaje correcto y armonioso, no hubo acaso de conseguir, á pesar de sus buenas cualidades, el mejor acierto en el género dramático. Segun el juicio de Moratin, deducido sólo de las palabras de su encomiador Juan de la Cueva, sus invencione escénicas debieron ser poco arregladas á los principios del buen gusto, aunque aplaudidas en su tiempo.

Tambien á Cueva toca en vez ser apreciado por el autor de los *Orígenes* de nuestro teatro. «Afluyente versificador, dice del mismo, cultivador de todos los géneros de poesía para no ser perfecto en ninguno, siguió las huellas de Malara.» Al referirse á sus obras dramáticas, califica de casualidades sus aciertos. Digno recuerdo merece, no obstante, el que tanto trabajó para levantar el arte de la humildad en que se hallaba. En la citada obra del erudito Celenio, se encuentra el exámen de cada una de las producciones del vate sevillano; lo cual hace inútil nuestro deseo de recordar en este paraje alguna de ellas, porque débil y desautorizado seria cuanto pudiéramos decir de propia cuenta, despues de hallarse consignado aquel tan detenida como discretamente.

Sólo de pasada, indicarémos que los asuntos de sus comedias

y sus tragedias, son por lo comun históricos, algunos de ellos tomados de las tradicciones pátrias, como *Los siete infantes de Lara, El Cerco de Zamora* y *Bernardo del Carpio.*

La introduccion del metro variado en el drama, por Juan de la Cueva, influyó directamente en la forma que aquel adoptó con posterioridad. Asimismo fué este autor, el primero que usó del verso entonado en esas interminables relaciones, que hechas despues con mejor acierto en romances, fuéron, como dice muy oportunamente un crítico moderno, «la piedra de toque de nuestros afamados cómicos, las delicias de los aficionados al manoteo, y el embelèso de los aposentos, plateas y cubillos de nuestros corrales.»

Fué tambien una de las causas que pervirtieron el gusto de nuestra dramática de aquel tiempo, el afan de Cueva de trasladar á la escena el pomposo y altisonante lenguaje que habia fundado una escuela notabilísima en los lábios de Herrera el *divino*, y que tan propio es de los arrebatos líricos. Esta hinchazon tan inoportuna, fué uno de los mayores defectos de aquel ingénio en sus composiciones para el teatro.

Pero entre sus buenas cualidades, debemos citar su fecundidad para la invencion, su númen poético y su vehemencia para expresar los afectos. Es indudable que al crear no pensaba, que escribia sin plan determinado, que no hallaba lindes su fantasía; y de aquí, el desórden y la irregularidad que se advierte en la accion de sus dramas. Casi puede decirse, que anticipándose nuestro poeta algunos siglos al furor romántico que se desarrolló, y afortunadamente fué poco duradero en el nuestro, superó en sus delirios, horrores y extravagancias, á los más fanáticos seguidores de aquella moderna escuela.

El olvido absoluto de las reglas de unidad de tiempo y lugar, es llevado por Cueva á la exageracion. Dioses, reyes, verdugos, fantasmas, diablos, pastores, todos usan en sus obras el mismo lenguaje; ninguno tiene carácter propio. Los encantos, los crímenes, los suplicios, se suceden sin interrupcion y sin verosimilitud en aquellas, para llegar á un desenlace, que acaso ni el mismo autor habia previsto.

La imaginacion del vate sevillano, debia emplearse con más fruto en la epopeya. Ese cúmulo de sucesos extraordinarios, de situaciones asombrosas, esa proligidad en las descripciones, en que tanto se complacia, son más propios de la poesía lírica, y aún más especialmente, de la épica. Tambien cultivó este género, y acaso sea su mejor obra, el poema que compuso á la conquista de la Bética por el santo rey Fernando; asunto sublime y digno de la inspiracion de un hijo de la hermosa ciudad rescatada del poder sarraceno.

En esta produccion se advierten, sin embargo, muchos de los defectos de que adolece en las dramáticas. Invenciones mezquinas y de mal gusto, alternan con verdaderas bellezas; versos de entonacion conveniente y levantada, con otros frios y vulgares. Uno de los episodios en que sobresale nuestro ingénio como poeta descriptivo, en su poema, es el de la batalla naval del Guadalquivir. Cueva en el mismo, segun Quintana, se quedó muy inferior al asunto que con tanto tino habia sabido elegir.

Pero, volviendo al estado de la poesía dramática en Sevilla, despues del gran desarrollo que adquirió en breve tiempo, merced al tino, discrecion é ingénio de Lope de Rueda. y de los esfuerzos hechos por Cueva y Malara, á fin de darle un carácter erudito, imitando el estilo de los autores clásicos, y por consiguiente menos popular; observamos que los poetas de aquel suelo no sacaron todo el partido que podian de los elementos con que contaban, para hacer estable y propia una escuela tan hábilmente iniciada por el despierto artesano, convertido en farsante y autor cómico.

En esta ciudad (Sevilla), dice Schack en su citada historia de nuestra poesía dramática, floreciente ya desde muy antiguo, llegó despues á su mayor altura, cuando se convirtió en el centro principal del comercio entre España y América, ofreciendo al arte dramático un terreno muy adecuado á su desarrollo. De aquí habia salido Lope de Rueda, y aquí tambien se manifestó cierta tendencia literaria, esencialmente diversa á la popular, á que se consagraba aquel poeta.»

Así sucedió, en efecto; pero los ingenios sevillanos tomaron un

camino especial. Existia en España, como en otros países, un género dramático que gozaba de antiguo el favor y aplauso del público: el religioso. A este pertenecian las moralidades, alegorías, misterios, no escaso número de églogas y farsas, los autos que tan en voga estuvieron, sobre todo en la época más floreciente de nuestro teatro, y las comedias de *Santos* y *á lo divino*. Tal fué la composicion predilecta de los cultivadores del arte en Sevilla, al finalizar el siglo XVI y principios del inmediato. Hé aquí lo que Agustin de Rojas Villandrando, dice en su loa del *Viaje entretenido* (1603).

Llegó el tiempo que se usaron
Las comedias de apariencia,
De santos y de tramoyas,
Y entre estas, farsas de guerra.
Hizo Pedro Diaz entónces
La del Rosario, y fué buena;
San Antonio, Alonso Diaz;
Y al fin no quedó poeta
En Sevilla que no hiciese
De algun santo su comedia.

Sabido es lo cultivado que fué este género hasta por nuestros dramáticos de primer órden, así como son notorios los muchos extravíos á que dió lugar, no sólo del buen gusto, sino del mismo objeto piadoso y cristiano que guiaba á sus autores.

Muchas de estas obras, más tienen de profanas que de religiosas; y aunque escritas sin duda con sencillez y buena fé, y un espíritu ajeno á toda intencion maliciosa, es lo cierto que más de una vez ha sido conveniente prohibir sus representaeiones, por lo perjudicial que podian ser, para el vulgo, falto de la suficiente ilustracion que le hiciera comprender el fin moral ó la idea que á aquellas presidia. No escasas veces, tambien, los autores se olvidaban de todas las conveniencias, á trueque de que los *gra-*

ciosos de sus fábulas arrancasen con un chiste el aplauso de aquella parte ménos culta del auditorio, contando con la tolerancia de la otra; sin el propósito ciertamente, de menospreciar sus creencias religiosas con estas libertades. Varias comedias *á lo divino* pudiéramos citar, en que abundan pasajes de esta índole.

Entiéndase que al juzgar así algunas de estas obras, está muy léjos de nuestro ánimo censurar en absoluto un género especial y característico en nuestro teatro, que cuenta en su vasto repertorio, dramas verdaderamente religiosos, á pesar de lo espuesto de sus asuntos, llenando cumplidamente una idea moral. La exhibicion de los pasajes más conocidos de la Sagrada Escritura, la de la vida y milagros de los varones justos elevados á la santidad por sus virtudes, en la comedia, y la que se hace en el poema simbólico á que se dió el nombre de auto sacramental, donde se hallan introducidos los más profanos episodios, exige una fé sencilla y verdadera que aleje de sí todo pensamiento que tienda á encontrar el ridículo, y una inteligencia capaz de comprender las alegorías, los conceptos sublimes que concibió el poeta en los fantásticos vuelos de su imaginacion.

En esta clase de obras, especialmente en los autos, género tambien cultivado, como despues indicarémos, por algunos hijos de Sevilla, todo se personifica, lo invisible, lo inmaterial, lo inanimado; la mitología pagana, mezcla sus personajes con los puros espíritus de la Sion celeste; los que moran en los antros infernales, las virtudes, los vicios, las pasiones todas de la humanidad, dialogan, discurren, haciendo alarde de místicas y teológicas sutilezas; pero á pesar de esta confusion extraña de lo grave y sublime con lo burlesco y vulgar, que demuestra una audácia portentosa del génio, no parece justo convenir enteramente con el docto critico ya citado, Schack, que busca en estas producciones, en balde segun él, verdadera piedad, elevacion de alma y profundidad en la pintnra de las cosas espirituales. Más acertado es, en nuestro concepto el mismo escritor, al hallar de un modo tan poético y discreto en Calderon, refiriéndose á sus composiciones de esta especie, «aquella inspiracion santa que reunia todos los objetos visibles de este mundo, los más grandes y los más

pequeños, los animados y los inanimados, los próximos y remotos; y viendo y celebrando en la naturaleza el trasunto y la sombra de un espíritu más alto, formaba un ramillete de flores, en cuyas perlas de rocío se reflejaba, como en un espejo, la eterna hermosura de lo que está más allá.»

Pero llevados de nuestra especial aficion á esta materia, nos olvidamos de que, además de exigir un estudio detenido, no es el objeto de nuestro humilde trabajo. Aún nos resta algo que decir sobre otros autores dramáticos que tuvieron su cuna en Sevilla, y que pertenecen á la escuela del fecundísimo *Fénix de los ingénios*.

No conocemos las obras de los escritores cómicos sevillanos citados por Cueva en su *Ejemplar* poético, Gutierre de Cetina, Fuentes, Cozar y el ingenioso Ortiz, como seguidores de los clásicos preceptos. De suponer es, que la importancia de aquellas fuera escasa, cuando sólo há llegado hasta nuestros dias esta ligera mencion. Verdad es, que los grandes poetas de la escuela sevillana, á pesar de su númen brillante é imaginacion vivísima, sólo aprovecharon estas dotes en la poesía lírica; pudiendo haber producido muchas excelentes obras en la dramática. Tanto Lista, como un escritor ya citado (1), convienen en atribuir á una causa misma este despego extraño de ingénios tan sobresalientes, hácia un género atractivo y fecundo, y el más acomodado á la brillantez de su númen é inteligencia. «¿Cuál será la causa de este fenómeno literario? dice el segundo de aquellos críticos. Una sola me atrevo á señalar: la ausencia de la córte, fuera de la cual no es posible la literatura dramática, como que el drama no puede escribirse léjos del centro de accion que ofrece aquella, y del choque de intrigas y pasiones que alimenta.»

D. Alberto Lista haciendo extensiva esta observacion á los poetas paisanos y contemporáneos suyos, añade: «Esta pobreza de génio dramático ¿procederá del carácter poético de los andalu-

(1) Señor Puente y Apezechea. Discurso de ingreso en la Real Academia Española.

ces, más propio para sentir y para expresar sus ideas y pasiones, que para fingirlas en otros personajes?»

Cierto que son muy pocos entre los poetas de la ciudad andaluza, los que con tan evidentes disposiciones para ello, se dedicaron al cultivo de la poesía dramática; pero, aunque no seguidores en un todo del estilo que caracteriza á la escuela de Sevilla, podemos citar más de un ingénio, que tuvo en esta su cuna, y no ha dejado de alcanzar en el arte escénico merecidos loores. Además de aquellos de quienes hablamos antes, que con más ó menos fortuna, hicieron laudables esfuerzos para crear y difundir la aficion por este ramo tan importante de la literatura, ofrecemos ahora al caballero sevillano D. Diego Jimenez de Enciso, excelente poeta que floreció en la primera mitad del siglo xvii. Este dramático andaluz, fué más conocido y apreciado en su época que en la nuestra, en la cual, hasta que en recientes colecciones y catálogos se le ha dado el lugar á que es acreedor, ni aun la mencion más leve ha alcanzado su memoria, de algunos críticos é historiadores de nuestro antiguo teatro.

Basta para conocer su importancia, leer su notable produccion *Los Médicis de Florencia*, que reune condiciones de un mérito especial para dar gloria á su nombre y honra al suelo en que se meció su cuna. Entre otras varias que escribió, esta es, sin disputa, la llamada á conservar imperecedera su memoria. Montalvan la cita como la que fué *pauta y ejemplar para todas las comedias grandes*; y aunque algo tenga de exajerado este elogio; aunque no pueda citarse de un modo tan absoluto como un gran modelo, mucho hay en ella que almirar y no poco que aprender. Su argumento es interesante en alto grado. Un ódio antiguo y profundo que divide á los Pazos y los Médicis, á pesar de hallarse unidos por los vínculos de la sangre, separa á Isabel, la heroina del drama, de sus tres apasionados, que llevan el segundo de aquellos apellidos. Sólo uno de estos amantes, Cosme de Médicis, es noble y leal; los otros, el gran duque de Florencia y Laurencio, este último aún más infame y traidor, pretenden á la hermosa jóven por miras livianas é interesadas. Estos tratan de engañarse mútuamente y burlar á Cefio, padre de aquella, que

aunque anciano, conserva viva y terrible su saña rencorosa contra sus enemigos. De aquí provienen las asechanzas, los sobresaltos, los peligros de muerte, en las variadas aventuras y episodios de la fábula, siempre conducida con tino y habilidad.

Elogiando Luzan en su *Poética*, las felices disposiciones de Enciso para el verso elevado y noble, nota con razon, si bien influido siempre por su prevencion contra nuestra antigua escena, que sólo en tal concepto cita aquella comedia suya; pues en lo demás, no es menester en quien la lea, un pudor muy asustadizo para que se escandalice. ¡Lástima es, que adolezca de un defecto tan tolerado en aquella época en tantas otras producciones de esta clase!

No es extraño que Candamo atribuyese á Enciso la invencion de las comedias de *capa y espada*, refiriéndose sin duda á la misma de los *Médicis*, por las muchas peripecias en que abunda, propias de las de este género. Interés creciente, versificacion sonora y correcta, caractéres bien trazados y sostenidos, son las apreciables cualidades que hacen sobresalir esta invencion escénica, entre las más merecedoras de estima de nuestro antiguo teatro.

Otro de los poetas que con más felices dótes se distinguieron entre los que, si bien en escaso número, honraron á la dramática de su país natal, es Luis de Belmonte y Bermudez.

No creemos fuera de lugar, al tratar de las glorias literarias, y de la poesía especialmente, de la ciudad sevillana, detenernos algun tanto en el exámen de sus ingénios dramáticos, que en tiempos de mayor adelanto para la escena, contando ya con reglas más fijas y gusto más formado para obtener el completo agrado del público, que los ya mencionados Lope de Rueda, Cueva y Malara, dejaron inscritos sus nombres en los templos de Talia. Daremos de su mérito una ligera idea, así como del de otros de órden más inferior.

Luis de Belmonte floreció en los primeros años del siglo XVII, y es de los autores dramáticos que más popularidad alcanzaron con sus obras. Una de ellas, sobre todo, la titulada *El Diablo predicador ó El mayor contrario amigo*, aunque atribuida á distintos ingénios,

suya á no dudarlo, es tan conocida, que casi nos parece inoportuno detenernos á encarecer su valor. Algunos han supuesto en el autor de esta comedia originalísima, una idea disfrazada, una malignidad é intencion á nuestro juicio tan opuestas al móvil que le guiaba al concebirla, que nos hace considerar injustas y harto severas tales apreciaciones. Extraño es, ciertamente, el pensamiento de convertir al mismo Luzbel, por permision divina, en fervoroso predicador de la fé y la caridad cristian, en defensa de la religion de San Francisco. Nos llama la atencion sobremanera en esta obra, el tono severo y conveniente, siempre á una misma altura, del espíritu de las tinieblas, hasta en sus diálogos con el locuaz y donoso lego Fray Antolin, cómico personaje que tanta popularidad ha llegado á obtener. En las maliciosas ocurrencias de este gracioso, revestido de cierto carácter, creyóse advertir por algunos hasta una punible profanacion, y el propósito encubierto de ridiculizar la institucion respetable que precisamente se engrandece y encomia. De aquí provino su prohibicion absoluta: y no han faltado críticos de mucha estima, que, considerando bajo este desfavorable aspecto la obra de Belmonte, le han dedicado las siguientes palabras. «La variacion del espíritu de las gentes en esta parte ha sido tan grande, que la comedia del *Diablo predicador*, se representó muchas veces, y con buen éxito, á peticion de los interesados en que fuesen más abundantes las limosnas, y despues se ha pedido, á pesar de estar prohibida por la autoridad, sólo por tener el gusto de ver y oir las profanaciones en que abunda.»

Así como al referirnos anteriormente á las comedias llamadas *de Santos*, hemos observado que en algunas obras de este género existian semejantes profanaciones, inspiradas acaso, sin tenerlas por tales, por un ardoroso espíritu cristiano ó un fervor religioso mal entendido, confesamos francamente, que no descubrirnos en la comedia de Belmonte, esa maligna intencion que con tanta intolerancia se le atribuye.

Otra comedia de este ingénio, menos conocida, aunque análoga en su argumento é intencion filosófica á la anterior, es la que tiene por título *La Renegada de Valladolid*. El pensamiento reli-

gioso sobresale en esta como en aquella de una manera notable, en todo el curso de la accion; y á sus más mundanos episodios, imprime siempre el poeta, el carácter especial que hubo de proponerse para llegar á su objeto: sin duda el de patentizar el poder y los triunfos de la fé cristiana. Hay cierta grandeza y originalidad en el fatalismo que persigne á Isabel, la dama de noble sangre, que olvida sus votos sagrados, sus deberes, el honor de su familia y hasta su mismo decoro, para seguir, obscecada por la pasion, al capitan D. Lope. De esta primera falta se originan otras más funestas aun. Su destino es implacable: tanto la ciega, que hasta abjura de sus creencias cristianas, cuando se halla con su amante, cautiva de infieles. Menosprecia, aunque sin conocerle, á su propio hermano, convertido en ministro de Dios, para hallar consuelo y alivio de su afrenta, y á quien una tempestad arroja náufrago á las playas africanas; y se encona, en su triste ceguedad, en los míseros cautivos, sólo por llevar el nombre de cristianos. Esta creacion fantástica, este personaje extraordinario, conserva su extraño carácter en toda la obra. Antes de llegar la razon de tan infeliz mujer á un completo extravío, cuando todavía su conciencia le advierte su culpa y su primer falta, rechaza al partícipe de esta, cuando la reconviene de su mudanza, diciéndole:

No prosigas,
Causa de todos mis males;
Tu me has puesto en trances tales;
Déjame, pues, no me sigas,
Que por tí lloro, por tí
A Dios y á padres dejé,
Mi sangre y casa afrenté,
Mi patria y honra perdí.
En tu rostro llevo escrito
Mi error. mirarme no intentes;
Véte; no me representes
La fealdad de mi delito.

Despues, en su funesta exaltacion, olvida la fé de sus padres, admite el amor del mahometano Ceilan, en cuyo cautiverio se

halla; y un vértigo horrible, un frenesí espantoso, se apoderan constantemente de ella.

La escena en que vuelve á iluminarle de la luz de la razon, y en que reconoce á su desgraciado hermano, es sin duda de las más notables. Una voz canta á lo lejos:

En Valladolid vivia
Una dama muy hermosa,
Que ofrecido á Dios se habia,
Y su padre la tenia
Para monja religiosa.

A entrambos hermanos conmueven estas palabras, y producen en uno las lágrimas del dolor y en la otra las del arrepentimiento. No reproducimos esta escena por su mucha extension, bien á pesar nuestro; pero sí recomendamos su lectura, por la idea ventajosa que dá del génio y maestría de Belmonte en este filosófico trabajo. Hallánse caracterizados todos los personajes que en él figuran, con una habilidad superior; siendo el del gracioso Naranjo, uno de los más chistosos, epigramáticos y oportunos del teatro antiguo.

La discrecion de Belmonte para amenizar con festivos episodios, las escenas mas graves y sérias de sus obras dramáticas, hizo decir á Montalvan «que habia continuado por muchos años el escribirlas y el acertarlas, (que en él todo es uno) siendo en las veras heróico y en las burlas sazonadísimo.»

No en todas sus obras tuvo nuestro poeta sevillano el mismo buen gusto y acierto. Otras pudiéramos citar, en las que dejenera su estilo en afectado y oscuro.

Belmonte hizo con algunos ingénios, los más notables de su época, uno de ellos Calderon, varias comedias; siendo suya la mejor jornada de la que lleva el título de *El Príncipe perseguido*, y aparece como de tres ingénios: Moreto y Martinez y Meneses, fueron los autores de las dos restantes.

Digno es, pues, de ser juzgado este poeta, como uno de los más notables de la antigua y fecunda escena patria, aunque como otros

muchos, haya merecido tan escaso aprecio de la posteridad, que olvidaba con su nombre el de su nativo suelo, dejando á laboriosos críticos el placer de rehabilitar su memoria, en tiempos muy recientes.

Hállase en identico caso que Belmonte, el doctor Felipe Godinez. Este como aquel y otros autores dramáticos que han honrado con su talento á su patria, merecedores del aplauso del público de su época, víctimas luego de un desden injustificado, es otro digno hijo de Sevilla, de quien debemos hacer mencion señalada.

No lo olvidaron Cervantes ni Montalvan; y lo que ambos dicen, confirma, no sólo su valer, sino la buena opinion que alcanzaban sus produciones. Habla el primero:

> Este que tiene, como mes de Mayo,
> Florido ingénio, y que comienza ahora
> A hacer de sus comedias nuevo ensayo,
> Godinez es.

«El doctor Godinez, expresa Montalvan en su *Para todos*, tiene grandísima facilidad, conocimiento y sutileza para este género de poesía, particularmente en las comedias divinas; porque entónces tiene mas lugar de valerse de su ciencia, erudicion y doctrina.»

Este fué, en efecto, su género privilegiado. Casi todas sus comedias, como lo indican basta sus títulos, pertenecen al llamado *á lo divino* y *de Santos*, cuyos asuntos versan, como dijimos, sobre episodios de la Sagrada Escritura ó sobre la vida de aquellos. Prueba es de las estravagancias tan frecuentes en esta clase de obras, el título de una de las de Godinez: llámase *O el fraile ha de ser ladron ó el ladron ha de ser fraile*, y su protagonista es San Francisco de Asis. Aquel escríbió tambien algunos autos, composicion que por su índole habia de ser muy de su gusto.

Es de notar el tono oportuno y conveniente que este poeta daba á sus obras, sin incurrir en los estravíos tan frecuentes en otros cultivadores de este género religioso. Sus versos son fluidos, tienen la entonacion adecuada, y sus pensamientos se ballan expredos con dignidad, y por lo comun de una manera feliz.

En la comedia que acabamos de citar por su rarísimo título, dice aquel santo Francisco de Asis, la siguienle parábola, reproducida ya oportunamente por un ilustrado biógrafo y crítico de nuestro ingénio sevillauo. No podemos resistir al deseo de copiarla á nuestra vez.

Cierto labrador cogia
Mucho trigo; y otro, á quien
Le acudia ménós bien,
Con la envidia que tenia,
Le puso pleito, en que dijo
Que no daban la mitad,
Aunque eran de igual bondad,
Las tierras de su cortijo;
Y que lindando las unas
Con las otras, sin encanto
Era imposible que tanto
Distasen ambas fortunas;
Y asi, que aquel labrador
Con sus hoces esquilmaba
Todo el campo, y malograba
A las demás su valor.
Fué á su casa sin tardanza
El acusado hechicero,
Y trajo todo su apero
Y gente de su labranza.
Y en fin, por dejar conclusa
La demanda de una vez,
«Vea, vea (dijo al juez)
Este apero quien me acusa.
Valientes bueyes de arada
Traigo, buen ganado, rejas
Que rompen bien, y sin quejas
Familia, bien sustentada,
Que trabaja bien conmigo
Porque á su tiempo les pago;
Son hechizos que yo hago
Para cojer mucho trigo.»

Godinez escribió una comedia que le levanta á notable altura entre los buenos autores de la dramática española. Titúlase *Aun de noche alumbra el sol*. Su asunto no es religioso, por una ex-

cepcion en casi todas sus obras. Siendo esta la más apropósito para dar á conocer las excelentes cualidades que adornaban á aquel como escritor escenico y poeta no vulgar, diremos algo de ella. Su accion es sencilla é interesante; sus caractéres se hallan trazados con maestría, y realza estas cualidades tan recomendables, una versificacion fluida y correcta, acaso en más de una ocasion, demasiado elevada hasta el lirismo, al que tan fácilmente arrastraba la inspiracion á nuestros ingénios dramáticos de entónces.

Doña Sol, casada de secreto con D. Juan de Zúñiga, y perseguida tenazmente por los amores de un príncipe voluntarioso, es un modelo de virtud conyugal, una figura simpática en extremo. Su esposo se ve obligado á evitar el rigor de los celos de aquel amante temerario, y á impedir las venganzas del rey que considera á aquella dama un estorbo, tanto es el amor que su hijo la profesa, para llevar á cabo la boda de este, ya concertada por graves razones de Estado. D. Juan se ausenta, á pesar de los ruegos de Sol, que con apasionadísimas frases le manifiesta su firme propósito de seguir su misma suerte. Una doña Constanza, prendada de D. Juan, porque ignora su casamiento, hace compañía á su esposa durante la ausencia de este, y sabedora que el príncipe amenaza la vida del que piensa es su rival, y procurando alejar las sospechas de las venidas cautelosas del mismo á aquella casa donde cree que le atrae su hermosura, toma el nombre de Sol, y entretiene con tal engaño, en nocturnas entrevistas al galan poderoso. Este ardid ocasiona los celos de D. Juan, los temores por su honra, la afliccion de la virtuosa doña Sol, y otros varios incidentes que concurren á la intriga, y le dan mayor interés. La lucha de encontrados sentimientos que agita á don Juan, es terrible: en vano D. Jaime, fénix de los amigos, trata de calmar sus tormentos; en vano le dice:

Vos sois muy gran caballero,
No puede en accion ninguna
Correr vuestro honor fortuna.

A lo que el que se juzga tan hondamente agraviado, contesta:

Jaime, el honor verdadero,
Sé, en buena filosofía,

Que de la virtud procede,
Y que la virtud no puede
Ser en mí sin accion mia;
Mas el mundo desordena
Tan ciego esta rectitud,
Que hay honor que no es virtud,
Pues pende de accion ajena;
Y siendo dicha en rigor,
Y no honor, lo que no adquiere
Por sí mismo el que lo quiere,
Dice el mundo que es honor,
Y llega algun virtuoso
A tan infeliz estado,
Que es virtuoso, y no honrado,
Sólo porque no es dichoso.

Felizmente, en otra entrevista nocturna del príncipe con Costanza, en que sigue el primero en su error, y cuando ya el esposo que se cree ofendido va á lavar con la sangre de la que juzga criminal, su afrenta, descubre este el engaño de aquella otra dama y la inocencia de la que tan herida se ha visto de los pesares; y por eso, *aun de noche alumbra el sol.*

Otro digno representante del ingénio sevillano en la dramática española, fué el fecundo D. Cristóbal de Monroy y Silva, que si bien no vió la luz primera dentro de los muros de la misma ciudad de San Fernando, nació en Alcalá de Guadaira, á dos leguas de aquella. Entre sus muchas producciones dramáticas, bastaria sólo para hacer estimable su memoria y darle un nombre que hasta nuestros tiempos no le ha concedido la crítica literaria, su discreta comedia, cuyo título es *La batalla de Pavía y prision del rey Francisco*. Todo en ella merece estudio y alabanza; su asunto, sus caractéres, su lenguaje y versificacion propia y entonada, y sus episodios amenos é interesantes. Todos sus personajes se captan las simpatías del espectador: en todos se realza la caballerosidad característica de la época, tanto de los vencedores de aquel glorioso hecho de armas, como del mismo rey prisionero, desgraciado entónces, pero valeroso y lleno de majestad en su adversa suerte. En esto no ha hecho el poeta más que seguir fielmente la historia, porque en tan memorable triunfo, se vieron los rasgos más

brillantes de la antigua y proverbial hidalguía castellana. La hija del capitan que hace prisionero al monarca francés y que concurre á la batalla con el traje de soldado y los alientos más varoniles, es un personaje secundario que ameniza la accion. Cuando la infanta la hace su dama, y tiene que abandonar á su despecho, sus arreos marciales por femeniles atavíos, el poeta halla ocasion de ofrecer algunas escenas en extremo cómicas; porque aquella nunca pierde su instinto de amazona y la desenvoltura propia de los campamentos. El gracioso Lobon ayuda de vez en cuando á atenuar la séria entonacion que el asunto de la obra exige, con sus chistes oportunos y picantes; exceptuándose segun él mismo manifiesta, de la regla general en los criados de la comedia antigua, á quienes se ofrece siempre como cobardes.

Que no porque sea el gracioso,
Es fuerza que sea el gallina.

La escena del acto tercero, entre Cárlos V y el soberano vencido, es de aquellas que dan nombre y celebridad á una obra de este género.

Otra de sus comedias, *El ofensor de sí mismo*, pertenece á aquel, tan comun entonces en nuestro teatro, en que los lances imprevistos, los galanteos misteriosos, las equivocaciones y suspicacias del amor, los riesgos de la honra, y otros accidentes variados, se complican á la vez. En este linaje de invenciones dramáticas, llamadas con razon de enredo, y cuyos argumentos se hallan basados por lo comun en un error fácil de disipar, toma tales proporciones la intriga, que sólo merced al ingénio, se llega al fin á un desenlace. La citada produccion de Monroy, es entretenida, y abunda en lances amorosos: su asunto da una idea de la excesiva libertad y franqueza con que los antiguos dramáticos ofrecian las debilidades á que arrastra al hombre la desmedida ceguedad de las pasiones. Verdad es que esta licencia no era tan intencional, como se advierte en no pocas obras de la dramática moderna; pero siempre produce mal efecto, por ser inconveniente y contraria al arte. La comedia de Monroy tiene en este sentido, escenas demasiado censurables, como aquella, en que

D. Juan, su protagonista, cuenta á su primo, cómo, por medio de un engaño, obtuvo los favores de doña Leonor, su esposa despues, tomándole esta por otro; engaño que es el fundamento de la fabula. Lástima es que este ingenioso poeta se dejara llevar de un lirismo inoportuno, á veces incomprénsible, y á veces *culto* del todo, cuando sabia sin apelar á este medio de tan mal gusto, versificar correcta y juiciosamente. En *El ofensor de sí mismo* da repetidas pruebas de extravío tan lamentable.

De las *Mocedades del duque de Osuna*, obra de un género especial, tomamos al acaso este rasgo de su frecuente lenguaje hiperbólico. Se refiere á aquel personaje ilustre.

Salió á caballo un dia,
Que Jason sobre el bruto parecía,
Navegando brioso
La espuma al golfo undoso;
Pues de tanta iba lleno
El caballo, tascando el duro freno,
Que temí que, en sus olas engolfado,
Fuera fuerza tal vez salir á nado.

Esta última comedia de Monroy, cuyo asunto son las calaveradas y travesuras, de un gusto asaz truanesco, de aquel duque en los años de su juventud, y la temeridad y valentonadas de los matones de oficio; prescindiendo de su plan descabellado y de algunos de sus lances, que hubieron de ser más simpáticos, sin duda, en sus representaciones, para el vulgo; ofrece, no obstante, escenas divertidas y variadas, y sobre todo revela la festiva y donosa vena de su autor. Este recorrió casi todos los géneros dramáticos: el histórico, el de capa y espada, el llamado *á lo divino*, el mitológico ó fabuloso, el caballeresco y el de *valentía*, á que pertenece la comedia que acabamos de citar, y que es una segunda parte del *Afanador de Utrera*, del sevillano Luis de Belmonte, cuyo personaje *sui géneris*, tambien figura en la de Monroy.

A fines del siglo XVI cultivaba el género dramático en Sevilla, donde se hallaba avecindado, el licenciado Damian Salustio del Poyo, natural de Murcia, el cual alcanzó gran estimacion en su tiempo, el aplauso de Lope de Vega, y que Agustin de Rojas dijese de él:

Que no ha compuesto comedia
Que no mereciese estar
En letras de oro impresa.

Aún considerando algo apasionados tales elogios, advertimos, sin embargo en este ingénio, por su buen gusto y correcta versificacion, que respiró las mismas auras del Bétis, que halagaron con sus soplos á los grandes poetas de la escuela sevillana. Digno es de citarse con otros que, como él, por su larga permanencia bajo el cielo inspirador de la poesía, contribuyeron con sus luces á la mayor gloria de las letras en la culta ciudad andaluza.

En el mismo caso que el anterior se halla Andrés de Claramonte y Córroy, murciano tambien y vecino de Sevilla, como se nombra en la portada de alguna obra suya. Autor dramático y célebre representante, floreció en ambos conceptos, á fines del siglo xvi y principios del inmediato. Compuso varias comedias, estimadas por su mérito, y algunas loas *á lo divino*, entre ellas la *Sacramental de las calles de Sevilla*, tan celebrada de todos. Infiérese que fué bastante larga su residencia en esta ciudad; circunstancia que justifica el recuerdo que en este lugar le dedicamos. Escribió este poeta un libro de rareza suma, titulado: *Letanía moral*, en cuyo *piadoso trabajo* invoca á varios ingénios de su época de reconocido mérito y saber, no olvidando para aplaudir sus dotes sobresalientes, á algunos de los que tuvieron á Sevilla por patria, como son Rioja, Enciso, Arguijo, Hipólito de Vergara y otros.

No dejarémos de tributar tambien un justo homenaje, oportuno en este lugar, á la memoria de un varon insigne que ha llegado á conquistar alto y merecido puesto entre nuestros dramáticos de primer órden. Nos referimos al correcto, filosófico y terenciano poeta, el licenciado D. Juan Ruiz de Alarcon. Su discreta musa acudió en la en la edad lozana de su vida, á prestarle sus inspiraciones en aquel pueblo privilegiado. Algunas de las obras escénicas del buen hablista castellano, fuéron escritas, cuando establecido en él, ejercía con renombrado concepto, la profesion de las leyes. En los tiempos de su residencia en el suelo andaluz, concurria con el inmortal Cervantes y algunos ingénios sevillanos, á

más de una alegre fiesta campestre, en las que todos lucian á competencia, en festivos esparcimientos, las galàs de su ingénio y su agudeza y donaire. Aún no punzaban entónces el corazon del vate nacido en Méjico, aquellas espinas clavadas en él por la satírica befa de otros escritores intolerantes de la córte, que, impresionados por su exterior defectuoso, y adustos apreciadores de su sobresaliente mérito literario, no advertian en él al iniciador de la comedia de costumbres en nuestra escena, ni en él admiraban al autor de *La Verdad sospechosa* y *Las paredes oyen*.

Entre los ingénios de segundo órden que cultivaron el arte dramático y tuvieron su cuna en Sevilla, debemos mencionar á doña Ana Caro, tan encomiada por los poetas de su tiempo, y autora, entre otras, de la comedia caballeresca *El Conde de Partinuples*, de las mejores, y quizá la mejor, enmedio de lo absurdo de su argumento, de esas producciones teatrales de artificio y encanto, tomadas de las leyendas y libros de caballería, que forman un género raro y especial. No estaba llamada esta poetisa andaluza á dar brillo y realce al teatro de su patria, y sus escasas producciones se confunden en el inmenso repertorio escénico de su siglo.

Tal vez nos hemos detenido demasiado en los autores que, si bien nacieron en la ciudad sevillana, no pertenecen, en rigor, á su genuina escuela poética; pero tanto por tener, á nuestro juicio, alguna novedad el ofrecer juntos, siquiera no sea con el acierto debido, estos nobles representantes de su dramática, como por honrar dignamente su parnaso, creemos merezca indulgencia nuestra proligidad.

El teatro sobrevivió algo á la corrupcion de nuestra poesía lírica, causada por el culteranismo, aunque tambien sintió no poco sus dañosos efectos.

Hemos llegado, pues, al período lamentable en que se eclipsan las glorias literarias de nuestra patria en general, y á la vez las de aquellos centros, como Sevilla, del saber y la ilustracion.

La Talía española obtiene sus más legítimos triunfos bajo el reinado de Felipe IV, al mismo tiempo que los demás géneros literarios presagian una próxima y fatal decadencia. No habia

de terminarse el siglo xvii sin que esta sobreviniese; oscureciéndo tantas y tan brillantes conquistas del talento, debidas al estudio y á la inspiracion. Aquel siglo de oro, memorable siempre para España, hizo brillar aun, con los últimos destellos de su luz, la primera mitad del siguiente; pero estos se apagaron por completo, cuando ocupaba ya el trono de Castilla, el desgraciado rey Cárlos II, tan cercado de disturbios, y cuya muerte, al comenzar el siglo xviii, sin herederos directos, produjo una sangrienta guerra de sucesion.

Cosa es que admira sobremanera, que antes de llegar este período de infortunio para nuestra patria, ya se marcasen de un modo tan visible los síntomas de nuestro abatimiento literario.

Cuando nuestra nacion se enorgullecia con una centuria fecundísima en insignes varones que, rivalizando en ingénio y ciencia, dejaban en pos de sí el rastro imperecedero de su gloria; cuando la honraban otros muchos que florecieron en la siguiente, herederos de sus mismas cualidades; parece imposible que, de repente, como si un denso velo oscureciese las inteligencias, ó una indolencia injustificable apagase el entusiasmo y la inspiracion, vinieran otros tiempos estériles y ominosos, en que apenas sobresale un escrito digno, en los muchos y diferentes ramos de la literatura, cultivados hasta entonces con tan brillante éxito y aplauso. ¿Qué causas pudieron influir en esta decadencia tan rápida, tan inesperada de las bellas letras, en una nacion que habia llegado á tal apogéo, y que habia fundado en más de un género, la escuela seguida por los escritores de otros países? ¿Qué motivos tan funestos hicieron enmudecer á las musas españolas, cortando el vuelo de la imaginacion de nuestros vates, y cubriendo de inculta yerba los desiertos pórticos de los templos del saber?

Por principal causa reconocemos, el gusto depravado que falseó los buenos principios que el estudio de los clásicos de la antigüedad y el instinto poético é inspiracion propia, de nuestros poetas, habian llegado á propagar en el glorioso siglo xvi. El estilo ridículo y lleno de afectacion, iniciado por Góngora, tan ajeno á la gravedad y sencillez del escritor juicioso, impuesto ya desde

la córte misma en la época á que nos referimos; contando con fervorosos secuaces y extravagantes sostenedores, hizo desaparecer de nuestro suelo aquella buena literatura, que hoy afortunadamente, vuelve á ser estudiada y aplaudida con entusiasmo y orgullo.

Empero, tambien contribuyeron en no poca parte á su completa ruína, las civiles desavenencias que afligieron al despuntar el siglo XVIII, á nuestra España. Las enconadas luchas, los disturbios, no dan gloria á la patria: ocasion ha sido siempre de duelo para ella y de luto para sus hijos. El estado de paz y prosperidad influye notablemente en los adelantos del saber; la quietud que se goza á la sombra de la paz, y en medio de apacibles costumbres, estimula al génio al estudio: sin aquella, imposible es que progresen las letras y las artes. En la crísis fatal por que pasó España al comenzar aquel siglo, cuando se armó del casco y la lanza para manchar su manto en sangre propia á cada hecho de su indomable valor; falto el espíritu de bienestar y sosiego, en vano pudo consagrarse á sus más nobles tareas.

En tan lamentoso estado, inevitables fuéron el aniquilamiento y la degradacion completa de todas las artes, que son el producto de la inspiracion y del génio.

«La pintura habia muerto con Murillo, la elocuencia con Solís, la poesía con Calderon, dice Quintana, y en el medio siglo que pasa desde que faltan estos hombres eminentes, hasta que aparece Luzan, ningun libro, ningun escrito, si se exceptúa tal cual comedia de Cañizares, basta por su aspecto literario á llamar hácia sí la atencion y el interés ni aun de los más indulgentes No se degrada, pues, ni se corrompe lo que no existe; y la imitacion francesa pudo en buen hora dar á nuestro gusto y á nuestras letras un carácter diferente del que habia tenido en lo antiguo, pero no desfigurar lo que ya no era, ni dar muerte á lo que no vivia.»

Tal es el triste cuadro, demasiado exacto, por desgracia, que hace aquel notable crítico, del decadente estado de nuestras letras.

Las nubes destructoras del culteranismo se extendian por toda la Península: general fué en ella la corrupcion literaria; y Sevilla no pudo librarse de sus terribles efectos. Las musas que dis-

currian tranquila y gustosamente por las hermosas márgenes del Guadalquivir, huyeron asustadas; y al mismo tiempo que yacian abandonados los caractéres de Gutemberg en aquella ciudad tan nombrada por su cultura, donde nació una escuela fecundísima del arte pictórico, se cerraban los talleres donde hábiles discípulos de Zurbaran, Murillo, Velazquez y Alonso Cano, recogian el fruto de sus lecciones.

Antes de indicar, aunque ligeramente, puesto que no es ya de nuestra incumbencia ni de nuestro propósito, la favorable reaccion que han tenido los estudios literarios en los tiempos modernos en la ciudad sevillana, permítasenos que, volviendo la vista atrás, reasumamos las cualidades especiales de su escuela, que tan eficazmente influyeron, en época venturosa, en toda la patria literatura.

El génio de los vates sevillanos, como hemos podido observar, cultivó todos los géneros: ya arranca de su lira los dulces acentos de la égloga, ya los melancólicos de la elegía; ya los vehementes y apasionados de la oda; ya los graves y majestuosos de la epopeya. Muéstrase en el parnaso de la hermosa ciudad que es madre de la inspiracion, el poeta filosófico, el elevado, el religioso, el agudo y festivo, el popular autor de romances, el dramático innovador, y aquel que en los mejores tiempos de la escena pátria, consigue alcanzar el aplauso y un renombre merecido. En casi todos ellos se admira la expontaneidad, la viveza de imaginacion, el estilo brillante innato en los hijos de tan fecunda comarca, apasionados de la naturaleza que estudian, en que se inspiran, y que con tanta verdad y galanura retratan.

El carácter de la poesía sevillana se manifiesta con su mayor sublimidad y fuerza, en sus dos mejores representantes, á quienes consideramos fundadores de su escuela: en el *divino* Herrera y en el tierno y filosófico Rioja. El primero crea una entonacion vehemente, enérgica y expresiva, establece un dialecto poético que arrebata y seduce; y ya cante con menos pasion que grandilocuencia á la hermosa Eliodora, ya emule á los clásicos de la antigüedad en su acertado lirismo, ya celebre la victoria de Lepanto,

siempre aparece como el padre é iniciador de aquella famosa escuela. Rioja, es el poeta privilegiado que perfecciona su obra admirable: es el varon docto que camina con pié seguro por la senda indicada por aquel génio; enseñando á sus compatriotas; hasta dónde es suceptible de mejora y regularidad el estilo literario de su insigne antecesor, con su delicado gusto y su clara inteligencia.

Al hablar de la escuela poética sevillana, no es posible dejar de nombrar unidos á estos dos vates ilustres; porque entrambos la personifican y le prestan sus timbres más gloriosos. Ya hemos visto el número no escaso de sobresalientes ingénios que siguieron sus huellas y dieron honra y prez, no sólo á la ciudad hispalense, sino á otras del suelo andaluz y de las demas provincias de nuestra España.

Los rasgos más característicos de esta escuela, son además del buen gusto que preside en todas sus obras, esa propension de las imaginaciones ardientes y meridionales de sus discípulos, á idealizar, á revestir con las más brillantes galas los cantos que les inspira la naturaleza, á la que, como dijimos, tan aficionados parecian. El sentimiento religioso que tanto predomina en los artistas del suelo sevillano, que se hace casi exclusivo en el *pintor del cielo* y los seguidores de su célebre escuela, se advierte tambien de un modo notable, en los vates paisanos suyos que, en más de una ocasion, alternan en sus himnos, ora arrebatando sus acentos á la lira del clásico pagano, ora sus bíblicas melodias al arpa del poeta hebreo. Muéstrase una tendencia marcada, en la escuela de Sevilla, á formar y fijar la diccion y el estilo poético, con laudable estudio; perfeccionándolos de modo tal, que no sólo consigue caracterizarse por ello, sino que alcanza el honroso triunfo de verse imitada y reconocida como maestra por esta circunstancia, por muchos ingénios que son la prez de otras provincias españolas. La vigorosa entonacion del lenguaje poético, su riqueza, su pompa, su galanura en la forma llena de majestad, su armonía encantadora, ya cante á la divinidad, ya al amor exaltado ó apacible, ya á la naturaleza fértil y fecunda de un suelo alfombrado de flores, bien con los acentos de la pasion, de

la melancolía, sean vehementes, tiernos, filosóficos ó cristianos, resaltan siempre en la buena y genuina escuela sevillana, exenta de falso brillo y amaneramiento, y ganosa de sobresalir por su originalidad. Por todo esto, pues, ha sido tan notable la influencia que ha ejercido en general sobre la poesía castellana.

Durante el siglo de Luis XIV, espléndido para la nacion francesa, y que sucedió al nuestro de oro en glorias literarias, la poesía española, con especialidad la dramática, «fué una mina fecunda para los autores de aquella nacion,» segun dice un historiador extranjero, y el mismo Voltaire reconoce. Más adelante, en el siglo XVIII, nuestros escritores habian de adoptar á su vez el gusto de aquellos, apartándose de sus propias tradiciones; si bien en el lastimoso estado en que se hallaban nuestras letras, no negarémos que fué útil y provechoso el influjo ejercido por los extraños; no teniendo en cuenta, sin embargo, para este aserto, las tendencias filosóficas de índole tan perjudicial á las creencias religiosas que tan manifiestamente revelaba aquella literatura; tendencias que, por otra parte, no hallaron eco en los corazones españoles, donde tan arraigada se hallaba en aquellos tiempos la fé que heredaron de sus antepasados.

Restablecida ya la calma despues de sangrientos disturbios, Felipe V no se mostró extraño á las letras. Dispensoles su proteccion; y aunque esta no fué tan eficaz que produjese una completa resurreccion de sus glorias, contribuyó á que tanto en su reinado, como en los de Fernando VI y Cárlos III, se despertara de nuevo el estímulo al estudio, y aparecieran en el desierto palenque donde se disputaban en más felices dias los lauros del saber, algunos hombres notables, aunque ya revestidos de un carácter distinto, y más dados á la reforma inspirada por la escuela francesa (1).

(1) En el extenso y excelente *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo* XVIII, que precede al tomo primero de los *Poetas líricos* de la misma centuria, (LXI *de la Biblioteca de Autores Españoles*, 1869) debido al inteligente y erúdito literato D. Leopoldo Augusto de Cueto, se reseñan detenidamente las vicisitudes por que pasó en aquella época, no la más gloriosa de nuestra história literaria, el arte poético en Sevilla. Hállase de manifiesto

No fué en Sevilla donde primero se sintió este influjo, porque á esta ciudad le estaba reservado, despues de aquella reaccion literaria, llevada á cabo por inteligentes escritores que tuvieron su cuna en otro suelo, despertar de su profundo letargo á la musa meridional, fogosa y brillante, que inspiró en anteriores tiempos á los maestros insignes en el arte encantador de la poesía.

No es nuestro ánimo, aunque de ello nos pese, el tratar de las glorias de la moderna escuela sevillana. Tampoco el mencionar los muchos poetas sobresalientes que ha producido, porque esto nos obligaria, para hacerlo con el debido detenimiento, á dar una extension inconveniente á nuestro trabajo, además de no hallarse en nuestro propósito, ni en las prescripciones que nos vemos precisados á observar. Permítasenos sólo hacer una justa y merecida excepcion en favor de dos varones eminentes, maestros de la nueva pléyade de ingénios sevillanos.

Fácilmente se comprenderá que aludimos á los dignos sucesores de Herrera y de Rioja, D. Félix José Reinoso y D. Alberto Lista. Cantor el primero en nuestro dulce idioma de la funesta falta de nuestros primeros padres en el Paraíso, ora pinta con sublimidad miltoniana las dulzuras del idilio edénico, ora los enojos del Hacedor á la desobediencia de la criatura, ora las asechanzas del espíritu de las tinieblas, en aterrador contraste, ora la inmensa abnegacion del Verbo. Inspirasé á su vez el segundo, y casi con la misma suerte, en este asunto, digno objeto de la gran epopeya del vate britano. Y hacemos mencion de esta obra de entrambos

en tan interesante estudio, la lastimosa decadencia á que llegó en el mismo suelo donde habian resonado los mágicos acentos de un Herrera y de un Rioja. hasta que más tarde apareció de nuevo, recobrando su antiguo concepto y mostrándose no menos digna de estimacion y aplauso.

Tanto D. Alberto Lista como D. Antonio Alcalá Galiano, han hecho detenidos estudios sobre las letras sevillanas en el período que comprenden los últimos años del pasado siglo. Titúlase el del primero, *De la moderna escuela sevillana en la literatura*, y el del segundo, *De la escuela literaria formada en Sevilla á fines del siglo próximo pasado.*

D. Luis Vidart ha publicado, asi mismo, en el tomo VI de *La Revista de España* (1868), un notable juicio sobre algunos autores contemporáneos de la misma escuela poética de Sevilla.

sobre la perdida inocencia del hombre; eligiéndola entre otras suyas no ménos dignas de alabanza, por ser un lazo más, que une y coloca á igual altura á estos jefes de la moderna escuela poética de Sevilla. Lista es, además, el preceptor de la nueva generacion, no sólo de los estudiosos ingénios sevillanos, sino de otros muchos que recibieron su dócta enseñanza, han imitado su ejemplo, y seguido sus autorizados preceptos.

Empeño superior á nuestras fuerzas ha sido reseñar el glorioso espectáculo que ofreció la noble ciudadde Sevilla, radiante por su ilustracion y saber en la décima sexta centuria, ménos espléndida en la siguiente, y tan en decadencia en la décima octava, hasta que de nuevo renació en la presente con su antigua grandeza y majestad. Y nó podia suceder de otro modo: el vivo ingénio de los poetas de aquel suelo inspirador, adormecido en una época de comunes calamidades é infortunios para la patria, habia de salir de su letargo y mostrarse portentoso y sublime, como cumplia á sus tradiciones y como sabrá conservarse mientras los rayos de un sol ardiente fecundicen una comarca que Dios hizo fértil y hermosa, y las blandas brisas del Guadalquivir murmuren impregnadas del aroma de sus vergeles.

Séanos permitido á este propósito, y para terminar nuestros desautorizados apuntes de una manera digna y oportuna, trasladar á este sitio las palabras de un eminente académico, cuya reciente pérdida lamentamos, al tomar asiento en la Real Española (1). Hé aquí cómo se expresa:

«Dios que reparte los bienes del mundo; Dios, que dilató como un mar inmenso los arenales de la Libia; Dios, que envolvió en sus nieblas, como en un sudario, á la antigua Albion; Dios fué quien arrojó sobre las provincias meridionales de España, esa variada y ostentosa vestidura, que las engalana como para un espléndido festin, y quien puso en el corazon de sus moradores la chispa de ardoroso ingénio, que hará brotar constantemente de sus lábios fúlgidos raudales de armonía. Si por acaso anhelais hallar un espíritu profundo, que os patentice las cavernosas miserias

(1) D. Joaquin Francisco Pacheco.

del corazon humano, que os conduzca á la torre de Ugolino, ó al banquete de Macbeth, no le busqueis en ese bello país de que venimos hablando, y cuya poética inspiracion nos ocupa en estos momentos. Seria un acaso milagroso que le encontrarais: donde debeis buscarlo es en las islas del polo, en las cuevas del Apenino. Aquí es otra poesía la que podeis buscar, otra la que siempre ha existido, otra la que perpétuamente hallareis: poesía exterior, de forma, de brillo, de expansion; poesía que no encierra esos volcanes; poesía que se complace en la dulzura, en la luz, el deleite, un poco quizá más de lo justo en la amplitud, en el número y en la arrogancia; poesía que aun para morir, cuando de morir se trate, preferirá al fragor del trueno, y al terrible golpe del rayo, el canto de las sirenas y el sepulcro de hojas de rosa en que envolvian los Césares á sus convidados en la capital del antiguo mundo.»

Hemos dado fin á nuestra difícil tarea. Si no pudimos cumplirla con el acierto conveniente, sírvanos al menos de disculpa, nuestro buen deseo y nuestro entusiasmo por las glorias literarias de la antigua Híspalis, únicos estímulos que nos han alentado en la pequeñez de nuestras fuerzas.

POETAS SEVILLANOS

DE LOS

SIGLOS XVI Y XVII.

AFAN DE RIVERA (Fernando).—Marqués de Tarifa y primogénito del duque de Alcalá del mismo nombre. Imitó dignamente á su padre en su aficion al estudio de las letras. Este, revelando una gran erudicion, escribió un tratado del *Título de la Cruz*, una *Oracion gratulatoria al papa Urbano VIII, en nombre del rey Católico*, y otra obra piadosa sobre la pasion de Jesucristo. Se sabe que, en su vehemente inclinacion al saber, reunió una escogida biblioteca en una bellísima sala de su palacio de Sevilla, y una curiosa coleccion de antigüedades. Segun Ortiz de Zúñiga, manejó tambien los pinceles con tal habilidad, qu fué notable en la valentía del dibujo y lo suave del colorido. Frecuente era entonces, que de este modo se hermanaran las artes y las letras, como hemos podido observar, en aquella ciudad ilustrada. El hijo de este docto personaje, con tan noble ejemplo de aplicacion, se consagró al cultivo de la poesía, no desmintiendo que fué mecida su cuna por las brisas del Guadalquivir. Lástima fué que se malograse en la flor de su edad, cuando se le ofrecia un porvenir halagüeño, y cuando las musas de nuestra patria le sonreian en extrañas tierras, prodigándole sus inspiraciones.

Lope de Vega, en la *Respuesta á un papel que escribió un señor de estos reinos en razon de la nueva poesía*, dice: «Concurrieron en aquel tiempo en aquel género de letras algunos insignes hombres que quien tuviese noticia de sus escritos, sabrá que merecieron este nombre: Pedro Laínez, el excelentísimo marqués de Tarifa, Hernando de Herrera, Galvez, Montalvo.....»

El aprecio que hace Lope del poeta que es objeto de estos apuntes, es claro indicio de su mérito, como lo es de la estimacion en que tenia al padre del mismo, al dedicarle su bella produccion dramática *Lo cierto por lo dudoso*.

El marqués de Tarifa escribió, dándose á luz en Nápoles el año 1631, *La Fábula de Mirra*, en octavas.

Como una muestra del estilo de este digno hijo de Sevilla, copiamos el siguiente soneto de las *Flores de poetas ilustres*, publicadas por Pedro Espinosa.

Tienen los garamantes una fuente
Que, por oculta calidad del suelo,
El agua tiene fria como hielo,
Cuando la hiere el sol resplandeciente;
Mas luego que en la mar moja la frente,
Y el mundo se escurece, y en el cielo
Tiende la negra noche el rico velo,
Hierve y abrasa como fuego ardiente.
Así yo triste, en fuente convertido
Del llanto, estoy helado en la presencia
De los ojos, que son del sol que temo;
Mas luego que escurece mi sentido
La escurísima noche de su ausencia,
En vivo fuego me consumo y quemo.

El marqués de Tarifa falleció muy jóven en Palermo, siendo su padre Virey del reino de Sicilia. A uno y otro enaltece Lope de Vega en su *Laurel de Apolo* con grandes alabanzas.

AGUILAR (Juan Bautista de).—Doctor en teología, racionero de la santa Iglesia de Sevilla, y segun D. Nicolás Antonio, notable escritor latino. Compuso una obra titulada *Epigrammatum libello in dedicationem obelisci*. Fué impresa en Roma en el año 1586, y parece la dedicó al Papa Sixto V. Se atribuyen á este sevillano otras producciones no citadas por el autor de la *Bibliotheca nova*: una de ellas un tratado cuyo título es *Carmenheroicum*, que consta de quinientos versos. El objeto de esta obra, es celebrar la victoria del duque de Parma, Alejandro Farnesio, en la conquista de la ciudad de Maestricht. La otra que dice Alonso Chacon ser suya, tiene por título *Diversorum Carminorum*.

Hay otros dos poetas del mismo nombre y apellido que no deben confundirse con este: el uno fué natural de Valencia, y murió á principios del siglo XVIII; y el otro, tambien latino, nació en Rute, provincia de Córdoba; siendo contemporáneo de aquel á quien consagramos esta mencion.

ALCÁZAR (Baltasar de).—Hijo de padres distinguidos, nació en 1530 ó 1531. Despues de haberse retirado del ejercicio de las armas, obtuvo cargos honrosos en su patria; residiendo algun tiempo en Ronda y Jaen, y cerca de veinte años en la villa de Molares, donde obtuvo los destinos de Alcaide y de Alcalde mayor, en el servicio del segundo duque de Alcalá.

Además de su aficion á los estudios literarios y científicos, la tuvo tambien á la música y la pintura; siendo, por esto, mayor su intimidad con Pacheco, el amigo de todos los hombres de noble inteligencia.

En la obra titulada *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos,* se incluyen varias poesías de Alcázar, no publicadas en la *Biblioteca de autores españoles,* de Rivadeneira. Algunas de ellas pertenecen á un manuscrito autógrafo que contiene otras de D. Juan de Salinas, y del Dr. Garay, poeta del siglo XVI. Es poseedor de este códice, el ilustrado literato D. Aureliano Fernandez Guerra y Orbe. No puede menos de encontrarse en casi todas estas composiciones del Marcial sevillano, á la alegre y maliciosa musa que le inspiró sus frecuentes rasgos satíricos. Bellos madrigales, donosos epígramas, y alguna que otra poesía de aquellas que, escritas en la edad madura, reflejan al hombre de experiencia y entregado á más sérios pensamientos, forman la preciosa coleccion publicada en el libro que dejamos citado. De este género es *El Trueco,* última obra suya, dirigida á Francisco Pacheco, el artista sevillano.

Sólo copiarémos de aquella, el siguiente madrigal que hizo nuestro poeta en su vejez, por revelar la frescura y lozanía de su imaginacion, en esta época de su vida:

Rasga la venda y mira lo que haces,
Rapaz, que en esta edad no es hecho honroso
Romperme el sueño y las antiguas paces;
Desarma el arco, déjame el reposo;
Porque la helada sangre no aprovecha
Ni es dispuesto sujeto
Donde haga su efeto
La venenosa yerba de tu flecha.
Pero si determinas
Con tus armas divinas,
Rompiendo mis entrañas,
Hacerme historiador de tus hazañas,
Ablanda el pecho de esta que te priva
De tu imperio y valor con tu dureza
Igual á su belleza;
Si no quieres, Amor, que cuando escriba
Forzado en las cadenas
Cante por tus victorias las ajenas.

Juan de la Cueva, nacido como Alcázar en Sevilla, cita á este con grandes alabanzas, en su *Viaje de Sannio.*

Por quien levanta la hermosa frente
El gran Bétis, y á oir el noble acento
Atrás vuelve el furor de la corriénte,
Sosegando su raudo movimiento;
Y al numeroso plectro está presente
Febo, invidiando el celestial concento
Del doto Alcázar, en quien halla al vivo,
Al suelto Ovidio y Marcial festivo.

Cervantes le dedica la siguiente octava, en su *Cánto de Caliope.*

Puedes, famoso Bétis, dignamente
Al Mincio, al Arno, al Tibre aventajarte,
Y alzar contento la sagrada frente,
Y en nuevos anchos senos dilatarte:
Pues quiso el cielo que tu bien consiente,
Tal gloria, tal honor, tal fama darte,
Cual te la adquiere á tus riberas bellas
Baltasar del Alcázar, que está en ellas.

Este insigne poeta murió en Sevilla el 16 de Enero del año 1606, á los setenta y seis de su existencia. Su sepultura debe hallarse en la capilla de la Soledad de la parroquia de San Pedro. Ya dejamos consignados otros pormenores de su vida.

ALCÁZAR (Juan Antonio de).—Sobrino del anterior ingénio, é hijo de don Melchor, encomiado por aquel como varon docto, notable por su inteligencia y sus virtudes, en una de sus más bellas poesías.

Herrera *el divino* y Medrano, le dedicaron algunos de sus versos; lo cual prueba la amistad que debia unirle con ellos.

En un códice manuscrito de la Biblioteca Nacional, citado por D. Cayetano Alberto de la Barrera en las *Poesías de Rioja*, por él coleccionadas é ilustradas, se halla un soneto de D. Juan Antonio de Alcázar, que suponemos sea del distinguido sevillano á quien nos referimos.

D. Juan Antonio fué padre de otro poeta, á quien dió el nombre de Melchor; y á continuacion le consagramos tambien un justo y merecido recuerdo.

Concurrió aquel mismo á la *Justa poética* con que celebraron los jesuitas la beatificacion de San Ignacio, en los primeros años del siglo XVII.

ALCAZAR (Melchor).—Este digno nieto del hermano del célebre poeta humorístico Baltasar, nació el año de 1588.

El 19 de Diciembre de 1617 se celebraron en Sevilla unas fiestas de toros y juegos de cañas, en servicio de la Purísima Concepcion de nuestra Señora, á costa de este ingénio sevillano. Dice á propósito de ellas, Ortiz de Zúñiga en sus *Anales*:» Tiene particular memoria las cañas que hizo á su costa don Melchor del Alcázar, caballero de gran espíritu y devotísimo del misterio: su relacion que corre impresa, debió el órden á la pluma de D. Juan de Arguijo, noble y docto sevillano; agraviárala la mia á ceñirla ó variarla, además que tengo mucho interés en la sangre de D. Melchor, primo hermano, y casado con hermana de mi abuelo paterno; y hablaré mejor con ajenos períodos.» Llamábase, en efecto, su esposa doña Luisa Ortiz de Zúñiga. En aquellos lucidos festejos figuró tambien un hermano de D. Melchor, de más edad, llamado don Luis, con quien fué, en su juventud, á la córte. En esta desempeñó un oficio en palacio, y cultivó el trato de los ingénios y artistas que tan en gran número eran en aquella época; contando entre ellos, (en 1622) segun consta, el del afamado pintor D. Diego Velazquez de Silva.

En una curiosa nota que hallamos en las *Poesías de Rioja*, ilustradas por el Sr. Barrera, se dice á propósito de este distinguido hijo de Sevilla. «*La relacion de la partida del príncipe de Gáles*, refiere que éste le regaló una sortija *en prémio de su ingénio y asistencia*. Por la misma época (1623) concurrió á la *Academia de Madrid*, que en su casa presidia D. Francisco de Mendoza; y se halla citado en uno de los *Vejámenes* manuscritos de Pantaleon de Rivera. Celebra Francisco Pacheco, en su *Arte de la pintura*, á nuestro don Melchor de *florido ingénio*; inserta unos versos suyos, y añade que murió en Madrid de treinta y siete años, el de 1625. Zúñiga dice que fué alcaide y gobernador del bosque y casa real de Aranjuez. Dejó varios hijos.»

Parécenos oportuno copiar en este lugar, una bellísima poesía que hemos ya mencionado, de Baltasar de Alcázar, en elogio de su hermano D. Melchor, abuelo de este quien á nos referimos, la cual prueba las hermosas cualidades y dotes de inteligencia que adornaban á los indivíduos de esta ilustre familia. Se halla impresa en la obra titulada *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*, y es como sigue:

Este alcázar soberano,
Donde estableció su asiento
El más alto entendimiento
Que cupo en sugeto humano,
Es el que por justa ley
Fama puso en su registro,
Como á famoso Ministro
De su patria y de su ley.
Tuvo la facundia y copia

Del Griego tan celebrada,
No con estudio alcanzada,
Sino natural y propia.
En toda dificultad
Fué de celestial consejo,
Sus acciones, luz y espejo
Desta nuestra ciega edad.
En suma, cuanto en él hallo
De prudencia y de valor,
Pudo envidiarse mejor,
Que mortal hombre imitallo.
Cumplió la fatal medida
De sus años, y la cuenta
Puntualmente los setenta
De su generosa vida.
Fuese al cielo, y trocó á gloria
Todo este mundano trato:
Quedó su antiguo retrato
Que eternice su memoria.
Hecho este felice trueco,
Dió al retrato nueva luz,
Protójenes andaluz,
Por otro nombre, Pacheco.

Otro indivíduo de esta familia, fué el famoso Luis de Alcázar, comentador del Apocalípsis, sobrino del epigramático Baltasar.

ALEMAN (Mateo).—Se sabe que en 1568 desempeñó este donoso novelista, el oficio de contador de rentas, y que treinta y un año despues, ya de edad avanzada, escribió su popular *Atalaya de la vida humana ó Vida del pícaro Guzman de Alfarache*, de la que tantas ediciones se han hecho, y que tantas traducciones ha merecido en diferentes idiomas.

Cree D. Nicolás Antonio, que Aleman estuvo en Mégico algun tiempo; fundándose sin duda, en que en aquella ciudad se imprimió su *Ortografía castellana*.

Fué Aleman en su juventud, muy dado al estudio de las letras; y despues de haberlo abandonado por largo tiempo, á causa de las ocupaciones de su empleo, se entregó de nuevo á su cultivo con éxito feliz.

Segun D. Martin Fernandez de Navarrete, en su *Vida de Cervantes*, Aleman, como este ingénio, estuvo preso por un motivo análogo.

Escribió Aleman, además de su novela picaresca ya citada, la *Vida de San Antonio de Padua*, precedida de unos versos latinos.

Tradujo tambien algunas odas de Horacio, que dedicó á D. Diego Fernandez de Córdoba, duque de Cardona y de Segorve; y en el concepto de cultivador de las musas, le incluimos en la presente relacion de ingénios sevillanos, que lo fuéron tambien.

Hé aquí cómo comienza la traduccion de la oda del libro III *Eheu fugaces*...

¡Ay Póstumo, los años van huyendo,
Viénese la vejez, y su dolencia
Poco á poco nos lleva consumiendo!
Tu piedad no podrá hacer resistencia
Al brazo duro y fuerte
De la enemiga inevitable muerte.

Mateo Aleman compuso el prólogo de los *Proverbios morales* de Alonso de Barros; y este á su vez hizo el elogio de aquel, y el de su libro la *Vida del pícaro Guzman de Alfarache*.

ALVAREZ (Alonso).—«Hijo de un jurado de la Collacion de San Vicente, llamado Alonso Alvarez, y era mozo de muy lucido ingénio, inquieto, y así murió colgado en el aire, porque un asistente de Sevilla que era el conde de Castrillo, irritado de que en público burlaba dél, le anduvo á la mira, y por una cosa bien ligera de una cuestion que armó, le sacó de la iglesia de Santa Ana, y le acusó que llamaba este al asistente por mal nombre... (1) tomándolo de un hombre pobre que andaba por Sevilla y pedia limosna por San Zoilo, abogado de los riñones... Este Alonso Alvarez hizo, segun comun opinion, la copla de pié quebrado que se le envió á D. Rodrigo Calderon avisándole de su mal fin, que nunca lo creyó, y fué en el mesmo modo de poesia y déjo, y dijo así:

Don Rodrigo Caldero-
Saca el dinero de ca-
Mira el tiempo como pa-
Echa la barba en remo-

»Porque habiendo precedido algunas muertes, castigos y prisiones de los privados del rey Philipo III, presumió ó adivinó que podia ser lo mesmo por don Rodrigo, como lo fué, y hubo la muerte y castigo en ella, que en Madrid se vido.»

Estas noticias están tomadas de un M. S. original de principios del siglo XVII, conservado en el archivo de la Catedral de Sevilla.

Alvarez que, segun se infiere, debió ser de travieso y satírico carácter, hizo en otra ocasion una copla del mismo género que la citada, con motivo de

(1) Aquí un apodo nada culto.

haber enviado Lope de Vega desde la córte al poeta sevillano D. Juan de Arguijo, su libro tilulado *El Peregrino*, para que lo censurase. Es como sigue:

Envió Lope de Ve-
Al señor D. Juan de Argui-
El libro del *Peregri-*
A que diga si está bue-
Y es tan noble y tan discre-
Que estando, como está ma-
Dice es otro Garcila-
En su traza y compostu-
Mas luego entre sí quien du-
No diga que está bella-

En las notas á una carta inédita del autor del *D. Quijote*, en que se relata una fiesta habida en San Juan de Alfarache el dia de San Laureano, publicada en el apéndice primero de la obra titulada *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, se dá á luz por vez primera, un romance del mismo Alvarez, el cual «se halla, segun el autor de dichas anotaciones, en un códice en 8.°, escrito hácia el año 1630, todo él de poesías de Góngora, salvo unas cuantas de Quevedo, Mendoza y Juan de Salinas, á quien allí se califica de Tostado sevillano.» Posee este manuscrito el Sr. Sancho Rayon.

La enunciada poesía, se encuentra encabezada del modo siguiente:

«Romance que Alonso Alvarez, poeta sevillano, hizo estando sentenciado á ahorcar por D. Bernardino, á quien puso por nombre.....» (Aquí se expresa el súcio mote á que antes aludimos).

Engañosa confianza,
¿Qué seguridad prometes
A una vida que por puntos
Camina para la muerte?
¡Ay, corazon afligido,
Cuán engañoso te tiene
Pensar que á espacio camina,
Mal que por la posta viene!
Tres horas me dan de vida
Los que mi muerte pretenden;
Que como el camino es largo
Que parta temprano quieren.
¡Ay qué tiempo tan breve!
Poco podrá pagar quien tanto debe.
Ya todos me desamparan

Propio de quien pobre muere,
Aunque por bienes les dejo
Tantas desdichas que hereden.
Mis propios deudos me engañan
Y mis amigos me mienten;
Que aunque ellos no lo desean,
Así mi dicha lo quiere.
Esta lumbre de mi vida
¡Que vive y muere dos veces,
Qué de tormentos la matan,
Qué de esperanzas la encienden!
¡Ay, qué tiempo tan breve!
Poco podrá pagar quien tanto debe.
Mi propia sangre me ha muerto;
Deme la vida, pues puede;
Que con un «pequé Señor»
Segura la eterna tiene.
Ya la muerte me amenaza,
¡Y ojalá infinitas fuesen!
Pagára infinitas culpas,
Muriendo infinitas veces.
Muera el cuerpo que pecó,
Que bien la pena merece,
Y parta el alma inmortal
A vivir eternamente.

Gran compasion inspira, puesto en tan angustioso trance, próximo á subir las gradas de un cadalso, un ingénio que tan dignos sentimientos manifiesta.

Juan de la Cueva, el poeta sevillano, dirigió un soneto á D. Bernardino de Avellaneda, asistente de Sevilla, *queriendo ahorcar á Alonso Alvares de Soria*, el cual es como sigue:

No dés al febeo Alvarez la muerte,
Oh gran don Bernardino, así te veas
Conseguir todo aquello que deseas
En aumento y mejora de tu suerte.
El cruel ódio en piedad convierte,
Que en usar dél tu calidad afeas:
Cierra el oido, ciérrale, no creas
Al vano adulador que te divierte.
De ese que tienes preso, el dios Apolo
Es su juez, no sufragáneo tuyo:

Pónlo en su libertad, dálo á su foro.
Que de hacello así, de polo á polo
Irá tu insigne nombre, y en el suyo
Hispalis te pondrá una estátua de oro.

Nada pudieron las súplicas de Juan de la Cueva, para salvar de un público fin tan afrentoso al desdichado vate. De los versos de aquel, se deduce que el travieso Alonso Alvarez, era persona tenida en algun aprecio en la ciudad que le vió nacer, por las dotes de su ingénio.

El suplicio de este desgraciado, debió tener lugar antes del año 1609, en el que dejó de ser asistente de Sevilla, D. Bernardino de Avellaneda.

Entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional, se conservan una sátira de Alvarez, y dos sonetos del mismo contra un Cristóbal de Flores, quien á su vez escribió otros contra aquel, y se guardan en igual forma en el mismo establecimiento.

ALVAREZ DE TOLEDO Y PELLICER (D. Ignacio).—Nació en el año 1661, y fué bautizado en la parroquia de San Andrés de Sevilla. Su padre, persona de distincion, vistió el hábito de Calatrava, y él, á los quince de edad, el de Santiago.

Su juventud hubo de ser borrascosa y no escasa de aventuras; viéndose preso fuera de su patria, quizás por alguna de ellas. Debió haber regresado á la córte de España en 1685, porque entre sus poesías se halla una dedicada á Cárlos II, con motivo de haber cedido este monarca su carroza á un ministro del Señor, que conducia el Santo Viático; suceso que tuvo lugar en aquel año mismo, y fué ocasion de merecidas alabanzas de los poetas y de los artistas. En Amberes se abrió una lámina que representaba este piadoso acto del rey, acompañada de un poema latino alusivo á un rasgo de humildad y acatamiento tan digno de loa, del P. Manuel Van Outers.

Alvarez de Toledo, era nieto de D. José Pellicer, célebre escritor.

Publicó en la obra que tituló sus *Ocios*, *La venganza de Diana, y más dichosa tragedia*, comedia cantada y representada en dos jornadas. *Loa que se había de hacer en los años de la Reina Madre, nuestra señora.—Baile entremesado del Médico.—Baile de música.*

Debemos algunas de estas noticias, al *Catálogo del teatro antiguo español*, publicado por D. Cayetano Alberto de la Barrera.

Existe una obra escrita en verso (es un romance), titulada: «A la tan feliz como deseada noticia de la llegada de la Reina nuestra señora (que Dios guarde) doña Mariana de Neubourg al puerto del Ferrol. Consagra á la majestad augusta del Rey nuestro señor (que Dios guarde) estos borrones D. Ignacio Alvarez de Toledo, caballero de la órden de Santiago.»

ARGOTE DE MOLINA (Gonzalo).—Nació en Sevilla el año 1549. Don Nicolás Antonio le hace natural de Baeza. Fué veinticuatro de aquella poblacion y su provincial de la hermandad. Se halló á los quince años, en la jornada del Peñon de Velez, y en 1568, como alférez mayor de los tercios andaluces, en la guerra contra los moriscos de Granada. Persiguió con pericia y arrojo, los corsarios que infestaban los mares de las islas Canarias. Tomó por esposa, á la hija natural del marqués de Lanzarote, cuyo título usaba: casado segunda vez su suegro, tuvo legítima sucesion, á la que correspondió llevarlo; quedándose él con el de señor de la Torre de Gil de Olid.

Argote vió morir á sus hijos, y el dolor profundo que le produjeron estas desgracias, segun dice Ortiz de Zúñiga en sus *Anales de Sevilla*, «hizo infausto el último término de su vida; turbando su juicio, que, lleno de altivez, levantaba sus pensamientos á mayor fortuna. Varon fué notable, añade luego, y á haber tenido menos entereza y menos pleitos en esta ciudad, hubiera conseguido más aplauso.»

Este distinguido sevillano tuvo gran aficion al estudio de la historia antigua de España, y demostró mucha erudicion y conocimientos genealógicos en la de las casas nobles de Andalucía. Antonio de Morales en sus *Antigüedades de España*, elogia á nuestro poeta é historiador, con las siguientes palabras: «Gonzalo Argote y de Molina, mancebo principal de Sevilla y alférez general de la milicia de Andalucía, á quien yo amo mucho por lo mucho que él me ama, y porque su insigne y nobilísimo ingénio y su gran reputacion lo merece.»

Argote murió del año 1597 al 1600.

Sus obras son: *Historia de la nobleza de Andalucia*. Sevilla, 1588. Sólo publicó la primera parte de este curioso trabajo, y como dice un escritor francés, es una pérdida irreparable para las ciencias históricas, el que no se haya dado á luz la segunda. *Viaje de Ruy Gonzalez de Clavijo al gran Tamorlan*, Sevilla, 1582.—*El libro de la Montería que mandó escribir el muy alto y muy poderoso Rey D. Alfonso de Castilla y de Leon, último de este nombre* 1582.—*Historia de las ciudades de Ubeda y Baena*.—Un tratado de la casa de Argote. Publicó tambien el libro titulado *El Conde de Lucanor*, compuesto por el nieto de San Fernando, D. Juan Manuel, y le añadió la vida de este infante, el principio y sucesion de la casa de los Manueles, y un discurso de la poesía castellana, 1575. Esta obra se ha reimpreso y traducido en el extranjero en época reciente.

Otras dos de este autor se citan en el segundo tomo de la titulada *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*: la una es *Aparato de la historia de Sevilla que dejó principiada Argote de Molina, copiada por don Francisco Laso de la Vega, beneficiado propio de la parroquia de San Pedro de Sevilla*, año 1755. El título de la otra, es como sigue: «En la ciudad de Sevilla, jueves XX dia del mes de Noviembre de 1572 años, yo Gonçalo Zatico de Molina con deseo de hacer algun servicio á esta ciudad mi patria, he recogido y

ajustado las Relaciones, privilegios y antigüedades en este libro' contenidas, para escribir la crónica de Sevilla, con ayuda de Nuestro Señor, en cuyo nombre este libro se empieza, y de Nuestra Señora la Vírgen María y del apóstol Santiago y del glorioso San Miguel y del santo rey D. Fernando, á quien yo tengo por abogados. El principio es el medio de todas las cosas.» Consérvase manuscrita.

Pocas son las poesías conocidas de este autor laborioso. Algunas se encuentran en el tomo IV del *Parnaso Español*. En el noveno de esta misma obra, se halla una extensa biografía suya; y de ella copiamos el siguiente juicio: «Y aunque de la clase de poesía fuéron tan pocas sus producciones, si hemos de estar á las que conocemos, bastan para indicar su génio sobresaliente, cuyos versos llenos de espíritu, majestad y pureza de diccion, no sólo le deben colocar en el número de los ilustres poetas de su tiempo y de su patria, sino que por las sábias reglas que nos dejó estampadas, aunque en compendio, de las leyes técnicas de la poesía castellana, está justamente reputado por uno de los más clásicos maestros de ella.» Parécenos, sin embargo, aunque reconociendo indudable mérito en sus escasas composiciones poéticas, algo exagerada esta opinion. Argote debió su nombre á otra clase de escritos, especialmente á los históricos.

Entre aquellas, hallamos una cancion laudatoria á la *Historia de las antigüedades de España*, de Ambrosio de Morales, que ya citamos; una elegia al retrato de D. Alfonso el Sábio, que se muestra en Sevilla con el del santo rey su padre, y unas octavas, en alabanza tambien de este último, el piadoso Fernando.

ARGUIJO (Juan de).—Este docto sevillano pertenecia á una noble familia. Ejerció, como el anterior, el cargo de Veinticuatro, desde el año 1590. No se sabe fijamente cuál fué el de su fallecimiento, pero sí que en el de 1630 ya no existia. Su sepultura se halla en la iglesia de la Universidad de su patria, al lado de las de otros ilustres varones.

Pocos poetas han sido más celebrados que este, por los autores contemporáneos suyos. Lope de Vega le dedicó el poema de *La hermosura de Angélica*, *La Dragontea*, *Las rimas humanas* y otras obras; celebrándole en su otro poema *La Jerusalen*, y en el *Laurel de Apolo*, con aquellos versos:

Aquí D. Juan de Arguijo,
Del sacro Apolo y de las Musas hijo, etc.

Pero donde más se extendió en su elogio el Fénix de los ingénios, y donde más especialmente dió pruebas del gran afecto que profesaba al poeta sevillano, fué en la dedicatoria que le hizo de su comedia titulada *La buena guarda*.

Aplaúdelo tambien entre otros, el maestro Medina y Lorenzo Gracian. El Dr. Rodrigo Caro, en su libro *Claros varones en letras, naturales de Sevilla*,

le tributa sus loores como *elegantísimo poeta y el Apolo de todos los de España*, y además, como inteligente músico. Ortiz de Zúñiga publica en sus *Anales* un fragmento de su escrito intitulado: *Relacion de las fiestas de toros y juegos de cañas con libreas, que en la ciudad de Sevilla hizo D. Melchor Alcázar, en servicio de la Purísima Concepcion de Nuestra Señora, martes* 19 *Diciembre de* 1617.»

Lope, en su comedia *La dama boba*, cita entre otras obras de ingénios de su tiempo, unas *Cartas* de este poeta.

Bouterweck, célebre filósofo, poeta y crítico aleman de los primeros años del presente siglo, enaltece á nuestro ingénio en su *Historia de la poesía*; insertando en la misma algunos de sus sonetos.

En unos manuscritos originales que se conservan en el Archivo de la catedral de Sevilla, letra de principios del siglo XVII, se lee entre otras, la siguiente noticia. La copiamos á nuestra vez del *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*.

«Hubo en Sevilla un hijo pródigo llamado D. (rota la esquina), á quien Gaspar de Arguijo, su padre, dejó por herencia (rota) mil ducados de renta en muy buenas posesiones y juros (roto) los viejos.

»Este dió en hacerse académico y juntar en su casa poetas y músicos y decidores, y así le conocian todos los que profesaban estos ejercicios en el reino, con quien consumió toda la hacienda del principal de que procedian las rentas, porque no le quedó nada vinculado, y dióse tan buen cobro y expediente en ello, que en menos de quince años lo gastó todo, y sobre ello murió retraido en un convento y le enterraron pobremente.»

No fué tan desaprovechada esta singular largueza. Su generoso desprendimiento produjo tambien beneficios, cuyo recuerdo se despierta hoy de nuevo.

En la obra titulada *Historia del saqueo de Cádiz por los ingleses, en* 1596, escrita por el P. Pedro de Abreu, impresa recientemente en la misma ciudad, é ilustrada por el distinguido hijo de la misma D. Adolfo de Castro, se dá una curiosa noticia ignorada hasta ahora. Consigna, pues, que el sábio poeta sevillano D. Juan de Arguijo, fué el fundador del colegio de la Compañía de Jesus de aquella culta poblacion; contribuyendo con sus recursos á su reedificacion despues de los extragos causados en él por la agresion extranjera. «La Providencia divina, añade el citado crítico, ha hecho que el edificio costeado por la generosidad y por la fé cristiana de aquel ilustre poeta y distinguido caballero, continúe dedicado á la piedad y á la ciencia en nuestra patria. Esta es una de las tradiciones más gloriosas de Cádiz, bajo el punto de vista de la ciencia misma, de la religion y de la historia.»

D. Luis de Belmonte dedicó á Arguijo su poema *La Hispálica*. En el erudito prólogo que le precede, se hacen extensos elogios del mérito y modestia del Mecenas sevillano.

En la ya citada obra *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, se da noticia de algunos versos de Arguijo. (Ms.) 1612, insertando como nó incluidas en la *Biblioteca de autores españoles* de Rivadeneyra, dos sonetos, una silva y una cancion en la fiesta de los dominicos de Sevilla á San Jacinto.

Juan de la Cueva menciona á Arguijo entre los cisnes del Bétis, cantados en su *Viaje de Sannio*. Hé aquí de qué modo:

D. Juan de Arguijo es este; advierte y mira
Este jóven excelso, cuya gloria
A la fama da fama, al cielo admira,
Y lo terrestre adora su memoria.
¡Dichoso el siglo que su dulce lira
Oirá! y dichoso él verá su historia;
Y más dichosa Híspalis, que espera
Que este Píndaro ilustre su ribera.

Trasladamos á nuestra vez, por último, el juicio inserto en la biografía de este vate sevillano publicada en las ilustraciones del *Viaje del Parnaso*, de Cervantes, escritas por el Sr. Barrera en una de las más recientes ediciones de las obras completas de aquel insigne autor. El mencionado juicio es del apreciable crítico D. Juan Colon y Colon.

«Es indudable, dice, que Fernando de Herrera fijó el lenguaje poético, y que á su imitacion le siguieron, aventajándose, ya en esta, ya en otra cualidad, el sublime y melancólico Rioja, el atrevido Arguijo, y el lozano Jáuregui..... Pero entre ellos el que logró llevar la frase poética de Herrera á su mayor perfeccion y belleza, fué D. Juan de Arguijo.... Dotado..... de una inspiracion elevada..... enriquecido con instruccion vasta y amena; empapado en la diccion del *divino*, pero siguiéndole con gusto y acierto, conociendo á fondo la índole de la lengua y siendo perfecto versificador, creó, con tan raras propiedades, ese estilo y ese lenguaje, modelo inestimable para cuantos apetezcan saborearse y estudiar en el legítimo tono de la poesía española.»

Por último, y para terminar estos apuntes, la coleccion completa de los sonetos de Arguijo, es debida al mismo autor de las anteriores líneas D. Juan Colon y Colon. Treinta y dos, segun creemos, permanecerian ignorados, á no ser por las diligencias de persona tan estudiosa. La literatura de nuestra patria le debe un señalado servicio.

AVILA Y SOTOMAYOR (D. Fernando de)—Despues de haber sido Relator de la Real Audiencia de Sevilla, entró en la compañía de Jesús. Usó tambien el nombre anagramático de Fernando de Ayora Valmisoto. Debió florecer en

la primera mitad del siglo XVII. Consagrado al cultivo de la poesía dramática, y al de la lírica, cítanse como obras suyas, la comedia titulada *Todo cabe en lo posible*, y la tragedia heróica *Ninia y Filos*, cuyo manuscrito dice Ortiz de Zúñiga en sus *Anales*, habia tenido en sus manos. En las rimas de Bartolomé Leonardo de Argensola, hallamos una afectuosa epístola dirigida por Avila á tan celebrado ingénio, y una bellísima y delicada contestacion del mismo. Una y otra poesía son dignas de aplauso. La de Avila esta escrita con correccion y buen gusto, y resaltan en ella los pensamientos más oportunos y escogidos: la de Argensola puede citarse como una de sus mejores producciones. El poeta sevillano insta al modesto aragonés que dé á luz los excelentes frutos de su númen, y le estimula á que aleje de sí los recelos.

Sube esa luz al monte, pues el hombre
No solo nace para sí; que nace,
También para el república renombre.
El silencio en olvido satisface;
Y mientras sepultados en su esfera,
Al vicio y la virtud iguales hace,
¿Qué fuera de Maron? Dime, ¿qué fuera
En este siglo la troyana historia,
Si el fuego descortés la consumiera?
Ni ¿qué durara la Romùlea gloria,
Si el silencio á sus méritos obstára
Secrestando envidioso su memoria?
Pues ni el soberbio mármol que prepara
Roma, y con notas públicas cincela,
A las rudas Piérides compara.
Ya escucho que tu mente se desvelà
En ver por donde puedes evadirte,
Eludiendo esta accion con tu cautela.
Dirás que, ¿cómo puedes eximirte
Del diente de la envidia venenoso
Cuando mas intentáremos subirte?
Que el que viviendo agrava estudioso
Al suyo, los ingénios inferiores
Abrasa con su luz al envidioso.
. . . .
Dale, pues, á tu edad, por ti gloriosa,
Que, de la eternidad favorecido,
Tu nombre esculpa en lámina famosa;
Y mientras altamente divertido,
Tus mayores estudios desempeñas,
Permite estos menores al sentido.

De la sabia contestacion de Argensola, se infiere la estimacion en que debia tener por su mérito, al padre Avila.

¿El título me das de tu maestro,
Fernando? ¿Quién dirá que adula tanto
La esperanza mayor del siglo nuestro?
. . . .
Señor, no más, y agora satisfecho
Oyeme una verdad, que aunque sencilla,
Hierve en sí misma por salir del pecho.
Mas, pues no ha de inducir la maravilla
Que tus verses, ni orar con el coraje
Que en tu prosa á Demóstenes humilla,
Sufre que yo dc los coturnos bajé,
Y pueda mi respuesta sin cuidado,
Trágico hablarte en familiar lenguaje.

Despues de ofrecer á su amigo, con los rasgos más brillantes del filósofo y del poeta, las razones que tiene para no accceder á sus ruegos, concluye de esta manera:

En tanto, pues, que sigue sus victorias
El tiempo, y por alivio nos consiente
Estos esfuerzos que llamamos glorias.
Cuando á tu devocion me las presente
(O tu con él, por generoso oficio),
Ninguna me será tan excelente
Como hallarme aprobado en tu juicio.

Segun vemos, y confirma la competente autoridad de Argensola, bien merece este hijo de Sevilla, entrar en concurrencia con aquellos más notables que dieron gloria á su parnaso.

Varflora, en sus *Hijos ilustres* de Sevilla, llama á nuestro Avila, sábio sevillano, poeta ingenioso, en cuyo estilo brillaban la pureza y solidez; añadiendo que fué varon muy estimado por su juicio y erudicion.

D. Nicolás Antonio cita una obra suya titulada: *El Arbitro entre el Marte Francés y las Vindicias Gálicas*, la cual, segun Ortiz de Zúñiga, fué recibida con gran aplauso.

Algunos hacen á Avila autor de un libro que se conserva manuscrito, y que se titula: *El Rey D. Pedro defendido* y *Descendencia del linaje de Castilla*.

En el tomo 3.° de *Poesías varias*, Ms. (M. 80) que existe en la Biblioteca Nacional, se halla un soneto de Avila y Sotomayor, *consolando á su madre en grandes trabajos*. Es comó sigue:

María, vive constante en el tormento,
Quieta la frente, pues que no la inclinas;
Que no es nueva costumbre en las ruinas
Ser unas de las otras instrumento.
Así verás cuando enojado el viento
Ejercita las ondas cristalinas,
Que la disminucion de las vecinas
Es en las otras espumoso aumento.
Dignos juzgan los dioses tus desvelos
En resistir sus ímpetus fatales,
Pues victoriosos triunfan de su ira.
Mucho debe tu crédito á los cielos,
Pues nunca tanto ejército de males
Contra débiles ánimos conspira.

BAÑES DE SALCEDO (D. Cristóbal).—Incluido por D. Fermin Arana de Varflora en sus ilustres *Hijos de Sevilla*, y por D. Diego Ignacio de Góngora en sus adiciones á la obra de Rodrigo Caro, *Varones insignes en letras* de aquella ciudad.

Despues de cursar este ingénio las aulas de Salamanca, y adquirir en ellas suma erudicion en los idiomas griego, latino y toscano, siguió el ejercicio de las armas, donde obtuvo un grado superior, guerreando en la campaña habida con Portugal en el siglo XVII. En la obra de su docto paisano D. Fernando de la Torre Farfan, titulada *Templo panegírico*, se hallan algunas composiciones de este excelente poeta. En el año de 1656, ganó el primer premio en un certámen poético. Consta que fué presidente de otro celebrado en Sevilla el 17 de Febrero de 1667, en festejo de las Carnestolendas, siendo su secretario, el mismo D. Fernando de la Torre Farfan.

El analista Ortiz de Zúñiga le consagra sus elogios, y copia en su libro la relacion que hizo del estado del cuerpo del santo rey Fernando. Escribió varias obras históricas referentes á su patria.

Segun Góngora, vivia aún en el año que escribió las noticias á él referentes, que fué el de 1687.

BECERRA (Dr. Domingo de).—Sabemos que fué natural de Sevilla, y que estuvo cautivo en Argel.

Hizo una excelente traduccion del *Galatheo* de Giovanni della Casa, dedicada á D. Francisco de Vera y Aragon. Hállase impresa en Venecia en 1585. En su dedicatoria alude más de una vez á su cautividad entre infieles. Acaba de confirmarnos que tambien se consagró al cultivo de las musas, lo que de él dice Cervantes en esta octava que copiamos del *Canto de Calíope*.

No se desdeña aquel varon prudente
Que de ciencias adorna y enriquece
Su limpio pecho, de mirar la fuente
Que en nuestro monte en sábias aguas crece;
Antes en la sin par clara corriente
Tanto la sed mitiga, que florece
Por ello el claro nombre acá en la tierra
Del gran Dotor Domingo de Becerra.

BELMONTE Y BERMUDEZ (D. Luis de).—Poeta dramático. Floreció en el primer tercio del siglo XVII, teniendo su cuna en Sevilla por los años de 1587. Ortiz de Zúñiga habla de un poema heróico que Luis de Belmonte, poeta sevillano, dedicó á D. Juan Arguijo, titulado la *Hispalia*, en el cual celebra á algunos conquistadores de su ciudad natal. Existe otro poema del mismo Belmonte, impreso en Sevilla en 1616, cuyo título es *La Aurora de Cristo*. En 1605 se hallaba este poeta en Lima, y algunos años despues residió unas veces en el pueblo de su nacimiento y otras en Madrid. En el *Vejámen* escrito por Cáncer en 1649, se hace mencion de Belmonte de un modo festivo, asociándole á Martinez Meneses, con quien compuso algunas comedias. Hízolas, asimismo, con Rojas Zorrilla, Moreto, el insigne Calderon de la Barca y otros autores de nombradía.

Belmonte tomó parte en las justas poéticas celebradas en Madrid en los años 1620 y 1622, por la canonizacion de algunos santos. Lope de Vega celebró su ingénio en varios lugares de sus obras; refiriéndose especialmente á aquellos certámenes literarios.

Nuestro vate hispalense, segun las noticias que se conservan en un manuscrito de la catedral de Sevilla, dejó escritas doce novelas, *tan agradables, que cada una le pudiera adquirir el mérito de ingénio grande*. Es autor asimismo, de la *Historia y descubrimiento de las regiones austriales por el general don Pedro Fernandez de Quirós*, de quien fué secretario, y coronista; de un poema impreso en Méjico, titulado *La vida de San Ignacio de Loyola*, y de otra composicion en octavas, *El Cisne del Jordan*. Júzgase á nuestro poeta, en el referido manuscrito, del modo siguiente:

«D. Luis de Belmonte y Bermudez, natural de Sevilla, tiene no el menor acierto en el festivo coro de las Musas, aunque sus muchos escriptos, sepultados en el silencio, padezcan las injurias del olvido, ocasionado de haber gastado los años mejores de su vida en peregrinaciones navales, viviendo lo más en las Indias, de donde no se alcanzan tan generales noticias de sus obras como de los que en España resplandecieron siempre.»

Es tambien de Belmonte *La Solemnísima fiesta y procesion que hace la ilustre cofradía de la Pura y Limpia Concepcion á su imágen, llevándola del Monasterio*

de Regina Cœli, á la Iglesia mayor, y de allí al convento de San Francisco, etcétera, 1616.

Precede al poema la *Hispálica*, citado por Ortiz de Zúñiga, un curioso prólogo en el que se dan pormenores, tanto de las vicisitudes de Belmonte en sus viajes y de otros episodios de su vida, como de las obras que proporcionaron justa gloria á su nombre.

Hé aquí algunas actavas del poema que acabamos de citar. Son una elocuente prueba de su númen poético. Habla el vate de sí y de los descubrimientos hechos por los españoles:

¡Oh españolas hazañas! ¿Qué hombre solo
Las podrá celebrar con voz perfeta?
A Apolo toca, pues; las mira Apolo,
Y las puede cantar como poeta.
Yo, apénas conocido en nuestro Polo,
¿Cómo podré sonar en la sujeta
Region del Austro, de fiereza armado,
Si bien la visité como soldado?
Penetra el mundo sin moverse el dueño
La fama de la pluma y de la espada,
Y en tanto que reposa el blando sueño,
Llega su nombre á la region helada.
Pues yo que, alegre, la persona empeño
Por la region del sol más abrasada,
No quisiera más fama que en aquellas
Provincias que medí con propias huellas.
Mas ondas nuevas penetré que vieron
Colon, Cortés, Pizarro y Magallanes;
Pues tocando las que ellos descubrieron,
Pasé con los cruzados tafetanes.
Un Capitan seguí, de quien temieron,
Midiendo estrellas y afijando imanes,
Las no domadas ondas de Anfitrite,
Que ya no tiene el orbe quien le imite.
El pecho puse á la mayor jornada,
Llegando al sol los pensamientos mios,
Y tocando en la tierra, en vano armada,
Nombre dimos al mar, nombre á los rios,
Como de Arauco en la jamás domada
Region, notaba los soberbios bríos
Arcila, de los bárbaros chilenos;
Si bien yo anduve más, y escribí menos.

Las octavas que siguen á estas, no son menos bellas; pero tenemos que resistir al deseo de copiarlas, por no extendernos demasiado.

Ya hemos hablado del mérito de Belmonte cómo autor dramático; y sólo como ampliacion á lo que expusimos con respecto á su vena festiva y su notable facilidad para el chiste, copiamos el siguiente cuento epigramático. Hállase en boca de *Peregil*, gracioso decidor de *El Príncipe villano*.

Robáronle á Anton Llorente
Su pollino; él con desvelo
Hizo plegarias al cielo,
Mas humilde que impaciente;
Pero viendo que el que aguarda
Alcanza su gusto tibio,
Vino á tomar por alivio
Consolarse con la albarda.

Réstanos expresar los títulos de sus obras dramáticas, lo cual hacemos, copiándolos del *Catálogo del teatro antiguo español* de D. Cayetano A. de la Barrera, el más completo y apreciable por sus curiosas é interesantes noticias.

El Diablo predicador y *mayor contrario amigo*, atribuida sin fundamento á D. Francisco Villegas, á fray Damian Cornejo, á D. Francisco Malpica, su refundidor solamente, y á un ingénio de la corte.—*El Sastre del Campillo* 1624. Bances Candamo es autor de otra comedia que lleva igual título.—*La satisfecha.—A un tiempo rey y vasallo.—El Conde de Fuentes en Lisboa.—El Hortelano de Tordesillas,—Las tres (ó las siete) estrellas de Francia*, *San Bruno.—Darles con la entretenida*, *Diego García de Paredes. El valor no tiene edad* Esta se ha atribuido á Luis Velez de Guevara, con el último de sus títulos.—*El acierto en el engaño y robador de su honra.—Casarse sin hablarse.—La fiesta de los mártires*, auto sacramental.—*El desposado por fuerza y olvidar amando—Los trabajos de Ulises.—La renegada de Valladolid.—Amor y honor* (*ó respeto, honor y valor*).—*Los tres señores del mundo* (*y Triunvirato de Roma*).—*El Príncipe villano.—El afanador de Utrera.—En riesgos luce el amor.—El gran Jorge Castrioto y Príncipe Escanderberg.—Sancha la Bermeja.—La fuerza de la razon.—El legado mártir*, *San Pedro*; auto.—*El Hamete de Toledo.—Fiar de Dios*, estas dos últimas en colaboracion con Martinez de Meneses. *El mejor testigo el muerto*, con Rojas y Calderon tal vez.—*El Príncipe perseguido*, con Moreto y el mencionado Martinez.—*Algunas hazañas de las muchas de don García Hurtado de Mendoza*, con ocho ingenios. Esta obra se imprimió en 1622. Es la única de las producciones, que como de Belmonte solo, menciona don Nicolás Antonio en su Biblioteca. Aquellos ocho ingenios, número en verdad excesivo para cualquier obra, y más para las de esta índole, fueron: Mira de Amescua, el conde del Basto, Ruiz de Alarcon, Luis Velez de Guevara, don

Fernando de Ludeña, D. Jacinto de Herrera, D. Diego de Villegas y D. Guillen de Castro. No falta quien tambien de como comedia de Belmonte, la titulada *La monja Alferes*, que se atribuye á Montalvan. Asimismo es autor el poeta sevillano, del entremos famoso de *El Rollo*. El Sr. Mesonero Romanos menciona como de este autor, la comedia que tiene por título *El mejor tutor es Dios*, que parece hizo con Calderon de la Barca.

BRAHONES (D. Alonso Martin).—Tomamos las siguientes noticias sobre este escritor sevillano, de la obra titulada *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, las cuales se hallan copiadas á su vez de las *Adiciones M. S. á la biblioteca* de D. Nicolás Antonio, de Cuesta Saavedra.

«Natural de Sevilla: docto en toda erudicion, empleado en divinas alabanzas, y con particular devocion á María Santísima, rubricando sus escritos con el titulo de su esclavo, y por cabeza ponia «Para mayor gloria de Dios.»

»Fué de vida ajustada, y correspondióle muerte ejemplar, lunes, 21 de Marzo de 1685.

»Escribió varios epígramas latinos, y variedad de versos castellanos en distintos metros, con sazonados picantes, que de mano andan entre los curiosos como tambien muchos sainetes, que en su mocedad dió á las tablas, donde consiguió repetidos aplausos. Tales fuéron:

»La Mogiganga de doña Inés de Castro, con el titulo de «Beber, morir y vivir.»

»La fiesta de Inocentes, para festejo de Carnestolendas, el año 1665.

»Loa de Los cuatro elementos, para la fiesta de Nuestra Señora de Aguas-Santas, año de 1666.

»Loa para la comedia de *Afectos de ódio y de amor*, en la cuelga de una regiosa de Santa Inés de Sevilla, hija del duque de Alcalá, año 1671.

»Y otros muchos, que despreciados de su humildad y desengaño, entregó al fuego.

»Dió á luz:

»Epítome de los triunfos de Jesús, y de su amor en la redencion del hombre cuya meditacion propone en 500 octavas de gran dulzura. En Sevilla, por Lúcas Martin de Hermosilla, 1686 4.°

»Aspiraciones, jaculatorias y afectos de amor de Dios», en siete sonetos, para los siete dias de la semana, (Andan impresas en la antecedente obra).

»Epítome de las glorias de María» en 500 octavas. En Sevilla, por Juan Antonio Tarazona, 1689. 4.°

»Relacion lírica de las fiestas que las Hermandades del Santísimo y ánima, del Sagrario de la catedral de Sevilla hicieron en lucimiento de gracias por la victoria de Viena de Austria contra el Turco, año 1685, en Sevilla, por Juan Francisco de Blas.

»Cancion Real á la santa Iglesia de Sevilla.

»Breves memorias de los santos patrones de Sevilla.

»Cántico nuevo de la Concepcion de María Santísima.

»Siete sonetos á María Santísima y á diversos santos.

»Respuesta en 150 quintillas, digo (*sic*) redondillas, á una pregunta de una criatura, dando breves reglas de oracion.

»Ramillete de virtudes para una criatura recien entrada en religion.

»Estos tres últimos no se imprimieron en su nombre, como otros muchos que dió á la estampa, á su costa, repartiéndolas con el cargo de un paternoster y una ave-maría por las ánimas benditas.

«Escribió diversas letras en alabanza del Santísimo y de María Santísima, Natividad y Reyes, que se cantaban cada año en las iglesias; y en particul lar para que los niños seises de la catedral cantasen en las pascuas y octavas.»

Cítase tambien en el mismo *Ensayo de Biblioteca*, la siguiente obra del mismo autor, consagrado á los asuntos religiosos especialmente: «A mayor gloria de Dios. Exortacion á la piedad y magnificencia sevillana, por la necesidad de la obra de la insigne iglesia colegial de nuestro Señor San Salvador, de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla. Escribíala dedicándola al que leyere, D. Alonso Martin Braones.»

En las adiciones al libro de Caro *Varones ilustres en letras de la ciudad de Sevilla*, hechas por D. Diego Ignacio de Góngora, hallamos tambíen la siguiente noticia sobre este ingénio:

«No dejó la aficion, dice, y aplicacion de todas buenas letras, especialmente á la poesía castellana que siempre ha cultivado con gran primor y en que ha tenido especial númen que le conocieron sus maestros cuando le instruian en los primeros rudimentos, y desde cuyo tiempo escribia en los certámenes, celebrándose sus obras, no sólo por buenas, sino por dignas de premio; y admirando que en tan corta edad tuviese tanto artificio y fondo para los conceptos que reducia á los números y medida de los versos, ajustando los castellanos con las voces latinas con rigurosa medida y preceptos de su arte. Ha escrito mucha copia de diferentes poesías á varios asuntos, pero lo que ha sacado á luz hasta este año de 1687 que vive, son las siguientes, á asuntos sacros y espirituales, para que no sólo se recree el entendimiento con la armonia numerosa de sus elegantes versos, sino que de sus agudos conceptos se excite el alma á buscarlo mejor sirviendo á Dios, y aspire á la perfeccion; y así á todo lo que ha impreso ha puesto por epígrafe y título estas palabras *A mayor gloria de Dios*.»

Despues enumera sus obras antes citadas.

Obsérvese que segun Góngora, vivia aún Brahones en el año 1687. No concuerda, pues, esta fecha con la que designa como de su fallecimiento, 1685 el libro que al principio mencionamos.

BUSTAMANTE. (Véase Ramirez de Bustamante).

CALATAYUD Y SANDOVAL (D. Francisco de).—Oficial real, Contador de la casa de la contratacion de Sevilla, segun aparece en un elogio suyo, que precede á los Rimas de D. Juan de Jáuregui.

«A D. Francisco Calatayud, D. Alonso Tello de Guzman, D. Juan de Picon y Leca, D. Juan de Arguijo, no puedo alabar por ser naturales de Sevilla.» Esto dice el sevillano D. Fernando de Vera en su *Panegirico por la poesia*, impreso en 1627, libro muy curioso por las noticias que contiene.

Temeroso el autor de este discurso apologético, de que *su afecto pareciese pasion*; su delicadeza le impide *escribir lo mucho que tales y otros ingénios, todos sevillanos, merecen.* Hállase, pues, fuera de duda la patria de Calatayud, así como que por su talento poético, merecia ser nombrado al par de Arguijo, con justas alabanzas.

En el *Templo panegírico*, obra escrita en el año 1663 por D. Fernando de la Torre Farfan, sevillano tambien, se nombra á D. Francisco Calatayud, como juez de un certámen celebrado en 1637 en el Buen Retiro, á presencia del Rey, y en el que figuran como otros jueces, Francisco de Rioja y varios distinguidos ingénios.

Sedano, en el tomo 9.° del *Parnaso Español*, inserta una silva inédita de Calatayud al retrato de Rioja, hecho por D. Juan de Fonseca y Figueroa, Sumiller de Cortina del rey Felipe IV, Maestre escuela y canónigo de la santa iglesia de Sevilla, aficionado á la pintura, y amigo del mismo Calatayud, segun el colector del mencionado *Parnaso* (1). Hé aquí dicha composicion:

La faz es de Rioja, y el semblante
Este, de quien esperas voz y aliento:
Varon que frente igual á la fortuna
Mostró más importuna:

(1) Justo es consignar en este sitio un ligero recuerdo á D. Juan de Fonseca y Figueroa, al sábio amigo de nuestro poeta Calatayud, y no sólo suyo, sino de cuantos en Sevilla cultivaban las letras y las artes. Con este, á la sazon en su patria, mantuvo el ilustrado Fonseca directa correspondencia desde Madrid, sobre asuntos históricos. Por desgracia, no se conservan las obras de tan erudito escritor, hijo de Sevilla, segun se infiere de los versos que Rioja le dirige en su *Epístola moral*, composicion que está dedicada al mismo.

Fonseca trabajaba en colaboracion con Calatayud, en una obra de gran estima y gloria para el suelo que los vió nacer: en la formacion de un *Cancionero de poetas andaluces.* En una de las cartas del segundo al primero, dice aquel hallarse ya ocupado en reunir poesías de Medrano y de Alcázar, y aun las suyas tambien.

Fonseca, ilustre protector del saber, era consultado como hombre de erudicion y doctrina, por aquellos dignos campeones que establecieron en Sevilla, en su tiempo, el glorioso palenque de las letras. Varon tan señalado por su clarísimo ingénio, lo fué asimismo por su inteligencia artística. Manejó hábilmente los pinceles, consagrándose con especialidad á fijar en el lienzo los retratos de sus contemporáneos ilustres, á semejanza de Pacheco, el pintor y poeta.

Este es del pátrio Bétis ornamento,
Y á quien á la alta cumbre de la fama
Excelsa virtud llama.
No esperes que te diga de su mente
El espíritu ardiente,
La singular doctrina,
La universal noticia peregrina,
Que no es empresa á corto ingénio humano
Del cielo concedida;
Mas al que ha dado vida con la mano
Dará Fonseca en sus escritos vida.

En un estimable códice manuscrito que se conserva en la Biblioteca Nacional, y del cual da noticia circustanciada D. Cayetano Alberto de la Barrera en la edicion de las Poesías de Rioja, que con tanto acierto y proligidad ha ilustrado recientemente, vemos citadas dos obras de este poeta en la forma que sigue: «Fólios 117 al 119 inclusives. Excelente *Silva al lino*, sin nombre de autor, dirigida á nuestro Rioja. Es de D. Francisco de Calatayud, autógrafa, con anotaciones marginales de letra del escribiente de Fonseca.—Soneto autógrafo del mismo Calatayud, dirigido á Fabio en la muerte de cierta Julia.»

La primera de estas dos poesías termina como sigue:

Ciñe, pues, el deseo; ¿quién, Rioja,
Esperanzas no ataja,
Sí la muerte de todo nos despoja
Y en naciendo sentimos la mortaja?

Tambien hemos visto algunas curiosas noticias sobre este ingénio sevillano, en el *Apéndice* del tomo XII de las obras completas de Cervantes, debido al mismo Sr. Barrera (Biografía de los ingénios mencionados en el *Viaje del Parnaso*).

Réstanos sólo para completar, en lo que es posible, esta noticia, reproducir lo que aquel insigne príncipe de nuestras letras dice en la ultima obra suya citada, sobre el mismo Calatayud.

. . . . . Y esotro que enamora
Las almas con sus versos regalados,
Cuando de amor ternezas canta ó llora,
Es uno, que valdrá por mil soldados,
Cuando á la extraña y nunca vista empresa
Fueren los escogidos y llamados:

Digo que es *D. Francisco*, el quo profesa
Las armas y las letras con tal nombre,
Que por su igual Apolo le confiesa:
Es *de Calatayud* su sobrenombre.
Con esto queda dicho todo cuanto
Puedo decir con que á la invidia asombre.

CAMACHO (Hernando Casiano).—En el segundo tomo de la excelente obra *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, premiada por la Biblioteca Nacional en 1862, de la que dejamos hecha repetida mencion, se cita un libro de Camacho titulado: *Canciones del principio, discurso y estado presente del caso de la Purísima Concepcion de la Virgen Santísima nuestra señora, concebida sin pecado ni deuda original, y fiestas que en este novenario á este inmaculado misterio ha hecho la Cofradía de los Nazarenos de la Santa Cruz da Jerusalen desta ciudad de Sevilla, que se comenzaron dia de S. Márcos, veinticinco de Abril deste presente año de* 1620. Su autor expresa ser natural del último pueblo, y cursante en las escuelas de la Compañía de Jesús del mismo. Fué impreso en el mismo año indicado.

En la obra de donde tomamos estos apuntes, se inserta la estrofa con que empieza la composicion de Camacho, y es como sigue:

Sólo esta vez quisiera
Levantases el vuelo, pluma mía,
Porque de tí se espera
Calentarás la nieve helada y fria,
Trayendo con tu vuelo
Del sol los rayos y la luz del cielo.

CANGAS (Fernando de).

Dicen que de alabanza carecemos,
Si una cancion hacemos á un sugeto,
Y más de quince estanzas le ponemos,
Contra este *Ruscélico* preceto
D. Pedro de Gusman hizo al olvido
Una cancion, y traspasó el decreto.
Sin ser de él ni sus leyes compelido
En culto *Cangas* hizo en tres canciones
La descripciou de Pafo y la de Guido.

Asi se refiere Juan de la Cueva en los anteriores versos, á este vate, su paisano, en el *Ejemplar poético ó Arte poética española*, escrita en los primeros años del siglo xvii. En los últimos del anterior (1580), era ya elogiado por Herrera en sus *Anotaciones á las obras de Garcilaso*. Tambien lo fué por Cristóbal de Mena, en su poema *La restauracion de España*, y por Cervantes, como sigue, en su *Canto de Caliope*.

De otro *Fernando* quiero daros cuenta
Que de *Cangas* se nombra, en quien se admira
El suelo, y por quien vive y se sustenta
La ciencia en quien al sacro lauro aspira:
Si al alto cielo algun ingénio intenta
De levantar y de poner la mira,
Póngala en este sólo, y dará al punto
En el más ingenioso y alto punto.

El mismo Juan de la Cueva, ya citado, no olvidó á Cangas en su *Viaje de Sannio*, al encarecer á otros ingénios de Sevilla.

Hé aquí la octava que le dedica:

La dulce lira igual á la de Ápolo,
El firme pecho de valor vestido,
De *Fernando de Cángas*, á quien sólo
Dignamente se debe este apellido,
Cuyo felice nombre al final polo
Será desde el gran Bétis esparcido;
Que de tal gloria hace ser agenas
A la triunfante Roma y sábia Atenas;

Cítalo tambien el mismo Cueva, en una epístola dirigida á D. Fernando Pacheco de Guzman, al encargar á este le encomiende á los que sabe que son amigos que estima y quiere.

Herrera, el vate *divino*, profesaba tambien á Cangas, sin duda, íntima amistad. En las poesías de aquel hallamos dos lindos sonetos en que le cuenta las desventuras de un amor que le ha llevado á las orillas del Leteo. Otro soneto tiene el mismo Herrera, dirigido á Fernando Melendez Cangas. Ignoramos si el apellido antepuesto á aquel con que se conocia á este poeta, le pertenecia tambien, ó si se refiere á otro de igual nombre.

Hemos encontrado curiosísimos datos, tanto para algunas noticias de las que damos de este ingénio, como para las de otros naturales de Sevilla, en las eruditas biografías publicadas por D. Cayetano Alberto de la Barrera en las *Obras completas* de Cervantes, esmerada edicion, dirigida por D. Cayetano Ro-

sell, y dada á luz muy recientemente. Dichos apuntes biográficos se refieren á los ingénios mencionados por el autor del *Don Quijote de la Mancha*, tanto en el *Viaje del Parnaso*, como en el *Canto de Caliope*; y siempre que aprovechemos para nuestro trabajo, que deseamos completar en lo posible, alguno de aquellos, lo expresarémos así, como un deber de justicia, y en prueba de gratitud por nuestra parte, á sus investigaciones y estudiosos desvelos.

Mencionado Cangas, como dijimos, repetidas veces por Herrera, en sus anotaciones á las obras de Garcilaso, hallamos en tan erudita obra, algunos versos de aquel, que cita oportunamente á su propósito. Refiriéndose, pues, el maestro de la escuela poética sevillana, á una estancia del vate de Toledo, imitada en una cancion por Cangas, copia el siguiente fragmento de la misma:

De dolor en dolor, de un mal en ciento,
Cayendo y levantando me ha traido
Fortuna sin parar en un estado;
Y cuando al más dichoso fuí subido,
Fué por nuevo linaje de tormento,
Para ser al profundo derribado.
Y quiere el duro hado,
Que viva desta suerte
Sin que llegue la muerte;
Para más á su gusto atormentarme,
Y en medio del dolor por sustentarme,
De allá, de donde vive mi alegría,
Un rastro de esperanza amor me envía.

Al mismo género pertenece esta otra estrofa de Cangas:

El profundo silencio y noche oscura,
Que de sombra y pavor cubre en la ausencia
De los rayos del sol nuestro hemisfero;
Hace, mientras que dura su presencia,
Gozar de quietud y hora segura
Al mísero y cansado jornalero;
Triste yo siempre muero,
Mientras que el sol descubre
Su luz, ó que la encubre;
No hay hora de reposo á mi tormento,
Y aunque con mi lucero alguno siento,
Entre esperanza y miedo devaneo,
Si ha de venir, si tarda ó si la veo.

Fernando de Cangas, apasionado sin duda, del dulce y tiernísimo estilo de Garcilaso, imitaba á este en varias de sus composiciones, como tambien lo prueban las siguientes octavas:

Ahora de la patria peregrino
Han podido hacer que yo me aparte
Por varias tierras y áspero camino,
Siguiendo al riguroso y fiero Marte,
Yo voy, por donde guia mi destino,
Rendido á mi despecho á cualquier parte,
Y siento más que todo lo que dejo,
Que de loarte cual debria me alejo.

. . . .

Mas aunque la fortuna conjurada
Con mi contraria suerte me desvia,
Que no puede de mí ser celebrada
Tu divina beldad cual yo querria;
No podrán á lo menos que estampada
Deje de estar en la memoria mia
La antigua voluntad de aqueste hecho,
Mientras que al corazon tuviere el pecho.

. . . .

Pero ahora aplicad atentamente
Al son grosero de mi baja Musa
Los divinos oidos juntamente;
Si justo impedimento no lo escusa.
La voluntad, que hace este presente,
Recebid; si la vuestra no rehusa,
Que lo aceteis, es sólo lo que pido,
Y será para mí premio cumplido.

Como puede observarse, el ingénio sevillano á quien nos referimos, era fácil y correcto versificador, así como oportuno y apasionado en sus pensamientos.

Finalmente, el mismo Herrera copia tambien en la citada obra suya, un soneto de Cangas,» que por ser bien tratado en la disposicion y en la lengua y en el número, dice, no puedo dejar de traello aquí; para que dé algun gusto á los que leyeren estas anotaciones.»

Es como sigue:

Del tiempo vanamente mal gastado,
A nuestras bellas luces no rendido;
Abiertos ya los ojos del sentido
Estoy de mí conmigo avergonzado.
Pero cuando contemplo cuán trocado
Del devaneo estoy, que habia seguido,
Ufano vuelvo en ver, donde ha subido

La altiva presuncion de mi cuidado.
Y aunque de vuestro sol de hermosura
Los rayos bellos nieguen esperanza
De piadoso remedio á mis suspiros;
Nunca podrá hacer la suerte dura,
Que para siempre pueda haber mudanza
Del propósito firme de serviros.

Hemos copiado las anteriores poesias, á riesgo de parecer demasiado prolijos, para que pueda juzgarse por ellas el mérito indisputable de Cangas como uno de los que honran el parnaso sevillano.

CANGAS (Gerónimo).—Poeta sevillano, citado como tal, por el Sr. Gomez Aceves, en una noticia biográfica del mencionado anteriormente del mismo pellido, y su deudo acaso.

CARO (Dr. Rodrigo) (1) No creemos faltar á nuestro propósito, incluyen-

(1) Citamos las palabras del Dr. Caro, copiándolas de su introduccion al libro de *Varones insignes en letras de la ciudad de Sevilla*, porque justifican el merecido lugar que le damos entre estos mismos, encomiados por su pluma. Son las que siguen:

«Lo primero que mi intento es proponer los varones insignes de Sevilla nacidos en ella, porque si hubiera de escribir de los de toda su jurisdiccion, era obra muy larga y menos gloriosa para esta ciudad Metropolitana á quien no hemos de ataviar con ajenos vestidos, teniendo ella dentro de sí tantos y tan ricos y resplandecientes; pero esta ley no se ha de entender que es tan estrecha, que si alguno de los ilustres hijos de Sevilla nació en su Axanafe, á una legua ó dos de ella, este tal no se ha de llamar sevillano. Virgilio nadie duda que fué natural de Mántua y que se llamó mantuano. En un dístico de su sepultura: *Mantua me genuit* etc. Silio Itálico, nuestro italicense y grande imitador suyo, dijo de él que era de Mántua, y que habia nacido en una Alcaria desta ciudad llamada Andes, y así le nombra el poeta andino, y le da la honra de la patria á Mántua.

Mantua Musarum domus atque ad sidera cantu
E vecta Andino; et smirneis emula plectris.

Eusebio en el Crónico de la misma patria: *Virgilius Maro in pago qui Andes dicitur aut procul a Mantua nascitur.* Homero, no sólo príncipe, sino dios de los poetas, no nació en Smirna, sino á orillas de un rio donde á la sazon lavaba sus paños su madre cuando le dió el parto, y con todo eso le dan por patria Smirna. Nuestro venerable mártir San Laurencio no nació en la ciudad de Huesca, en Aragon, sino en una aldea de Huesca, y todos los historiadores y martirologios lo llaman de Huesca, como lo averigua doctamente en un tratado que de esto escribe el Dr. Juan Francisco Andrés, contra cierto autor que lo hizo de Córdoba, en la Bética. En esta ciudad nació el gran Séneca, pero no donde está ahora edificada, sino en Córdoba la vieja, por testimonio de su más aficionado el cronista Morales, y seria loco quien le quitase esta gloria á la ciudad que hoy es por sólo una legua de distancia, y de estos se pudieran traer infinitos ejemplos, sino fuera gastar tiempo sino necesidad.»

do á este notable autor entre los hijos de la comarca sevillana, si bien el lugar de su nacimiento fué Utrera, cinco leguas distante de la capital de aquella provincia. Nació, pues, tan célebre anticuario, el dia 4 de Octubre de 1573. Dedicóse afanosamente á los estudios que habian de serle tan provechosos, desde sus años juveniles; y cuando concluyó los de la carrera eclesiástica, que siguió por indinacion, obtuvo cargos bonrosos, siendo uno de ellos el de visitador del arzobispado. Aunque más conocido como historiador, tambien rindió culto á las musas de una manera digna de aplauso, como al referirnos á Rioja, hemos tenido ocasion de apreciar, con motivo de la notabilísima oda *A las ruinas de Itálica* (1). Conocemos otra obra poética de Caro: la dedicada á la ciudad de Carmona, que escribió cuando era anciano ya; es de un mérito indisputable, y tiene el sabor característico de las producciones de la buena escuela sevillana. Tambien es autor de una *Cancion á San Ignacio de Loyola* y de una *Oda á Sevilla antigua y moderna*.

Poseia este sábio sacerdote el idioma del Lacio con perfeccion, y en él expresó tambien algunas veces sus inspiraciones poéticas. Escribió varias obras históricas y de antigüedades, que enumera D. Nicolás Antonio en su *Biblioteca*; siendo las de más importancia las tituladas: *Antigüedades y principado de la ilustrísima ciudad de Sevilla*, 1654.—*Relacion de las inscripciones y antigüedad de la villa de Utrera*. Fué autor, asimismo, de otra obra importante de que hacemos mérito repetidas veces, que nos ha suministrado curiosísimas noticias para este modesto trabajo, y que se conserva inédita, cuyo título es *Claros varones en letras naturales de la ciudad de Sevilla*. En ella se dan á conocer los gloriosos timbres que dieron á aquella ciudad sus hijos estudiosos.

Entre las noticias biográficas y bibliográficas que á este erudito anticuario dedican los autores del *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*, se hallan algunas muy interesantes, en que se mencionan detalladamente sus obras.

Fuera injusto, pues, excluir de este catálogo, formado sin pretensiones inmodestas, al que se consagró con tan noble afan á enaltecer á aquellos insignes representantes del saber.

D. Martin Fernandez de Navarrete dice en su *Vida de Cervantes*, que Rodrigo Caro, aunque natural de Utrera, se crió siempre en Sevilla, y añade que entre otros cargos, tuvo el de Vicario general y visitador de algunos partidos.

Hermano de este escritor fué el licenciado Bartolomé, tambien sacerdote, digno de ser mencionado por sus talentos.

(1) Véase la nota que al tratar de esta célebre cancion, pusimos anteriormente, en la que, rectificamos nuestro error y el de otros muchos, atribuyendo su refundicion á Rioja y no á Caro, á quien pertenece esta así como la primitiva. Tal descubrimiento coloca al Dr. Caro merecidamente entre los primeros líricos del parnaso español.

Rodrigo Caro falleció en Sevilla el dia 10 de Agosto de 1647, y fué sepultado en la iglesia parroquial de San Miguel (1).

CARO MALLEN (Doña Ana).—El parnaso sevillano de los siglos XVI y XVII, se honró tambien con más de una poetisa. La que es objeto de estos apuntes, mereció un gran concepto en la época en que floreció, que debió ser á mediados del segundo de aquellos siglos. Entonces dió á luz Velez de Guevara su *Diablo Cojuelo*, y en él hace una mencion especial de esta dama, al dar noticia de cierta academia establecida en Sevilla, á la que ya hemos hecho referencia. En ella, dice, leyó una silva *Al Fénix*, doña Ana Caro, décima musa sevillana.

El autor de los *Varones ilustres de Sevilla*, del mismo apellido que nuestra escritora, y acaso su deudo, cuya noticia biográfica precede á esta, le dedicó los siguientes renglones «Insigne poeta, que ha hecho muchas comedias, representadas en Sevilla, Madrid y otras partes, con grandísimo aplauso, y otras obras de poesía; entrando en varias academias, en las cuales casi siempre se le ha dado el primer premio.»

El género favorito de esta dama, cultivadora del arte de la poesía, fué el dramático; pero aunque se citan sus obras en gran número, sólo se conocen las tituladas: *Valor, agravio y mujer*, y la caballeresca *El Conde de Partinuples*. No es esta última produccion de un mérito sobresaliente; pero sí es ingeniosa, y se halla escrita con soltura y conocimiento del teatro de su época. No deja de interesar, á pesar de sus disparates é inverosimilitudes; y es superior, sin disputa, á otras comedias de la misma índole, aun de autores de mayor nota, como Guillen de Castro, Rojas, Montalvan y al mismo Velez de Guevara, antes citado. El aplauso y renombre que alcanzó tal produccion se vé confirmado por Matos Fragoso en su comedia titulada *La Corsaria Catalana*, donde se leen estos veros:

«Famosas,
De las plumas milagrosas
De España. Si escuchar quieres
Los títulos, estos son:
La bizarra *Arsinda*, que es
Del ingenioso Cervantes:
Los dos confusos Amantes,
El Conde Partinuplés,
La Española, de Cepeda,
Un ingénio sevillano,
El Secreto, *El Cortesano*,

(1) Los restos de este varon eminente, fuéron trasladados á la iglesia de la Universidad literaria de Sevilla, el dia 8 de Noviembre de 1868

La melancólica *Alfreda*,
Leandro, La Renegada,
De Valladolid.....»

Nuestra poetisa es autora de un libro impreso en Sevilla (1633) titulado: «Grandiosa vitoria que alcanzó de los moros de Tetuan Jorge de Mendoza y Picaña, general de Ceuta, quitándoles gran suma de ganados cerca de las mismas puertas de Tetuan.» Hállase dedicado al mismo general. Lo es asimismo, de otro que tiene por título: «Contexto de las reales fiestas que se hicieron en el Palacio del Buen-Retiro á la coronacion del Rey de Romanos, y entrada en Madrid de la Sra. Princesa de Cariñan, en tres discursos. Madrid, 1637. Ambas obras están escritas en verso.

Refiriéndose D. Alonso del Castillo Solorzano, en su novela *La Garduña de Sevilla*, quizás á esta misma ó á otra fiesta celebrada tambien en el Buen-Retiro, y elogiando el ingénio de doña María de Zayas, á quien llama la Síbila de Madrid, dice: «Acompáñala en Madrid doña Ana Caro de Mallen, dama de nuestra Sevilla, á quien se deben no menores alabanzas, pues con sus dulces y bien pensados versos, suspende y deleita á quien los oye y lee: esto dirán bien los que ha escrito á toda la fiesta que estas Carnestolendas se hizo en el Buen-Retiro, palacio nuevo de S. M., y décima maravilla del orbe, pues trata de ella con tanta gala y decoro como mereció tan gran fiesta; prevenida muchos dias antes para divertimiento de las majestades católicas.»

D. Nicolás Antonio y Ortiz de Zúñiga, citan tambien con elogio á nuestra poetisa; llamándola el segundo, Musa sevillana y autora de algunas comedias que dió á sus teatros.

Parece que residió algun tiempo en Madrid, viviendo en compañía de la célebre novelista doña María de Zúñiga y Sotomayor.

CARRANZA (Véase Sanchez Carranza).

CARRILLO (Alonso de).—Natural de Sevilla, compuso tres romances bajo el título de «Relacion verdadera de todo lo que agora nuevamente ha pasado sobre el cerco que los moros de Africa pusieron con su poderoso ejército, sobre la fuerte plaza de Mármora, y el valeroso corazon con que los españoles acudieron.»

Esta obra, *muy digna de saberse*, segun se expresa á continuacion de su título, fué impresa en Barcelona en 1621.

CARRION (Antonio de).—Elegante poeta castellano y latino que floreció muy al principio del siglo XVI. Zúñiga y D. Nicolás Antonio lo citan como

sevillano; expresando el primero que si es dudoso lo fuese de patria, fuélo de habitacion. Compuso varias obras que se hallan en la coleccion de Rodrigo Fernandez de Santaella, traductor de los viajes del veneciano Marco Polo, titulada *Odæ in Dei-paræ Virginis Laudem*, impresa en Sevilla el año 1504. Dedicóselas al mismo colector, varon piadoso é ilustrado, natural de la ciudad de Utrera, y canónigo de la Santa Iglesia sevillana.

CARTUJANO (El).—Véase Padilla, Juan de.

CASAS (Cristobal de las).—Al consignar Francisco Pacheco en su libro de *Retratos de ilustres y memorables varones*, la estimacion que merecia el célebre Juan de Malara de todos los buenos ingénios de su tiempo, y la particular amistad que á ellos les unió, cita con Fernando de Herrera á su tio el licenciado de su mismo nombre, y á Cristobal de las Casas. D. Nicolás Antonio incluye á este último en su Biblioteca, como autor de un *Vocabulario de las lenguas española y toscana*, y traductor de las *Cosas maravillosas del mundo*, de Julio Solino.

Tal vez incurramos en un error considerando en este lugar como poeta á tan notable sevillano; pero si existe alguna infundada apreciacion por nuestra parte, discúlpenos la circunstancia de aparecer este, egerciendo señalada influencia sobre el lenguaje de las musas.

Créese que el Casas á que nos referimos, era de la misma familia que el conocido prelado y escritor, tambien hijo de Sevilla, fray Bartolomé de las Casas.

Herrera le dedicó una epístola por su *Vocabulario*, en que le tributa grandes elogios en su hermoso lenguaje poético:

> Y España, á tu memoria agradescida,
> Tu nombre cantará perpétuamente
> Entre los que la hacen conoscida.
> Bétis levantará la altiva frente,
> De esmeraldas lucientes adornado,
> Tu gloria murmurando en su corriente,
> Y llevando su curso al mar sagrado,
> ¡Casas! resonará en el seno Mauro,
> Y de allí al Indo extremo dilatado
> Irá el nombre en que Delio ilustra el lauro.

Sevilla tuvo á mediados del siglo xv otro poeta, religioso carmelita, elocuente en la prosa y sublime en los versos segun la espresion de un biógra-

fo suyo, y hábil poseedor de los idiomas griego, hebreo y latino, llamado fray Francisco de las Casas.

Copiamos por último, los versos que Juan de la Cueva dedica á Cristobal de las Casas, en su *Viaje de Sannio* (Libro v), al colocarle entre los ingénios nacidos en Sevilla.

El que entre los mas dotos resplandesce
Con viva llama y esplendor divino,
El que en la cumbre de Elicon paresce
Abrir con nuevo método camino,
Es *Casas*, que las letras ennoblesce,
Y á la edad dará honor, y será dino
Que traspasando el Lacio en nuestra España,
Por él hablemos en su lengua extraña.

Cristobal de las Casas falleció en el año 1576.

CASAS ALÉS (Blás de las).—*Hijo y vecino* de Sevilla, segun aparece en las portadas de dos obras suyas. Una de ellas tiene por título: *Cuarta relacion de la avenida del rio de Sevilla*. Hállase compuesta en octavas, y fué impresa en el año 1604. La otra, dedicada á la Inmaculada Concepcion de la Vírgen María, asunto muy popular en su tiempo, y al que dedicaron su inspiracion y su fé otros ingénios sevillanos de su época, se imprimió en Granada el año de 1615.

Este ingenio sevillano, es sin duda el citado por Luis Velez de Guevara en su *Diablo Cojuelo*, al hablar de cierta academia establecida en Sevilla, de que hemos hecho mérito en otro lugar. «Blas de las Casas, dice pródigo en sus alabanzas, era fiscal, espíritu divino en lo divino y humano.»

CASTILLO (Cristóbal de).—Compuso un romance á la Inmaculada Concepcion de la Vírgen María, y otro en alabanza de aquella *letra tan celebrada*

Todo el mundo en general...

y á la vez en la de su autor, Miguel Cid, de quien despues tratamos, así como una glosa y dos sonetos al mismo asunto. El libro qae contiene las anteriores poesías fué impreso en Múrcia y Sevilla, el año 1615.

Son tambien de Castillo doce octavas *nuevas, en muy sentido estilo á la conversion del pecador y desengaño del hombre, donde se tratan cosas de la Pasion de N. S. Jesucristo estando en la cruz*. En la portada del libro mencionado, se expresa ser Castillo *natural de la insigne ciudad de Sevilla*.

En el año inmediato á la publicacion de la obra de Castillo, 1616, fué impreso en la ciudad últimamente nombrada, un libro de Diego de Castro, hijo

de Baeza, consagrado á la defensa y alabanza de la limpia Concepcion de la Madre de Dios. En él se ocupa de asunto tan popular en su tiempo en la ciudad hispalense, y de aquellas coplas de Miguel Cid, tan renombradas.

CEPEDA. Tres ingénios de este apellido florecieron en una época aproximada, en los últimos años del siglo XVI y primer tercio del siguiente. El uno, Joaquin Romero de Cepeda, vecino de la ciudad de Badajoz, poeta lírico y dramático de excelentes cualidades, que imprimió sus obras en Sevilla, donde debió residir algun tiempo; un licenciado Cepeda, sevillano, citado por Matos Fragoso, Cervantes y Agustin de Rojas, y otro que lleva aquel por segundo apellido, D. Juan Osorio y Cepeda, posterior á entrambos, y que fué natural de Madrid. Si alguna duda pudiera existir sobre cuál es el aludido por aquellos ingénios, sólo podria referirse á los dos primeros nombrados; pero nuestras sospechas se fijan en que únicamente el licenciado fué el que promovió sus alabanzas, así como las del Dr. Navarro, que le coloca entre lo buenos poetas dramáticos del tiempo de Lope de Vega.

Matos designa claramente ser su patria Sevilla, en la comedia *La corsaria catalana*, al nombrar las por entonces afamadas.

La Española de Cepeda,
Un ingénio sevillano.

Cervantes, al hacer mencion de un Cepeda al par de Megía, nacido tambien en aquella ciudad, parece confirmar esto mismo.

Hacer milagros en el trance piensa
Cepeda, y acompáñale Megía,
Poetas dignos de alabanza inmensa.

Igual observacion puede hacerse en los versos de Rojas:

El licenciado Ramon,
Justiniano, Ochoa, Cepeda,
El licenciado Megía.....

De sentir es que la pérdida de las obras de tantos poetas que lograron tal celebridad en su tiempo, nos obligue á vagar de este modo en el terreno de congeturas y las suposiciones.

Hállase en las *Flores de poetas ilustres* de Espinosa, libro primero, una oda estimable, llena de recuerdos mitológicos, y cuyo autor se nombra con el solo apellido de Cepeda. El asunto de esta correcta y larga poesía, viene á estar reasumido en sus últimos versos.

Vénus, Medusa, Adónis, Marte, Alcides,
Pudieron ser vencidos. . . . . .
. . . .
Que al humano juicio
En fin todas las cosas son sujetas.
Solamente yo indigno,
(Por causas reservadas y secretas),
No puedo de algun modo
Vencer á Elisa, vencedora en todo.

Pedro de Espinosa dió á luz su citada obra en el año 1603; es decir, por el mismo tiempo que Rojas su *Viaje entretenido*, y Cervantes el suyo *del Parnaso*, algo despues en 1614. Esta circunstancia, como la de ser nombrado por los tres del mismo modo con el solo apellido de Cepeda, siendo así que este era el segundo de los otros poetas á que nos referimos antes, hace presumir con algun fundamento, que el autor de la oda inserta en aquella coleccion, y el licenciado nacido en Sevilla y aplaudido como autor dramático y de la comedia *La Española*, es un mismo ingénio.

CEPEDA (Baltasar).—Notario de la Audiencia arzobispal de Sevilla. Llámase tambien el licenciado Cepeda, en su obra titulada: *Testimonio en relacion que da el tiempo del estado que hoy tiene el pleito de la* Inmaculada Concepcion. En otra muy análoga, se titula bachiller. Floreció á principios de siglo XVII, y es calificado por Matute de *elegante y docto poeta sevillano.* Sus obras fuéron impresas en los años 1615 y 1617. Todas ellas tienen por asunto el alto misterio de la Concepcion de la Madre del Verbo, y son en número de cuatro, escritas en villancicos, romances, letrillas, etc.

Tambien cita entre sus trabajos el mencionado Matute en los *Hijos de Sevilla*, la Jornada de Larache por D. Juan de Mendoza, marqués de San German, impresa el año 1615.

No creemos que pueda ser el mismo Cepeda de que hablamos anteriormente.

CEPEDA Y GUZMAN (D. Cárlos Alberto). Caballero de distincion y sobrino en cuarto grado de la santa y sábia Teresa de Jesús. Nació el año de 1640: obtuvo señalados honores y mercedes en todo el curso de su vida, entre ellas el hábito de justicia de la órden militar de San Jorge, con su encomienda de Balaguer, y el título en 1689, de capitan de infantería española del batallon de Sevilla.

Es autor de varias poesías, algunas de ellas insertas en el artículo bibliográfico que le consagran los autores del *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, de donde tomamos algunos de estos apuntes.

En el prólogo que precede á aquellas, trata Cepeda sobre el divino don de la poesía, y de las circunstancias que deben poseerse para llamarse buen poeta; no dejando de ser oportunas y juiciosas sus observaciones. En el apreciable libro mencionado, se insertan algunos párrafos de este proemio.

Tambien hallamos en él, el siguiente juicio, que dá una cabal idea del mérito y poéticas cualidades de Cepeda, y confirma el nuestro, despues de examinadas las composiciones suyas publicadas en la misma obra.

«Cepeda Guzman es escritor fácil é ingenioso; pero tiene resábios de su tiempo y de sus particulares circunstancias; lo que él hubiera sido, siguiendo su buen natural, se echa bien de ver en el romance de Páris.

»La mayor parte de los asuntos que trata son frívolos y fútiles, y para florearlos apela al recurso de jugar el vocablo y otras lozanías de los ingénios de su tiempo. Las más de sus poesías son jocosas y familiares ; es poeta de estrado: escribia coplas, se conoce, más por cumplir con la obligacion del dia, que por aspirar al lauro de poeta. Los más de sus versos son cortos romances.

» Escribió tambien tal cual soneto (mediocres generalmente) entre los cuales fué muy ruidoso el de

Piojos cria el cabello más dorado...

» Cepeda de Guzman es uno de los escritores más sin aprension que yo conozco; es franco, ingénuo hasta el extremo de pintar sus propios defectos de alma y cuerpo, con un desapego de sí propio, que no es comun entre los hombres, (Véase el romance en que se pinta á sí mismo). Su nombre poético era Caricio: su dama, Filis.»

El romance á que se alude en las anteriores lineas, es como sigue:

«A una dama que deseaba conocer á D. Cárlos, y saber su estado y vida.

Curiosísima señora,
Tú que mi estado preguntas,
Y de moribus et vita
Examinarme procuras,
Cualquiera que eres, atiende,
Y en cómico estilo escucha;
Que he de decirte un romance
Para quitarte la duda...
Yo soy un hombre de tan
Pequeñísima estatura,
Que para enano es muy chica,

Y para pígmeo es mucha...
Pálido tengo el color,
La tez macilenta y mustia
Desde que me aconteció
El espanto de unas bubas...
Nací en Sevilla, y nací
En suerte tan importuna,
Que á un D. Ventura de Tal
Conocí, no más ventura.
Crecí, y mi querido padre
(Con religion bien astuta)
Como habia en otra cosa,
Dió en que habia de ser cura.
El de Tapia me ordenó
De las primeras tonsuras,
De cuyas órdenes sólo
La coronilla me dura.

Como se vé, el númen de Cepeda era festivo é inclinado al epígrama. Demuéstralo en más de una ocasion; deslizándose no pocas veces en el chiste de subido color, y no el más culto y escogido. Podemos dar una prueba de su génio satírico, en la siguiente décima.

«A una comedia que no valió nada, y la hizo un boticario.»

De bote en bote el corral
Estuvo ayer á las dos:
¡Bote, y en corral! por Dios
Que es fuerza que güela mal.
Verso bueno tal y cual;
Traza, ni grande ni chica;
Gala, ni pobre ni rica;
Silbos, dos horas y media:
Con que tuvo la comedia
De todo como en botica.

El romance á los desprecios que hizo Páris, robador de Elena, á los vaticinios de su muerte y ruina de Troya, citado por el crítico de que hablamos anteriormente, es una bella composicion de agradable lectura, y que demuestra de un modo notable las poéticas dotes del ingénio sevillano.

Nótanse en sus poesías del género serio, algunos pensamientos felices, muy bien expresados, como el que sigue, en la que consagra á la muerte del insigne dramático D. Pedro Calderon de la Barca.

Murió desengañado de la humana
Inútil ambicion. ¡Oh altas deidades!
Los que nacen así, ¿para qué mueren?
Y los que así no mueren ¿por qué nacen?

Copiamos, por último, el siguiente soneto de Cepeda, siquiera sea por la circunstancia de haberle dado su asunto y consonantes forzados, el célebre autor de comedias D. Agustin Moreto. Se halla encabezado como sigue:

«Este soneto se hizo de oposicion, y le dió los consonantes forzados y el asunto á D. Cárlos de Cepeda, D. Agustin Moreto, estando en la celda del padre maestro Abril, en el convento de la Merced.»

Hecho el hombre del limo de la tierra,
Toda su vida pasa como el viento;
Que si en la tierra está su pensamiento,
Muy pocas obras para el cielo encierra.
Es la vida mortal continua guerra
Á donde se baraja el sufrimiento;
Imaginar su fin gran sentimiento,
Pues por puntos se acaba y se destierra.
El cuerpo es una estátua de ceniza
Que á cada paso halla sepultura:
Tema el hombre mortal trance tan fuerte,
Y mire que por puntos se desliza.
Reconocerse nada, es gran cordura;
Juzgarse no mortal, siéndolo, es muerte.

Arana y Varflora, en sus *Hijos de Sevilla*, dedica á Cepeda, el párrafo siguiente:

«Caballero del hábito de San Jorge. Escribió: *Origen y fundacion de la Imperial Religion militar, y Caballería Constantiniana, llamada hoy de San Jorge, que milita bajo la bandera y regla de San Basilio.* Imprimiòse en Sevilla por Juan Cabezas, año de 1676.»

CETINA (Gutierre de).—En las noticias biográficas que hemos consultado sobre este poeta, bastante escasas por cierto, hallamos una diferencia nobilísima sobre su carácter social y otras particularidades de su vida, que nacen, á nuestro juicio, del error de considerar como una sola persona á dos distintos sugetos. Sedano en su *Parnaso Español*, y otros que hubieron sin duda de atenerse á lo que este dá por seguro, llamaron á nuestro vate sevillano, el doctor Gurierre de Cetina, vicario eclesiástico de Madrid; no faltan

do quien añada, para confirmar aun más esto mismo, que ejerció el cargo de teniente cura de una de las parroquias de la córte. Hubo, en efecto, un Dr. Gutierre de Cetina, cuyo nombre consta en las aprobaciones de algunos libros de la época en que floreció el ingénio de quien tratamos; pero la profesion que este siguió, fué menos tranquila: ciñendo la espada, se halló en los primeros años de su juventud, ganoso de lauros, en los campamentos de Italia, de Túnez y de Flándes; asistiendo á la jornada de Cárlos V contra Barba Roja, y de Fernando de Austria contra Francia.

Se infiere que Cetina nació á principios del siglo XVI, y que, despues de sus campañas y de una larga ausencia de su patria, no muy halagado de la fortuna, regresó á aquella, donde permaneció algun tiempo consagrado al culto de las musas. Acaso en esta época fué cuando frecuentó la amistad, entre la de otros ingénios paisanos suyos, de Alcázar, quien le dedicó el afectuoso soneto que copiamos:

Si subiera mi pluma tanto el vuelo,
Que al deseo igualara que la inclina
A celebrar, carísimo Cetina,
Cuanto bien sobre vos derrama el cielo;
Viérades, en honor del pátrio suelo,
La clara fama que la rueda empina
Del gran hijo de Tétis, cómo indina,
Cubierta á vuestros piés de negro velo;
Mas ya que el hado le negó esta palma
Al tardo ingénio, porque tal supuesto
Pide más alta, numerosa suma,
Yo os celebro, señor, dentro mi alma,
Donde os vereis en aquel punto puesto
Do no llegó el ingénio ni la pluma.

Otro no menos expresivo al mismo Cetina, se encuentra tambien en las poesías de Alcázar.

Mr. de Latour, en sus *Estudios sobre España*, obra muy digna de aprecio, opina que el fragmento de una poesía que se halla en el códice de las de Rioja, puede acaso dirigirse á Cetina, sino es al mencionado Alcázar, que tambien militó en su juventud. Dice así este fragmento:

Herviente ardor en los primeros años
Así rigió tu acero,
Que su furor temblaba Marte fiero,
Llorando al mismo tiempo los engaños
De Lais y Flora, á Vénus obediente.

Luego, en edad más alta y floreciente,
Al britano pirata, al enemigo
Belga, que con airada y fuerte mano
Infestaba la paz del Océano,
Fuiste horror y castigo.
Ya fiel á la natura, que te llama
Con las musas al templo de la Fama,
Tan culto el plectro suena,
Que iguala, si no vence, tu camena
La de Minturno y Taso,
Y es esplendor del español Parnaso.
Así lebrel valiente y generoso,
De la ira llevado,
Indómito y furioso,
Rompe los hierros á que estaba atado,
Y á la primera voz del dueño ausente,
Confuso, la prision dura consiente,
Venciendo con leal naturaleza
La llama juvenil de su fiereza.

Bouterweck forma de Cetina un juicio que hace sospechar no llegó á conocer detenidamente sus obras. Difícil es hallar las absurdas hipérboles que menciona, en las sencillas y dulces poesías de nuestro sevillano.

Argote en su *Discurso de la Poesía* (1575), dice: «Y el ingenioso Iranzo y el terso Cetina, que de lo que escribieron, tenemos buena muestra de lo que pudieran más hacer, y lástima de lo que se perdió con su muerte.»

Ésta debió tener lugar hácia el año 1560, unos creen que en Sevilla, y otros en el Nuevo mundo, donde residia un hermano suyo con cargo oficial en el gobierno de Méjico. Tanto el cariño fraternal, como el deseo de variar de suerte, le llevaron á aquellas regiones; pero se cree más cierto, que, regresando á España, se extinguiese su existencia en el mismo punto donde la halló.

Además de lo expuesto sobre Cetina, considerado poeta lírico, podemos añadir que lo fué tambien dramático. No se conocen sus obras de este género.

Juan de la Cueva le incluye entre los poetas cómicos que siguieron los preceptos clásicos, en su *Ejemplar poético*.

Ya fuéron á estas leyes obedientes
Los sevillanos cómicos, Guevara,
Gutierre de Cetina, Cozar, Fuentes.

Atribúyese á nuestro ingenio una comedia titulada *La bondad divina*, y

hay quien asegura que escribió una coleccion de obras de este género, en prosa y verso, y otra de comedias profanas. Los trabajos poéticos suyos que se conservan, son todos de índole distinta, y, lo que es de sentir, en excaso número.

Este insigne sevillano tuvo estrecha amistad con los peetas de la misma escuela, Boscan, Garcilaso, D. Diego Hurtado de Mendoza y otros no menos célebres de la feliz edad de oro de nuestras letras. Asimismo alcanzó la proteccion y afecto del príncipe de Ascoli, á cuyas órdenes empuñó las armas, personaje dado tambien al culto de la poesía, y cuya muerte prematura lamentó tierna y dolorosamente como su fiel amigo.

Varios son los autores contemporáneos de este poeta que tributaron á su mérito espresivos elogios: entre ellos podemos nombrar al *divino* Herrera, Argote de Molina, Alcázar, Saavedra Fajardo, Juan de la Cueva ya citado, y Cristóbal de Mesa; este último en su poema titulado *La restauracion de España*.

El encómio de Cueva, que se halla en su *Viage de Sannio*, es como sigue:

Este que con semblante ufano muestra
No admirarse del Febo laureado,
Es *Cetina* por quien la gloria nuestra
Será eterna y de España el nombre honrado,
Harán su tierna lira y fuerte diestra.
Contento á Amor y al tracio dios pagado,
Que será causa que el Amor lo adore,
Marte lo estime y por su igual lo honore.

Las poesías de Cetina han sido publicadas en el tomo primero de los *Poetas líricos de la Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra, coleccionados por D. Adolfo de Castro, de las que se conservaban, inéditas en su mayor parte, en Sevilla, en un códice antiguo de la propiedad de D. José María de Alava.

En el segundo tomo de la obra premiada por la Biblioteca nacional en público concurso, titulada *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*, se encuentra un artículo dedicado á Cetina, de sumo interés. En él se dá detallada noticia de un manuscrito que comprende la primera parte de sus obras en verso, bajo el título: «Todas las obras de Gutierre de Cetina sacadas de su propio original que él dejó de su mano escrito.»

Trascriben con acierto y buena eleccion los entendidos colectores de aquel *Ensayo de Biblioteca*, algunas de estas composiciónes, que reproduciríamos á nuestra vez, en parte á lo menos, si su mucha extension no nos lo impidiese. Menciónanse tambien por aquellos, la «quinta paradoja hecha en alabanza de los cuernos, fecha por Gutierre de Cetina, ve-

cino de Sevilla» (1590) y el «Diálogo entre la cabeza y la gorra.» Síguense á estas poesías, un extenso extracto de la «Epístola de la pulga» y otra en alabanza de la çola ó rabo. Por último, se hallan copiadas en el mismo libro, varias obras poéticas de este ingénio, que existen manuscritas y coleccionadas en diversas partes con las de algunos otros.

La citada paradoja, hecha en alabanza de los cuernos, se encuentra incluída en el Apéndice del tomo primero de esta misma obra, ilustrada con noticias interesantes por el conocido escritor D. Aureliano Fernandez Guerra.

Algunas composiciones del doctor D. Diego Gutierrez de Cetina, que se insertan en el *Romancero y cancionero sagrado*, de la citada Biblioteca de Rivadeneyra, deben ser de aquel otro Cetina, que confundió Sedano con el que es objeto de estos apuntes.

CID (Miguel). —«Por el mes de Setiembre del año 1613, dice Ortiz de Zúñiga, en sus *Anales de Sevilla*, en las fiestas de la Natividad de Nuestra Señora, un religioso de cierta religion, á que dió infinito que padecer su particular atrevimiento, mostró en un sermon con claridad, que llevaba la opinion menos piadosa acerca de la Concepcion de la Reina de los Angeles, çuya inmaculada pureza, nunca tocada de la culpa original, estaba tan firmemente creida en los ánimos de toda esta ciudad, que desde su restauracion tenia fiestas dotadas á su sacrosanto misterio. Fué á esta aborrecible novedad, notabilísima la conmocion pública; cada uno hacia propia la ofensa, y como que le tocaban en las niñas de sus ojos, tocando en dudas de la inmaculada pureza de la Concepcion, de la que lo era de los de Dios. El arzobispo ya devotísimo á este misterio, y su dean y cabildo, tuvieron por muy suya la primera obligacion de hacer grandes demostraciones públicas en desagravio (así le dió vulgarmente el nombre indicativo de lo grave de la devocion general) de la Reina concebida sin pecado original, y fué menester gran cuidado para que la familia, cuyo hijo motivó tanto alboroto, no padeciese extragos grandes del pueblo ofendido, que los miraba con horror, y los perseguía con oprobios, de que en papeles de aquel tiempo hay notables particularidades.

«Dióse principio á solemnísimas fiestas, en que despues no quedó comunidad, ni quedó templo que no se esmerase: á una voz la ciudad toda detestaba la duda y á los dubitantes; y clamaba aquella voz universal: *María concebida sin pecado original*. Voceábanla los niños por las calles, y dióscla en piadosos metros Miguel Cid, celoso y devoto siervo de la Vírgen, que todos tuvieron por estribo aquella célebre cuarteta.

Todo el mundo en general
A voces, Reina escogida,
Diga que sois concebida
Sin pecado original.

Poesía sagrada, que no sé cuál en el mundo consiguió más aplauso, ni hizo á su autor más famoso; pero esto fué sucediendo en los años siguientes, dimanando á todo la causa y orígen de este.»

Hasta aquí Ortiz de Zúñiga. Sevilla, entusiasta por la Inmaculada Vírgen, hizo tan popular el himno de Miguel Cid, que ha llegado de una generacion á otra hasta la presente, en que ya es misterio de fé para el cristiano, la que entónces sólo era una creencia piadosa. ¿Qué mucho que el hábil *pintor del cielo*, y permítasenos esta observacion que nos sugiere el fervor de aquel pueblo católico, el inmortal Murillo, sencillo y creyente, á quien acaso arrulló su cuna tan tierno cántico, cuando ya veia en sus sueños de la inocencia aquellos ángeles que más tarde debia trasladar al lienzo; qué mucho, decimos, que ofreciese á la Vírgen María en el misterio divino, con la idealidad, la sublime inspiracion que ningun otro artista ha conseguido?

Los versos de Cid se publicaron en 1615; repartiéndose con profusion y divulgándose, no sólo por la comarca hispalense, sino por toda España. Aunque sólo fuese por el triunfo que en su fé profunda consiguió este popular poeta sevillano, debiéramos considerarle notable en su género y digno de figurar entre los que contó Sevilla en la época á que nos referimos en los presentes apuntes.

Cervantes no le olvidó tampoco cuando le dedicó en su *Viaje del Parnaso* los siguientes versos:

Este que sigue es un poeta santo,
Digo famoso: Miguel Cid se llama,
Que al coro de las musas pone espanto.

¿Es desfavorable censura este espanto que ocasiona á las hermanas del Pindo, ó acaso quiso significar de esta manera el príncipe de nuestros ingénios, el asombro que su piedad religiosa debió inspirar á las hijas de Júpiter?

En la *Floresta de rimas antiguas castellanas* ordenadas por Bohl de Faber, obra de grande estimacion para los hombres de letras, y que, á pesar de hallarse impresa en nuestro siglo, es ya bastante rara; y en el *Romancero y Cancionero sagrados*, dado á luz en la *Biblioteca de autores españoles*, de Rivadeneyra, se encuentra una misma poesía de Cid, copiada del *Correo literario y económico de Sevilla*, publicado en 1806. Muéstrase en ella tan popular versificador, sino elevado, afectuoso; y revela la fé religiosa y piedad que le caracteriza en el asunto de su predileccion, y que tanto nombre le diera en la ciudad que le vió nacer.

Alonso de Bonilla y Diego de Castro, ambos naturales de Baeza, glosaron en *forma de chanzonetas este verso que comunmente cantan los niños: Todo el mundo en general*, etc.; el uno en 1615, y el otro el año siguiente inmediato. Tambien Cristóbal del Castillo, poeta sevillano, glosó los populares versos de Miguel Cid, en la misma época.

En el año 1647 se imprimió en Sevilla un libro con el título siguiente: *Justas sagradas al insigne y memorable poeta Miguel Cid*, sacadas á luz *por el hijo y heredero de su nombre, dedicadas á la Vírgen Santísima, María Nuestra Señora, concebida sin mancha de pecado original*. Entre sus aprobaciones existe la de D. Pedro Calderon de la Barca, hecha en el mismo año de su impresion.

En este libro se insertan varias poesías laudatorias á su autor, tres de las cuales son un soneto de su editor Miguel Cid, y dos de otro Miguel Cid y de Salcedo, biznieto del vate sevillano.

Hé aquí las palabras del primero de los últimos nombrados:

«Mientras que mi padre vivió, se ocupó en alabar á Dios y á su Madre y á sus santos..... Aficionábansele todos, religiosos y seglares, particularmente cuando compuso las coplas de

Todo el mundo en general,

en honra de la pura y limpia Concepcion de Nuestra Señora, tan celebrada en toda la cristiandad, que muchas veces los devotos deste misterio lo abrazaban y aplaudian por las calles de Sevilla. Pues su memoria y aficion quedó tan arraigada, que al cabo de treinta años que es muerto, me han pedido encarecidamente que imprima sus obras.»

Tambien es de Miguel Cid, la que escrita en cuatro romances, se titula: «Relacion verdadera de lo que ha sucedido en algunos lugares de Andalucía y de la Mancha por causa de ocho moriscos que pidieron licencia al gran Soliman les dejare venir á España, prometiéndole llevarle todas las cosas nuevas que han sucedido despues que ellos fuéron desterrados y así mismo todas las criaturas que pudiesen haber á sus manos, y lo que les sucedió á ellos.» Imprimióse en Valencia y despues en Barcelona, el año 1615.

En las biógrafías publicadas en el tomo XII de las *Obras Completas de Cervantes*, referentes á los ingénios citados por este tan insigne, en su *Viaje del Parnaso*, y entre otras noticias que se dan de aquel poeta *á lo divino*, se halla una muy curiosa relacion de su entierro, encontrada entre los papeles pertenecientes al difunto Conde del Aguila, que se conservan en el Archivo municipal de Sevilla.

Miguel Cid murió el año 1617.

COLINDRES PUERTA (D. Nuño) Hijo del veinticuatro Diego de Colindres. Citado en el *Encomio de ingénios sevillanos*, certámen de San Ignacio y San Francisco Javier, por Juan Antonio de Ibarra, el cual expresa su pesar de «que destinados á mas graves ejercicios, hubiesen faltado al certámen otros tres hijos de Sevilla, Colindres, Enciso y D. Melchor de Alcázar.»

Segun el Sr. Barrera, que nos suministra estas noticias en la edicion que ha hecho ultimamente de las *Poesías de Rioja*, existe un soneto de Colindres, dirigido desde Sevilla en 1615, á D. Gaspar de Guzman, Conde Duque de Olivares, en que da á este célebre personaje el nombre de *Manlio*, en una carta de parabien por *la nueva ocupacion* y *cámara del Príncipe*. Sabido es que el de Olivares favoreció durante su permanencia en Sevilla, como tambien lo hizo en la córte, á los hombres estudiosos que sobresalian por su ingenio.

Hállase una décima en alabanza de Lope de Vega, al principio de la edicion de sus obras dramáticas, hecha en Madrid el año 1618, «del *maestro Colindres, gramático, retorico* y *filósofo*; pero, segun observa el expresado Sr. Barrera, pudo sin embargo, ser este maestro el Padre Colindres, jesuita sevillano, profesor de humanidades y predicador célebre, rector del Colegio de Ecija, que escribió *Triunphum de pecato originali*, Artigi 1641, y murió en 1668.»

Hé aquí el soneto dirigido al Conde Duque de Olivares por Colindres, antes citado, y que hallamos en las notas puestas por el Sr. Fernandez Guerra en la carta escrita por Cervantes á D. Diego de Astudillo, describiendo una fiesta habida en San Juan de Alfarache. (Apéndice al tomo primero de la obra premiada *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*.)

Esos terrones, Manlio, quebrantados
De las manos de Fili, harán sabroso
El ímpetu del mar tempestuoso,
Los caminos y montes más cerrados.
Rompe los montes tú, sigue los hados,
Pues fáciles te dan hoy paso ocioso
Que corre todo á un limite forzoso
Y no crecen el sol vanos cuidados.
No somos, siempre, no, merecedores,
Manlio, de un mesmo bien, de una templanza,
Cada luz que se fué, fuimos mejores.
Mira y advierte, pues, en la mudanza
Que hay del brazo á la espiga, los temores
Que debe un amador á su tardanza.

Colindres pide al Conde-Duque en la carta con que le envia el anterior soneto, (*ya que favorece tanto mis versos*, dice), que le advierta lo que no le agradare de él.

D. Nuño concurrió con su padre á la fiesta descrita por Cervantes, que acabamos de citar, y que tuvo efecto el dia 4 de Julio de 1606, siendo el segundo de aquellos, presidente de la misma.

CONTRERAS (V. P. Fernando).—Este varon virtuoso nació en Sevilla el año 1470. Inclinado al estudio y la piedad desde sus primeros años, se decidió, al cumplir los diez y seis, á abrazar el estado eclesiastico; y llegó á ser en el año 1488, beneficiado de la villa de Olvera. Ejerciendo ya el sacerdocio, fué raro ejemplo de modestia y austeridad, y sobre todo, de caridad evangélica, probada con la abnegacion más sublime. Durante el hambre y epidemia que afligieron á Sevilla el año 1506 y el siguiente, llegó su celo cristiano al punto de dar sepultura por sus manos á los cadáveres de los apestados. Desempeñó varios cargos honrosos de su carrera, y renunció á otros de mayor brillo; dedicándose especialmente á las prácticas de virtud á que su excelente corazon le inclinaba, entre ellas á la enseñanza de la niñez, con cuyo objeto fundó un colegio donde él mismo comunicaba sus conocimientos en gramática, artes y canto llano; y repetidamente con empeño, á la redencion de cautivos en las costas berberiscas, sufriendo las penalidades inherentes á tan meritoria empresa.

Contreras poseyó el don divino de la palabra, y como orador sagrado, obtuvo con su elocuencia fervorosa, inmensos beneficios para la causa de Dios. Nombrado por Cárlos V para el obispado de Guadix, é instado para que le aceptase por el príncipe D. Felipe, hijo del emperador, renunció humildemente á este elevado cargo, viviendo pobre y penitente, ya de edad avanzada en su pueblo natal, y en un pobre albergue contiguo al hospital de Santa Marta, donde falleció el 17 de Febrero de 1548; recibiendo en sus funerales las más altas pruebas de cariño del pueblo sevillano, y dejando en él un recuerdo imperecedero de su santidad y de sus virtudes.

Segun Argote de Molina, el venerable P. Contreras compuso un libro de *Doctrina cristiana*, otro titulado *Pequeña flor*, otro de *Antífonas*, el *Oficio del bautismo de nuestro Salvador*, y muchos metros y canciones en loor de la Vírgen María, como tierno vate religioso, en cuyo concepto le incluimos en nuestro catálogo de poetas sevillanos.

En el año 1633 se comenzaron las diligencias de la beatificacion y canonizacion de varon tan justo é instruido.

Escribieron su vida el P. jesuita Gabriel de Aranda, y el presbítero sevillano D. Pablo de Espinosa. La de este último se imprimió en Sevilla el año de 1634. Tambien existe un tratado manuscrito de la *Vida y muerte del V. P. Contreras*, que se dice ser de Alonso Sanchez Gordillo, natural tambien de Sevilla, y otro que el citado P. Aranda expresa ser del caballero sevillano D. Cristobal Mosquera, y cuyos originales, segun él mismo, se guardaban en la casa profesa de los extinguidos Regulares de Sevilla.

CORONEL (Véase Salcedo Coronel).

COZAR. Autor dramático anterior á Lope de Vega. Carecemos de noticias suyas. Es nombrado como tal por Juan de la Cueva en su *Ejemplar poético*, publicado en 1605, y como uno de los que siguieron los preceptos clásicos, en estos tercetos:

Huimos la observancia que forzaba
A tratar tantas cosas diferentes
En término de un dia que se daba.
Ya fuéron á estas leyes obedientes
Los sevillanos cómicos, Guevara,
Gutierre de Cetina, Cozar, Fuentes.

CUEVA DE GAROZA (Juan de la).—Nació al promediar el siglo XVI. Era de alcurnia noble y distinguida: cultivó desde edad temprana los estudios, bajo la direccion de aquellos sábios maestros fundadores de la escuela literaria de su patria; y en breve espacio, por sus felices disposiciones y la fecundidad de su ingénio, llegó á hacerse notable y estimado.

Escribió nuestro docto vate sobre todas materias y en todos metros, segun dice D. Nicolás Antonio, ya en el género lírico, ya en el épico, ya en el dramático. Luzan forma en su *Poética*, el siguiente juicio de este notable sevillano. «A aquellos primeros compositores que han quedado en olvido, sucedió Juan de la Cueva, de familia noble, conocido por varias obras que merecen aprecio. Hizo catorce piezas de á cuatro jornadas, dando á las diez el nombre de comedias, y á las cuatro el de tragedias, sin saberse por qué, pues en el modo de tratar los asuntos se diferencian poco. y en el estilo casi nada. Todas ellas se representaron en las Atarazanas, y en un paraje llamado la huerta de doña Elvira, por la compañía de Alonso Rodriguez, Pedro de Saldaña y Alonso de Cisneros en los años 1579 y 1580. Se imprimieron en el mismo Sevilla, año de 1588, y en el prólogo se queja el autor de que habia llegado la malicia de algunos á *formar escrúpulo de afrenta* de la composicion de ellas. De esto infiero yo que experimentaba censuras, y se puede sospechar que no recaian sobre el género, sino sobre el modo; pues antes que él habian escrito sus tragedias el maestro Oliva y Gerónimo Bermudez, sin que nadie les censurase el intento de introducir en España un arte que es la piedra de toque de la cultura de las naciones. Su estilo es elevado, pero declamatorio, y en mi juicio muy diverso del que piden así la tragedia como la comedia. Todas están escritas con variedad de metros, empiezan con estancias líricas, siguen con octavas, despues redondillas y tercetos, alternando estas versificaciones, y nunca romance; porque Cueva no conoció el que tan acertadamente usaron los escritores có-

micos más modernos. Aunque los caracteres de las personas no están mal guardados, falta la unidad de lugar; y la accion es siempre muy complicada. Estos serian los defectos que algunos hombres de instruccion y buen juicio criticaban á Juan de la Cueva; y él tomó el partido de salir al encuentro de las censuras, escribiendo á su modo una especie de *Poética* que anda manuscrita, en la cual, antes que Lope, y más brevemente, intentó reducir á preceptos el desarreglo de la dramática.»

Sabido es que Luzan fué uno de los más decididos defensores de la clásica escuela de la antigüedad; y no es por lo tanto de sorprender que atribuya aquellas censuras á la nueva forma que sacudia el yugo de las reglas aristotélicas, y no á la combinacion más ó menos acertada de sus ficciones. Juan de la Cueva indicó, precediendo á Lope, la revolucion que se habia de realizar en el arte escénico de nuestra patria, y anunció al génio y á la inspiracion, que en breve habia de hallar libre pasò para elevarse por donde quisieran, no hallándose sometidas tiránicamente á preceptuadas limitaciones.

Las obras de Cueva son numerosas. La más importante es su poema lírico *La Conquista de la Bética por el Santo Rey* D. Fernando (1603), dedicado á la ciudad de Sevilla. Este notable trabajo, sobre el cual dejamos hecha alguna indicacion, fué examinado en el año 1600 por el veinticuatro Juan de Arguijo, y por Cristobal Nuñez. Suyo es tambien el *Coro Febeo de romances historiales* (1587), al que hicimos igualmente referencia. Dió á luz sus poesías con el título de *Obras* (1582). Hállase despues de aquellas, su poema titulado: *Llanto de Vénus en la muerte de Adónis.*

Cueva es tambien autor del *Viaje de Sannio, poeta, al cielo de Júpiter*, poema dedicado al marqués de Tarifa, su Mecenas, segun Lopez Sedano (1585).—*Historia de la Cueva y descendencia de los duques de Alburquerque*, poema (1604). —*Ejemplar poético ó Arte poética española*, trabajo estimable por los interesantes datos que suministra sobre nuestro antiguo drama y algunos de nuestros ingénios (1606). Publicólo por vez primera Sedano en el *Parnaso Español* (1774). —*Epístola á Juan de Sayas, con una invectiva contra la poesía.*—*La Muracinda*, poema burlesco no concluido.—*Batalla de ranas y ratones*, fragmentos traducidos de la *Batracomiomáquia* de Homero.—*Los cuatro libros de los inventores de las cosas.* Poema en verso suelto; ampliacion de la obra de Polidoro Virgilio.—*Los amores de Marte y Vénus*, poema en octavas, dedicado á D. Enrique de la Cueva.

Las obras dramáticas del fecundo sevillano, son: *La muerte del rey D. Sancho, y reto de Zamora por Diego Ordoñez.*—*El saco de Roma y muerte de Borbon y coronacion de nuestro invicto emperador Cárlos V.*—*Los siete infantes de Lara.* (Tragedia.)—*La libertad de España por Bernardo del Carpio.*—*El degollado.*—*La muerte de Ayax Telamon sobre las armas de Aquiles.* (Tragedia.)—*El tutor.*—*La constancia de Arcelina.*—*La muerte de Virginia y Apio Claudio.* (Tragedia.)

—*El príncipe tirano.* (Tragedia.) Primera y segunda parte.—*El viejo enamorado.*—*La libertad de Roma por Mucio Scévola* y *El infamador.*

En el segundo tomo del *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*, tan abundante en noticias de sumo interés para la historia de nuestras letras, hállanse en las que se refieren á este vate sevillano, las rimas del mismo, copiadas de un curioso manuscrito, cuyo exámen fuera prolijo en este lugar, poco apropósito para el que reclama su importancia.

De ciertos rasgos de su vida sacados de sus escritos, se infiere que estuvo en Nueva-España con su hermano el inquisidor D. Claudio, á quien dedica algunas de sus composiciones.

En las Indias do estuve algunos años.....

Tambien residió algun tiempo en Canarias y en Cuenca con aquel, á quien expresa en sus versos profesó un cariño verdaderamente fraternal.

Yo dejé del gran Bétis la ribera
En compañía de mi caro hermano,
Mi Pílades y honor de nuestra era.

Cultivó íntimas relaciones literarias con los más renombrados ingénios de su tiempo, á algunos de los cuales dedicó sus poesías. Fuéron estos Fernando de Herrera, Alcázar, Arguijo, el Conde de Jélves D. Alvaro de Portugal, Francisco Pacheco, el Marqués de Tarifa, los maestros Giron, Medina y Malara, Zayas de Alfaro, D. Fernando de Guzman y otros muchos.

Al último nombrado dirigió nuestro poeta desde la villa de Aracena, una epístola notable, en la que le describe la quietud de la vida de la aldea, de la cual copiamos los versos siguientes, en prueba de lo que acabamos de decir:

Encomendadme á todos los amigos,
Digo los que sabeis que estimo y quiero,
Y á los que hago de mi fé testigos.
Al maestro Giron sea el primero,
El segundo á don Pedro de Cabrera,
Y á D. Fadrique Enriquez el tercero.
A Pacheco y Felipe de Ribera,
A Fernando de Cángas y á Toledo,
Al doctor Pero Gomez y á Mosquera.
A todos los demás que aquí no puedo,
Por no ser más prolijo, referiros,
Me encomendá, y decidles cómo quedo.

Como una de las particularidades de la vida de Juan de la Cueva, que sólo

hemos hallado en los apuntes biográficos que le dedica el Sr. Gomez Aceves, indicamos los amores que tuvo con una linda sevillana, doña Brígida Lucía de Belmonte, á quien conoció en casa de Gonzalo Argote de Molina. La muerte de esta jóven, causó tan honda afliccion en el ánimo de nuestro poeta, que le produjo grave y peligrosa enfermedad; teniendo que abandonar á Sevilla para restablecerse de ella, yendo á la residencia de unos deudos suyos, en la provincia de Tras os Montes, del vecino reino de Portugal.

Copíase en el referido *Ensayo de Biblioteca de libros raros*, el prólogo de las rimas de Cueva, del maestro Giron, juez tan competente, ya impreso en la edicion hecha el año 1582. Todo él es encomiástico: reasúmese su opinion en estas palabras: «En fin en él (el poeta), se halla aquella facilidad y soltura de que Séneca dijo con mucha razon que abunda Ovidio, á quien el nuestro desde su primera edad fué muy aficionado.»

Dáse cuenta, asimismo, en la obra mencionada, de otra de Cueva, cuyo título es: *Oficina de Juan Ravisio Textor, traducida de lengua latina por Juan de la Cueva, y añadida de muchas otras cosas.* 1582. Manuscrito.

Fuera tarea demasiado detenida examinar las numerosas poesias de Cueva que se insertan en la excelente obra enunciada, que ha merecido justo premio de nuestra Biblioteca Nacional. Recomendamos su lectura á los que deseen estudiar á los antiguos sostenedores de nuestras glorias poéticas.

Cervantes celebra á Cueva en su *Canto de Caliope*, en la siguiente octava:

Dad á Juan de las Cuevas el debido
Lugar, cuando se ofrezca en este asiento,
Pastores, que lo tiene merecido
Su dulce musa y raro entendimiento;
Sé que sus obras del eterno olvido
(A despecho y pesar del violento
Curso del tiempo), librarán su nombre,
Quedando con un claro alto renombre.

Bolh de Faber, en su *Floresta de rimas antiguas castellanas*, Sedano en su *Parnaso* y D. Agustin Durán en su *Romancero*, incluyen poesias de diferentes géneros, de este autor.

Cueva debió morir en el pueblo de su nacimiento, á los cincuenta años, y despues del de 1607.

DIAZ (Alonso).—D. Nicolás Antonio, en su *Bibliotheca hispana nova*, le cita como poeta sevillano y autor de un libro devoto en alabanza de una imágen de la Vírgen. Titúlase este: *Poema castellamo de la historia de Nuestra Señora de Aguas Santas.* Fué impreso en Sevilla el año 1611, y se halla dedicado á la duquesa de Alcalá. Precédele una declaracion de

librero Diego Vazquez, en la cual manifiesta haberlo impreso á sus expensas» por saber iba dedicado por su autor á aquella señora, á cuya casa sirve, añade, en las cosas de su arte y oficio más há de treinta años.» Precédenle composiciones poéticas laudatorias de varios ingénios, entre las cuales se hallan unas redondillas de Francisco Pacheco, y otras de Miguel Cid, paisanos ambos del autor. Al mismo poema acompañan *Algunas justas literarias en alabanza de los Santos.*

Agustin de Rojas Villandrando nombra en su *Viaje entretenido* (1603), un Alonso Diaz, poeta de Sevilla, como autor de la comedia titulada *San Antonio.* Se infiere que sea el mismo que compuso aquel poema religioso; pero no tenemos datos para asegurarlo.

Alonso Diaz es tambien autor del libro titulado: *Conceptos nuevos á la inmaculada Concepcion de la Virgen nuestra Señora: con un romance á la Compañía de Jesús.* Málaga, 1615. *Por su original impreso en Sevilla.*

Alonso Diaz era médico, segun el expresado D. Nicolás Antonio.

DIAZ (Licenciado Pedro).—Jurisconsulto, sevillano al parecer. «Fué uno de los primeros que pusieron las comedias en estilo» segun el doctor Navarro, en su catálogo de autores dramáticos. Barrera en el suyo del teatro antiguo, le incluye como autor de la comedia desconocida *El Rosario.* Nos fundamos para creerlo natural de Sevilla, en los siguientes versos del *Viaje entretenido* de Agustin de Rojas:

Hizo Pedro Diaz entónces
La del Rosario, y fué buena:
. . . .
Y al fin no quedó poeta
En Sevilla, que no hiciese
A algun santo su comedia.

No creemos sea este Diaz, el licenciado Pedro Diaz de Riva, que floreció por el año 1635, comentador del *Polifemo* y las *Soledades* de Góngora, y posterior, por consiguiente, al primero.

DURAN DE TORRES (D. Juan).—Racionero de la santa iglesia de Sevilla. Aficionado desde jóven al estudio de las letras, cursó en Salamanca la jurisprudencia y humanidades; manifestando claro ingénio y notable capacidad. Residió algun tiempo en Roma con su protector el cardenal Fray Domingo Pimentel, arzobispo que fué de Sevilla, como su letrado consultor. En aquella ciudad aprendió con perfeccion el idioma griego.

Copiamos el párrafo siguiente de los apuntes biográficos que á este docto sevillano se consagran en las adiciones al libro de *Varones insignes en letras y naturales de la ilustrísima ciudad de Sevilla*, del Dr. Rodrigo Caro, del manuscrito que existe en la Biblioteca Nacional.

«Fué muy aficionado á la leccion de buenas letras, en la cual, y en el número y espíritu poético que tuvo, hacia excelentes y cultísimos versos castellanos y latinos, usando de ellos en las ocasiones que parecia conveniente, cómo se manifestó en las academias que se hacian entre sus amigos, y algunas justas poéticas que se ofrecieron, en que obtuvo siempre premio su poesía en el concurso de los otros poetas.»

Durán de Torres escribió: *De postliminio inter liberos, federatosque populos Critico Juridicam disertationem, ad proculum in L. Non dubito VII D. De Captivis et postliminio reversis*: Roma 1655.

Abuvalid Ben Shacenas.—Chronicon generale. Traduccion del árabe, que no llegó á ser impresa, y que hizo cuando regresó á Sevilla, época en que se dedicó al estudio de aquella lengua.

Este escritor distinguido murió en la flor de su edad, segun dice D. Nicolás Antonio, el 12 de Noviembre de 1662; habiendo dado muestras de su modestia, renunciando á la prebenda que en Sevilla le habia otorgado el papa Alejandro VII, de la que sólo se reservó una corta pension.

ENCISO (Diego Jimenez).—En otro lugar, y con la detencion que merece por su importancia, examinamos el mérito de este notable autor dramático. Nació en el año 1585; siendo bautizado en la iglesia de Santa Cruz. Fuéron sus padres el Jurado de Sevilla del mismo nombre, y doña Isabel de Zúñiga. Nuestro poeta desempeñó el cargo de veinticuatro de esta ciudad, y la tenencia de la alcaldia de sus reales alcázares. Obtuvo el hábito de Santiago en 1623. Parece que residió algun tiempo en Madrid.

En la ya mencionada epístola á D. Diego de Astudillo, atribuida con sobradas razones á Cervantes, se describe minuciosamente la fiesta que dispuro el mismo Enciso, mancebo á la sazon de veintiun años, y en la que él figuró como mantenedor de un burlesco-certámen. Aquella tuvo lugar el martes 4 de Julio de 1606 en San Juan de Alfarache. Es en extremo interesante dicha carta, y en ella se habla de otros poetas que concurrieron á tan grato esparcimiento. Sabido es los muchos hombres de ingénio, ya naturales, ya forasteros, que encerraba entónces la ciudad hispalense, y lo dados que eran á este género de ejercicios literarios; si bien en la ocasion á que nos referimos, sólo tenian el carácter de una alegre y sazonada gira campestre.

Dos canciones, inéditas hasta los primeros años del siglo actual, presentó en esta poética justa Enciso, á quien se le dió en tal diversion el sobrenombre

de *El Caballero del Buen Gusto*, una *Al invierno* y otra *A la primavera*: ambas *parecieron dignas de su autor*.

Ya hemos indicado las recomendables dotes de este ingénio para la poesia dramática.

Enciso debió ser persona de estudios y notables conocimientos, y sobre todo, de gusto delicado en materias literarias. Así lo prueban sus obras y su poca simpatía á la escuela culta, tan preponderante en su época. En su comedia *Los Médicis*, se leen los siguientes versos. Las personas que hablan se encuentran en un paraje oscuro, á donde han sido conducidos con los ojos vendados.

COSME. ¿Dónde estamos?
JULIO. No lo sé, que vine ciego;
Mas segun la oscuridad,
Estarémos en los versos
De algun poeta muy culto.

Cervantes, Montalvan, el canónigo Navarro, Bances Candamo y Lope de Vega, encarecen á porfía en más de una ocasion, el mérito de este dramático sevillano.

El último le dedica, en su *Laurel de Apolo*, las siguientes alabanzas:

¿Qué elogio no será distinto y breve,
Si la pluma se atreve
A tantas obras y tan bien escritas
De D. Diego Jimenez, cuyo Inciso
Pequeño inciso hiciera
El término mas alto,
Castigando la pluma, porque quiso
Proporcionar distancias infinitas,
Que á tanto sol de tan ilustre esfera
El ingénio mayor quedara falto.
Luego ¿no será justo que presuma
Por ver los rayos abrasar la pluma?

Cervantes á su vez, le consigna este recuerdo, en su *Viaje del Parnaso*:

Luego se descubrió por los undosos
Llanos del mar una pequeña barca
Impelida de remos presurosos:
Llegó, y al punto della desembarca
El gran D. Juan de Argote y de Gamboa
En compañía de D. Diego Abarca,
Sugetos dinos de incesable loa;
Y D. Diego Jimenez y de Enciso

Dió un salto á tierra desde la alta proa.
En estos tres la gala y el aviso
Cifró cuanto de gusto en sí contienen,
Como su ingénio y obras dan aviso.

D. Fernando de Vera, en su obra ya mencionada, *Panegírico por la poesía*, consagra á Enciso estos renglones: «D. Diego Jimenez Enciso y Zúñiga (Terencio sevillano) es bien conocido en Italia por lo que ha escrito; pues sus versos bastan á perpetuar la memoria de los duques de Florencia, y su fama las apuesta con la eternidad.»

El elogio de este crítico, aludiendo á su excelente obra dramática *Los Médicis de Florencia*, revela la justa celebridad que por ella debió conseguir Enciso en su tiempo. Algo dejamos expuesto sobre dicha produccion: réstanos mencionar aquellas que constan como suyas, y que, aunque no aventajan á la nombrada, fuéron tambien muy aplaudidas. *Júpiter vengado*, comedia de gran espectáculo, escrita para celebrar la jura del príncipe D. Baltasar Cárlos, y representada en Palacio en 1632, ante los reyes. *El valiente sevillano* (*Pedro Lobon*) primera y segunda parte.—*Juan Latino*.—*Santa Margarita*.—*La mayor hazaña de Cárlos V*.—*El encubierto*.—*Qnien calla otorga*.—*El príncipe D. Cárlos*. En esta última, «notable por más de un concepto, observa el Sr. Mesonero Romanos, al incluir la comedia de Enciso, *Los Médicis de Florencia*, en la coleccion de dramáticos antiguos (*Biblioteca de autores españoles*), están retratados este desgraciado príncipe y su padre D. Felipe II, con colores bien distintos de los que solian prestarles los poetas cortesanos del tiempo de su nieto.»

Segun refiere D. Alejandro de Castro, en las noticias biográficas de nuestros poetas líricos de los siglos XVI y XVII (*Biblioteca* antes citada), y en la de Juan de Salinas, parece que en una justa poética que celebró Sevilla á San Juan de Dios, puso Enciso un geroglífico, á cuyo pié se leia la quintilla siguiente:

En sí son olas del mundo
Las glorias con que ofreceis
A Juan con mayor profundo:
En ciso, no lo dudeis,
Ciento por uno tendreis.

Al festivo ingénio sevillano Salinas, tanto aquel geroglífico, como la copla anterior, le inspiraron esta décima:

Los misterios que en el viento
Fundar vuestra musa quiso,
Como en *en ciso* no es *Enciso*,
En sí son sin fundamento.

Dad al tercer elemento
Su lugar, que es necio asunto
Subir conceptos de punto
Sobre supuesto tan vano,
Y sin saber canto llano
Meteros á contrapunto.

ENRIQUEZ DE GUZMAN (Doña Feliciana).—Si hemos de creer que los versos de Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*, dedicados á una Feliciana, se refieren al ingénio femenino que nació en Sevilla á fines del siglo XVI, los años juveniles de esta poetisa dan materia sobrada para toda una novela. Segun aquel vate insigne, la dama á quien alude, trocando en varoniles el nombre y el traje, marchó á Salamanca á cursar filosofía y otros estudios en su célebre Universidad. En ella mereció los premios debidos á la aplicacion y el talento; pero como era de temer, tanto por su edad como por su género de vida, sucedió que puso sus ojos en un mozo ilustre, concibiendo una vehemente pasion, que su recato tuvo en el silencio durante tres años. Descubierta un dia, no tardaron en sobrevenir los celos y las lágrimas, hasta que fué forzoso que la ausencia remediase los desvelos de un amor tan imprudentemente declarado.

D. Félix se quedó; fuése la dama
Que *nueva Safo* Salamanca llama,
Escribiendo á sus celos pesadumbres,
Luego que penetró las altas cumbres,
Del cano eternamente Guadarrama;
Porque ¿cómo podia
Vivir, siendo mujer, donde tenía
Hábito y nombre de hombre,
Tan bizarro, galan y gentil hombre,
Que con notable gracia entretenia
Damas, que con amores y desvelos,
A unas daba favores y á otras celos,
Haciendo que muriesen en la fuente
Que de Narciso, por su error, se nombra,
Enamoradas de su propia sombra?

. . . .

Más de los versos que en igual destreza
Componia y cantaba,
Que á la pluma la voz acompañaba,
Estos solos llegaron á mis manos,
Llamados, de su nombre, *felicianos*.

Así es como refiere Lope las aventuras de una jóven tan resuelta como estudiosa.

En nuestro concepto, hay motivos para dudar que sea la misma que es objeto de estos apuntes. Ni D. Nicolás Antonio, ni Ortiz de Zúñiga, al elogiar el ingénio de nuestra sevillana, indican las circunstancias aquellas, tan dignas de memoria, y que debiéron serles conocidas.

Esta poetisa andaluza no sólo cultivó el género lírico, sino que aspiró en el dramático, á contrariar, defendiendo los clásicos preceptos, la marcha que un nuevo arte y el gusto nacional, le habian trazado ya entónces. Con este fin, escribió las tragi-comedias *Los Jardines* y *Campos Sabeos*, que dividió en dos partes, y fuéron impresas en Coimbra y en Lisboa en 1624 y 1627.

Segun esta ingeniosa dama, los ilustres poetas que seguian la escuela de que se muestra contraria, pagaban un tributo al vulgo ignorante. Por lo tanto, sus censuras alcanzaban al mismo Lope de Vega.

A pesar de que sus obras no se vieron en los coliseos, los aplausos que hubo de recibir por su excelente modo de versificar, de las personas que la conocian, llegaron sin duda á engreirla y á sugerirle no escasos encomios de si misma, á expensas de su modestia. Sentenció, pues, en su favor el pleito sustentado ante el tribunal de Apolo y las Musas, declarando *haber ganado la corona de laurel en el arte y preceptos de los cómicos antiguos, á todas las comedias y tragedias españolas compuestas hasta los tiempos del magno Felipe IV de las Españas.* Y no se contentó con esto, sino que pretendió además, presentar como modelos las citadas tragi-comedias.

Copiamos el siguiente madrigal que D. Adolfo de Castro, al ordenar los poetas de los siglos XVI y XVII, da por de Feliciana Enriquez, que Lope reproduce en su elogio al principio citado, y cuya composicion, á ser suya efectivamente, desvaneceria las dudas que manifestamos sobre ser otra poetisa que la sevillana, la de los noveleseos amores. Dice así:

Dijo el Amor, sentado á las orillas
De un arroyuelo puro, manso y lento:
«Silencio, florecillas,
No retoceis con el lascivo viento;
Que duerme Galatea, y si despierta,
Tened por cosa cierta
Que no habeis de ser flores
En viendo sus colores,
Ni yo de hoy más Amor, si ella me mira.»
¡Tan dulces flechas de sus ojos tira!

El citado colector inserta, asímismo, un soneto *A las bodas de Maya y Clarisel*, y un fragmento en verso de la censura de las antiguas comedias españolas

de doña Feliciana. El último es una justa crítica, que sorprende á la verdad, en los lábios de una mujer, y en un tiempo en que tan contrarios se mostraban á los preceptos clásicos los ingénios más insignes, del abuso que estos mismos hacian de su fecunda y brillante imaginacion.

Esta hermana de las musas, tan instruida como sobresaliente, es digna sin disputa, de ocupar un señalado puesto entre los ingénios con que se honra Sevilla.

ESCOBAR (Baltasar de).—En los apuntes biográficos que dedicamos á Fernando de Herrera, copiamos un bellísimo soneto de Escobar, á este inspirado maestro de la escuela poética sevillana, que fué traducido al italiano por Lampillas, quien tributa á su autor las alabanzas que merece.

Otras dos composiciones de igual género y de no menor mérito, se encuentran en las *Flores de poetas ilustres*, de Pedro de Espinosa, libro impreso en 1605. En ellas se revela Escobar, como un digno campeon de la mencionada escuela. Nada tienen que envidiar estos sonetos á los tan justamente celebrados de Arguijo. Sentimos no conocer otras composiciones del mismo vate, de mayor extension, aunque sólo las citadas, son suficientes en nuestro sentir, para calificarle de excelente poeta. Así lo considera Cervantes, en su *Canto de Caliope*, cuando dice:

Baltasar de Escobar, que agora adorna
Del Tiber las riberas tan famosas,
Y con su larga ausencia desadorna
Las del sagrado Bétis espaciosas,
Fértil ingénio, si por dicha torna,
Al pátrio amado suelo, á sus honrosas
Y juveniles sienes les ofrezco
El lauro y el honor que yo merezco.

En la época en que escribia estos elogios el célebre novelista, Escobar era jóven, y ya hacia algun tiempo que residia en Roma, «donde continuaba en 12 de Marzo de 1589, dice el Sr. Barrera en la noticia biográfica que le dedica en la edicion de las *Obras de Cervantes* ya citada, fecha que lleva la elegantísima carta (en prosa) analítico-apologética del poema de Cristóbal de Virués, *El Monserrate*, inserta en su segunda edicion de Madrid 1601, y en la refundicion del mismo titulado *El Monserrate segundo*, en sus diversas impresiones.»

Como la mayor alabanza que pudiéramos hacer de este vate, que honra ciertamente al parnaso sevillano, copiamos á continuacion los dos sonetos á que nos referimos; el uno dedicado á un D. Pedro, residente en el Perú, y el

otro á un acto magnánimo y generoso de Escipion al tomar con las armas á Cartago.

Hé aquí el primero:

Pues del ocidental reino apartado,
Do el invierno se juntan y el estío,
Las bellas ninfas y del Jauja frio
Llevan al Marañon censo sagrado,
Han (ilustre Don Pedro) celebrado
Tan poco vuestro nombre, yo confio
Que, si me ayudan las del Bétis mio,
Gozaré la ocasion que me han dejado.
Y al Potosí magnífico, eminente,
Que encender quiere al cielo con centellas,
Y al mundo con tesoros enriquece,
No por sus venas, no, por la excelente
De vuestro ingénio sí, más rica que ellas,
Celebraré, con lo que aquesta ofrece.

El segundo es como sigue:

Entrada á fuerza de armas Cartagena,
Y rendida al ejército romano,
Dieron al saco la violenta mano,
Que hace propia la riqueza ajena.
Reservan de la presa la más buena
Joya, para Scipion, guardada en vano,
Pues al comun desórden el humano
Querer el jóven capitan refrena.
La esposa de Luceyo al afligido
Amado esposo (liberal hazaña),
Sin violar su honestidad, envia.
Luceyo, á tal valor reconocido,
La tierra le rindió, y asi la España
Vencida fué, mas fué de cortesía.

Concluirémos estos apuntes sobre Escobar, copiando otro soneto de Fernando de Herrera, tan justo apreciador del mérito poético, que sin duda debió dirigir á aquel, en la ausencia del mismo, cuando jóven aún, como queda dicho, residia en Roma. Dice así:

Esas colunas y arcos, grande muestra
Del antiguo valor, que admira el suelo,
Olvidad, Escobar; moved el vuelo

A la insigne y dichosa patria vuestra;
Que no menos alegre acá se muestra
O menos favorable el claro cielo,
Antes en dulce paz y sin recelo
Vida suave y ócio y suerte diestra.
No con menor grandeza y ufanía
Que el generoso Tebro al mar Tirreno,
Bétis honra al Océano pujante;
Mas si oye vuestra lira y armonía,
No temerá vencer, de gloria lleno,
La corriente del Nilo resonante.

Tambien Cristóbal de Mesa tributa á Baltasar de Escobar, merecidos loores por su númen poético, en su *Restauracion de España.*

Hállase el retrato, sin elogio, del *Secretario Baltasar de Escobar*, en el *Libro de descripcion de verdaderos retratos de memorables varones*, de Francisco Pacheco.

ESTEBAN (Manuel).—Autor de la «Relacion verdadera de la fuerza de la Mamora, y el estado en que hoy están las cosas della. Vase declarando la refriega que D. Luis Fajardo, General de la Armada Real de los Galeones, por el Rey nuestro Señor, tuvo con quince navíos del Conde Mauricio. Y cómo despues de haber alcanzado vitoria dél, entró á pesar de los moros que estaban de guarnicion en la Mamora, á seis dias del mes de Agosto, dia de la Transfiguracion del Señor, deste año 1614, y lo que en ello sucedió; y socorro que á los nuestros y á los moros vino, y va viniendo todo muy por extenso.» Barcelona 1614.

Manuel Estéban dice ser natural de Sevilla. Escribió estos sucesos en tres romances.

FERNANDEZ (Alonso).—Presbítero y Pronotario de la Santa Sede en Roma. Floreció en los primeros años del siglo XVI, y en 1516 ya no existia. Imprimióse en la capital del orbe católico su *Historia Parthenopea*, crónica rimada en que se refieren prosáicamente los hechos del gran capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba. De esta obra, rarísima en el dia, se encuentran curiosos pormenores y más extensas noticias que las que ofrece D. Nicolás Antonio, en las adiciones y notas á la *Historia de la literatura española* de Ticknor. Escrita en coplas de arte mayor, pertenece á la escuela de Juan de Mena, que tuvo sus prosélitos, en un largo período del siglo XVI, en aquellos vates, algunos muy dignos de estima, que no transigian con las innovaciones hechas en el arte poético por Boscan y Garcilaso.

El libro de Alfonso Fernandez ó Hernandez, como se le nombra en la citada obra de Ticknor, consta de 162 hojas y cuatro más de preliminares, y su forma es en fólio menor. Segun el autorizado parecer de los anotadores mencionados, no merece ser tenido en grande aprecio. Se halla dedicado al Cardenal de Santa Croce Bernaldino de Carvajal, por cuyo encargó parece fué compuesta Empieza con estos versos:

El rey que á su mesa á comer convidara
Al muy sábio Ulises del mar destrozado.

Si hemos de juzgar por la copla que se inserta en las referidas anotaciones de la obra de Ticknor, su versificacion es pobre y de escaso mérito.

Hé aquí la idea que se dá en estas del poema de Fernandez. «La obra está dividida en libros y en capítulos, y es una relacion prosáica y minuciosa de la conquista de Nápoles, una verdadera crónica rimada, sin más accidentes poéticos que una oracion de Pálas á los Reyes Católicos, inspirándoles el nombramiento del Gran Capitan para caudillo y general de la empresa; una lamentacion de las deas marinas, y un coloquio entre Eolo y Neptuno, quienes resuelven estorbar por cuantos medios estén á su alcance la navegacion de la armada castellana, y suscitan una fiera tempestad. En el prólogo del libro 8.°, despues de la invocacion, se introduce un elogio de Córdoba y de sus habitantes. (Laudes de Córdoba dondes el Gran Capitan), y más adelante un «Tratado de las costumbres de los grandes de Castilla,» en que se reseñan brevemente algunas hazañas y notables hechos de armas de los españoles.

Este poeta sevillano escribió tambien, no sabemos si con más éxito y fortuna, las obras tituladas *Vita Christi*, doce libros de la *Esperanza*, otros doce de la *Justicia*, ocho de la *Educacion del Príncipe*, *Los siete triunfos de las siete virtudes*, imitando á Prudencio, y algunos otros tratados de varios asuntos.

Estas últimas producciones quedaron sin imprimir á la muerte de su autor, y se tienen por perdidas. Sábese que fuéron suyas, porque él mismo las menciona en la dedicatoria de su *Historia Parthenopea*.

Concurren á nuestro propósito las noticias que reunimos en esta relacion de ingénios sevillanos, más ó ménos estimables, porque de ellas pueden inferirse los progresos y vicisitudes de la poesía castellana en los siglos y en la localidad que estudiamos, asi como las diferentes escuelas, géneros y estilos que cultivaron con mayor ó menor acierto, los que florecieron en aquella.

FERNANDEZ DE ANDRADA (Andrés).—Hijo, á lo que parece, de Pedro, noble sevillano, notable por sus conocimientos en equitacion, á cuyo arte consagró toda su vida, no sólo por medio de la enseñanza, sino escribiendo útiles tratados en la materia.

Andrés Fernandez de Andrada debió tener afectuosa amistad con Rioja. Dedicóle este insigne poeta su *Silva al Verano*, aunque despues, así lo observa el Sr. Barrera en su edicion de las obras del *cantor de las flores*, aparece dirigida á su otro amigo D. Juan Fonseca.

Hállase segun el mismo editor del poeta sevillano, en un códice manuscrito, un fragmento de Silva de Fernandez de Andrada, compuesto hácia el año de 1607, que parece un borrador ó una copia desechada é imperfecta. Principia de este modo.

«La entrega de Larache al Rey nuestro Señor D. Felipe III, la muerte del Rey de Francia Enrique, la expulsion de los Moriscos destos Reinos de España; por Andrés Fernandez de Andrada.»

SILVA.

. . . .

Que oi ves en tus castillos y riberas
ni el oprimir tus olas,
las naves y galeras españolas,
y por el precio vil el africano
entregar el imperio
del soberbio Occéano
á extraña religion, á extraña gente,
no con pavor detenga tu corriente.
Luco famoso Rio
preven un nuevo espanto.....

«Basta y sobra para muestra del famoso fragmento, que á la vuelta del fólio queda interrumpido en el verso

enrrico yaze muerto,

y cuyo contexto indica la mano ruda de un copiante.»

FERNANDEZ DE CÓRDOBA (Antonio).

Don Antonio Fernandez, que al renombre
De *Córdoba* dará esplendor y gloria,
Y á Córdoba y Sevilla con su nombre
Hará eterna y excelsa su memoria,
Es la figura deste ilustre hombre,
Deste luciente Apolo, á quien la historia
De un santo rey consagrarán al templo
De su ingénio, virtud y santo ejemplo.

Este vate celebrado así por Juan de la Cueva en su *Viage de Sannio*, entre los que dan gloria y esplendor al Bétis, debe ser el mismo D. Antonio Fernandez de Córdoba, primogénito de la casa de Guadalcázar y caballero del hábito de Santiago, á quien aquel fecundo autor dedicó su poema heróico la *Conquista de la Bética, en que se canta la restauracion y libertad de Sevilla por el santo rey D. Fernando* (Sevilla 1603).

Confírmanos en esta opinion, otra poesía del mismo Cueva, dirigida al primogénito de esta ilustre casa, con motivo de un *tintero que le enviaron*, y cuyo primer verso es como sigue:

De aquí el arte saldrá que ilustra el coro......

FERNANDEZ DE RIBERA (Rodrigo).—«Poeta erudito y lleno de todas noticias: escribió en poesía muchas y aplaudidas obras.» Tal es la noticia que dá Zúñiga en sus *Anales*, de este ingénio. Ya al hablar de otro insigne sevillano de mayor renombre, nos dolimos de que el mismo se apartase en mal hora de la senda del buen gusto, marcada por los maestros de la escuela poética de su patria, para extraviarse por los laberintos del culteranismo. Cuanto dejamos indicado sobre Jáuregui, puede aplicarse á Ribera. Sus primeras obras, exentas de lamentable imitacion, son dignas de figurar entre las buenas producciones de la poesía hispalense: las que despues compuso, lo convierten en uno de tantos secuaces del estilo culto. Aquella por que mereció mayor renombre es su poema en octavas *Las lágrimas de S. Pedro*, imitacion del que hizo Luis Tansilo en italiano, con el mismo nombre, ya traducido é imitado varias veces. Los entendidos ilustradores de la *Historia de la literatura española* de Ticknor, no han vacilado en llamarle lindísimo poema, y aun en considerarlo digno de Fray Luis de Leon. Esta obra fué impresa en Sevilla el año 1609. Aquellos mismos anotadores nos suministran una noticia de los escritos de Ribera, que completa la que tomamos de D. Nicolás Antonio. Dáse en la *Bibliotheca hispana nova* como suyo, el siguiente: *La esfera poética, cuyos efectos son otras tantas centurias de sonetos y los nombres de ellas*, *Amorosa, de Vénus, dedicada á Lope de Vega Carpio*; *Fabulosa, de Mercurio, á D. Luis de Góngora*; *Varia, de Diana, á D. Francisco de Quevedo*; *Heróica, de Marte, á doña Cristobalina de Alarcon*; *Jocosa, de Júpiter, á D. Juan de Arguijo*; *Fúnebre, de Saturno, á D. Juan de Vera y Zúñiga*; *Sacra, del Sol, á D. Francisco de Rioja*.

Como puede observarse, la mayor parte de los ingénios á quienes dedicó las diferentes partes de este libro, son conocidos sobradamente por su mérito, lo cual induce á creer que debieron unirle á ellos los lazos de la amistad, del paisanaje ó del compañerismo literario. Lástima es, que al cabo desertara de

la escuela en que siempre se conservaron algunos de aquellos. No falta quien cree hallar en las obras de Ribera, cierta imitacion de las de Quevedo.

Exeepto el poema que dejamos mencionado, eran desconocidas para D. Nicolás Antonio, las producciones siguientes del ingénio sevillano: «*Escuadron humilde levantado á la devocion de la Inmaculada Concepcion de la Virgen nuestra Señora* (Sevilla 1616). *Coleccion de poesías, en la que se insertan un poema compuesto de cien décimas, varios madrigales, canciones, redondillas glosadas al estilo antiguo, etc.—Triunfo de la humildad en la vitoria de David.* (Sevilla 1625). Poema en ciento trece octavas.—*Carta á un amigo consolándole de la muerte de su padre*, (Sevilla 1628.) Hállase escrito en correcta prosa.

En otra parte hemos visto citada como obra de este autor, la titulada *Los antojos de mejor vista.*

Lo es en efecto; y el mismo la llama *obra muy útil y provechosa, compuesta y ordenada en lengua castellana por Mr. Pierres de Tal*, y la dedica á D. Luis Fernandez Portocarrero, Conde de Palma. Es libro muy raro.

Cítanse tambien como de Ribera, en el *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*, una *Cancion al Santo Monte de Granada*, dirigida al Ilustrísimo Sr. D. Pedro de Castro y Quiñones, siendo Arzobispo de ella, *como á descubridor de estas sagradas Minas*, impresa en Granada el año 1617; un *Elogio al altar que en honor de sus gloriosos protomártires del Japon, levantó la órden de nuestro seráfico Padre San Francisco, en el insigne convento Mayor*, 1628; y la *Asinaria*, poema en trece cantos, en tercetos.

Asímismo en las curiosas é interesantes notas á la vida del ilustre vate sevillano D. Francisco de Rioja, del Sr. Barrera, inserta en la elegante edicion de sus poesías (1867), hallamos la siguiente noticia de otras obras de Ribera.

«*El Meson del Mundo*, es, á lo que parece, novela alegórica; la citan el erudito D. Juan Antonio Mayans, en el prólogo al *Pastor de Fílida*, de Galvez Montalvo, sexta edicion. Valencia, 1729, y el librero impresor Padilla, en sus catálogos.

«*Lecciones naturales contra el descuido comun de la vida*, Sevilla, 1629, 8.°: reimpresas en Madrid en 1736.

«Son estas *Lecciones* doce odas morales, cuyos asuntos: el gusano de seda, la hormiga, la púrpura, la mariposa, la rémora, la abeja, el mosquito. la salamandra, la luciérnaga, el camaleon, la araña y la perla. En ellos se descubre el ingénio, como el carácter filosófico de su autor. Los dedicó á su hermano el P. Maestro Fray Fernando de Ribera, agustino, desde Sevilla, Mayo de 1629. Quéjase en la dedicatoria, de sus continuos achaques. Léense al frente de este libro, entre otros versos laudatorios, unos latinos de Juan de Aguilar, *profesor público* de buenas letras, en Antequera.

«Concurrió Fernandez de Ribera, añade por último el mencionado ilustrador de las obras del inspirado Rioja, al certámen poético celebrado en Toledo,

año de 1616, para festejar la dedicacion de la capilla del Sagrario, con diez octavas escritas volientemente, aunque en el estilo de Góngora (*Descripcion de la capilla y relacion de las fiestas*..... Madrid, 1617.)»

En otros certámenes de esta clase, figuró tambien Ribera. En el año 1610 concurrió con cuatro poesías á la *Justa poética* verificada en Sevilla á la beatificacion de San Ignacio de Loyola: en el de 1616, á la que se celebró en la misma ciudad en defensa de la Inmaculada Concepcion; y con el nombre de *Toribio Martin, sacristan menor de Algaba*, contribuyó asimismo, con otras varias composiciones al *Encomio de los ingénios sevillanos, en las fiestas de los Santos Ignacio de Loyola y Francisco Javier*. (Sevilla, 1623).

Fernandez de Ribera fué secretario del Marqués de la Algaba y de Hardales.

Hay quien presume, y para nosotros está fuera de duda, que á este ingénio es á quien Lope de Vega dedicó los siguientes versos en su *Laurel de Apolo*, nombrándole sólo Rodrigo de Ribera.

Traslade la deidad que reina en Délos,
Aunque con justos celos,
Rodrigo de Ribera, á la florida
Márgen, la verde ninfa, que ofrecida
Tiene á tu digna frente;
Que más difícilmente
Se alcanzará el laurel, que te corona
De tí, que de la cumbre de Helicona,
Cuando ingénio mortal llegar presuma
Al pálio ilustre de tu docta pluma,
Quedando para ser del sol esfera,
Más allá que su monte la ribera.

Debemos, pues, considerar á este ingénio, como uno de los que con razon merecen ser distinguidos entre tantos otros sevillanos del siglo XVII.

FIGUEROA (Francisco de.)—Al citar Ortiz de Zúñiga los *sevillanos de patria*, mencionados á su vez por D. Nicolás Antonio en su Biblioteca de escritores de España, incluye entre aquellos á Francisco de Figueroa, *poeta insigne cuyas obras corren impresas*. Es para nosotros indudable que, al copiar este nombre, debió Zúñiga incurrir en evidente equivocacion; puesto que el poeta Francisco de Figueroa, citado por D. Nicolás Antonio entre otros escritores sevillanos de igual nombre y apellido, nació en Alcalá de Henares. Tampoco ha faltado quien lo haya hecho portugués. El Figueroa á quien aludimos, es digno ciertamente de la celebridad que alcanza, y mereció por sus excelentes producciones poéticas, que le diesen sus contemporáneos el dictado de *divino*.

Citalo Herrera en sus *Anotaciones á las poesías de Garcilaso*, copiando algunos de sus versos.

FUENTES.—Autor dramático anterior á Lope de Vega. (Véase lo que decimos de Cozar, y al final de la noticia del autor siguiente.

FUENTES (Alonso de).—Caballero del ilustre linaje de su apellido, segun Ortiz de Zúñiga. Comentó en prosa una coleccion de poesías que se le dirigieron con este objeto. Ignórase quién pudo ser el autor de estas, el cual hubo de morir antes de que Fuentes concluyera su trabajo, conforme dice él mismo, añadiendo que fuéron escritas aquéllas imitando las formas incultas y el lenguaje de los viejos para mayor autoridad. Varias ediciones se han hecho de estos cantos ó romances, más propiamente dicho, en Alcalá, Granada, Zaragoza y Búrgos; siendo la primera en 1557, así lo consigna D. Nicolás Antonio, y en 1587 la última. De esta copiamos la portada, para dar una idea de lo contenido en toda la obra: «*Libro de los cuarenta cantos que compuso un caballero llamado Alonso de Fuentes, natural de la ciudad de Sevilla, divididos en cuatro partes. La primera, es de historias de la Sagrada Escritura. La segunda, de hechos romanos. La tercera, de casos de las diversas naciones. La cuarta, de historias de cristianos. Con las cosas que acaecieron en la conquista de Málaga y Granada.*

Cada canto se compone de diez romances que glosó Fuentes con excesiva proligidad. Añadió á dichos romances, uno bastante antiguo, que atribuye á Alfonso el Sábio, en el que se advierte muy marcado el sabor de los de su época, y que trata de las amarguras que sufrió aquel gran monarca en las rebeldías de su hijo.

Ticknor considera estas composiciones de poco valor como obras del arte; pero tambien es cierto que el propósito manifestado por su autor de antemano, era imitar el estilo y lenguaje de los antiguos, disculpándose de este modo de la falta de correccion y perfeccionamiento que fueran de exigir en época más adelantada. Prueba que su mérito no es tan escaso, que D. Agustin Duran incluye con aprecio en su *Romancero general*, once de ellos, que tratan de la historia de nuestra patria; y en el *Sagrado*, publicado como aquel en la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra, se encuentran diez *de algunos personajes de la ley antigua*. Todos ellos, aunque aventajándolos, son de la misma clase de los que publicaba Sepúlveda por entonces en Sevilla, segun hemos indicado en otra ocasion. No siendo Fuentes más que el comentador de estas producciones del género popular, no creemos de nuestro propósito citar aquí alguno, lo cual seria además inconveniente, por ofrecer casi todas excesiva extension.

Alonso de Fuentes es autor tambien de la obra titulada: *Suma de Filosofia natural, en la cual asimismo se trata de astrología, astronomía y otras ciencias en estilo nunca visto.* Dedicóla al príncipe D. Felipe, y fué impresa en Sevilla el año 1547. Se halla escrita en forma de diálogo, que sostienen un toscano y un hijo del suelo andalúz. Con el título de *Le sei Giornate*, fué traducida por Alonso de Ulloa al idioma del primero de los dialogantes, imprimiéndola en Venecia el año 1567. Este trabajo pertenece á un género muy cultivado en aquella época. Nuestros antiguos poetas fuéron muy aficionados á semejantes diálogos en verso, y algunos libros se pudieran citar muy análogos á este en su pensamiento, como son los *Proverbios* de Villalobos, y las *Trescientas* de Juan Rufo.

En una de las obras indicadas de nuestro autor, se expresa haberse acabado de imprimir la misma, el 3 de Octubre de 1547, y cuando aquel contaba treinta y dos años de edad; por lo cual debió ser el de su nacimiento, el de 1515.

¿Será acaso el poeta á que nos referimos, el Maestro Fuentes, elogiado por Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*; ó aquel otro Fuentes, dramático sevillano, que menciona Juan de la Cueva en su *Ejemplar poético?*

Hé aquí el elogio tributado por el mismo Cueva á Alonso de Fuentes, en el *Viaje de Sannio*:

A quien Cárlos dará á escribir su historia,
Cual Roma hizo al sábio Paduano,
Es *Alonso de Fuentes*, que á su gloria
No hallo igual en el sugeto humano.
Hará de España eterna la memoria,
Y á sí digno del premio soberano
Que mereció Demóstenes, y el sacro
Que adoró Mántua y Roma en simulacro.

GALEAS (D. Francisco).—Jurisconsulto, despues religioso cartujano, varon de señaladas virtudes, poeta, y segun Francisco Pacheco, pintor eminente. Graduado de doctor en ambos derechos, ejerció con fama en su pueblo natal y en su época, distinguidos cargos en la abogacía, hasta que cumplidos ya los treinta años de su edad, en el de 1590, su inclinacion y piedad fervorosa le condujeron á un retiro apartado de las pasiones del mundo, en los cláustros del monasterio de las Cuevas, de su patria, donde vistió el hábito de monje cartujo, y llegó á ser elegido prior por sus merecimientos. Fué tambien visitador del ordinario de los conventos de su órden en el vecino reino de Portugal. Nombrado á su regreso del desempeño de este cargo, prior

asimismo del monasterio de Cazalla, renunció esta distincion, falleciendo en la casa donde profesó, al cumplir los cincuenta y cuatro años, el dia 26 de Mayo de 1614.

Galeas ofreció un ejemplo muy frecuente entre los hombres estudiosos de su tiempo, y nacidos en las orillas del Guadalquivir, cultivando á la vez el arte de la pintura y el de la poesía. Como artista, alcanzó notable concepto, siguiendo acertadamente la escuela de Luis de Vargas; y como apasionado de las musas y autor piadoso, se dice *escribió muchísimo en verso y en prosa*. Disponíase á dar á la prensa, segun parece, la *Vida del glorioso San José*, y un *Tratado* de gerogíficos en que hubiera podido admirarse su profunda erudicion. Estas obras y otras más, fuéron trazadas por su mano con habilidad y primor, embelleciéndolas con diseños y pinturas alusivas al texto, tales como efigies de santos y pasajes de la Historia Sagrada. Entre estos manuscritos, cítase un *Hebdomadario* de oraciones, en el que adornó con maestría y delicado pincel, con este género de pinturas, cada misterio ó solemnidad que trataba.

Incluimos en el presente catálogo á este distinguido sevillano entre los cultivadores del arte poético, por hallarle citado como tal, y no por el lugar preferente que pueda concedérsele en este concepto, no siéndonos conocidas sus obras. Pero, ya lo dejamos consignado, sólo consideramos estas noticias de los ingénios hispalenses dados á la poesía en los siglos XVI y XVII, como complemento de nuestro anterior trabajo, en ocasion más á propósito para dar á conocer en breves apuntes biográficos, no sujetos á un órden cronológico, difícil en muchos de ellos, y adoptando por esta razon el alfabético, aquellos poetas que no mencionamos anteriormente, no por su mérito escaso, sino por la menor importancia de algunos; así como de los que examinamos con más detencion, y de cuya vida omitimos ciertos pormenores más propios de este sitio. En esta parte, pues, nos hemos permitido ampliar algun tanto nuestro trabajo, despues de haber obtenido tan benévola como honrosa distincion de la Academia sevillana de Buenas Letras.

Creemos conveniente hacer una advertencia en este lugar, ya que en él nos referimos al método que observamos en estas adiciones á nuestra obra. Muchos de los autores en aquella expresados, no pertenecen por su género y estilo á la verdadera escuela poética que es el principal objeto de nuestro estudio; pero hemos creido oportuno completar éste, dando una idea de los adelantos que en todos los ramos de la bella literatura, ofrecian los ingénios nacidos en el suelo fecundo é inspirador de la hermosa ciudad andaluza. Así es, que únicamente, repetimos, presentamos estos apuntes con el carácter de apéndice ó notas. Apenas han llegado hasta nosotros aun las de los poetas de mayor nombre, por la sensible negligencia de sus contemporáneos. Justo es, sin embargo, exceptuar entre estos, al estudioso anticuario Rodrigo Caro y al inteligente artista Francisco Pacheco, quienes las consignaron muy estimables, y á quie-

nes debemos una parte de las nuestras, así como al analista Ortiz de Zúñiga y al célebre y docto D. Nicolás Antonio.

Habiendo consultado los críticos, historiadores y biógrafos que han tratado de los orígenes y progresos de la poesía castellana, creemos haber reunido en el presente apéndice, interesantes datos para un estudio más detenido de los ingénios incluidos en él; si bien acudiendo por lo general á fuentes comunes pero indicando en toda ocasion, cuáles son estas, así como los juicios que no son nuestros, como cumple al que, si no acertado en sus apreciaciones, huye al mismo tiempo de incurrir en gravísima falta, apropiándose investigaciones y pensamientos que no le pertenecen.

GIRON (Diego).—Poeta del siglo XVI, y discípulo predilecto del célebre Juan de Malara, el preceptor de los ingénios sevillanos de la centuria de oro. Uníale tambien una amistad estrecha con el no menos estimable maestro Francisco de Medina, que tanto contribuyó con su ejemplo á estimular la aficion de los estudios literarios en la juventud de su época; y con Fernando de Herrera, segun dice Pacheco en la biografía de este último. Escribió algunas obras en prosa y poéticas, y tradujo otras del latin y del griego.

Diego Giron fué un escritor erudito y de buen gusto, y contribuyó á su vez como preceptor, á difundir el saber en su patria. Desposóse con doña Beatriz de Sanabria, dama de Sevilla, á los treinta años de edad; y siendo esta muy avanzada, en el dia 24 de Enero de 1590, entregó su alma al Criador. Fué sepultado en la parroquia de San Martin.

Debemos algunas de estas noticias á los apuntes biográficos, que citamos en otro lugar, del Sr. Gomez Acebes.

Giron sucedió á su célebre maestro, en la cátedra que desempeñaba en Sevilla, y cuyas lecciones produjeron tantos ingénios eminentes:

Juan de la Cueva, su paisano, le dirigió al ocupar este puesto, un soneto con el siguiente epígrafe:

«Al maestro Diego Giron habiendo sucedido por muerte del doctísimo maestro Juan de Malara, en la leccion de su estudio.

Bien puedes, padre Bétis generoso,
De laurel coronar la ibera frente,
Premio debido á tí más justamente
Que al sacro Arno ni que al Pó famoso,
Pues de tus ondas bebe el glorioso
Jóven de ingénio y letras eminente
Que á tí se hace ser más excelente
Y al árbol que amó Apolo más honroso.

Recibe, ¡oh patria! el doto hijo amado
Porque el que te llevó del hado crudo
El dispensar, que en tal dolor te ha puesto.
Que en Giron hallarás cuanto el sagrado
Apolo, y cuanto dar Minerva pudo,
Y cuanto pide tan insigne puesto.

Por último, la muerte de tan sábio preceptor, le inspiró una sentida elegía en la que le tributaba merecidas alabanzas.

Muriendo tú, contigo fué perdida
Del elocuente griego la culta arte
Que le fué por decreto defendida.....
Con tu muerte, ¡oh Giron! cerró el camino
De haber la ilustre y trabajada obra
Que al gran tesoro enriquecia latino:
Que en diferencia y excelencia sobra
Al que dió al mundo el arte celebrada
Por quien Nebrisa nombre eterno cobra.
Con ella fuera al mundo declarada
De la sacra poesía la oculta senda
Que tantos siguen, siendo á pocos dada.

Tambien ocupa el maestro Giron un honroso lugar entre los cisnes del Bétis, celebrados por el mismo Cueva en su *Viaje de Sannio*.

«Diego Giron, dice el Dr. Caro en sus *Varones ilustres naturales de Sevilla*, asimismo insigne humanista, traduje las fábulas de Esopo de griego en latin, y escribió muchos versos latinos.

Hízolos, excelentes en nuestro habla, vertidos muchos de ellos del idioma del Lacio. Podemos ofrecer una muestra de su estilo fácil, correcto y castizo, en los versos que copiamos á continuacion, hallados en las Anotaciones de Herrera á las poesías de Garcilaso, donde muchas veces es citado como autoridad por aquel inteligente crítico y maestro.

Comenzamos, pues, por los que tratan de la égloga sétima de Virgilio, que recuerdan á la vez, los dulces y tiernamente apasionados que produjo el númen del que cantó la Flor de Gnido.

Habla Coridon.

Hermosa Galatea, de Nereo
Querida hija, y á mí más sabrosa
Que á las abejas el tomillo Ibleo,
Blanca más que los cisnes, más hermosa
Que blanca hiedra; si la fé y deseo

De tu pastor te tienen cuidadosa,
En tornando del pasto á su manida
Las vacas, sea cierta tu venida.

. . . .

TIRSIS. Sécase el campo, el aire malicioso
Quema la tierna yerba, y la deshoja;
A sus collados Baco, invidioso
De los sombrios pámpanos despoja;
Mas si vuelve mi Filis, todo umbroso
Reverdecerá el bosque en nueva hoja;
Júpiter con gran pluvia desde el cielo
Regará alegremente todo el suelo.

. . . .

En las selvas el fresno es hermosísimo,
Y el pino en los jardines bien cercados,
El álamo en el rio vistosísimo,
Y el abeto en los montes encumbrados;
Mas si contino, oh Lísida, bellísimo,
Vienes á verme á mi y á mis ganados,
Ambos el fresno y pino en su grandeza
A ti se rendirán y á tu belleza.

Los versos siguientes, tambien de Virgilio en el libro 4.· de las Geórgicas, «hizo españoles, segun dice Herrera en sus citadas anotaciones, Diego Giron, erudito y elegante profesor de letras humanas de esta ciudad.» Es una bella descripcion del ilustre vate latino, que conserva toda su energía en la version del docto sevillano.

Así cuando á gran priesa los Cíclopes
De las ardientes barras van forjando
Los rayos; unos con taurinos fuelles
Reciben juntamente, y dan el aire;
Otros el rechinante metal bañan
En la pila, retumban con los golpes
Pesados las cavernas del gran Edna;
Ellos á toda fuerza y por la rueda
Los brazos alzan á compás, y vuelven
Con la dura tenaza al hierro ardiente.

Hé aquí otra bella comparacion, traducida por el mismo ingénio, de la tragedia *Tiestes* de Séneca.

Así cuando el sagaz sabueso de Umbría
De la trailla atado va sacando
Las fieras por el rastro, y las señales
Su cabeza por tierra busca; en tanto
Que por el lento olfato siente léjos
Al javalí, respeta el dueño, y sigue
Callando las pisadas de una en una;
Mas cuando al ojo vé la presa, luego
Levanta el cuello forcejando, y llama
Al cazador con un latido y otro
Dañando su tardanza, y en el punto
De la prision con furia se le escapa.

Esta misma comparacion, segun añade Herrera, fué imitada tambien del poeta latino, por Ariosto.

Esta otra, tierna y dulce, se halla traducida de aquellos versos de la Geórgica, el primero de los cuales es

Qualis populea mœrens Philomela sub umbra...

Cual suele el ruiseñor triste en la sombra
Del álamo quejarse, sus perdidos
Hijuelos lamentando tiernamente,
Que el duro labrador con asechanzas,
Del caro nido le sacó sin tiempo,
Y allí puesto en la rama despojada
Llora la noche, el miserable canto
Renovando, y de sus tristes querellas
Hinche el lugar vecino y apartado.

La siguiente, comparacion tambien, fué traducida á nuestra lengua por Giron, del libro 2.° de Valerio Flaco.

No de otra suerte aquel que en noche oscura
Y en extraña region va caminando
Por vía incierta, tiene siempre atento
El oido, y alertos ambos ojos;
Por todas partes el oscuro campo,
Los temores medrosos de la noche
Le va aumentando, y á su ver los árboles
Con más crecidas sombras se le ofrecen.

Como son poco conocidos los versos de este sábio hijo de Sevilla, tan familiarizado con los clásicos de la antigüedad, se nos ha de permitir que aún traslademos algunos otros fragmentos de sus poesías.

El siguiente, que tanta dulzura respira, es de Andrea Naugerio.

Allí desde el collado Idalio Vénus
Vino el cabello suelto y esparcido
De néctar oloroso, y las tres Gracias
Diestras en ordenar su coro, juntas
Con ambrosía el infante rociaron,
Y de tierno ligustro copiosa—
mente cubrieron la pequeña cuna.

La siguiente poética descripcion, fué traducida por nuestro ingénio, de la pintura que hizo en verso italiano Gerónimo Bosso, en el canto 5.° de la Genealogía de la casa de Austria.

Allí hallaron muchas ninfas bellas,
Cual de ángeles del cielo en coro hermoso,
Que desta eran hermanas todas ellas,
A su labor atentas con reposo.
Aquí vé el caballero á la una dellas
Coger de entre la arena el precioso
Metal, y á otra reducir hilando
En estambre sutil, seguido y blando.
Otras el oro entretejiendo andaban
Entre sedas de mil varios colores
En blandas telas; otras retrataban
Con mano artificiosa muchas flores.
Algunas con la aguja recamaban
Retratos del Amor con mil primores;
Y de una en otra con maravillosa
Arte, cual esta, y cual esotra cosa.

Por último, para terminar estos apuntes acerca de nuestro docto humanista, trasladarémos su excelente y casi literal traduccion de la célebre oda de Horacio,

Beatus ille qui procul negotiis.

Dichoso el que alejado de negocios,
Cual los del siglo antiguo,
Labra sus campos con sus bueyes propios.
Libre del logro ilícito;

Ni rompe el sueño á la arma en la milicia,
  Ni tiembla del mar túmido;
Huye la llena plaza y las soberbias
  Puertas de grandes príncipes.
Ya con la vid crecida contentísimo,
  Casa los altos álamos;
Y los ramos podando más estériles,
  Engiere otros más fértiles;
Y en el valle abrigado vé en gran número
  Sus vacas repastándose.
Coge al tiempo su miel en nuevos cántaros,
  Tresquila su grey lánguida.
Pues si su frente muestra hermosísima
  El otoño fructífero,
Cuán gozoso las peras coge en viéndolas,
  Y las uvas purpúreas,
Con que paga á Priapo sus primicias,
  Y á tí, tutor del término!
Ya debajo la encina antigua extiéndese,
  Ya sobre el prado florido.
En tanto el agua corre en sus acéquias;
  Queréllanse los pájaros;
Las fuentes con sus linfas y murmurio
  Mueven un sueño plácido.
Mas cuando el frio invierno envia Júpiter,
  Lleno de nieve y pluvias,
Al cepo al javalí lleva acosándolo
  Con sus canes destrísimos;
O á los tordos extiende sobre pértigos
  Las redes con astucias;
Toma en lazos la grua y liebre tímida,
  De su afan dulce premio.
¿Quién con esto tus penas, Amor pérfido,
  No lanza de su ánimo?

Véase, pues, cómo Diego Giron merece con justicia el nombre de verdadero é ilustre poeta.

GIRON (D. Juan Félix).—En las curiosas y eruditas notas á las *Poesías de Rioja*, de la edicion últimamente hecha por D. Cayetano Alberto de La Barrera, hallamos la siguiente noticia:

»El códice Bb.—122, miscelánea, en 4.º, (de la Biblioteca Nacional), contiene un papel (núm. 4) que principia de este modo:

»El maestro fray Juan Félix Giron, calificador del Santo Oficio, Revisor, censor y visitador de libros por el supremo de Inquisicion, y Cronista de su Magestad por los reinos de Castilla, del órden de Ntra. Sra. del Cármen, afirma de experiencia, que siendo sequísimo de espíritu se halló sumamente consolado repitiendo este Psalmo, que es el LXX de David. Y así porque le habian quitado el recado de escribir, le tradujo de memoria á número castellano, y haciendo memoria lo escribe y dedica mentalmente á una gran señora de mucho espíritu, porque supo se habia lastimado de ver padecer al maestro Giron.» Es oracion contra la persecucion.

En tí, Señor, Dios mio,
Esperé confiado,
Y así no será eterna
La confusion que paso.
Decian: Dios á este,
Sin duda le ha dejado,
Sea perseguido y preso,
Pues no tiene resguardo.

. . . .

Concluye

Gloria al Padre y al Hijo
Y al Espíritu Santo,
Como fué y ahora y siempre
Sin fin será alabado.
Amen.»

Este hijo de Sevilla nació á principios del siglo XVII, y por la anterior noticia, se vé que obtuvo cargos de distincion, para los que se requerian especiales conocimientos. Túvolos, en efecto, en teología y desempeñó una cátedra de esta facultad. Dejó algunos escritos históricos.

Tan notable carmelita andaluz, era sobrino de Rioja. Ya hemos advertido que fué víctima de algunos reveses y disgustos, á pesar de su posicion señalada, sufriendo en prisiones moral y materialmente.

Es autor del «Orígen y primeras poblaciones de España, antigüedad de la ínclita patricia ciudad de Córdoba y su partido y region Obesketania, etc.» Córdoba, 1686; de un *Sermon á San Elías*, Sevilla 1651, y de un *Memorial* á S. M. el rey D. Felipe IV, en siete idiomas, y el texto español en varias muestras de letras, con el retrato de Rioja, de pluma.

En este memorial pide Giron al rey una plaza de Bibliotecario. El retrato del insigne poeta, fué dibujado por el mismo religioso carmelita.

Extractamos las anteriores noticias, de las mencionadas ilustraciones á las Poesías de Rioja, impresas el año 1867.

Varflora incluye á Giron en los *Hijos ilustres* de Sevilla, y dice fué el año de su nacimiento el de 1613; el de su profesion en el convento casa grande del Cármen de su pueblo natal, el de 1629; y el de su muerte en la villa de Castro del Rio, el de 1684.

GODINEZ (Dr. Felipe).—Sacerdote, doctor en teología y notable orador sagrado. Ya indicamos la poca estimacion con que tan injustamente se han mirado las obras dramáticas de este distinguido poeta. No por su cualidad de sevillano, mereció de Ortiz de Zúñiga y de D. Nicolás Antonio, paisanos suyos, una ligera mencion; siendo así que no son escasas sus producciones. Hállase en la Biblioteca Nacional, segun expresa el Sr. Barrera en su *Catálogo del teatro antiguo español*, un soneto de Godinez, en un códice manuscrito de letra del siglo XVII, titulado: *Parnassus: sive de versibus, variaque Poessi*. El epígrafe de dicho soneto, dice así: «Al desengaño de las cosas de esta vida, y muerte que á todos ha de seguírseles. Autor el Dr. Felipe Godinez sevillano.»

Nuestro poeta debió residir mucho tiempo en la córte. En ella estaba, sin duda, por los años 1629 al 1636, época en que, segun Enriquez Gomez, como uno de los que florecieron en Madrid, *se llevó por las sentencias los doctos*.

Ya consignamos nuestro humilde parecer sobre el mérito de tan asiduo autor dramático. Tambien observámos su prediteccion por los asuntos religiosos. Pudieramos citar algunos de los bellos rasgos de su ingénio, ó aquellos donosos cuentecillos con que amenizabá los diálogos de sus comedias, en prueba de su gracejo y discreccion; pero tanto por no extendernos demasiado en estos apuntes, como porque ya han sido copiados por otros críticos de este autor, sólo lo harémos del siguiente epígrama, notable por su maliciosa agudeza. Hállase en el auto de *La Vírgen de Guadalupe*.

¿Ves dos mujeres que lavan,
Cuando una sábana tuercen,
Que torciendo á un tiempo entrambas,
Cada una de su parte,
La suelen dejar sin agua?
Pues así son los letrados,
Que al cabo de la jornada,
Ayudando uno á una parte
Y otro á la parte contraria.

Como á [illegible] los dejan,
Torcidas y sin sustancia.

Conocemos una piadosa poesía de Godinez, que forma parte del Romancero sagrado, cuyo título es *Avisos para la muerte*. En ella expresa con viveza y buenas imágenes, el terror que le inspira aquel supremo dia del último juicio. Es tierna, afectuosa, y digna de su elevado asunto.

Este inspirado vate, es tambien autor de una oracion fúnebre en la memoria del Doctor Frey Lope de Vega Carpio, publicada por Montalvan en el año 1636.

En el antes citado *Catálogo, del teatro antiguo*, y en la biografía de Godinez, se inserta un fragmento de la epístola que á este dirigió su amigo el filosófico poeta D. Luis de Ulloa, desde Toro, publicada en sus *Versos* el año 1659. Como dice el autor de aquella obra, esta poesía ilustra algo la vida de tan distinguido hijo de Sevilla. Ignórase cuándo dejó este de existir.

Sus obras dramáticas son las siguientes: *Aman y Mardoqueo, ó la horca para su dueño. (La Reina Ester)—La paciencia en los trabajos.) Los trabajos de Job).—San Mateo en Etiopia.—Acertar de tres la una.—Celos son bien y ventura.—Basta intentarlo.—La traicion contra su dueño.—De buen moro, buen cristiano.—El soldado del cielo, San Sebastian.—Adquirir para reinar.—Aún de noche alumbra el sol.—Ha de ser lo que Dios quiera.—Júdit y Holofernes.—Las lágrimas de David, ó el rey más arrepentido.—Ludovico el Piadoso.—La mejor Espigadera.—La milagrosa eleccion.—El primer condenado.—O el fraile ha de ser ladron ó el ladron ha de ser fraile.—El soberbio calabrés.—Los dos Cárlos, (Cautelas son amistades.—Lo que merece un soldado.—La cautela en la amistad.)* Autos sacramentales: *El divino Isaac.—El premio para el hombre.—La Vírgen de Guadalupe.—Al nacimiento de Nuestro Señor.—El premio de la limosna y Rico de Alejandría.*

GOMEZ ESCUDERO (Pedro).—Ingénio sevillano, celebrado por Juan de la Cueva en el *Viaje de Sannio*, libro V, en los siguientes versos:

Deten la vista en esta efigie rara
Del Doctor *Pedro Gomez Escudero*,
A quien diera Epidauro inmortal ara
A merecello aquella edad primero.
Febo confirma lo que el mundo aclara
En su alabanza, en que decirte quiero
Que en docta musa, y medicina sólo,
Cuando no hubiera Apolo, él fuera Apolo.

Como se advierte en tan hiperbólicos loores, el doctor Gomez Escudero aunaba las ciencias de Apolo y de Esculapio.

Al frente de las obras del mismo Juan de la Cueva, (Sevilla, 1588), figura entre otras composiciones laudatorias al autor, una en veintiocho tercetos, del Dr. Pero Gomez, que principia

En esta cueva de inmortal riqueza.....

Otra del mismo género, tambien del Dr. Pero Gomez, se halla en la *Conquista de la Bética*, de aquel fecundo vate. (Sevilla, 1603.)

Cueva dedicó igualmente á su vez, algunas de sus poesías al doctor amante de las musas. Una existe en tercetos, encabezada del modo siguiente: «Al Dr. Pedro Gomez, en que son reprehendidos los soberbios arrogantes que, confiados en sí, se atreven á emprender más de lo que sus fuerzas y poder alcanzan.»

En una epístola en verso del mismo Cueva, á que ya nos hemos referido, sobre la quietud de la vida de la aldea, dirigida desde la villa de Aracena á don Fernando Pacheco de Guzman, nombra aquel, entre los amigos á quienes le encarga lo recomiende, al mismo Dr. Pedro Gomez.

Encomendadme á todos los amigos,
Digo los que sabeis que estimo y quiero,
Y á los que hago de mi fé testigos.

GORDILLO DE LA TORRE (Pedro).—Poeta de la escuela gongorina, á juzgar por el siguiente título de una obra suya, «Corona felicísima y realzada fatalidad con los esmaltes generosos de la vertida sangre del señor duque de Béjar.» Composicion poética en octava rima, impresa en Sevilla, año de 1686. Inclúyelo Varflora en los *Hijos de Sevilla ilustres en santidad y letras*.

GRANADOS Y MÓSQUERA (Diego).—Citado por el mismo Varflora en su obra acabada de nombrar. «Dió á luz varias poesías, dice, que tuvieron aplauso de los sábios.»

GUEVARA. Autor dramático anterior á Lope de Vega. No podemos añadir otras noticias sobre este ingénio sevillano, á las que ya dejamos consignadas con respecto á Gozar. (Véase éste.)

GUZMAN (D. Luis de).

> *D. Luis de Guzman* viva, pues que cierto
> Tanto orna de Sevilla la ribera.

Tal elógio tributa á este ingénio D. Luis Zapata, en el canto XXXVIII de su poema *Cárlo Famoso*, Valencia, 1566.)

Existe una obra dramática titulada: *El blason de D. Ramiro y libertad de fuero de las cien doncellas*, (parte segunda, Madrid 1652), citada por Fajardo, y escrita con otros ingénios, por un D. Luis de Guzman. No podemos asegurar que sea éste el mismo citado por Zapata.

GUZMAN MEGÍA (D. Fernando de).—Inclúyelo Rodrigo Caro en sus *Varones ilustres en letras, naturales de la ciudad de Sevilla*, llamándole, «insigne poeta, caballero de lo ilustre de aquella ciudad, y muy conocido en toda España.»

Consagra igualmente Juan de la Cueva en su *Viaje de Sannio*, grandes alabanzas á un D. Fernando de Guzman, el mismo sin duda, aunque no expresa aquel segundo apellido, en la octava siguiente:

> Marte y Apolo están en competencia
> Por *D. Fernando de Guzman*, que es éste;
> Marte, porque le iguala en la potencia;
> Apolo, en dota lira y voz celeste.
> Nada puede aplacar su diferencia,
> Porque con ellas no hay razon que preste;
> Y así queda en las armas par de Marte,
> Y por de Apolo en claro ingénio y arte.

¿Será este poeta, que tan digno de loor fué así en las letras como en las armas, el D. Fernando Pacheco de Guzman, á quien su mismo encomiador dirige una bella epístola, que hemos tenido ocasion de citar más de una vez, encareciéndole la gloria del que vive libre del amor, y describiendo la quietud de la vida de la aldea? Aunque importante omision la del primer apellido, no fuera de extrañar, que al dedicarle tan honroso recuerdo, el poeta atendiese á las exigencias del metro, sino es que acostumbraba nombrarle por el segundo de aquellos, como suele ser frecuente. En este caso pudo hallarse tambien Rodrigo Caro; aunque desvanece en parte nuestra sospecha, el que este erudito escritor le da un segundo apellido no consignado por Cueva.

Infiérese que este Pacheco de Guzman era tambien, supuesto que no sea el mismo de quien tratamos, dado al estudio, y persona allegada á los que lo

cultivaban con gloria en la ciudad hispalense; puesto que [illegible] misma epístola citada, le encarga, como ya hemos expresado, le encomiende á aquellos de sus amigos que *como sabeis*, le dice, *estima y quiera*, tales como el maestro Giron, Pacheco, Cangas y otros de reconocido concepto.

Hállase en las *Flores de poetas ilustres*, de Pedro de Espinosa (1603), una oda anacreóntica de un D. Fernando de Guzman, (tal vez el citado por Caro y Juan de la Cueva), dirigida á Valerio, en la que se queja de los amargos contratiempos que sufre. Hé aquí dos de sus estrofas:

De sabrosos manjares,
Que despiertan el gusto más dormido,
Mañana apercibido
Me espera, porque quiero á mis pesares
Retirarme escondido,
Y contigo y con Baco alegremente
Consolar de mi estado el mal presente.
Desde agora te brindo
Tantas veces de vino antiguo y fuerte,
Cuantas violas vierte
Flora, con manos pródigas en Pindo,
Y por mejor vencerte,
Cuantos abrojos siembra, mi despecho,
La soberbia Eliodora en este pecho.

HERNANDEZ (Alonso).—(Véase Fernandez, Alonso).

HERRERA (Fernando de).—Habiendo tratado extensamente en otro lugar de tan esclarecido ingénio, fundador de la escuela poética sevillana, sólo consignarémos en este, el año de su nacimiento y aquel en que falleció, que fueron el de 1534 y el de 1597. No podemos resistir al deseo de hacer, además, una excepcion en nuestro propósito de no extendernos demasiado en los elogios y juicios que han merecido de críticos competentes, los autores que examinamos, al volver á tratar aunque ligeramente de Fernando de Herrera. Copiamos, pues, á continuacion, dos sonetos en alabanza suya. El primero de ellos es del insigne manco de Lepanto, que hubo de conocer y tratar á nuestro vate, y que sin duda se hallaba en Sevilla en la época de su fallecimiento; y el segundo, digno de aquel cuya memoria honra, debido á Baltasar de Escobar. Lampillas tradujo el último al idioma italiano, tributándole los elogios que merece.

Hállase el de Cervantes con este epígrafe: «Miguel de Cervantes, autor de *Don Quijote*. Este soneto hice á la muerte de Fernando de Herrera, y

para entender el primer cuarteto advierto que él celebraba en sus versos á una señora debajo deste nombre de Luz. Creo que es de los buenos que he hecho en mi vida.»

El que subió por sendas nunca usadas
Del sacro monte á la más alta cumbre;
El que á una Luz se hizo todo lumbre
Y lágrimas en dulce voz cantadas;
El que con culta vena las sagradas
De Elicon y Pirene en muchedumbre
(Libre de toda humana pesadumbre)
Bebió y dejó en divinas trasformadas;
Aquel á quien invidia tuvo Apolo
Porque á par de su Luz tiende su fama
De donde nace á donde muere el dia;
El agradable al cielo, al suelo sólo,
Vuelto en ceniza de su ardiente llama
Yace debajo de esta losa fria.

Hé aquí el soneto de Escobar:

Así cantaba en dulce son Herrera,
Gloria del Bétis espacioso, cuando
Iba las quejas amorosas dando
De su mansa corriente en la ribera;
Y las ninfas del bosque en la frontera
Selva de Alcídes, todas escuchando,
En cortezas de olivos entallando
Sus versos, cual si Apolo los dijera.
Y porque, tiempo, tú no los consumás,
En estas hojas trasladados fueron
Por sacras manos del castálio coro,
Dieron los cisnes de sus blancas plumas,
Y las ninfas del Bétis esparcieron,
Para enjugarlos, sus arenas de oro.

Rodrigo Caro, en sus *Claros varones en letras, naturales de Sevilla*, dice del *que llamaron el divino*, antes de mencionar sus obras: «Fué Fernando de Herrera tan conocido en Sevilla, su patria, y su memoria aún está tan permanente, que si alguien leyere esto que aquí escribo, podrá ser que me culpe de que anduve corto en la relacion de su ingénio y letras; pero yo diré lo que entiendo sin encarecimientos vanos, porque le conocí aunque no le hablé; por ser yo muchacho cuando él era ya viejo; mas me acuerdo de lo que publicaba su fama.»

Muchos otros elogios de este inspirado poeta pudiéramos citar, no sólo de sus contemporáneos, sino de nuestros críticos modernos, que han examinado su mérito superior, así como tambien de los extranjeros de varias naciones, que en él lo han reconocido con frases expresivas. Nombrarémos entre estos á Signorelli y al Conde de Conti, que al encarecer la riqueza de nuestro idioma, y lo que elevó el docto hispalense el lenguaje poético, comparan á este con Petrarca y los más célebres vates italianos, aplaudiendo, sobre todo, su feliz imitacion de aquel. Tuvo, en verdad, acierto en esta; pero al seguir el gusto del amador de Laura con tan constante aficion, olvidóse acaso, con tal preferencia, del más frecuente cultivo de un género de poesía de índole diversa y entonacion más vigorosa, privándonos de admirar en mayor número en nuestro parnaso, aquellas canciones que, con tanta razon, le han conquistado el renombre que obtiene.

Herrera dejó tambien notables muestras de su erudicion como escritor en prosa. Una de sus obras de este género son las *Anotaciones* á las de Garcilaso, comentario más extenso de las poesías de este dulcísimo vate, que el antes publicado por el Brocense. Consigna Pacheco que salió contra aquellas una *apología* (*ajena á la candidez de su ánimo*), refiriéndose al mismo Herrera, á que este *respondió doctamente* (1). Nuestro ingenio escribió un

(1) Refiérese á las *Observaciones del Licenciado Prete Jacopin, vecino de Búrgos, en defensa del Príncipe de los poetas castellanos Garcilasso de la Vega, vecino de Toledo, contra las Anotaciones que hizo á sus obras Fernando de Herrera, poeta sevillano.*

Esta ingeniosa sátira, escrita por un espíritu de emulacion de escuela, parece ya fuera de duda, que es debida á D. Juan Fernandez de Velasco, hijo del Condestable D. Iñigo, hombre de erudicion y agudeza, que adoptó aquel seudónimo para combatir la obra del poeta llamado el *Divino*.

Tanto esta sátira como la *respuesta* dada por el mismo Herrera, á que alude Pacheco, han permanecido inéditas hasta el dia. La Sociedad de Bibliófilos andaluces acaba de dar á luz una y otra bajo el título de *Fernando de Herrera. Controversia sobre sus anotaciones á las obras de Garcilaso de la Vega* (Sevilla, 1870), obligando á gratitud á los amantes de las letras, dada la verdadera importancia de ambas producciones.

No es este el lugar oportuno para hacer un exámen detenido de estas obras desconocidas hasta el dia, por no haber estado al alcance de todos su lectura. Las observaciones de Prete Jacopin superan en mérito á la *Contestacion* del ingénio sevillano, bajo el punto de vista del gracejo oportuno, de la facilidad en la sátira, y el tono ligero que exige tan difícil género literario. No era este el de Herrera; pero siempre se admira en él al hombre sábio que deja en donde quiera, evidentes señales de su erudicion y doctrina.

Hállanse en la misma obra publicada por la expresada Sociedad de Bibliófilos, varias *poesías inéditas de Herrera*. Algunas de las mismas, como observa el autor de la interesante y bien escrita introduccion de aquél libro, pueden dar cierta luz en la cuestion á que en otro lugar nos referimos, sobre la naturaleza de los amores de Herrera con la Condesa de Gélves, juzgados por unos como una pasion ficticia, y por otros como un afecto real y profundo. La lectura de los versos de aquel, desconocidos para nosotros hasta ahora, nos confirma aún más en el juicio que, aunque humilde y desautorizado, expusimos al tratar anteriormente de la índole de tal pasion amorosa, asunto casi constante de las armoniosas canciones del ilustre maestro de la escuela poética sevillana.

Elogio de la vida y muerte de Tomás Moro,—Guerra de Chipre y vitoria de Lepanto, del Señor D. Juan de Austria (1572). Esta obra se ha reimpreso el año de 1852, en la *Coleccion de Documentos inéditos para la historia de España* (tomo XXI). Es autor asimismo, de un breve *tratado de versos*. Pacheco cita otras producciones suyas, como son el poema trágico de los *Amores de Lausino y Corona*; la *Guerra de los Gigantes*, que tituló *La Gigantomaquia*, una traduccion del *Rapto de Proserpina* de Claudiano, segun el mismo Pacheco, la mejor de sus obras de este género, y la *Historia general del mundo hasta la edad del emperador Cárlos V*, no impresa y que se tiene por perdida.

Ampliando la nota que se halla en la página 29 de nuestra memoria, al referirnos á las imitaciones de los sagrados libros, hechas por Herrera en su bellísima cancion á *La Victoria de Lepanto*, y observadas por Mauri en su *Espagne poetique*, debemos consignar que D. Alberto Lista señala igualmente, al considerar á su autor como el primero de nuestros poetas que enriqueció el dialecto poético con expresiones orientales, las frases y giros hebráicos que se advierten en aquella oda.

Para terminar estos apuntes sobre tan insigne maestro del lenguaje de la poesía, copiarémos los versos que Juan de la Cueva le dedica en su *Viaje de Sannio*:

Dando vida á una luz que será lumbre
A nuestra excelsa patria en dulce acento,
Tracendiendo de Febo la alta cumbre,
Al *Divino Herrera* te presento.
De la guerrera España la costumbre
De sus claros varones, y el violento
Furor de los Titanos rebelados,
Cantará en prosa y números sagrados.

HERRERA (Licenciado Juan Antonio de).—Celebrado entre los buenos poetas sevillanos, por D. Juan de Vera, en su *Panegírico por la Poesía* (1620.)

En las *Flores de poetas ilustres*, de Pedro de Espinosa, (1603) se halla una composicion de este ingénio.

En la carta curiosísima de Cervantes, inédita hasta que se publicó por don Aureliano Fernandez Guerra, en el Apéndice del tomo 1.° del *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, dirigida á D. Diego de Astudillo Carrillo, en que se dá cuenta de una fiesta en San Juan de Alfarache, el dia de San Laureano, documento literario de que ya hemos tenido ocasion de hablar, se menciona con otros ingénios, á un Roque de Herrera, á quien

tocó en suerte en dicho esparcimiento, componer cinco cuartetas en sílabas quebradas, *alabando los dómines y pedantes*; compromiso de que salió airoso, dice el autor del Don Quijote con su natural donaire, «con poco temor de Dios y menoscabo de nuestros oidos».

No sabemos si existia algun parentesco entre ambos Herreras, pero sí que nació en Italia el citado en tan apreciable escrito. Este cultivaba la amistad y trato de personas ya notables en las letras, muchas de las cuales tuvieron por madre feliz á la ciudad hispalense.

En el *Laurel de Apolo* y en *El Viaje del Parnaso*, se elogia á un Juan Antonio de Herrera, autor del libro *Lusus Pueritiæ*, 1599. ¿Será este mismo el que lo fué de un resúmen de la *Vida del duque de Alcalá*, varon insigne por su aficion al estudio, á quien sirvió como secretario, y tuvo iguales nombres y apellidos?

HERRERO (Simon).—D. Nicolás Antonio al nombrar en su Biblioteca á este ingénio, sólo da una noticia de un trabajo suyo, escrito y publicado en el año 1626, titulado: *Flor de secretos*. En el Catálogo del teatro antiguo de Barrera, no se cita esta obra, aunque no dramática, pero sí un *Entremés famoso del Juez de los oficios, compuesto por Simon Herrero, hijo humilde de la ciudad de Sevilla*, impreso en este pueblo en el mismo año de 1626. El autor de aquel Catálogo lo califica de pieza rara, escrita con singular donaire.

Este poeta debió florecer en los primeros años del siglo XVII.

HOJEDA (Fray Diego de).—Regente de estudios de predicadores de Lima. Habiendo dejado su patria muy jóven, tomó en aquella ciudad y en su convento de dominicos, el hábito de religioso el dia 1.° de Abril de 1591. Fué superior de aquel, y despues del de Cuzco. Su muerte, acaeció el 24 de Octubre de 1615, y cuando contaba cuarenta y cuatro años de edad. Allí hubo de escribir su notabilísimo poema *La Cristiada*, que tan merecidos elogios ha alcanzado de nuestros críticos más eminentes, así como de los extranjeros apasionados de las glorias literarias de España.

Tan poco aprecio alcanzó el P. Hojeda de sus mismos contemporáneos, y aun de los hombres de letras de épocas posteriores, que su obra, de la que sólo existia una rarísima edicion hecha en Sevilla el año 1611, llegó á ser desconocida.

Entre los escritores españoles que han tratado de los varones doctos y notables de aquellas provincias de Ultramar, y sobre la historia de la órden religiosa á que pertenecia Hojeda, tan sólo uno, que sepamos, nombra á este, que por tantos títulos merecia algun honroso recuerdo, tan pródigamente concedido á otros de menos valer ó de absoluta insignificancia.

Aquel á quien aludimos, es el ingénio sevillano D. Luis de Belmonte y Bermudez. En el prólogo que precede á su poema *La Hispálica*, refiriéndose á los escritores que como este, profesaban en la Nueva España la divina poesía, dice: «Fray Juan de Galvez y Fray Diego de Ojeda, uno en su *Historia de Cortés*, y otro en su *Cristiádos*, bien osarán á publicar que las aguas del rio Lima, que baña la ciudad de su nombre, no envidiarán jamás á las de Beocia.» Juicio es este de valor, por ser de un contemporáneo del inspirado religioso, cantor de la vida de Cristo.

Echard, tambien dominico, nacido en Ruan, y que floreció á fines del siglo XVII y principios del XVIII, consigna un merecido elogio de aquel, en su obra titulada *Scriptoris ordinis prædicatorum recensiti.*

En el año 1841 publicó D. Juan Manuel Berriozabal un poema en nueve cantos, precedido de un discurso, con el título de *La Nueva Cristiada de Hojeda*, que viene á ser una refundicion, ó extracto más bien, de la extensa obra del docto poeta sevilano.

Dice Vargas Ponce, en su *Declamacion contra los abusos introducidos en el castellano*, refiriéndose al excelente poema de Hojeda, que es *muy poco conocido, y que acaso no temeria una rigurosa crítica.* «Hállase dividido, añade, en doce cantos, comprendiendo mil novecientas setentá y cuatro octavas, proligidad que acaso es su único defecto; pero en lo restante, plan, extension, episodios, máquina, decoro y sobre todo elocucion, es digno de la epopeya. Tan linda la obra, expresa el mismo Vargas Ponce, es muy rara y no ha sido reimpresa, ni parece la leyó D. Nicolás Antonio.»

Hemos mencionado antes el juicio que de algun otro crítico eminente ha merecido la misma. Por ser de un escritor extranjero, que no siempre se muestra benévolo y justo con los cultivadores de nuestras letras, copiamos tambien su opinion sobre la obra del vate sevillano. Nos referimos á Ticknor en su *Historia de la literatura española.*

«Hácia el mismo tiempo, dice, se publicaban los poemas religiosos de Lope, tanto épicos como narrativos, de que ya en otro lugar hablamos, los cuales lograron la misma celebridad y fama que las demás obras salidas de la pluma de aquél grande y popular ingénio. Pero muy superior á cuanto él trabajó en este género es *La Cristiada*, de Diego de Hojeda, impresa en 1611, y tomada en parte del poema latino que con el mismo título escribió Jerónimo Vida, sin que esta circunstancia disminuya en lo más mínimo ni el mérito ni la originalidad del poeta español. El asunto es muy sencillo, empezando con la última cena y concluyendo con la pasion de la cruz; los episodios pocos y oportunos, exceptuando aquel en que el vestido de Jesús, cuando oraba en el huerto, da ocasion al autor para pintar los pecados todos del hombre, cuya historia alegórica representa tejida de maldiciones y formando los siete pliegues del manto que cubre los hombros de la víctima expiatoria, así vestida por amor nuestro. La vision de las glorias futuras de la

Iglesia concedida al paciente, es una concepcion grandiosa, feliz y perfectamente colocada, y todavía lo son más los tiernos consuelos que en profecía recibe. Seguramente que hay bastante habilidad en la estructura épica de este poema, y que la versificacion es armoniosa y grata en extremo. Si los caracteres estuviesen dibujados con más vigor y firmeza, y el estilo se mantuviese constantemente á la altura y dignidad que el asunto exige, *La Cristiada* podría con justicia ser colocada al lado del *Monserrate* de Virués, y así, y con todo, ningun otro poema religioso hay en lengua castellana que le lleve ventaja (1).»

Existe otro poema sobre el mismo asunto con el título de *Christopatia*, cuyo autor es Juan de Quirós, cura de la santa iglesia de Sevilla, impreso en Toledo en 1552. Escrito con mayor sencillez que el de Hojeda, dista bastante de merecer igual estima. Publicóse en Cádiz en 1694, otro poema sacro titulado tambien *La Cristiada y vida de Jesucristo*, que compuso Juan Francisco de Enciso y Monzon, y no se distingue ciertamente por su buen gusto, contagiado sin duda por los aires nocivos que ya corrian entónces en nuestras regiones literarias.

Recomendamos, por último, la lectura de la dedicatoria que hizo Hojeda de su libro, al marqués de Montesclaros, virey del Perú.

Digno es del agradecimiento de los amantes de nuestras letras, el señor don Cayetano Rosell, colector y anotador de los *Poemas épicos* publicados en la *Biblioteca de autores españoles*, por haber facilitado la lectura de la produccion del inspirado religioso, dándole cabida en tan apreciable obra.

IRANZO (Juan).—El noble sevillano Gonzalo Argote de Molina en su *Discurso sobre la poesía castellana*, refiriéndose á los poetas de feliz ingénio que en su ciudad natal daban digno culto á las musas, nombra entre otros, al *ingenioso Iranzo y al terso Cetina. De lo que escribieron*, dice, *tenemos buena muestra de lo que pudieran más hacer, y lástima de lo que se perdió con su muerte.*

Con mayor razon sentimos nosotros esta pérdida, porque nos ha privado de conocer aquellas brillantes muestras de la inspiracion del primero de los nombrados á que alude Argote de Molina, su distinguido paisano, é ingénio tambien de no escaso mérito.

Entre dos poetas de igual apellido, elogiado el uno por Cervantes en su *Canto de Caliope*, con el nombre de Lázaro Luis, y el otro por Cueva en su *Ejemplar poético*, con el de Juan, creemos sin vacilacion alguna, por más de un motivo, que el que cita Argote es el último.

(1) Si este fuese el lugar propio para ello, podríamos compararle con *El Paraiso recobrado* de Milton, por sus escenas con los diablos, ó con *la Mesiada* de Klopstok, por la escena de la crucifixion. (Nota del mismo Ticknor).

Este escritor dice en el discurso de que hemos hecho referencia, que el célebre sevillano Pedro Megía, obtuvo muchas veces premio en ciertas justas li terarias celebradas en su ciudad natal.

Hé aquí, pues, los versos de Juan de la Cueva.

El gran Pedro Megía, el extremado
Juan Iranzo en las justas de los Santos
En que fué el uno y otro laureado,
En este verso celebraron tantos
Cuantos vemos en santas alabanzas,
Que en la suya resuenan hoy los cantos.

Es de advertir, que en los certámenes de que habla Argote, debian tratarse asuntos piadosos; pues como él mismo dice, «fuéron encargo á la buena memoria del reverendísimo D. Baltasar del Rio, obispo de Escalas, quien instituyó premios á los que en este género de habilidad más se aventajasen.»

JÁUREGUI Y AGUILAR (D. Juan de).—Caballerizo de la reina doña Isabel de Borbon, y del hábito de Calatrava. Se sabe positivamente que fué natural de Sevilla y no de Toledo, ni de Vizcaya, como algunos han supuesto, si bien su ascendencia pertenecia á esta última provincia. Nació hácia el año de 1570. Una educacion esmerada debió contribuir en gran manera á la mayor brilantez de su ingénio poético y artístico. Ya hemos tenido ocasion de considerarle como vate inspirado por una musa siempre docta, algunas veces sublime, otras revestida de un carácter grave y sagrado, otras donosa y ligera, y últimamente, con pesar lo decimos, asaltada de la comezon de parecer culta, é inintiligible por lo tanto. Como pintor notable, nos bastan los elogios de sus contemporáneos para creer que lo fué; y á este propósito creemos oportuno copiar el soneto que le dedica Pacheco, su hermano en letras y en el divino arte.

La muda poesía y la elocuente
Pintura, á quien tal vez naturaleza
Cede en la copia, admira en la belleza,
Por vos, D. Juan, florecen altamente.
Aquí la docta lira, allí el valiente
Pincel, de vuestro ingénio la grandeza
Muestran, que con ufana ligereza
La fama extiende en una y otra gente.
Alce la ornada frente el Bétis sacro,
Su tesoro llevando al mar profundo,
Y de Jáuregui el nombre y la memoria;

En tanto que su ilustre simulacro
Venera España, reconoce el mundo
Como de nuestra edad insigne gloria.

Lope de Vega le consagró otra composicion del mismo género, considerándole tambien como pintor y poeta. Igualmente su paisano Arguijo hizo unas décimas en su alabanza por su excelencia en ambas cualidades.

Por el mismo Cervantes sabemos (Prólogo de sus novelas 1613), que fué retratado por nuestro ingenioso artista, con quien hubo de unirle íntima amistad, acaso en aquella academia formada en el taller de Pacheco, de que hemos hablado.

Cean Bermudez en su *Diccionario de los más ilustres profesores de las bellas artes en España*, menciona á Jáuregui con elogio, juzgándole como á tal.

El traductor de la *Aminta* del Tasso, cuyo traslado, dice el célebre literato Viardot, corriendo parejas con el original, merece la extraña preeminencia de conceptuarse tambien obra clásica, es llamado por Quintana, poeta florido y versificador elegante y numeroso.

Hizo Jáuregui esta última obra literaria, en Roma, donde residió, perfeccionándose en el arte de Miguel Angel y Rafael por el año 1607.

Vivió mucho tiempo en la córte de España, donde falleció de edad bastante avanzada, el de 1650, segun espresa Ortiz de Zúñiga en sus *Anales*.

Curiosas é interesantes son las observaciones del mismo Jáuregui sobre cómo se ha de entender en su concepto el modo de traducir, y cómo se debe considerar la poesía, á propósito de su *Aminta*, en la dedicatoria que de esta fábula pastoril hizo á D. Fernando Enriquez de Ribera, y en el prólogo de sus obras poéticas. Estos trozos de buena doctrina se hallan reproducidos en la biografía y juicio de este autor, publicados en el segundo tomo de *Poetas líricos* de la *Biblioteca de Autores españoles* de Rivadeneyra, por D. Adolfo de Castro.

El último atribuye la corrupcion del gusto literario de Jáuregui, á su forzosa estancia en la córte, por el empleo que egercia en palacio, de caballerizo de la reina Isabel de Borbon, esposa de Felipe IV. El mismo crítico añade que se le cree uno de los autores del *Tribunal de la justa venganza*, escrito por los parciales de Montalvan y Quevedo.

Como autor dramático, no tuvo la mejor suerte. Se cita una comedia suya titulada *El retraido*, en que pretendió ridiculizar el libro de *La cuna y la sepultura*, del mismo Quevedo.

D. Antonio de Solís y Rivadeneyra escribió en la aprobacion de la *Farsalia*, el siguiente juicio: «Aunque D. Juan pudiera comprender por sí la fábrica de un poema heróico, porque supo los preceptos de Aristóteles con fundamento, y tuvo el númen y los estudios necesarios para escribirle igual á los Virgilios y Homeros de su tiempo, se dejó llevar de esta imitacion

de Lucano por haber escrito con grande aplauso en su mocedad la batalla naval de los romanos con los griegos masilienses, contenida en el libro tercero de la *Farsalia*, cuya version imprimió en sus *Rimas*, el año de 1618... Fué D. Juan de los caballeros más celebrados entre los grandes ingénios de aquel siglo, porque supo manejar el pincel con el mismo acierto que la pluma. Los papeles que dió á la estampa encarecen su erudicion en todo género de letras, sagradas y profanas.»

Velazquez, en sus *Orígenes de la poesía castellana*, le elogia tambien como traductor de la *Aminta*.

Las obras de Jáuregui, segun D. Nicolás Antonio, son: *Rimas*, con su traduccion de las obras del Tasso. Sevilla, 1618.—*El Orfeo*, Madrid, 1624.—*La Farsalia*, traducida de Lucano, poema que no llegó á imprimirse hasta el año 1684, acompañado de otra nueva edicion del *Orfeo*.—*Discurso poético contra el hablar culto y oscuro*, en prosa. La comedia *El Retraido*. *(Representóla Villegas. Entran en ella las personas que ha habido en el mundo y las que no hay)* 1636.—*Memorial al Rey nuestro señor. Ilustra la singular honra de España, aprueba la modestia de los escritos contra Francia, nota una carta enviada á aquel Rey etc.*—*Apología por la verdad ó respuesta á una censura que se hizo del sermon que Fray Hortensio Palavicino predicó en las honras del Rey D. Felipe III.* Madrid, 1625.—*Por el arte de la pintura*, tratado apologético, semejante al de los *Diálogos de la pintura* de Vicencio Carduchi. Madrid, 1633.

JELVES (Conde de).—Véase Portugal (D. Alvaro de).

JEREZ (Francisco).—Es autor de la «Verdadara relacion do la conquista del Perú y provincia de Cuzco, llamada la Nueva-Castilla, conquistada por Francisco Pizarro, capitan de la sacra, católica, cesárea majestad del emperador nuestro señor.» Dicho relato, segun se expresa á continuacion, «fué enviado á su majestad por Francisco Jerez, natural de la muy noble y leal ciudad de Sevilla, secretario del sobredicho capitan en todas las provincias y conquistas de la Nueva-Castilla, y uno de los primeros conquistadores della.»

Al fin de esta relacion, se encuentran unos muy medianos versos que parecen del mismo Jerez, en los que da algunas noticias de su vida. Los encabeza del modo siguiente: *Dirige el autor sus metros al emperador rey nuestro señor.*

No falta quien dude sean estos versos del mismo Jerez, por la poca modestia que revelan; pero acaso justifique sus propias alabanzas, el estímulo que debió sentir en defensa de su honor. Hé aquí lo que él mismo dice á este propósito: «Y porque en esta ciudad de Sevilla algunos con envidia ó malicia y otros con ignorancia de la verdad, en su ausencia han maltratado su honra; un hijodalgo doliéndose de afrenta tan falsa contra hombre que tan honrada-

mente y tan lejos de su natural ha vivido, hizo en su defensa los siguientes metros.»

De ellos se deduce que Jerez nació el año 1504, y fué hijo de Pedro, ciudadano honrado, segun su propia expresion; que en el de 1519, y á los quince de edad, se embarcó para las Indias, donde residió veinte, no todos ellos afortunados, y sí sólo los últimos, en los cuales alcanzó por el reparto de un botin hecho en un templo gentílico, algunos bienes de fortuna; que esgrimió valerosamente la espada en aquellos apartados paises, pasando un sinnúmero de trabajos y escaseces, y aun derramando su sangre en alguna ocasion. Vuelto al suelo nativo, consta por los mismos versos, que ejerció ámpliamente la caridad y otras virtudes, siendo de ellas modelo. Este elogio de su persona, es, como hemos dicho, el que ha hecho dudar que sea él mismo el autor de la mencionada poesía.

La obra de Jerez fué impresa en Sevilla el año 1534, en Salamanca en 1547; y en más reciente época, 1740 y 1843, traducida al italiano y al aleman. Despues la há incluido el colector de los *Historiadores primitivos de Indias*, en el tomo XXVI de la *Biblioteca de autores españoles* que publica D. Manuel Rivadeneyra, cuyo tomo fué impreso en el año 1853.

JIMÉNEZ DE ENCISO (D. Diego).—Véase Enciso.

LERIN Y BRACAMONTE (D. Gaspar de).—«Fué insigne en todo género de literatura, de teología y derecho, letras humanas y poesía, y en toda erudicion. Así Murillo Velarde, quien concluye diciendo *no haber conocido hombre de mayor extension en letras.*»

Inclúyelo Varflóra en sus *Hijos de Sevilla*, con las palabras que anteceden.

MAL-LARA Ó MALARA (Maestro Juan de).—Célebre humanista y una de las personas más notables en las letras sevillanas, en el siglo XVI. Nació en 1527: fué su padre Diego de Malara, quien profesó el arte de la pintura. Despues de haber aprendido en su pueblo natal la gramática latina y principios de la griega, en el colegio de San Miguel, con el maestro Pedro Fernández, presbítero, cursó las humanidades en Salamanca y despues se perfeccionó en sus estudios en Barcelona, con el maestro Francisco Escobar. Regresó á Sevilla, pasados diez años de ausencia, al lado de sus padres, ya ancianos, y estableció la clase pública de gramática y humanidades que tan célebre habian de hacer las insignes personas que á ellas concurrieron; compartiendo despues, unido al maestro Francisco de Medina, su docta enseñanza. Fué esta tan importante para los adelantos del arte poético en Sevilla, que puede de-

cirse que en aquella cátedra tuvó su cuna la famosa escuela que honraron tantos discípulos esclarecidos.

Hé aquí con el justificado y digno orgullo que se expresa el mismo Malara, hablando de los estudios que propagó en el pueblo de su nacimiento: «Querer yo alabar, dice, la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, á donde yo nací y donde me crié y comencé mis estudios de gramática latina y griega, debajo la instruccion del muy honrado maestro Pedro Fernandez, clérigo y presbítero, de cuya escuela salieron tantos doctores y maestros como en Sevilla hay, siendo padre de los buenos ingénios de esta ínclita ciudad, de á donde estuve ausente diez años en universidades insignes, oyendo muy doctos maestros, á donde con gran deseo viví de volver á ella, y á donde resido, sirviendo á mi patria con lo que yo pude traer enseñándoles sus hijos con toda la diligencia que yo puedo, no es razon que tan sumariamente ponga por obra, temiendo ser grave atrevimiento en un pequeño número de palabras emprender cosa tan grande.»

Juan de Malara reunió en su vivienda la academia á que dió nombre, compuesta de los más floridos ingénios de Sevilla, entre los cuales se hallaban Herrera el *divino*, el canónigo Pacheco, el maestro Medina, Juan de la Cueva, Cristóbal de las Casas, Francisco de Rivera y Diego Giron. Este último, á la muerte de aquel, le sucedió en su cátedra.

Malara estuvo tambien en la córte el año 1566, segun se sabe por él mismo, dónde compuso unos versos latinos á ciertos cuadros del Ticiano, y dondé se le encargó del adorno alegórico de la nave capitana de D. Juan de Austria; comision que, segun Francisco Pacheco, á quien debemos estas noticias, desempeñó cumplidamente. Con este motivo hubo de escribir la *Descripcion de la popa de la galera real del serenísimo Sr. D. Juan de Austria, Capitan general del mar*; trabajo que se conserva inédito.

Dice el mismo Pacheco, en la biografía de este escritor. (*Libro de descripcion de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*), que compuso una segunda parte, á la que tituló *Primera de la filosofía vulgar*, conteniendo mil refranes de los que se usan en España, libro en fólio publicado en Sevilla el año 1608, la cual no llegó á imprimirse.

Considerando á Malara como autor dramático, hallamos contestes los elogios que de su mérito hacen tanto el mismo Pacheco, como su otro paisano el poeta Juan de la Cueva y el erudito Rodrigo Caro. El primero dice que compuso muchas tragedias divinas y humanas, adornadas de maravillosos discursos y ejemplos, llenos de epígramas, odas y verses elegíacos, así latinos como españoles. El segundo en su *Ejemplar poético*, lo coloca entre los dramáticos de Sevilla, ajustados á las reglas clásicas.

Ya fueron á estas leyes obedientes
Los sevillanos cómicos, Guevara,

Gutierre de Cetina, Cozar, Fuentes,
El ingenioso Ortiz, aquella rara
Musa de nuestro aurífero Megía,
Y del Menandro Bético Malara.
. . . . : .
El maestro Malara fué loado
Porque en alguna cosa alteró el uso
Antiguo con el nuestro conformado.
En el teatro mil tragedias puso,
Con que dió nueva luz á la rudeza,
De ella apartando el término confuso.

El doctor Caro dice en sus *Claros varones de Sevilla*: «Usaban en aquel tiempo por España representar comedias en prosa, y yo tuve un libro de ellas que imprimió Lope de Rueda; mas de Joan de Malara, para imitar los antiguos poetas cómicos, hay la primera comedia que hizo, que se representó en España, en verso toda, acomodando los personajes de ella y sus nombres á que debajo de la figura que representaba se entendiese alguna virtud, ó lo contrario, algun vicio, para que no quedase la comedia en términos sólo de una fábula, sino que aquello mismo tuviese oculto misterio moral ó divino, como lo hizo Homero en aquella celebradísima Iliada y Odisea. Esta comedia la representaron estudiantes en el convento de Nuestra Señora de Consolacion de Utrera, de quien Joan de Malara fué muy devoto, y yo tuve mucho tiempo el original de esta comedia entre mis libros.»

Tiénese noticia tan sólo del título de esta produccion de Malara de este género, por lo que en su *Filosofía vulgar* consigna él mismo, refiriéndose al nombre de *Bambolio:* «Así llamé yo, dice, un bobo de una comedia mia que hice en latin, y la misma en romance, y representada en las escuelas de la insigne universidad de Salamanca, año de 1548, llamada *Locusta.*» En la misma obra cita una tragedia, suya tambien, llamada *Absalon*. Segun parece, compuso además, algunas églogas representables; siendo las mejores las tituladas *Laurea* y *Narciso*.

Malara cultivó la poesía filosófica, á la que era inclinado por sus estudios y carácter, y segun él mismo expresa en su citada *Filosofía vulgar*, donde se encuentran datos muy curiosos para el que intente hacer más completa su biografía, le guiaba en sus composiciones de este género, una tendencia moral: corregir los vicios de su época, Hizo, estudiando en Salamanca, una silva en el idioma del Lacio, alabando las mujeres célebres antiguas y modernas; y allí comenzó su poema *Los trabajos de Hércules*, al que dió fin en su patria. Al hablar Pacheco de sus producciones de esta índole, dice: «No quiso levantar el estilo (en su obra de los refranes), guardándolo para obras mayores, mostrándolo en el arte poética en el famoso *Hércules*, que con tanta fertilidad

del heróico, describió sus doce trabajos en cuarenta y ocho cantos, dirigido al príncipe D. Cárlos. Escribió otro volúmen de la hermosísima Phsyche, mostrando en rima suelta, mucha extrañeza y variedad, que aumentó la gracia y perfeccion de esta fabulosa historia. Hizo elegantemente la muerte de Orpheo en octavas, y otras obras líricas..... Imitaciones y traslaciones de autores griegos (en cuya lengua tuvo no mediana destreza), y el libro primero de la divina Eliada de Homero, traducido en lengua latina con grande fidelidad y elegancia.»

Juan de la Cueva celebró el poema antes citado, *La muerte de Orfeo*, con un soneto digno de su pluma.

Para completar la noticia de las obras de Malara, copiamos á continuacion los títulos de otras, algunas de las cuales menciona tambien el mismo Pacheco, *El martirio de las santas Justa y Rufina, patronas de Sevilla*, poema en latin y en castellano.—*Principios de Gramática.*—*Escollos de retórica sobre las introducciones de Aphtonio.*—*Anotaciones á la sintaxis de Erasmo.*—*Peregrinaciones de la vida*, obra del género filosófico.—*Tesoro de elocuencia.*—*Notas á los emblemas de Alciato.*—*Crónica de los santos apóstoles.*—*Recibimiento que hizo la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, á la Católica R. M. del rey don Felipe II, N. S.* (1570.) Tradujo tambien al castellano la *Historia de Scanderberg, rey de Epiro.*

Habiendo ido Malara á ofrecer al duque de Sesa este último trabajo, á su regreso á Sevilla, enfermó gravemente y falleció, con general sentimiento de cuantos le amaban como maestro y varon de ciencia y virtud, á la edad de cuarenta y cuatro años, en el de 1571.

«Estimó sus versos, añade el pintor Pacheco, en las notas á Garcilaso, su íntimo amigo Fernando de Herrera, y dijo de él en ellas que en su muerte perdieron las buenas letras mucha parte de su valor y nobleza; y así la celebró con afectuoso sentimiento y grandeza de estilo, en una elegia que para ilustrar esta obra, fué justo poner aquí,» Cópiala, pues, á continuacion aquel juicioso crítico, y bien á nuestro pesar no lo hacemos tambien, por su mucha extension.

Herrera dice asimismo de Malara en dichas anotaciones á las obras del poeta toledano, «que fué uno de los que más me persuadieron que pasase adelante con este trabajo.»

Juan de la Cueva consagró al maesto Malara, en *su Viaje de Sannio*, la octava siguiente:

El tesoro latino, la elocuencia,
El alto ingénio y musa soberana,
El culto estilo, la profunda ciencia,
Cuanto puede alcanzar la vida humana,
Aquí lo puedes ver en la presencia
Del gran *Malara*, de quien este mana,

Cual de Pirene fuente el agua pura,
Así de su dulcísima escritura.

Por último, el doctor Caro, en su citada obra, *Varones ilustres*, dice tambien:

«No dudo que hombre tan docto como Joan de Malara, escribió otras muchas obras en verso y prosa, las cuales la poca atencion de sus herederos, y el tiempo nos las han envidiado. Esto me dá á sospechar lo que Fernando de Herrera dice en la elegía sexta que comienza:

«En tanto que Malara, al fiero Marte
Y el no vencido pecho del Tebano
Ensalzan por do el sol su luz reparte.»

MARIN PONCE de LEON (D. Gonzalo).—Canónigo de la catedral de Sevilla, su patria.

Rodrigo Caro, en sus *Varones ilustres*, le nombra con los apellidos Ponce de Leon Mariño y Rivera, y D. Nicolás Antonio con los que encabezan estos apuntes.

Nació este escritor, de ilustre ascendencia y de notorio saber, por el año de 1530. Dedicóse al estudio de las lenguas griega y latina, dando muestras de perfeccion en ambas, en las obras que dejó escritas. Su erudicion y excelentes cualidades para la poesía, le grangearon la estimacion de los hombres doctos, colocándole en posicion de obtener señalados cargos en su carrera. Fué, pues, camarero del santo padre Pio V, hasta que dejó á Roma, por haber sido nombrado en ella para la canongía y arcedianato de Talavera, en la ciudad de Toledo. Viniendo á España á desempeñar este cargo, falleció en el camino, «con mucha lástima, dice Caro, de los que le conocian, por la falta que hacia al ejemplo de todos, y el daño que recibian las buenas letras, así sagradas como profanas.»

El mismo Rodrigo Caro compuso un epitafio en verso latino á este distinguido escritor, en prueba de lo que le estimó, segun expresa.

«De su poesía, dice Varflora en sus *Hijos de Sevilla*, dejó monumentos en dos epígramas que están impresos al principio del tercer tomo de los *Anales eclesiásticos* del cardenal Baronio.» Nuestro sevillano fué particular amigo de este prelado.

Marin es autor de varias obras redactadas en el idioma del Lacio, que se hallan impresas, las cuales enumera el citado D. Nicolás Antonio en su *Biblioteca* de escritores españoles.

MEDINA (Francisco de).—Este sábio maestro nació á mediados del siglo XVI. Fué uno de aquellos hombres más notables en su tiempo, y de los que por su conocimientos profundos y clara inteligencia, tuvieron un influjo más directo y eficaz en los progresos y en la brillantez de las letras en su patria. Menester seria nombrar á cuantos ingénios florecieron entonces en el suelo sevillano, para señalar los que consideraban á Medina como preceptor y como docto juez de las producciones de su númen. Los sagrados deberes del sacerdocio y el estudio y cultivo de las letras, fuéron las constantes ocupaciones de su vida. Algun tiempo tuvo tambien las que le proporcionaba el cargo de secretario del cardenal y arzobispo D. Rodrigo de Castro. Sus dias corrieron apacibles y provechosos hasta el 20 de Marzo de 1615, en que entregó su espíritu á Dios; dejando en el mundo la grata memoria de sus virtudes y de su ciencia, y la gratitud y estimacion de cuantos le trataron ó recibieron sus lecciones. Fué enterrado al siguiente dia de su muerte, en la antigua bóveda de sacerdotes de la parroquia de San Lorenzo.

Puro y elegante poeta latino, prosista correcto, de ambas cosas da sobrada prueba en el *Discurso á los lectores* que puso al frente de los comentarios que Fernando de Herrera hizo á las obras de Garcilaso, y en la cancion latina que en elogio de ambos se halla en aquellos. Del discurso citado dice un distinguido escritor (1): «Despues de quejarse Francisco de Medina del abandono en que yacia la lengua castellana, abandono tanto más de notar, cuanto que todas las naciones, que como la nuestra habian sojuzgado al mundo con sus armas, procuráron la dilatacion de su lengua, para que lo que conquistaban los brazos lo conservase el idioma, se extiende en los elogios de Garcilaso y Herrera, que conceptúa como felices excepciones de esta regla. La elegancia con que está escrito este discurso, la armonía de sus períodos, la riqueza y propiedad de su diccion, muestran cuántos derechos asistian al maestro Medina para declararse censor de sus contemporáneos, al mismo tiempo que nos llena de rubor y de lástima el ver los quilates que ha perdido nuestro maltratado idioma desde aquel siglo; y la pluma se cae de nuestras manos conociendo por la comparacion, cuántas cualidades nos faltan para cumplir honrosamente con el intento de escribirlo.»

Estas anotaciones de Herrera, fuéron impresas en 1580.

Medina hizo tambien unos *Apuntamientos* á los sonetos de Arguijo, de los que ya dejamos hecho mérito en otro lugar.

Pacheco incluye en su libro de retratos, el de aquel sábio humanista, á la par que su elogio. Cervantes le consagra el siguiente en su *Canto de Caliope.*

"Los rios de elocuencia, que del pecho
Del grave, antiguo Ciceron manaron,

(1) D. Eustaquio Fernandez de Navarrete.—*Vida del célebre poeta Garcilaso de la Vega*, publicada en el tomo XVI de la *Coleccion de documentos inéditos para servir á la Historia de España.*

Los que al pueblo de Aténas satisfecho
Tuvieron, y á Demóstenes honraron:
Los ingénios que el tiempo ha ya deshecho
(Que tanto en los pasados se estimaron)
Humíllense á la ciencia alta y divina
Del Maestro Francisco de Medina.

Juan de la Cueva no olvidó á este varon insigne en su *Viaje de Sannio*. Hé aquí las frases que le dedica:

Con atencion esta figura mira
Grave, y de toda majestad compuesta,
Que el son divino de su ilustre lira
Vuelve en la de oro nuestra edad molesta:
Su vida justa aquejará la ira
De la invidia, y con gloria manifiesta,
Francisco de Medina vitorioso
En letras y obras quedará glorioso.

Réstanos decir algo sobre el mérito no vulgar del docto maestro sevillano, en el cultivo de las musas castellanas.

Además de la cancion latina antes citada, precede tambien á las *Anotaciones* de Herrera á las obras de Garcilaso, ótra composicion poética en honor de estos dos ingénios. El bello pensamiento de esta oda, se halla desarrollado con expresion y ternura, y nos trae á la memoria por su artificio, la célebre profecía del Tajo del insigne Luis de Leon.

El mismo rio Tajo, cuyas venerables canas no adornan las flores, porque discurren esparcidas por las ondas, mezcla con su curso de oro sus lágrimas de dolor, á la vez que sus náyades gimientes,

por la afrenta
Que el bárbaro francés con duro pecho
A toda Hesperia ha hecho,
Dando en edad florida muerte al Lasso,
Honor de Marte, lumbre del Parnasso.

Hé aquí las palabras del anciano sin consuelo.

¿Qué luz, qué bien ya mi vejez espera?
Dice, en la seca arena derribado,
De sangre y polvo y lágrimas teñido;
¿Qué bien, qué luz, pues ya me ha arrebatado
El destino cruel con mano fiera

La luz y el bien que pude haber tenido?
¡Ay, que veo herido
Con rústico coraje en tierra extraña
Mi Lasso, honra de España!
¡Ay, que la sangre roja que derrama,
Tiñe la verde grama!
Más costosa me es, Lasso, esa corona
Que la que recebiste en Helicona.

Despues de pedir el triste viejo á las ninfas del bosque, que acudan á socorrer al vate tiernísimo, recordándoles el son deleitoso de su blando acento, y diciéndoles:

No muera el que conserva en viva historia
De vuestras verdes selvas la memoria;

Enmudece fatigado y sin aliento: repítese el eco de su suspiro hasta en el golfo de Luso. Pero Próteo, que apacienta entonces su ganado, oye sus lamentos y acude á consolarle, anunciándole que el poeta á quien llora, no ha muerto, y que

Durará su memoria
Mil y mil siglos fresca y floreciente
En lenguas de la gente.

Y añade en son profético:

Tu valor y el del Bétis hermanados,
Contrastarán la furia de los hados.
Bétis dará quien con dichosa pluma
Alce en vuelo tu fama y la de Lasso,
Y la suya la dél tambien estienda.
Nunca será á los cuatro el cielo escaso,
Tanto, que vuestro nombre se consuma,
O poco del olvido se defienda.
Antes por la árdua senda
La alzará al inmortal y sacro asiento,
Con animoso aliento,
Un jóven venturoso á quien ha dado
Febo su canto amado;
Y por más estimallo, el casto coro
Le dió nombre de hierro, ingénio de oro.

De esta manera encomia el maestro Medina á estos dos príncipes de nuestro parnaso; dando con su númen, otra gloria al mismo Bétis, y realzando la noble figura del fundador de la escuela poética de su patria.

Hállase impresa en la misma obra de las Anotaciones de Herrera, la traduccion en verso castellano de una elegía de Propercio, hecha por Medina, con merecidos elogios del *divino* vate. Citado por este el sábio maestro varias veces en la referida obra, una de ellas copia con oportunidad los siguientes versos suyos, *en que recogió cierto intento de Horacio, porque pienso*, dice, *que traer aquí algo de hombre tan docto, ha de ilustrar estos escritos*. Son los siguientes:

Mientras oro, grana y nieve
Orna vuestro cuerpo tierno,
Gozad este don tan breve,
Antes que venga y se lleve
Tales flores el invierno.
De no ser cual habreis sido,
Entonces os doloreis;
O, viendo el tiempo perdido,
Llorareis no haber tenido
La voluntad que tendreis.

Inserta tambien Herrera en su mismo libro enunciado, dos epígramas latinos de Sanazaro, *que por habellos vuelto en nuestra lengua*, dice aquel, *glosando una cancion española Francisco de Medina, los pondré ambos, porque merecen lugar en cualquiera parte.*

Hé aquí, pues, las bellas y fáciles quintillas del ingénio sevillano:

Amor templó con mi fuego
Mis lágrimas de tal suerte,
Que él ni ellas me dan muerte,
Porque si me enciendo, luego
Resiste la agua más fuerte.
En tan contrarias porfías,
Con las lágrimas más frias
Mi fuego se vá encendiendo,
Y del fuego van saliendo
Las tristes lágrimas mias.
Corre deste llanto el hilo
Tan abundante y cruel,
Que se engendra fuego dél;
Y así en lágrimas soy Nilo,
Y en llamas soy Mongibel.
El llanto y el fuego es tal,
Que con su furor mortal
Me vá el fuego consumiendo;

Y las lágrimas cayendo
En piedras hacen señal.
  Con la muerte cesaria
La causa de mi dolor,
Si consumiese el calor
La fuerza del agua fria,
Y ella matase el ardor.
  Mas ¡ay pasion desigual!
¡Ay agua! ¡ay fuego inmortal!
Que en todo hallo salida
Para dar fin á mi vida,
Y en vos nunca por mi mal.

Trasladamos aquí, por último, la bella traduccion de Medina, del epígrama ingenioso de Ausonio, *de la Eco.*

  Cambia, loco pintor, el pensamiento,
No esperes figurarme en tu pintura.
¿No ves que es invisible mi figura,
Y querer retratalla es vano intento?
  Madre me fué la lengua, padre el viento:
De mí se engendra en semejanza oscura,
Un vano indicio que en el aire dura,
Mientras doy voces sin entendimiento.
  El fin del son ajeno renovado
En mi voz, por burlaros voy siguiendo,
Hasta llegar con él á vuestro oido.
  ¿Mas á qué fin te estoy entreteniendo?
Si quieres retratarme en fiel traslado,
Retrata (si pudieres) el sonido.

Tanto este soneto, como los versos que copiamos antes, bastan en nuestro juicio, para dar á conocer la inspiracion poética y el estilo correcto del inteligente maestro Francisco de Medina.

MEDINA Y MEDINILLA (Pedro de).—Dice Lopez Sedano, al hablar en el *Parnaso Español* de este ingénio, que debe creerse fué natural de Madrid, aunque Lope de Vega le coloque entre los que lo fuéron de Sevilla. Ignoramos los fundamentos en que pueda apoyarse esta duda sobre la pátria de Medina, y las razones que hubieron de inclinarle á aquella sospecha. En nuestra humilde opinion, que no es sola en este punto, el poeta celebrado por Lope, nació

en las márgenes del Bétis. En unos *Estudios biográficos de sevillanos famosos*, escritos por el Sr. Gomez Aceves, que en otra ocasion hemos citado, se hace á Sevilla el pueblo natal de aquel vate; y con datos en esta misma poblacion adquiridos, hasta se señala ser la collacion de San Márcos, donde él, ó al ménos su familia, residió. Llámalo este mismo escritor, poeta melancólico, humanista apreciable, historiador ameno, arqueólogo pensador; y le ofrece relacionado con los literatos insignes que en aquella época florecieron en Sevilla.

Lope de Vega, con quien debió tener íntima y afectuosa amistad, le consagra esta sentida estrofa en su *Laurel de Apolo*.

¿A qué region, á qué desierta parte,
A qué remota orilla,
Oh Pedro de Medina Medinilla,
Llevó tu pluma el envidioso Marte?
¿Qué bárbaro horizonte,
Poeta celebérrimo de España,
Qué indiano mar, qué monte,
Tu lira infelicísima acompaña?
Pero ¿cómo si fuiste nuestro Apolo,
No acabas de volver á nuestro polo?
Mas, pues tu sol del indio mar no viene,
¡Ay Dios, si noche eterna te detiene!

Medina murió, en efecto, léjos de su patria, en las regiones de América, donde le condujo el anhelo, como soldado que era, de la gloria que dan las armas.

Bien puede creerse á Lope sincero y desconsolado en el recuerdo que con tan elegiaca entonacion le dirige. En otra ocasion, amarga y terrible para el mismo insigne dramático, resonó la lira del vate andaluz haciéndose eco de la pena de su amigo, en la muerte de la esposa de este, doña Isabel de Urbina. La égloga que á tan triste asunto compuso, y que insertó Sedano en su coleccion de poesías, es la única obra que conocemos de nuestro autor. Segun aquel, se halla escrita entre Medina y el mismo Lope de Vega; suponiendo del primero las lamentaciones de Lisardo, y de Belardo las del segundo. En algo ha de fundarse este aserto; pero si es sólo una sospecha de aquel crítico, no podemos abrigarla del mismo modo. Cierto es que en las estancias de Belardo se advierte alguna más pasion y sentimiento que en las de su interlocutor; pero aún así, no hay en ellas toda la verdad, toda la ternura de un alma á quien aflige tan lamentable desgracia. En otras varias composiciones, dedicadas á Belisa, anágrama de Isabel, manifiesta el mismo Fénix de los ingenios, sin hallarse afectado por el dolor, y un dolor de

esta índole, más desconsuelo y viveza en sus expresiones. De sospechar es, pues, que toda esta poesía es trabajo exclusivo de Medina. Considerando en conjunto dicha obra, no corresponde al ingénio que sin duda hubo de mostrar en otras que no conocemos, y que inspiraron especiales elogios á dos célebres contemporáneos suyos. En los que por la misma le tributa Sedano, hay en nuestro concepto, alguna exageracion.

Su otro encomiador es Cervantes. Hé aquí los versos que dedica, segun creemos, al mismo Medina, en su *Viaje del Parnaso*:

Este, que brota versos por los poros,
Y halla patria y amigos donde quiera,
Y tiene en los ajenos sus tesoros,
Es Medinilla, el que la vez primera
Cantó el romance de la tumba escura,
Entre cipreces puestos en hilera.

Tambien D. Nicolás Antonio incluye en su *Biblioteca* á dos escritores sevillanos de su mismo nombre y primer apellido; el uno historiador y matemático, y el otro fraile de la Merced.

MEDRANO (Francisco de).—Debió florecer á fines del siglo XVI ó principios del inmediato. Imprimiéronse sus poesías en el año 1617, en Palermo, y al fin del poema, *Los remedios del amor*, imitacion de Ovidio, de Pedro Venegas de Saavedra, sevillano tambien. Ya hemos tratado con detencion en otro lugar, del mérito de aquellas.

Pocas son las noticias que se conservan de Medrano. Sábese que estuvo en Italia; permaneciendo algun tiempo en Roma, á donde le llevaron asuntos ó pretensiones que no debieron obtener un éxito satisfactorio. Regresó despues á su patria, y se infiere de sus versos, que tambien residió en Salamanca algun tiempo. En Sevilla hubo de tener estrecha amistad con otros dos ingénios, paisanos suyos, Pacheco y Arguijo, á quienes consagró varias de sus poesías.

Ignórase el año de su muerte. En la *Coleccion de Poetas líricos de los siglos* XVI *y* XVII, ordenada por D. Adolfo de Castro, y que forma parte de la *Biblioteca de autores españoles*, ocupa un merecido lugar. Ticknor tambien le menciona dignamente en su *Historia de la literatura española*.

MEGIA (Diego).—Floreció en los últimos años del siglo XVI ó primeros del siguiente. Fué desde las márgenes del Guadalquivir al Perú, con el cargo de oidor de la Audiencia de la ciudad de los Reyes. Compuso el *Parnaso*

antártico de obras amatorias, con las *Veinte y una epístolas de Ovidio*, y *el Ibis*, en tercetos, impreso en Sevilla en 1608. Llamó primera parte á esta coleccion de poesías, aunque no llegó á dar á luz la segunda.

El estilo de Mejía es elegante y correcto, y su lenguaje castizo. Fernandez reprodujo en 1797 (en su coleccion, tomo XIX), *Las Heroidas de Ovidio*, traducidas por nuestro ingénio; pero no una carta poética, escrita á este por una dama, en que se dan noticias de muchos poetas de la América del Sur, y que tambien se halla entre sus obras.

Los anotadores de la *Historia de la literatura española* de Ticknor, ampliando la noticia que da este escritor de Mejía, al elogiar su mérito, refieren el siguiente episodio:

«Navegando en 1596 hácia la Nueva España, donde, segun él mismo cuenta en el prólogo de sus poesías, iba más bien por curiosidad de ver aquellos reinos, que movido del interés, la nave en que iba embarcado padeció fiera tormenta en el golfo del Papagallo, y fué arrojada al puerto de Acaxu, en la playa de Sonsonate. De allí, emprendiendo el camino por tierra, con el fin de distraerse de las fatigas de un viaje tan penoso, y que duró tres meses, Mejía compró de un estudiante de Sonsonate un Ovidio latino, y cuando llegó á Temixtitlan (Méjico), tenia ya traducidas catorce epístolas de las veinte y una, las cuales llama *primicias de su pobre musa*. Concluida despues y limada en Méjico su version del poeta latino, la remitió, á ruego de sus amigos, á Sevilla para ser allí impresa. Mejía dice que prefirió traducir las epístolas en tercetos, *por parecerle que esta clase de rimas corresponde con el verso elegíaco latino*, opinion contraria á la sentada por Villegas cuando pensó en traducir á Dante.»

Sin duda debe ser este Mejía el que Cervantes nombra en su *Viaje del Parnaso*, como uno de los poetas defensores del imperio de Apolo.

Hacer milagros en el trance piensa
Cepeda, y acompáñalo Mejía:
Poetas dinos de alabanza inmensa.

Este ingénio pertenece, pues, á la época feliz de la poesía hispalense.

MEJIA (Pedro).—Tan docto sevillano nació el año de 1500, época en que ya florecian los estudios en la ciudad que pudo llamarse, durante todo el siglo que se inauguraba con aquella fecha, emporio del saber. Pedro Mejía siguió con preferencia los de matemáticas, astrología é historia. Cursó las leyes y el idioma latino en Salamanca, sobresaliendo siempre por su aplicacion y despejada inteligencia. Aunque sus obras más importantes y conocidas se hallan en prosa, tiene este célebre ingénio un lugar muy distinguido y con

justicia alcanzado, entre los que cultivaron el arte poético en su patria. Pacheco, en su libro de *Retratos de memorables varones*, consagra un elogio á este ingénio. «Entreteníase tambien, dice aquel artista y poeta, en componer versos castellanos, y por su agudeza y dulzura, fué muchas veces premiado.» Confírmase esto mismo en el *Ejemplar poético* de Juan de la Cueva:

El gran Pedro Mejía, el extremado
Juan Iranzo en las justas de los Santos,
En que fué el uno y otro laureado,
En este verso celebraron tantos
Cuantos vemos en santas alabanzas,
Que en la suya resuenan hoy los cantos.

Argote de Molina, extendiéndose más, al elogiarle como poeta, se explica en estos términos: «A lo menos los ingénios devotos á las cosas de la nacion y la dulzurá de nuestras coplas castellanas, de los cuáles florecen muchos en esta ciudad (Sevilla), son encargo á la buena memoria del Reverendísimo D. Baltasar del Rio, Obispo de Escalas, que mientras duraren sus justas literarias, no dejarán las coplas castellanas su prez y reputacion, por los honrados premios que instituyó á los que en este género de habilidad más se aventajasen. Lo cual ha sido ocasion de que esta ciudad sea tan fértil de felices ingénios de poetas, que han ganado muchas veces premio en estos nobles actos de poesía, como el buen caballero Pedro Mejía, grande ornamento de su patria, que entre otras partes de buenas letras que tenia, como dan testimonio sus obras tan conocidas, aun en las naciones y lenguas extranjeras, no se desdeñó deste apacible ejercicio.»

Inclúyese á Mejía en el *Catálogo del teatro antiguo español* del Sr. Barrera, tambien como autor escénico, fundándose en lo que el citado Juan de la Cueva dice en el mismo *Ejemplar poético*; aunque ni Pacheco ni Argote confirman que cultivase este género literario. Hé aquí los versos de Cueva:

Ya fuéron á estas leyes obedientes
Los sevillanos cómicos, Guevara,
Gutierre de Cetina, Cozar, Fuentes,
El ingenioso Ortiz, aquella rara
Musa de nuestro astrífero Mejía,
Y del Menandro Bético Malara.

Las obras que tanta celebridad han dado al elocuente Mejía, y que tan apreciadas estuvieron en los siglos XVI y XVII, son las siguientes: *Silva de varia leccion*, impresa en Sevilla en 1542. Hízose este libro tan popular y conocido, que no sólo se vieron de él muchas ediciones, sino que fué traducido al ale-

man al italiano, francés, inglés y flamenco; al inglés por dos autores distintos. Cierto biógrafo francés de nuestros dias, fiándose demasiado de ajenas opiniones y no conociendo por sí seguramente este libro, llámale *complicacion indigesta*; pero nada influye para desvirtuar su mérito ni la fama que tan justamente obtiene, esta opinion especial y tan poco fundada. Otra obra de Mejía, sumamente erudita, es *Los Césares*, ó *Historia de los Césares, desde Augusto á Maximiliano I*. Dióse á luz en 1545, y fué traducida al italiano por Luis Dole, en Venecia en 1664, con general aceptacion, segun expresa el Abate Lampillas. Escribió tambien *Coloquios y diálogos*, en los cuales se trata de los astros y de los elementos; y unida á esta obra é imitando á Luciano y Apuleyo, *La alabanza del asno*. Sevilla, 1547. Tradújose tambien al toscano, y se imprimió en Venecia, en 1557. Mejía vertió al castellano, *De la Parenesis ó exhortacion á la virtud*, de Isócrates. Este libro fué impreso en Madrid en 1843. Su *Historia del Emperador Cárlos V* y sus *Fragmentos y memorias*, quedaron inéditas.

Mejía, segun Pacheco, mantuvo afectuosa é íntima correspondencia con el célebre Luis Vives, en elegantes cartas latinas. Fué persona de distincion por su clase y por los cargos que ejerció públicamente. Dice aquel autor de los elogios de ilustres sevillanos, que por ser Mejía de natural determinado y brioso, se aventajó tanto en la destreza de las armas, que ninguno le igualaba. Desempeñó los oficios de Alcalde de la hermandad de número de los hijosdalgos de Sevilla, de Contador de su majestad en la casa de Contratacion, y fué uno de los regidores llamados Veinticuatros. Nombróle el Emperador Cárlos V su cronista, despues de haberse recreado en la lectura de sus obras; encargándole al mismo tiempo se emplease en escribir la historia de su reinado.

Mejía murió el año 1552, siendo los del siglo los de su edad, y fué sepultado en la iglesia de Santa Marina, en el panteon donde yacian sus ascendientes. El eminentísimo doctor Benito Arias Montano, en tributo de gratitud y afecto á aquel que fué su maestro, y le sirvió de padre en sus primeros años, compuso el epitafio que copia Pacheco, del que se esculpió en la piedra de su sepultura.

Ortiz de Zúñiga trata de este insigne varon en sus *Anales*, con el detenimiento que merece, pero nada digno de notarse añade á lo que dejamos expuesto.

Por último, Juan de la Cueva le tributa los siguientes elogios en su *Viaje de Sannio*:

Revuelto entre los signos y planetas,
Al gran *Pedro Mejía* ahora advierte
Comunicar del cielo las secretas
Obras que admiran nuestra humana suerte.
Honrará el lauro honor de los poetas,

Hará la historia de un monarca fuerte,
Los Césares, la Silva, y dará al mundo
Escritos que lo hagan sin segundo.

MEJÍA DE FERNAN GIL (Diego).—Escribió *Christi Domini Philantropía*, en ciento sesenta y tres sonetos castellanos. Esta obra fué impresa en Sevilla. Cítale Varflora en los *Hijos ilustres* de esta ciudad.

MONROY Y SILVA (D. Cristóbal de).—Natural de Alcalá de Guadaira, distante dos leguas de Sevilla, Regidor perpétuo y Teniente de Alcaide del fuerte de aquella villa por los años 1640. El no escaso repertorio de este autor dramático, revela la fecundidad de su ingénio. Sus brillantes dotes para este género difícil, se admiran en más de una obra suya, y le hacen acreedor á ser tenido en mayor aprecio de lo que lo ha sido hasta nuestros dias. Podemos citar dos producciones suyas de distinta índole: una *Historia de Alcalá de Guadaira*, y un *Epítome de la historia de Troya*, 1641. La primera permanece inédita. Es autor de una *Silva* á la muerte del Dr. Juan Perez de Montalban.

De tres de sus comedias, de muy varios asuntos, elegidas por esta circunstancia por el Sr. Mesonero Romanos para formar parte de los *Dramáticos posteriores á Lope de Vega* (*Biblioteca de autores españoles*), *La batalla de Pavía*, *El ofensor de sí mismo*, y *Las mocedades del Duque de Osuna*, dejamos hechas algunas ligeras indicaciones.

Ampliando sólo lo que se refiere á la primera nombrada, que es sin disputa la mejor, señalarémos algunas de sus escenas más notables; sintiendo no poder reproducirlas. Lo es, sobre todas, aquella en que el emperador Cárlos V visita á su prisionero el rey de Francia. La noble competencia que sostienen ambos soberanos sobre el valor hazañoso de los héroes de sus respectivas naciones, los recuerdos de gloria que acuden á los lábios del césar español, aquellos que siempre excitan el entusiasmo y el pátrio orgullo, debieron proporcionar á Monroy, en su época, aplausos espontáneos y merecidos.

El desenfado varonil de Lisarda, la hija del valiente capitan que hizo prisionero al rey Francisco, y que en trage de soldado asiste á los peligrosos encuentros; la intrepidez de tan resuelta doncella que asegura que no hay otra música que más le deleite,

Que los golpes de las cajas
Y de las balas los silbos,

concurren en esta obra, de vez en cuando, á dar un carácter chistoso y menos severo á la accion. Hecha aquella misma, dama de palacio, no olvida sus mar-

ciales maneras, y jamás se acostumbra á una vida tan diferente á la de los campamentos. Hé aquí un breve diálogo que pinta su carácter con exactitud:

Lobon. ¿No te riñe el guarda-damas?
Lisarda. El otro dia me dijo
Que advirtiera no sé qué
Ceremonia.
Lobon. ¿Y hubo chirlo?
Lisarda. No; pero de un torníscon
Le deshice los colmillos.
Todas me llaman Diana
Por lo escabroso y arisco;
Cuando me enojo, las damas
Tiemblan de mí, vive Cristo.

Por último, cuando el duque del Infantado, seducido por la hermosura de tan agreste jóven, llega á obtener su mano, más bien por mandato del emperador, que por su voluntad, aquella exclama:

¿Quién es marido de quién?

Diversos rasgos que demuestran la gracia cómica y oportunidad de Monroy, pudiéramos citar de esta misma produccion, pero habriamos de extendernos demasiado.

Conocemos otra comedia de este mismo autor, titulada *Los tres soles de Madrid*, cuyo argumento es en extremo original. El poeta no pone límite á los vuelos de su imaginacion. De Constantinopla viene á Madrid; á una escena de galanteos en la córte de España, se sucede otra de la misma índole en los jardines del emperador otomano. Un D. Enrique, cautivo cristiano, tiene tal semejanza con Soliman, príncipe turco que aparéce en el primer acto y ya en el siguiente ha muerto, que sin dificultad, por las miras particulares de cierto Celin, pasa por ser aquel mismo, y hasta obtiene la corona de su imperio. Allí, tiene en su poder cautivos á su padre, un hermano suyo y su amada, á quienes finge desconocer, al mismo tiempo que se vé obligado á heredar los amores del verdadero Soliman con una bella y celosa mahometana. Prolijo seria referir los episodios de esta fantástica y singular comedia. Por último, Enrique confiesa su engaño, y prefiere á renegar de su fé, el martirio que sufre con su amada y sus parientes tan allegados. Estas víctimas heróicas son *los tres soles de Madrid*.

A pesar de lo disparatado de su asunto, no deja de interesar esta obra por sus variados accidentes y su fácil versificacion; aunque con no poca frecuencia suele su autor elevarse á las alturas del culteranismo, empleando trabajosas hipérboles. No carece de oportunidad y gracejo en sus escenas cómicas

Las producciones dramáticas de Monroy citadas por Barrera en su catálogo, son, además de las tres ya nombradas, las siguientes: *Celos, industria y amor*. 1640.—*Lo que pasa en un meson*. 1643.—*No hay más saber que salvarse*. 1648.—*No hay amor donde hay celos*. 1644. Todas estas se hallan manuscritas, en la Biblioteca del duque de Osuna; y en la del Sr. Duran, tambien manuscritas, con la fecha de 1658, esta otra: *El mayor vasallo del mayor señor, ó el gigante cananeo. San Cristóbal*. Hállanse en colecciones: *Mudanzas de la fortuna y firmezas del amor*.—*Envidias vencen fortunas*.—*La batalla de Pavia*, con el título tambien de *El prisionero más valiente*.—*Los Príncipes de la Iglesia San Pedro y San Pablo*.—*La Sirena del Jordan, San Juan Bautista*. Sus comedias sueltas son, además de algunas de las nombradas: *Acteon y Diana*.—*La alameda de Sevilla y recato en el amor*.—*El caballero dama, ó el Aquíles*.—*El casamiento fingido*.—*Los celos de San José*.—*Celos, industria y amor*. (*Todo es industrias amor*).—*La destruccion de Troya*.—*El encanto por los celos, y fuente de la Judía*.—*Escarmientos del pecado, ó la fuerza del desengaño, ó lo que puede un desengaño, y memoria de la muerte, y justos juicios de Dios*.—*Fuente ovejuna*.—*Héctor y Aquíles*.—*El horror de las montañas, y portero de San Pablo*.—*Más vale á quien Dios ayuda, Esau y Jacob, ó el pastor más perseguido y finezas de Raquel*.—*El más valiente andaluz, Anton Bravo*.—*El robo de Elena*.—*San Bartolomé en Armenia*.—*El valor siempre da honor*.—*Las violencias del amor, y D. Belforan de Grecia*.—*Perdonar por no poderse vengar*. Tambien es autor Monroy, de los autos sacramentales, *Las grandezas de Sevilla*, y *San Juan Bautista*.

La comedia citada anteriormente, *Los tres soles de Madrid*, no se halla en el Catálogo de Barrera, al menos, con este título.

MONTESDOCA, ó *Montes de Oca* (Pedro de).—Citado en el *Parnaso Antártico* de Diego Mejía, y en el *Canto de Calíope* de Cervantes. Debió florecer á fines del siglo XVI ó principios del inmediato: así se infiere al menos, por las fechas de los elogios de aquellos. (1608 y 1614). Pasó en su juventud á América, ejerciendo en el Perú la profesion militar, segun los versos insertos en la obra nombrada primeramente y en el *Discurso en loor de la Poesía*, que le precede, escritos por una incógnita dama peruana. Este ingénio sevillano regresó á España por la época en que Cervantes le tributaba sus loores.

Hé aquí tanto los de este ilustre escritor, como los de la dama referida. Dice el primero en el expresado *Canto de Calíope*:

Este mesmo famoso insigne valle
Un tiempo al Bétis usurpar solia
Un nuevo Homero, á quien podemos dalle

La corona de ingénio y gallardía:
Las Gracias le cortaron á su talle,
Y el cielo en todas lo mejor le envia:
Este ya en nuestro Tajo conocido,
Pedro Montesdoca es su apellido.

El mismo Cervantes consagra tambien á Montesdoca, en su *Viaje del Parnaso*, estos otros versos:

Desde el indio apartado del remoto
Mundo llegó mi amigo Montesdoca,
Y el que anudó de Arauro el nudo roto.
Dijo Apolo á los dos:—A entrambos toca
Defender esta vuestra rica estancia
De la canalla de vergüenza poca.

Aquella dama poetisa se expresa de esta manera:

Quisiera, oh Montesdoca, celebrarte,
Mas estás retirado allá en tu Cama
Cuándo siguiendo á Febo, cuándo á Márte.
Pero, como tu nombre se derrama
Por ambos polos, has dejado el cargo
De eternizar tus versos á la fama.

En el poema *La casa de la memoria*, de Vicente Espinel, se hace tambien un honroso recuerdo de este ingénio.

Tú que las ondas y caudal corriente
Del patrio Bétis sin razon negaste,
Y el alto estilo de un ingénio ardiente
A Lima en Occidente celebraste,
Vuelve el tributo á quien tan justamente
Debes el claro nombre que ganaste,
Pedro de Montes de Oca, que no es Lima
Dino de tan aguda y pura lima.

El Sr. Barrera, en la noticia que dá de este ingénio en sus biografías de los mencionados por Cervantes en su referido *Canto de Calíope*, observa que acaso fuera descendiente del insigne filósofo y teólogo, D. Juan de Montesdoca, de fama europea, que murió en 1532.

En las *Diversas rimas de Vicente Espinel* (1591), *beneficiado de la iglesia de Ronda*, se halla un soneto laudatorio á éste, de *Pedro de Montesdoca*, *el indiano*.

MORALES (Juan de).—Ya hemos indicado nuestras dudas sobre si este estimable poeta fué ó no, natural de Sevilla. Si no lo fué, la influencia que en él tuvo la escuela poética fundada en esta ciudad, es suficiente para que en tal incertidumbre, no vacilemos en consagrarle un recuerdo honroso, tan sobradamente merecido, entre los ingénios que forman este catálogo.

Así comienza Morales su oda al señor de Guadalcázar, que se halla inserta en las *Flores de poetas ilustres*, de Espinosa, (1603):

No creas que mis versos, por ventura,
Habrán de parecer como su dueño,
Del Bétis hijo y de su márgen verde.

No son, seguro dato para fijar la patria de nuestro vate, las anteriores palabras. Cualquiera que sea, no debe desdeñar enriquecer su parnaso con las producciones de tal ingénio, modestamente confundido entre otros, no menos dignos, en la citada coleccion de poesías de Espinosa.

Sedano, pródigo por lo general en alabanzas, las tributa con más justicia á nuestro poeta, al insertar una égloga suya, de la obra que acabamos de mencionar, en su *Parnaso Español*.

Alguna traduccion de Horacio, hecha por Morales, confirma que, si no tuvo éste su cuna en Sevilla, siguió, á lo menos, la escuela de los Medranos y los Riojas.

Copiamos el siguiente soneto suyo, por ser la más breve de sus composiciones, así como porque es digno de ser mencionado.

Jamás el cielo vió llegar piloto
Al deseado puerto tan contento,
De las furiosas olas y del viento,
La nave sin timon, y el árbol roto;
Y tomando la tierra tan devoto,
Correr al templo con piadoso intento,
Y en él, por verse puesto en salvamento,
Colgar las ropas, y cumplir el voto;
Cual yo escapé del mar del llanto mio,
Pasada la borrasca de mi pena,
Y en el puerto surgí del desengaño;
Cuyo templo adorné de mi navío,
Colgué mis esperanzas y cadena,
Por ser mi bien el fruto de mi daño.

Cita D. Nicolás Antonio á un Juan Bautista Morales, como natural de Montilla, y autor de la obra titulada *Jornada del Rey D. Sebastian en Portu-*

gal (1612), y del *Jardin de suertes morales y ciertas* (1616), y otro Fray Juan de Morales, nacido en Málaga, que publicó una obra en 1619. Tambien menciona un religioso andaluz de iguales nombres y apellidos, que, por la fecha en que falleció (1654), debió ser posterior á nuestro poeta.

Nada más podemos añadir sobre el mismo.

MOSQUERA DE FIGUEROA (Licenciado Cristóbal).—Nació en Sevilla el año de 1553: en 1597 desempeñaba el cargo de Corregidor de la ciudad de Ecija; siendo además Auditor general de la armada y ejército, segun expresa en un elogio suyo á D. Alonso de Ercilla, que se halla al principio de la edicion de la *Araucana*, hecha en el segundo año citado. Falleció en aquella misma ciudad el año 1610.

Este ingénio se hizo notable, tanto en las letras como en las armas; siendo á la vez jurisconsulto, militar y poeta. Mereció los elogios de sus paisanos, Herrera, el pintor Pacheco y Baltasar de Alcázar. Los del primero se hallan en las *Anotaciones á las obras de Garcilaso*, donde se insertan algunos fragmentos del *Eliocrisio*, traduccion del griego en prosa y versos castellanos, por el mismo Mosquera, á quién ocupó este trabajo el largo espacio de más de treinta años. Las alabanzas de Pacheco al feliz ingénio de este vate, se encuentran en el libro de *Retratos* y *elogios*, donde tambien se incluye otro fragmento de una poesía en tercetos de Alcázar, en encomio del mismo. No le olvida tampoco en sus loores Cristóbal de Mesa, en su poema *La restauracion de España.*

Hállase al frente de las mencionadas *Anotaciones á las obras de Garcilaso*, una elegia de Mosquera, quien tradujo asimismo en versos castellanos algunos trozos de los poetas latinos que en aquellas se citan. Tambien escribió nuestro licenciado una *prefacion* en prosa para la obra de Herrera, titulada *Relacion de la guerra de Chipre, y sucesos de la batalla naval de Lepanto.*

Al frente del libro de Gerónimo de Carranza, titulado *De la filosofía de las armas*, hay una epístola laudatoria del Licenciado Mosquera de Figueroa, que comienza:

Ya de las fieras armas la aspereza...

En las biografías de los ingénios citados por Cervantes en el *Canto de Caliope*, del Sr. Barrera, se dice posee el Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra, un precioso códice de poesías inéditas de este docto sevillano.

El insigne autor del *Ingenioso hidalgo*, escribió un soneto en alabanza del Marqués de Santa Cruz, en los *Comentarios de las jornadas de las islas Asores*, por el licenciado Mosquera de Figueroa (1596).

Hé aquí el elogio que consagra á este el mismo Cervantes, en su expresado *Canto de Caliope*:

Otro vereis, en quien vereis cifrada
Del sacro Apolo la más rara ciencia,
Que en otros mil sugetos derramada,
Hace en todos de sí grave aparencia:
Mas en este sugeto mejorada
Asiste en tantos grados de excelencia,
Que bien puede *Mosquera el Licenciado*
Ser como el mesmo Apolo celebrado.

Juan de la Cueva, en su *Viaje de Sannio*, menciona á Mosquera con grandes loores, entre otros ingénios hijos de Sevilla, si bien no le nombra con iguales apellidos. No queda duda alguna que á él se refiere, por citar una obra de la que se sabe fué autor. Asimismo hace referencia á él en otra epístola, como uno de los amigos *que estima y quiere*. Hé aquí el encomio que le consagra en el expresado *Viaje de Sannio*:

Cristóbal de Mosquera de Moxcoso
Que á su bella Eliocrisis celebrando
Hará su nombre eterno y glorioso,
Es este jóven que te voy mostrando.
Este de un gran monarca poderoso
Será juez, y en su potencia mando;
Por su consejo en Lepanto se espera,
Del otoman rendir la saña fiera.

En las poesías del maestro de la escuela sevillana, el poeta *divino*, se halla un soneto dirigido á Mosquera, en el cual se lamenta aquel de sus contratiempos amorosos.

Existe una vida del venerable P. Contreras, piadoso varon á quien tambien consagramos un honroso recuerdo en estos apuntes, segun el citado señor Barrera, atribuida por el P. Gabriel de Aranda á D. Cristóbal Mosquera, caballero sevillano; cuyo manuscrito original, dice el mismo P. Aranda, se guardaba en la casa profesa de los jesuitas de Sevilla.

Como muestra del estilo poético de Mosquera, copiamos en este lugar algunos de sus versos, que se hallan en las *Anotaciones* de Herrera á las poesías de Garcilaso.

La sentida elegía á la muerte de este dulce poeta, que expresamos estar colocada al frente de las mismas *Anotaciones*, principia de esta manera:

Cisnes del Bétis que en su gran ribera
Regaladas canciones entonando,
Volveis el triste invierno primavera;

Y cuando la aura dulce va espirando,
Vais en templado y grave movimiento
Sublimes por las ondas paseando;
Pues recibis de Apolo el claro aliento,
Y de las musas sois favorecidos,
Trocad la voz en lamentable acento.
Publíquese el dolor á los sentidos,
Y en lugar del laurel que en vos florece,
Salga el ciprés con ramos esparcidos.
El dolor, que por muestras se parece,
Descúbralo en señal de estos dolores
El tejo, que á las aves oscurece.
Murió Salicio, gloria de pastores,
Quedó el suelo sin él desamparado,
¿Quién sabrá ya cantar quejas y amores?

Copiaríamos de buen grado toda esta bella poesía, á no impedirlo su mucha extension.

Los versos de Mosquera que Herrera copió en sus *Anotaciones*, y pertenecen á su *Enamorado Eliocrisio*, justifican sobradamente que su autor era digno hijo predilecto de las musas. Tambien insertó en la misma obra el maestro de la escuela poética de Sevilla, unas traducciones de este vate, en verso castellano, de los que escribió en latin Aquiles Buca, erudito caballero boloñés. Tratan de Vénus y el Amor.

Otras versiones del mismo de las églogas latinas de Sanazaro, de las cuales copiamos á continuacion dos fragmentos, dan una idea de su facilidad é ingénio.

Habla en una de ellas Mosso:

Cual en mar sosegado deslizándose,
Corre la nao con furia,
Escarespando las ondas con los céfiros
De regalado espíritu,
Ella volando va con viento próspero,
Y la gente marítima
Juega, y se regocija con bullicio;
Así estaba pacífica
Mi vida, cuando Clóris hermosísima
Consolaba mi ánima.

En la otra á que nos referimos, habla Yolas:

Hieren los torbellinos enojados

Las peñas, y allí el viento se embravece;
Sacando de los mares alterados
Arena, que los turba y oscurece;
Dan las ondas en riscos levantados;
La tierra con estruendo se estremece:
O yo me engaño, ó es esta furia airada
Nise, que contra mí viene indinada.

Tambien inserta Herrera en el citado libro, una traduccion en tercetos de nuestro vate sevillano, del epigrama de las Sirenas, que hizo Festo Avieno, falsamente atribuido á Virgilio, segun el erudito anotador de Garcilaso. Copia otra del libro 4.º de los epígramas de Fausto Sabeo, sobre la fábula de Ciso, que trató de esta manera:

El bello Ciso, del dios Baco amado,
Diestro en danzar, tejiendo ante él un coro,
Una vuelta dió en torno, y quebrantado
La cerviz, causó á Baco triste lloro;
La tierra en tierna hiedra le ha formado,
'Que amor dió en esta planta su tesoro.
Luego creció, y la vid va rodeando,
Y en ella á su amador está abrazando.

Hé aquí otros versos del ingénio á quien consagramos estos renglones, considerados por Herrera de *gravísimo sonido*. Pónelos en el Vaticinio de Proteo al señor D. Juan de Austria.

En tanto que tan altas cosas vemos,
Publíquense trofeos y vitoria
Por los desnudos mástiles alzados,
Amarrando cativos á los remos;
Banderas inclinadas y sin gloria,
Ricas aljabas, arcos desarmados,
Alfanges como lunas encorvados,
Turbantes y soberbia cristería.

Copiamos, para concluir, la traduccion de Mosquera á nuestro habla, de unos versos latinos del ya citado Fausto Sabeo, fundados en la bella ficcion mitológica del purpúreo color de la reina de las flores, antes blanca, coloreada con la sangre de Vénus, desde que esta diosa de la hermosura se hirió con sus espinas en el pié desnudo.

Cuando Faeton sus rayos descubria,
Vénus por un jardin se recreaba,
Y por cortar las rosas que allí habia,
Sus brazos con espinas lastimaba:
Ella viendo la sangre que salia,
Su hermoso semblante demudaba.
Las flores se turbaron, y las rosas
Quedaron de aquel hecho vergonzosas.

Mosquera acredita en sus versos, no sólo un fácil númen, sino su estudio del idioma latino, y su aficion á los clásicos autores de la antigüedad.

NAVARRETE Y RIBERA (Francisco de).—Pocas noticias se tienen de este hijo, á lo que parece, del suelo sevillano. Sábese que fué notario apostólico en la córte, y se infiere que nació en aquella ciudad, por una composicion que en alabanza suya va entre otras al frente de sus *Sainetes* ó *Entremeses*. El libro en que éstos se hallan coleccionados, se cita por D. Nicolás Antonio con el título de *Flor de Santas*. No acertamos por qué le dá este nombre, si no es acaso un error de imprenta, repetido por otros. Su verdadero título es ó debe ser *Flor de Sainetes*. La sola relacion de algunos de ellos, convencerá de lo ajeno que es de los mismos la santidad, y lo distantes que se hallan de formar un libro piadoso, como parece revelar aquel primer nombre. Llámanse *La buscona*, *La escuela de danzar*, *El parto de Rollona*, *La casa de juego* y *El tahur celoso*. A continuacion de estas ligeras composiciones dramáticas, para aumentar el volúmen del libro, segun dice su mismo autor, se incluyen dos novelas de un género especial, en que, sin duda, los esfuerzos del ingénio no se hallan recompensados con la utilidad que proporciona. La primera, que titula *Las tres hermanas*, está escrita sin la letra *a*, y principia con esta redondilla:

Premio el lector llevará
Cuando el discurso leyere,
Si en alguna línea viere
Razon escrita con A.

Conócense en nuestro idioma algunos trabajos de paciencia semejantes á éste, que sólo prueban de todo lo que aquel es susceptible; pero no pueden ser considerados, sino como entretenidos pasatiempos ó juguetes. La otra novela se titula *El caballero invisible, en equívocos burlescos*. Ambas están incluidas en el segundo tomo de *Novelistas posteriores á Cervantes*, publicado por la *Biblioteca de autores españoles*. Son de corta extension, como su índole exige. Aquel libro fué impreso en 1640. Entre otros entremeses nuevos de diferentes

autores, impresos en Zaragoza en el mismo año, se encuentran dos de Navarrete con el adjetivo de *famosos*, tan comun y prodigado en cierta época, especialmente á las composiciones dramáticas.

Tambien publicó este escritor en 1644, *La casa de juego*, obra en que se descubren las trampas en uso entre los tahures, y se cuentan anécdotas curiosas.

NUÑEZ DELGADO (Licenciado Pedro).—Racionero de la santa iglesia de Sevilla, y catedrático de letras humanas. Sucedió á su maestro el famoso Antonio de Nebrija, en la enseñanza y en el estudio que aquella catedral tenia en el Colegio de San Miguel. El Bachiller Luis de Peraza, de quien fué Nuñez maestro, dice de él en su *Historia de Sevilla*: «Y porque no le dejemos debajo de silencio, el muy reverendo Pedro Nuñez Delgado, racionero de la santa iglesia de Sevilla, doctísimo licenciado en artes, el cual, despues del gran maestro Antonio, toda la Andalucía en latinidad debe vasallaje. Preceptor muy excelente mio, de quien en la cuarta década copiosamente se dirá.»

Este sábio licenciado escribió diferentes epígramas y otros versos. Sus obras, sacadas á luz despues de su muerte por su sobrino Cristóbal, son: *Epigramata Petri Nuñez Delgado cum expositionibus ejusdem Chistophori*. Sevilla, 1537. *Aurea Hymnorum totius anni expositio, etc.* Sevilla, 1527. *Expositio Trenorum id est Lamentationum Hieremia, etc.* Sevilla, 1530. D. Nicolás Antonio le atribuye *La Crónica Troyana*, traduccion de la que compuso Guido Colona, impresa en Toledo el año 1512, y en Medina del Campo en 1587.

El mismo biógrafo dice haber sido tambien maestro de Nuñez, además de Nebrija, á quien sucedió en su cátedra, como dejamos dicho, el año de 1500, Lucio Marineo Siculo; y expresa ser el año de su muerte el de 1535.

Don Diego Ignacio de Góngora, en sus *Adiciones* al libro de *Varones ilustres en letras*, de Caro, trata extensamente de este notable cultivador de las musas latinas, tan insigne por su saber.

OCHOA (Juan de).—Hállase nombrado por Cervantes en su *Viaje del Parnaso*, entre otros ingénios de Sevilla; y tanto por esta circunstancia, como por los antecedentes en que se funda para creerlo nacido en esta ciudad el autor del *Catálogo del teatro antiguo español*, en otras ocasiones mencionado, no dudamos en darle cabida entre aquellos.

Difícil es deslindar acertadamente, en la confusion de nombres, apellidos, fechas y patrias distintas, las diversas individualidades de los muchos poetas de los tiempos á que nos referimos, citados por escritores contemporáneos suyos. Encuéntranse con frecuencia nombres y apellidos idénticos de personas que florecieron en una misma época, y sólo á veces, una más ó ménos ati-

nada conjetura, puede aclarar algo tales dudas y confusiones. Materia es siempre importante, fijar de un modo definitivo el lugar del nacimiento de los varones que han ilustrado á nuestra patria con su saber; y mucho más para las localidades que, bien sea su mérito de mayor ó menor estimacion, se honran y afanan en contar á aquellos en el número de sus hijos.

En tal caso se encuentran varios poetas de nombre igual al del que ahora reclama nuestra atencion. No obstante, todo hace creer que el D. Juan Ochoa de la Salde, *residente en Sevilla*, y autor de una pieza inédita, titulada *El vencedor vencido*, es el que mereció los elogios del soldado de Lepanto.

Hé aquí cómo los expresa este príncipe de las letras españolas, al nombrarle entre los poetas elegidos por Apolo:

Miré la lista, y vi que era el primero
El Licenciado Juan de Ochoa, amigo
Por poeta y cristiano verdadero.
Deste varon en su alabanza digo
Que puede acelerar y dar la muerte
Con su claro discurso al enemigo
Y que si no se aparta y se divierte
Su ingénio en la gramática española,
Será de Apolo sin igual la suerte:
Pues de su poesía, al mundo sola,
Puede esperar poner el pié en la cumbre
De la inconstante rueda ó varia bola.

Agustin de Rojas tambien cita á un Ochoa, que debe ser este, en su loa de la comedia *El viaje entretenido*:

El licenciado Ramon,
Justiniano, Ochoa, Cepeda.

D. Nicolás Antonio hace al mismo D. Juan Ochoa de la Salde, autor de *La Carolea, Inchiridion* que trata de la vida y hechos del invictísimo emperador Cárlos V, impresa en Lisboa 1585, y de la *Crónica del esforzado príncipe y capitan Jorge Castrioto, Rey de Epiro ó Albania*, traducida del portugués al castellano. Sevilla, 1528.

Un Juan de Ochoa Ibañez concurrió con otros ingénios á la fiesta habida en San Juan de Alfarache el dia de San Laureano, de que ya hemos hecho mencion, descrita por el autor del *Ingenioso hidalgo* en una carta á D. Diego de Astudillo, ilustrada por el Sr. Fernandez Guerra.

Segun tan entendido escritor, este Ochoa residia en Sevilla, pero no era natural de ella. Alábalo como muy diestro en el manejo de la espada, como

excelente gramático, buen poeta y cristiano verdadero; suponiéndole él encomiado en estos términos por Cervantes en el *Viaje del Parnaso*. Asimismo cree que este ingénio es el citado por Rojas en la espresada *Loa*, haciendo suya la del *Vencedor vencido*. Mayans, añade, lo confundió con el autor de *La Carolea*.

ORTIZ.—Autor dramático contemporáneo de Juan de la Cueva, y citado por este en su *Ejemplar poético*. Llámale el *ingenioso Ortiz*. Debió florecer á mediados del siglo XVI, y por los tiempos de Pedro Megía y Juan de Malara.

ORTIZ MELGAREJO (Antonio).

Antonio Ortiz, con amoroso engaño
Renueve al docto Herrera la memoria.

Tal es el elogio de Lope de Vega en su *Jerusalen conquistada* (libro XIX) al primero de estos ingénios; elogio que precede á otro muy notable de Rioja. Conceptuado Ortiz imitador de sábio maestro de la escuela poética sevillana, por quien á su vez lo es tan insigne en las letras, de toda justicia merece señalada mencion en estos apuntes.

Fidelio, nombre poético que da al mismo aquel fecundo dramático en otra de sus composiciones, es de esos autores apenas conocidos, no porque lo merezca menos que otros. Debió florecer á principios del siglo XVII.

Ortiz Melgarejo compuso una cancion en alabanza del mismo Lope, que se halla al principio de las *Rimas humanas* de este; una silva al cuadro del Juicio final, pintado por Pacheco, inserta en el *Tratado ó arte de la pintura* de tan distinguido hijo de Sevilla, y el siguiente madrigal que publicó Sedano en el tomo VII del *Parnaso Español*; fragmento traducido de los primeros versos del *Arte poética* de Horacio.

Si al cuello del caballo unir quisiese
Algun pintor una cabeza humana,
Y de diversas plumas la cubriera,
Haciendo el cuerpo en forma tan extraña
Que entre otros varios miembros rematase
En una cola de disforme pece,
La faz acompañando de un semblante
De dulce y hermosísima doncella,
¿Podríades, llamados á ver esto,
Caros amigos, detener la risa?

Andrés de Claramonte y Corroy dice de Ortiz Melgarejo, en su *Letanía moral*, «que es digno de inmortal memoria por su mano y por su pluma; gentil espíritu sevillano, añade, que canta como escribe.»

Luis Velez de Guevara en su *Diablo Cojuelo*, al hablar de una academia donde se reunian los mayores ingénios de Sevilla, nombra como su presidente á Antonio Ortiz Melgarejo, «de la insignia de San Juan, ingénio insigne en la música y en la poesía, cuya casa fué siempre el museo de la poesía y de la música.»

En una obra de Juan de Esquivel Navarro, vecino y natural de Sevilla, que lleva el extraño título siguiente: *Discurso sobre el arte del danzado, y primer orígen reprobando las acciones deshonestas*, se encuentran unas décimas de Antonio Ortiz Melgarejo, del hábito de San Juan, encomiando al mencionado autor, en concurrencia con otros varios ingénios.

PACHECO (Francisco).—Por no dar una extension inconveniente á estas noticias de los ingénios que florecieron en la antigua Híspalis, sólo mencionamos á los nacidos en ella, y no otros que, bien por ser de inmediatos lugares ó de la misma provincia andaluza, bien por su larga estancia en aquella ciudad, donde sobresalieron con sus trabajos y excelentes dotes literarios, merecian no menos señalada atencion. Tanto unos como otros, contribuyeron al prestigio y buen nombre de Sevilla en su época venturosa, y todos á la vez la circundan con los resplandores de su inteligencia; de esa aureola de gloria que tan notable la hace en los fastos de nuestra historia literaria.

Pero hemos de hacer una excepcion en este propósito, en favor del canónigo Pacheco, porque ninguno con mayor justicia y derecho la reclama. D. Nicolás Antonio le hace natural de Sevilla: Ortiz de Zúñiga en sus Anales, con mejores datos, confirma que el lugar de su nacimiento fué Jerez de la Frontera. De todos modos, donde brilló notablemente por su saber y sus estudios; donde ejerció una influencia eficasísima en el adelantamiento de nuestras letras, fué en aquella primera ciudad, en la que residió la mayor parte de su vida, y donde contribuyó á la fundacion, puede decirse así, con su buen gusto y su doctrina excelente, de la verdadera escuela poética sevillana. Relacionado con los mejores ingénios de esta, en la época más floreciente de aquel pueblo, que fué el suyo adoptivo, dejó un digno heredero de su buena opinion, que llevó el mismo nombre; el cual, apasionado de las glorias de su país, fué uno de los que más, como varias veces hemos consignado, fomentaron las artes y las letras, y propalaron la fama legítimamente adquirida, de tantos hombres ilustres, contemporáneos suyos.

Gloria de la lengua latina, insigne en la elocuencia, claro en la poesía, son las cualidades del canónigo Pacheco, que el justo sentimiento de admiracion,

y el pesar de su pérdida, grabaron en la losa que cubre su sepulcro (1).

No fuéron, á la verdad, la pasion y el entusiasmo exagerado, los que dictaron epitafio tan elocuente. Al celebrar Luzan en su *Poética*, la elegantísima oda latina de Pacheco, *Natalis almo lumine candidus*, impresa en la edicion de Garcilaso anotada por Herrera, la juzga digna del siglo de Augusto. Iniciador de aquel buen estilo que tanto caracteriza á la escuela poética de Sevilla, que tan sobresaliente lugar obtiene en la historia general de la poesía castellana, coadyuvado por los doctos maestros Malara, Medina y Tamariz, fué el primero, sin duda, que señaló como apacible morada y suelo fecundo de inspiracion, las riberas del Guadalquivir, á aquellas musas ya festivas y graciosas, ya elocuentes y sublimes, que inflamaron la rica fantasía de los Herreras, los Riojas, los Arguijos y los Alcázares.

Las varias obras que escribió Pacheco, se encuentran manuscritas, excepto alguna poesía, y varias inscripciones latinas que compuso para diferentes lugares de la santa basílica sevillana. Algunas de estas se encuentran copiadas en los *Anales* de Zúñiga.

El canónigo Pacheco, digno de honrar un siglo, como dice el analista que acabamos de nombrar, tenia el pensamiento de escribir una historia eclesiástica de aquella ciudad, cuando le sorprendió la muerte; y hallábase reuniendo con este propósito, curiosas noticias. Como parte de la misma obra tuvo ya concluido un catálogo de sus prelados, que andaba manuscrito.

El licenciado Porras de la Cámara escribió un *Elogio de Francisco Pacheco, canónigo de Sevilla*, del que tomamos los siguientes párrafos de la copia de un borrador autógrafo que poseia D. Bartolomé José Gallardo, y dió á luz en *El Criticon, papel volante de literatura y bellas artes* (1835).

«Nació Francisco Pacheco en la ciudad de Jerez de la Frontera, de padres humildes, naturales de aquella ciudad, y aunque pobres, cristianos viejos á

(1) Por reasumir las circunstancias más dignas de mencion el epitafio de Pacheco, juzgamos oportuno copiarlo en este lugar. Es de advertir que el autor de esta inscripcion, siguiendo la creencia de algunos, dá el nombre latino de *Munda* á Jerez de la Frontera. Dice así:

D. O. M. S.

Francisco Pacieco Mundensi, Canonico Hispalensis Eclesiæ, eiusque Sanctorum ad solvendas divinas preces Historiæ Scriptori Sacræ, Regum Basilicæ Sacerdoti Maximo, divi Hermenegildi Hospicii præfecto, librorum censori, viro ingenii dexteritate, et omnium doctrinarum genere clarissimo, ob litterarum præstantiam, morum probitatem, et animi candorem laudis inmortalis benemærenti vita defuncto, sexto idus Octobris, anno æterna salutis M. D. XCIX. ætatis suæ LXIV. hæredes menores beneficii hoc monumentum posuere.

Sit pax æterna sepulto.
Pacciecus iacet hic, Romanæ gloria linguæ.
Eloquio insignis, carmine clarus erat.
Hoc uno meruit fœlix Hispaniæ laudis,
Arpinum quidquid, Mantuæ, quidquid habet.

prueba de muchas informaciones y excrutinios, que se hicieron en diversos tiempos y ocasiones para las dignidades y honrosos oficios que obtuvo. Y porque la estrecheza y la posibilidad de sus padres, y la magnanimidad de su ánimo, lo sacasen del lugar de su naturaleza, se vino á esta ciudad de Sevilla, tan mozo, que no tenia de edad veinte y cuatro años; aunque tan docto ya y bien instruido en letras divinas y humanas, y en las demás artes y facultades que conducen al hábito de las dichas, y se suponen para profesarlas y saberlas perfectamente, que no hubo en su tiempo capacidad de ingénio, que pudiera abarcar la del suyo; ni saber por mayor, ni implícitamente, lo que Francisco Pacheco explícita y perfectamente supo.....

«La propension de su ingénio le aficionó á dos, que muy exprofeso profesó tanto de mayor estimacion y más raras y peregrinas, cuanto ménos, más raros son sus maestros y profesores: y aún ménos de ellas se halla escripto. Estas son letras humanas y lenguas.»

En este lugar hace el licenciado Porras un donoso relato del estado de la poesía en la ciudad hispalense, donde á ella se daban con desmedida aficion todo linaje de personas de altos ó humildes oficios, á la aparicion del ingénio jerezano; y despues añade:

«Entre tanta confusion de poetas, no sufriendo el ultraje que á esta necesitada arte le hacian sus profesores (que por ser más no son mejores), le fué forzoso y necesario, aunque muy provechoso, tomar la pluma y escrebir en ella lo que ningun otro poeta antes de Francisco Pacheco no pudo exceder, y despues no ha podido imitar.»

Pacheco fué capellan mayor de la capilla de los Reyes, y administrador del hospital de San Hermenegildo. Murió como se expresa en su epitafio, el 10 de Octubre de 1599, y fué sepultado en la misma Santa Iglesia donde tantas señales dejó de su erudicion é ingénio, frente á la capilla de Nuestra Señora de la Antigua.

La lápida cuya inscripcion copiamos, merecido tributo á la memoria de tan célebre humanista, parece que se conservó poco tiempo en este lugar, de donde se quitó al hacer algunas obras en la capilla nombrada últimamente.

Espinel, en su poema titulado *La casa de la memoria*, elogia á Pacheco en los términos siguientes:

Profundo ingénio con saber profundo,
Luz y claro esplendor del sacro monte,
Ejemplar de las ciencias, sin segundo,
Que enriquecen tu fértil horizonte,
Que á la musa olvidada ya en el mundo,
Sin que del valor suyo se remonte,
Renuevas del latino al nombre sacro,
Recibe ¡oh gran Pacheco! un simulacro.

Juan de la Cueva, que tiene entre sus poesías un sentido soneto á la sepultura de este varon distinguido, consagra al mismo tambien, los siguientes versos en el *Viaje de Sannio.*

A quien el cielo generosamente
Cuanto dar puede dió con larga mano,
Sin quedar arte ó don que sea ecelente
Que no ilustre ese ingénio soberano;
Por quien Bétis irá de gente en gente
Con gloria eterna más que el Tibre ufano,
Es *Pacheco*, el que el siglo aguarda sólo
Para honor de las musas y de Apolo.

PACHECO (Francisco).—Sobrino del anterior. (1) Pocas noticias biográficas podemos añadir á las que damos en otro lugar sobre este hombre notable, tan influyente en las glorias literarias del suelo que le vió nacer. No es de nuestra incumbencia examinar su mérito como cultivador del noble y hermoso arte de la pintura. Dirémos, sin embargo, que en él goza el concepto de estudioso, esmerado y sencillo en el dibujo; si bien se le considera algo distante de aquella belleza de colorido que hizo tan célebre al pintor de las Vírgenes y de los ángeles.

Además del *Arte de la pintura, su antigüedad y grandezas*, publicado en Sevilla el año de 1649, escribió Pacheco unos reparos al memorial de D. Francisco de Quevedo, defensor del patronato exclusivo de Santiago, contra los que pretendian fuese Santa Teresa, compatrona de España.

Medrano, en uno de sus bellos sonetos, celebra á la vez á este insigne historiador, poeta y artista. Hé aquí los versos que le consagra:

(1) En la *Revista de Bellas Artes*, (números 32 y 33, publicados en Mayo de 1867), hemos leido, despues de consignados estos apuntes referentes á Pacheco, dos curiosos artículos críticos sobre una obra escrita é impresa por D. José María Asensio y Toledo, actual y afortunado poseedor del *Libro de retratos*, de aquel célebre artista y poeta. Llámale el Sr. Asensio á su enunciado libro: *Francisco Pacheco, sus obras críticas y literarias, especialmente el libro de descripcion de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones que dejó inéditos*. Sentimos no conocer este trabajo, que no se ha puesto á la venta, no habiéndose estampado sino un número pequeño de ejemplares; mas por el exámen que de él se hace en los referidos artículos, comprendemos la estimacion que debe merecer de los que se interesan por ciertas investigaciones literarias, que redundan en gloria de nuestra patria, y de los sábios varones que florecieron en la época del distinguido pintor sevillano. El crítico articulista no se halla conforme con todas las opiniones emitidas por el Sr. Asensio sobre varios puntos referentes á la vida de Pacheco, y á otros detalles; dándonos á su vez, varias curiosas noticias sobre el mismo.

La pintura; oh Pacheco! en ti se suma.
Mi pluma y lengua para y se enmudece
Por no llegar á tu virtud mi lengua,
Por no llegar á tu pincel mi pluma.

Pacheco nació el año de 1571, y falleció el de 1654.

PADILLA (Juan de), *El Cartujano*.—Nació en el año 1468, en la capital de Andalucía. Consagróse desde su juventud al cultivo de las musas, escribiendo varias *fábulas*, en que ya revelaba sus estudios clásicos. Antes de cumplir veinte y cinco años, hizo un poema en ciento cincuenta coplas, para celebrar el triunfo de D. Rodrigo Ponce de Leon, á el cual tituló: *El laberinto del Marqués de Cádiz*, recordando sin duda, el que Juan de Mena, seguidor, como él, de la escuela alegórica dantesca, fundada en Sevilla por Imperial, dió á su celebrada obra. A los treinta, vistió el hábito de San Bruno, entrando en el claustro de Santa María de las Cuevas, del pueblo de su nacimiento. En él ya, é inspirado por la musa religiosa, compuso su otro poema, *El retablo de la vida de Cristo*, que concluyó, segun él mismo dice, el dia de Noche-buena del año 1500. Posteriormente hizo otro, de mérito superior á la anterior obra, titulado *Los doce triunfos de los Apóstoles*, al que dió fin en 14 de Febrero de 1518.

Segun dice Sarmiento, este piadoso cartujo, desempeñó altos cargos eclesiásticos dentro y fuera de su órden.

Habiendo tratado en otro lugar de tan notable poeta religioso, sólo dirémos aquí, que han juzgado su mérito, Ticknor, y los Sres. Gil y Zárate y Amador de los Rios; éste último más detenidamente. El primero califica el poema de *Los doce triunfos*, de una servil imitacion del Dante, y confusa amalgama de fantásticos desvaríos, vagas é insignificantes descripciones; recomendando sólo su estilo, porque dice ser fácil y vigoroso. No merece mejor suerte de este crítico extranjero, su *Retablo de Cristo*, composicion que llama asaz fastidiosa, aunque devota en extremo. Considerando las obras de Padilla, el último de los escritores nombrados, el Sr. Amador, bajo el punto de vista y con referencia á los progresos del arte y de una escuela nacida en el suelo sevillano, juzga de distinta manera al vate cartujano, que tuvo por modelo, como Imperial, Ruy Paez de Ribera y Laudo, sus predecesores y paisanos, al cantor de Beatriz.

En el prólogo de un libro titulado *Celestial gerarquía* é *Infernal laberinto, metrificado en metro castellano, en verso heróico y grave, por un religioso de la órden de los Mínimos*, se dice lo siguiente sobre Padilla:

«Aún en nuestros tiempos vive un devoto religioso cartujano, D. Juan de Padilla, autor del *Retablo de la vida de Cristo*, que no con infructuoso trabajo ni falta de elegancia castellana, escribió el *Vita Christi* en verso heróico, gra-

ve difuso, el cual Laudolfo, monje de su órden, con órden divinal habia copilado latino.»

Segun Ticknor, Padilla murió el mismo año de 1518, en que terminó su poema *Los doce triunfos*.

Las obras del monje de Santa María de las Cuevas, se imprimieron en las fechas siguientes: *El laberinto del Duque de Cádiz*, en 1493.—*Retablo de la vida de Cristo*, Sevilla, 1505 y 1530. Valladolid, 1582 y Toledo, 1585. *Los doce triunfos de los Apóstoles, fechos por el Cartujano*, poema heróico y cristiano del Homero y Dante español, segun D. Miguel del Riego, que lo dió á luz en Lóndres, con el *Retablo de la vida de Cristo y el aula de Dios*, en 1841. *Grandezas y excelencias de la Virgen Señora nuestra*, en octava rima, 1587.

En el *Romancero y Cancionero Sagrados*, (*Biblioteca de autores españoles, de Rivadeneyra*), se incluye un fragmento del *Retablo de la vida de Cristo*, que se refiere á la Encarnacion del Hijo de Dios.

PARDO (Luis).—De este notable sevllano, como de algun otro de los incluidos en la presente relacion, sólo tenemos las noticias debidas á las investigaciones del Sr. Gomez Acebes, que, si bien no son tan completas como su deseo, dan alguna luz para saber, á lo menos, la época en que han florecido. Pardo nació á principios del siglo XVI, perteneciendo á una familia acomodada y de distincion. Al cumplir los cinco lustros, ya habia dado notables muestras de su ingénio precoz. Fué muy aficionado al estudio de los autores bíblicos, los griegos y los latinos; pero, á lo que parece, y segun dice Lope de Vega, en el elogio que le consagra en el *Laurel de Apolo*, hubo de abandonar la pluma por la espada, y lanzarse á los azares de la guerra en el Nuevo mundo, buscando gloria y fortuna. En él murió, segun puede inferirse.

Lope, en su citado poema, dedica á Pardo una extensa estrofa, no sólo para celebrar su mérito, sino para referir cierta amorosa y novelesca aventura que le sucedió en Sevilla, á donde fué desde Flándes, obteniendo ya, por sus hazañas, honrosos cargos en la milicia.

Cierta bella Circe,
Dulcemente engañosa,
Rémora fué de nuestro gran poeta;
Mas siendo más hermosa que discreta,
Daba lugar á un hombre poderoso
Que le hablaba de noche de secreto.

Hubo lance de espadas, porque el celoso ingénio no iba armado, segun dice Lope, de satíricos sonetos: las razones que empleó en su cólera, tal dejaron á cierto embozado que se hallaba en medio de las sombras nocturnas, pegado

á una reja, que le fué diligencia precisa embarcarse para las Indias sin dilacion.

De este episodio no se hace cargo el biógrafo de los insignes hijos de Sevilla, que nombramos poco antes. No deja, por cierto, de pintar el carácter asaz aventurero y determinado de nuestro galan, y de justificar sobradamente su poca quietud para dedicarse á los apacibles trabajos de la inteligencia.

Hé aquí los primeros versos que en la obra mencionada, dedica á este sevillano el fecundo Lope:

Aquí Luis Pardo estuvo,
Ingénio felicísimo, si diera
Más á la pluma y menos á la espada;
Mas la contienda que en su pecho tuvo
El dios sangriento de la quinta esfera,
Siempre la vista de diamante armada,
Con el docto Cilenio,
Fué causa que inclinase más su ingénio
Al estruendo marcial.

Como nuestro propósito en esta relacion de poetas sevillanos, que tratamos de hacer lo más completa que sea dable, es sólo consignar aquellos que se hayan distinguido en una época determinada, damos cabida en ella, tanto á éste como á otros que se encuentran en su caso, á pesar de no sernos posible formar un juicio propio, por no conocer sus obras.

PARRA Y QUIROGA (Gregoria Francisca).—En el claustro, *la venerable madre Sor Francisca de Santa Teresa.*—Justos títulos tiene para ser considerada como poetisa esta virtuosa sevillana, á quien dió Teresa su nombre claustral; educada desde sus tiernos años en el retiro, y que consagró ejemplarmente los de su existencia á la piedad y á la oracion. (1) Habien-

(1) Despues de escritos estos apuntes, hemos visto un curioso artículo del Sr. D. Luis Vidart, publicado en el número 38 del *Museo Universal* del año 1867, sobre esta notable carmelita. Menciónanse en él como sus biógrafos, al doctor salmantino Torres, y á Mr. Antonio de Latour, que ha publicado recientemente las poesías de la religiosa sevillana, precedidas de algunas ligeras noticias sobre su vida. No conocíamos el trabajo del ilustrado escritor francés, tan amante de nuestras glorias en las letras; trabajo que ha de merecer, sin duda alguna, el aplauso y agradecimiento de cuantos estimen aquellas. Tambien dá cuenta el señor Vidart, de un estudio sobre esta inspirada hija del Carmelo, á que se dedica D. Antonio Sanchez de Moguel, reuniendo documentos importantes para el objeto, y algunas poesías completamente inéditas. Entre estas últimas, cita un *Coloquio espiritual*, que parece encierra *numerosas bellezas de forma y de pensamiento.* Tambien ha hallado el Sr. Moguel, segun el articulista citado, los originales de las poesías publicadas por el Dr. Torres y el Sr. Latour, que difie-

do nacido en el año 1653, puede considerarse que floreció en el último tercio del siglo XVII, y por lo tanto, se halla comprendida aún en el periodo á que nos limitamos. Aunque no tan conocida, como debiera serlo, merece, sin disputa, una señalada mencion entre los hijos de un suelo tan fecundo para la poesía, como podrá juzgarse por alguna notable muestra de su ingénio.

Hemos hallado las inspiraciones de esta esposa de Jesucristo, en el libro de su *Vida ejemplar y virtudes heróicas*, publicado en 1752, donde éstas se reseñan harto prolijamente, y con más piadosa intencion que buen gusto, por el doctor D. Diego de Torres Villarroel, ménos dado á *moralidades estrechas*, que al género festivo, como él mismo reconoce.

Esta discreta vírgen tomó por modelo y maestra á la insigne doctora, gloria de nuestra patria por su santidad y sabiduría, cambiando por su nombre el que llevaba en el siglo, é imitándola, no sólo en sus virtudes, sino en la fervorosa expresion de su amor á la divinidad.

Cuenta el Dr. Villaroel, que una série de sucesos maravillosos acrecentaron su vocacion y la decidieron á tomar el velo de religiosa. Su padre, D. Diego, persona de extremada piedad, que al hallarse viudo se revistió del carácter del sacerdocio, accedió á las súplicas y deseos de la que, en la edad más risueña de la vida, hermosa y con los atractivos de la juventud, tan decididamente preferia á los halagos del mundo, la austeridad de los cláustros. Tal fué el gozo de la jóven al ver cumplidos sus anhelos, y tal su fé sincera y profunda, que en sus sueños virginales, segun su propio relato, veía aparecérsele la misma santa Teresa, para vestirle el tosco sayal en que cifraba sus ambiciones. Al describir su entrada en el severo recinto, su albergue para toda su existencia, dice su biógrafo: «Venia gallarda y ricamente vestida con aquellas sedas, brocales y hermosas guarniciones que acostumbraban las damas de su siglo y de su esfera. Dejábase ver su hermoso semblante, risueño

ren algun tanto de éstas; el libro de las monjas del convento de S. José de la misma madre, y una carta de la priora de su comunidad, con interesantes noticias que deshacen errores cometidos en las biografías de la poetisa religiosa. Cuenta asímismo el Sr. Moguel con otras inéditas tambien, del bibliófilo sevillano D. Antonio Matute y Gaviria, que contribuirán al mismo interesante objeto. En estas parece demostrarse no ser exactos los apellidos y cargos conventuales que atribuye á Sor Gregoria el Dr. Torres.

Posteriormente, el señor don Leopoldo Augusto de Cueto, en su interesante *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo* XVIII, que precede á la coleccion de poetas líricos de este período, publicada en la *Biblioteca de autores españoles*, de Rivadeneyra, tomo LXI (1869), consagra un recuerdo á esta distinguida sevillana, *gran maestra de la virtud* (así le nombra el Dr. Torres), y menciona á los escritores, expresados ya, que han tratado de la misma.

Mucho nos complace que personas tan entendidas y competentes, nos confirmen en nuestra opinion sobre esta notable poetisa, inspirada en el claustro, y deseamos; que el Sr. Moguel lleve á feliz término sus investigaciones sobre sus obras, porque con ello hará, de seguro, un gran servicio á las letras de nuestra patria. Sor Gregoria de Santa Teresa es una figura á que debe darse mayor realce entre las ilustres que honran nuestro parnaso.

y despejado, y más apacible que nunca, porque á la natural gracia, le añadia más perfecciones el contento.»

Prescindimos de otros curiosos detalles de la vida de esta religiosa, para ceñirnos á nuestro objeto principal, al consignar en este sitio un justo recuerdo á su memoria como inspirada poetisa.

Eralo, sin duda, á semejanza de Teresa; ardiente, llena de pasion, de melancólica dulzura; pero no triste y sombría como la soledad de su celda. El influjo del alegre cielo de su patria, le hacia concebir risueñas imágenes, pensamientos que revelaban la contemplacion estática del espíritu, revestidos de candor, de gracia y de vehemencia.

Cierto dia al declinar el sol, seguia con sus miradas el vuelo de una avecilla en aquel cielo tan puro y diáfano. Veíala remontarse tanto á las alturas, que llegó un instante en que casi se ocultó de sus ojos. Entonces, inflamada por el amor á su Dios, en ese estado de exaltacion en que se truecan tan fácilmente las impresiones y sentimientos humanos en sentimientos más altos y profundos, inspiróle la sagrada musa de Sion, el siguiente tiernísimo y discreto romance:

Celos me dá un pajarillo,
Que remontándose al cielo,
Tanto en sí mismo se excede,
Que deja burlado el viento.
Enamorado del sol,
Sus plumas bate ligero,
Y escalando el aire bajo
Toca la region del fuego.
¡Oh, quién imitar pudiera,
Juguete hermoso del viento,
De tu natural impulso
El acelerado vuelo!
Mi amor ansioso te sigue
Con impacientes afectos,
Que es dura prision del alma
La cárcel triste del cuerpo.
Del Sol más supremo soy
Mariposa, en cuyo incendio
Deseo abrasarme, cuando
Sus luces, amante, bebo.
Avecilla soy en jaula,
Que al ver del Sol los reflejos,
Son sus gorgeos endechas,
Son sus trinados lamentos.
Envidio tu libertad,

Y abrasándome tus celos,
Quisiera ser salamandra
Para vivir en su fuego.
Los rayos del Sol divino
Hieren en mi amante pecho,
Siendo halago en la prision,
Lo que en la prision tormento.
Vuelas feliz, pajarillo,
Cuando yo presa me quedo;
Y viendo que al cielo subes,
Me llevas el alma al cielo.
Por amante y por captiva,
Dos veces presa, padezco:
¡Oh, quién quebrantar pudiera
De las cadenas el hierro!

. . . .

¡Oh tú, que con blandas plumas
Giras el vago elemento,
Sube más alto, si puedes,
Y serás mi mensagero.
Darás de mis tristes penas
Un amoroso recuerdo
A la luz inaccesible
Del Sol de Justicia Eterno.
Díle, que sus resplandores
Me tienen de amor muriendo,
Porque á la luz de mi fé
Descubro sus rayos bellos

. . . .

Dile, que de mí se duela,
Que rompa el vital aliento,
Que desate las prisiones
De tan dilatado tiempo.
Que el mirarle por resquicios,
Es del amor más tormento,
Pues al herirme sus rayos,
Más me abraso y más me quemo.

. . . .

Pajarillo, si de amor
Has gustado los efectos,
Lastímate de mis ánsias,
Duélete de mis tormentos.

Mi libertad solicita
Con mi dulce, Amante Dueño,
Y de tus alas me presta
Plumas, que vuelen al centro.
Salga de esta dura cárcel,
De este largo captiverio,
Donde triste gimo y lloro
Mi prolongado destierro.
Donde, advirtiendo tu dicha,
Tan infeliz me contemplo,
Cuanto es mi amor impaciente,
Y más divino mi objeto.

¿Cómo es posible no recordar, á esta vivísima y tierna expresion de los afectos de un alma tan pura y candorosa, las inspiraciones de Teresa en sus celestiales y místicos arrobos? ¿Cómo no traer á la memoria aquella exclamacion apasionada que eleva á su Dios la sapientísima doctora?

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.
. . . .
Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida;
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte;
Mira que muero por verte
Y vivir sin tí no puedo,
Que muero porque no muero.

Despues de la lectura de aquel romance, en que sólo se advierten un tanto, los resabios de estilo propios de la época en que se escribió, no creemos pueda juzgarse desacertado, el considerar á Sor Gregoria como notable poetisa, no sólo sagrada sino mística; porque como en otra ocasion hemos dicho, toda poesía que tenga por base la expresion del amor ferviente á Dios, es poesía mística. Místicas son las de Santa Teresa, y místicas las de esta otra vírgen, su imitadora.

Pudiéramos citar otras composiciones de la misma índole, no obstante haber consumido en el fuego la mayor parte de ellas, su misma autora, para evitar los celos y disgustos que le produjeron en la interioridad del claustro, donde viven tambien, á veces, las pequeñas pasiones.

Con motivo de haber llegado á Sevilla la nueva de la beatificacion del

santo y tambien sagrado poeta español, Juan de la Cruz, compuso nuestra monja un *Coloquio* en verso castellano para que se recitase el dia que celebrara el convento la fiesta de dicha beatificacion. Tanto admiró su estilo devoto y oportuno á los que, á despecho de su modestia, conocieron este rasgo de su númen, que obtuvo sus unánimes aplausos. Algunos se procuraron copias de dicho *Coloquio* y entre éstos religiosos ilustrados, el padre rector de cierto colegio, hizo se representara por sus educandos. Los plácemes de que fué objeto nuestra poetisa, muy jóven entónces, suscitaron los celos de algunas de sus compañeras. Esta mezquina pasion, que aún en las almas sencillas se introduce, moviéndolas á la falta é imponiéndoles á la vez su propio castigo, impidió que se representase por aquellas, su celebrada obra poética en la ocasion oportuna, porque pensaron vanamente que de este modo mortificaban á su autora. En la Natividad inmediata, parece que al fin tuvo efecto su representacion por las mismas. Pero no por esto se vió libre de disgustos la virtuosa hermana. Imaginando que cesaria la causa de ellas, imponiéndose un costoso sacrificio, quemó todas las poesías, inspiradas por su fé religiosa. Despues de este rasgo de humildad, se vió amonestada por su confesor para que no volviese á escribir verso alguno. Cuales fueron las aficiones de nuestra modesta poética, y su conformidad en ellas, lo sabemos por sus mismas palabras. «Los aprietos interiores dice, no me dejaban gusto para nada; y aquellas poesías siempre las hice á peticion de las mismas religiosas á quienes todo lo que antes les parecia bien en mi y caia en gracia, se fué torciendo, de forma que todo era ya malo; y siendo unas mismas mis acciones y proceder, en todas hallaban que notar y que corregir; y á la verdad, entonces me atendian con mejores ojos, pues descubrian en mí las faltas, que mi amor propio y mi ignorancia no me dejaban ver.»

Nos hemos detenido algo en este episodio de la vida de tan digna religiosa, porque si ya su composicion citada no revelase su clara inteligencia, sus rasgos de humildad, y sobre todo sus propias frases, confirmarian el mérito y el saber que la adornaban.

Varias de sus poesías, salvadas sin duda, del fuego á que fueron condenadas, ó hechas posteriormente, se encuentran en el libro del Dr. Torres. Algunas de ellas no tienen el mismo valor literario, á pesar de hallarse inspiradas todas por un apasionado fervor, y engalanadas con tiernas y afectuosas imágenes, y es de inferir que fueron sus primeros ensayos.

Sór Gregoria falleció, con general sentimiento de la ciudad de Sevilla, que admiraba sus virtudes, á la avanzada edad de ochenta y tres años.

PEÑA (Juan de la).—Profesor de buenas letras en Sevilla, su patria. Segun D. Nicolás Antonio, publicó el libro titulado: *Panegiricum centonem ex diversis Poœtarum versibus in D. Isidori Hispalensis Archiepiscopi laudem,*

Sevilla (1643). Dice Zúñiga en los *Anales* de esta ciudad, que dejó algunos otros escritos.

Hé aquí la noticia que hallamos de este maestro, en las adiciones al libro de Rodrigo Caro, *Varones ilustres en letras de la ciudad de Sevilla*:

«Nació en Sevilla Juan de la Peña, insigne humanista, á cuya leccion y estudio se aplicó con todo cuidado, y supo con grande elegancia la gramática, é inteligencia de los poetas latinos. Fué discípulo del maestro de gramática ciego, Fray Francisco Ximenez de Aguilar, que la enseñó con tanta aprobacion en el Colegio de Santo Tomás de esta ciudad de Sevilla, y el que le solia guiar cuando salia fuera de casa, por cuya causa le cobró particular cariño, y con la habilidad y aficion del discipulo, salió consumado gramático y humanista. Eligióle el cabildo de la Santa Iglesia para leer gramática á los colegiales del Seminario ó colegio que está dentro del ámbito de San Miguel, y por muerte del insigne maestro Juan de Valdés, la leyó públicamente en aquel estudio que tiene allí el cabildo de la Santa Iglesia Metropolitana.»

¿Se referirá Lope á este escritor sevillano, al elogiar en su *Laruel de Apolo* á un Dr. Peña, vate latino, á lo que parece?

Si la corona ilustre á los atletas
Y latinos poetas,
En tan alta ocasion competidores,
Os parece pequeña,
Murtas, laureles, mirtos, hiedras, flores,
Oh musas, prevenid al doctor Peña,
Que á vuestro monte sube,
Peña tan alta que parece nube.

Algunos presumen que estos versos se dirigen á un Juan Antonio de la Peña, natural de Madrid, y autor de varias obras, algunas dramáticas, sin embargo de que ninguna de aquellas se halla escrita en el idioma del Lacio. Nada afirmamos en contra de esta opinion, por carecer de datos para fundar la nuestra.

Lo extremado de los elogios de Lope, aunque se trate de un ingénio no muy conocido, no obstante el nombre de *insigne humanista*, que le da el adicionador del libro del Dr. Caro, tampoco debe extrañar, porque sabido es que aquellos adolecen por lo comun de exagerados, advirtiéndose en no pocos de ellos, una benevolencia extremada. Igual observacion puede hacerse con otros de su índole, que se hallan en diversos poemas laudatorios.

PERAZA (Luis de).—Incluido por Góngora en sus adiciones á los *Varones* sevillanos, de Caro, y por Varflora, en sus *Hijos de Sevilla*, insignes por su

saber. Cursó artes y teología en el entónces recien fundado colegio de Santo Tomás, del pueblo de su nacimiento. Suyo es un libro titulado: *Antiquísimo orígen de la ciudad de Sevilla; su fundacion por Hércules Tebano, y posesion de Reyes que la habitaron hasta los moros; primera parte: Antiquísimo orígen de la ciudad de Sevilla; segunda parte, que se contiene desde que la ocuparon los moros, hasta su restauracion por el Santo Rey Fernando III.* En esta obra se dá Peraza el nombre de bachiller, al indicar ser él su autor. Tambien escribió *Fundacion y milagros de la Santa Capilla de la Antigua*, cuyo manuscrito parece se ha extraviado.—*De los varones ilustres de Sevilla*, que ha corrido la misma suerte. En el prólogo de su *Historia de Sevilla*, expresa haber compuesto un poema en elogio de Santa Bárbara.

El bachiller Peraza aprendió gramática y retórica en el estudio del maestro Pedro Nuñez Delgado, catedrático de humanidad, «doctísimo licenciado en artes, segun dice el mismo Peraza, el cual, despues del gran maestro Antonio (El Nebricense), toda la Andalucía en latinidad debe vasallaje.»

Consta que Peraza escribió sus obras por los años de 1535 y siguientes.

PICON DE LECA (Juan).—«A D. Francisco de Calatayud, D. Alonso Tello de Guzman, D. Juan Picon de Leca, D. Juan de Arguijo, no puedo alabar por ser naturales de Sevilla.»

Esto dice D. Fernando de Vera, en su *Panegírico por la poesía*, (1627); añadiendo, que mucho escribiera de ellos, como sus ingénios merecen, si su afecto no pareciera pasion.

En vano hemos procurado otras noticias sobre los escritos de Picon de Leca.

PINELO (Sor Valentina).—Esta esposa de Jesucristo, inspirada por la musa sagrada en el silencio del claustro; por aquella misma que bañó con el aroma de los cielos los himnos de Teresa, en su éxtasis de amor divino, fué tan notable, por su virtud como por su ilustracion. Desde muy niña se despidió del mundo para consagrarse en el retiro á las prácticas cristianas; y á la edad conveniente, recibió el velo de religiosa agustina en el convento de San Leandro, mandado edificar por aquel rey D. Pedro de Castilla, que dejó su nombre á la posteridad, unido á un pavoroso y sangriento dictado. Era nuestra poetisa sobrina del cardenal D. Domingo Pinelo.

Como frutos de su piedad fervorosa y de su claro entendimiento, pueden citarse un libro de alabanzas y excelencias de la gloriosa Santa Ana, dividido en cuatro partes, é impreso en 1601, que menciona D. Nicolás Antonio, y algunos versos que sentimos no conocer.

No fuéron sólo las religiosas Sor Valentina y Sor Gregoria Francisca, há poco mencionada, las que, como la docta Santa Teresa, recibieron la inspira-

cion y habitaron los monacales recintos de la ciudad hispalense. Otra monja notable, Sor María de San José, que no tuvo su cuna en el suelo andaluz, y á quien aquella doctora ilustre dejó por primera priora del convento de su fundacion en Sevilla, elevó sus cantos al *divino Esposo*, si no con la efusion ferviente y apasionada que su sábia maestra, con expresion piadosa, y tambien á veces, con las imágenes y conceptos tomados del que usa el amor profano, y que nada amenguan en lábios sinceros, la pureza, la elevacion de un afecto espiritual que deja todo mundano pensamiento, al dirigirse al cielo como mística plegaria. Sor María imitó á Teresa en sus escritos, y ha dejado notables muestras de su instruccion y piedad, concurriendo, sin duda, durante su larga permanencia en el convento sevillano de su órden, en los últimos años del siglo XVI, á aumentar el número de los que en aquella época hacian en las márgenes del Bétis, los asuntos religiosos objeto de sus cantos.

PONCE DE LEON (D. Gonzalo).—Véase Marin Ponce de Leon.

PONCE DE LEON (D. Luis).—Citado entre los *Cisnes del Bétis* de quienes dice Juan de la Cueva en su *Viaje de Sannio*:

Porque la edad sus nombres no consuma
Ni sus escritos altos y gloriosos,
Ellos viven aquí, á quien Bétis ama;
Sus obras en los libros de la fama.

Conságrale en el libro citado, el siguiente elogio:

Puesto al rigor del sarraceno bando
A *Don Luis Ponce de Leon* contemplo,
El nombre de los suyos ensalzando,
Del suyo dando vivo y claro ejemplo.
Los fieros enemigos contrastando,
Colgando sus despojos en el templo
De Apolo y Marte, que la invidia y saña
¡Ay triste! quitará tal gloria á España.

Hállase en las obras de Herrera, una poesía, dirigida á D. Luis Ponce de Leon, duque de Arcos, la cual, dice el poeta, consagraría en su honra; pero añade:

Sólo es amor mi canto,
Los ojos bellos y oro puro canto.
¡Tal me tiene el cruel preso y rendido,
Y entregado á la fuerza de mi llanto!

Tiene el mismo Herrera dos sonetos dignos de su feliz númen, el primero con motivo de una obra que escribió D. Luis Ponce de Leon, y otro á la muerte del mismo. Ambos se hallan en el *Libro de descripcion de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*, de Francisco Pacheco, y han sido insertados, creemos que por vez primera, en las poesías del maestro de la escuela poética sevillana, publicadas en la *Biblioteca de Autores españoles* (*Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*).

Copiámoslos entrambos, tanto como un tributo más de admiracion á su insigne autor, cuanto por referirse al vate que es objeto de estos ligeros apuntes. Dice el primero:

Vuestro canto y aliento excelso y pio
Con armonía dulce así resuena,
Que se le rinde el cisne cuando suena
En el corriente vaso del gran rio.
Dichoso vos, á quien no seca el frio,
Mas puro fuego de virtud serena;
Y yo, pues vuestro noble canto ordena
Vida inmortal al nombre humilde mio,
Ya veo trasferirse de Helicona
La cumbre y del Parnaso la ribera
Al asiento de náyades ondoso.
Y que del lauro verde la corona
Os da Bétis, ¡oh gloria de Ribera!
Y del leon más fuerte y generoso.

El siguiente, es aquel en que lamenta la muerte de nuestro ingenio:

Aquí donde tú yaces sepultado,
Oh gloria de Leon más excelente,
El valor todo yace de Occidente
Con invidia de Marte derribado.
No culpes la dureza de tu hado,
Que en tierra ajena tu dolor consiente;
Pues cuanto ves del austro al oriente
Es sepulcro á los fuertes consagrado.
Será eterna en nosotros tu memoria,
Y puesto en el dorado y alto asiento,
Defenderás mejor tu patrio suelo.
No queda ya á la muerte mayor gloria,
Pero queda igualado el sentimiento,
Tristeza á España y alegría al cielo!

Sin duda, á este duque de Arcos es al que se refiere Ortiz de Zúñiga en sus Anales, al consignar la fecha de su muerte en el año de 1573. «El duque de Arcos, dice, D. Luis Cristóbal Ponce de Leon, de cuyo juicio y valor ya experimentado contra los moriscos, se formaba alto concepto para los mayores puestos de la monarquía, aunque por su poca salud se habia desistido del vireinato de Valencia, murió en Madrid el 9 de Octubre, en edad de cincuenta y cinco años, y mandóse enterrar en el convento de San Agustin de Sevilla, con sus mayores.» Mas adelante, en el año 1605, añade: «A 25 de Agosto murió en la villa de Marchena el marqués de Zahara D. Luis Ponce de Leon, primogénito del duque de Arcos. D. Rodrigo, dejando de su marquesa doña Victoria Colona de Toledo, á D. Rodrigo que veremos cuarto duque de Arcos, sucediendo á D. Luis Ponce de Leon, que dará mucho empleo á la fama.» Llama Zúñiga asimismo en otra ocasion, al D. Luis Cristóbal, citado primeramente, «famoso en nuestros tiempos en méritos y puestos;» aquel sin duda alguna, á cuya muerte dedicó Herrera su sentida composicion.

Tambien Pedro de Quirós, poeta sevillano, nombra á tan noble caballero, al referise á unos versos latinos que hizo en alabanza de un hermano del mismo llamado D. Pedro. Los elogios que tributa á este, y algun curioso detalle acerca de su popularidad, se encuentran en nuestras noticias biográficas sobre el mismo Quirós, el primero de dos que llevan igual nombre y apellido.

En el citado libro de *Descripcion de verdaderos retratos*, de Pacheco, se halla el de D. Luis Ponce de Leon, acompañado de su elogio. A el dibujo que representa á este ingénio, adornado como todos los demás de escudos alegóricos, corona un texto latino tomado de la Sagrada Escritura, y alusivo á las circunstancias de aquel: «*Sicut catulus leonis rugiens in venatione.*» Mach. lib. 1.°, cap. 3.°

PORTUGAL (D. Alvaro de).—Conde de Jélves. Al hacer Juan de la Cueva en su *Viaje de Sannio*,

relacion de los famosos
Císnes del Bétis cuya heróica pluma
Hacen á sí y los siglos venturosos,

menciona con especiales alabanzas á un *D. Alvaro, el Conde*, que no dudamos sea el de Jélves, y de apellido Portugal, ilustre personaje á quien dirige algunas de sus poesías.

Hé aquí el expresado encomio:

De sacro lauro y hiedra victoriosa
Mira está heróica frente rodeada
(De lauro por su lira milagrosa,

De hiedra por su invicta y fuerte espada),
De *Don Alvaro* el Conde, á quien la diosa
Que en Grecia en letras y armas fué adorada,
Que queriendo hacer sujeto dino
De ella, espira este espíritu divino.

Entre las composiciones de Juan de la Cueva dirigidas á D. Alvaro de Portugal, conde de Jélves, etc., hay una epístola «en que se reprende á los poetas que usan en sus poesías de traducciones y de imitaciones.»

El mismo Cueva hace en su *Ejemplar poético*, ligera referencia á algun verso del mismo conde.

Este debió concurrir á la célebre academia de Malara, segun el autor del *Viaje de Sannio*.

En Híspalis, 14 de Febrero
Del año del Señor de ochenta y cinco:
A los academistas remitida
Del museo del inclito Malara,
Presente el ilustrísimo de Jélves.

Fernando de Herrera, segun dice el insigne artista sevillano Francisco Pacheco, tuvo por amigo, entre otros ilustres personajes, al conde de Jélves, D. Alvaro de Portugal. Ya hemos tenido ocasion, al tratar del vate llamado *el divino*, de indicar las sospechas que excitaron en sus contemporáneos aquellos versos amorosos inspirados por doña Leonor de Milan, condesa de Jélves, como «lo manifiesta, dice el mismo Pacheco, en la cancion quinta del libro segundo que yo saqué á luz el año 1619, que comienza: *Esparce en estas flores*; la cual, con aprobacion del conde, su marido, aceptó ser celebrada de tanto ingénio.»

Este último, consagró tambien un notable soneto al mismo conde de Jélves, en que celebra su valor, al par que se lamenta de los pesares que sufre.

El referido Pacheco hizo el retrato del conde, á cuya pintura dedicó Juan de la Cueva una poesía que comienza:

Aunque tu docta mano, Apeles nuestro...

Rodrigo Caro en sus *Varones ilustres en letras de la ciudad de Sevilla* dice: «Olvidábaseme poner entre los poetas ilustres, á D. Alvaro de Portugal, conde de Jélves, que fué poeta de gentil espíritu en tiempo de Felipe II, contemporáneo de D. Fernando de Guzman.»

Varflora incluye tambien en sus *Hijos de Sevilla*, á este nobilísimo ingénio

El analista D. Diego Ortiz de Zúñiga dá en distintos lugares de su obra, algunas noticias sobre la ascendencia de tan ilustre personaje, en la que figuran los duques de Bragánza, de Portugal.

QUIJADA Y RIQUELME (D. Diego Félix).—Lope de Vega concede un lugar distinguido á este poeta sevillano, no sólo en su *Laurel de Apolo*, sino en otras de sus poesías. Dedícale una extensa epístola que comienza con estos versos:

Amor me manda que mi vida os cuente,
Don Diego amigo, en forma de poeta;
Si hallase el gusto estilo suficiente.

En la composicion de esta clase que dirije al insigne Rioja, y se titula *El jardin de Lope de Vega*, menciona á su amigo Quijada, á la vez que á otros ingénios castellanos, andaluces y portugueses:

Aquí Don Juan de Jáuregui, en la mano
De Apolo el arco y el pincel de Apéles;
Aquí Don Diego Félix, sevillano.

El elogio que el mismo Fénix de los ingénios le consagró en el referido *Laurel de Apolo*, es como sigue:

Y despertar en su lugar le agrada
La memoria llorosa
De aquel jóven don Diego de Quijada,
Que la muerte envidiosa,
Trasformada en arado,
Cortó sin tiempo, como flor en prado,
O como suele en siesta calurosa
Rendir las dormidera
De sus labores la nevada esfera
Al rayo, que pirámide la mira,
Y remitiéndo su poder tan cierto,
Que vive en mí la fé de aquel amigo
Por quien mi musa trágica suspira
Como cuando vivió, despues de muerto,
Y morirá conmigo,
Si bien el alma llevará en celestes
Eternos giros otro nuevo Oréstes.

Sábese, pues, que nuestro ingenio murió muy jóven. El año de su nacimiento fué el de 1607. De sentir es que la muerte privase á las letras y á su nombre, impidiendo fuesen más numerosos los frutos de su precoz y elevada inteligencia, de una gloria mayor, tan fundada como segura.

El mismo Lope, que tal afecto demuestra al poeta andaluz, y tan expresivo es en su sentimiento á su pérdida, dedicó á este su tragicomedia titulada *Pedro Carbonero*.

Quijada compuso el sentido epitafio, en forma de soneto, á la muerte de Fernando de Herrera, que copiamos:

Non obiit sed Abit.

Los Elisios cipreces donde suena
Tu nombre frecuentado por divino,
Ciñan al padre Bétis cristalino;
Urna tuya ha de ser toda su arena.
No te malogre la inscripcion agena,
Canta si quieres epitafio dino.
Sólo puede ofrecer el peregrino
Elogios mudos en tan fausta pena.
El orbe que tus números aclama,
Probará que es ociosa diligencia
Y que en exequias tu opinion se infama.
Viva Fernando, viva tu elocuencia,
Porque siendo inmortal tu heróica fama,
No fué muerte la tuya, sino ausencia.

Por último, Quijada y Riquelme es autor de una coleccion de ochenta sonetos titulada *Soliloquios*: propiedades del sol, aplicadas á otro sol más hermoso. D. Juan de Arguijo dió su aprobacion á estas obras poéticas, en una carta que las precede, fechada en Sevilla el año 1619.

QUIROS (Pedro de)—Hablando de Rodrigo Caro el Dr. Martin Vasquez Siruela, en un manuscrito que se refiere á la vida de aquel, se expresa de este modo, al mencionar su tratado de varones ilustres sevillanos que en diversas edades florecieron: «Este comenzó, dice, á escribir por ruegos mios, por escribir yo otro, para que se ayudasen los dos. No lo acabó, y pocos dias antes que muriese, vino á mí muy alegre á decirme que proseguia este trabajo con mucho gusto, por haber hallado un doctísimo sevillano, llamado Pedro de Quirós, de quien hace mencion Arias Montano en el prólogo de su retórica.»

Este Pedro de Quirós, es, sin duda alguna, el que incluye el mismo Rodrigo Caro en su obra titulada *Varones ilustres en letras de la ciudad de Sevilla*.

«Fuéron, dice el célebre anticuario en la biografía de este ingénio, los años de los tiempos de los Reyes Católicos y todos los del emperador Cárlos V, abundantes de hombres doctos en toda ella, no sólo en la teología, leyes y cánones, filosofía y medicina, sino tambien en buenas letras y estudios de humanidad; porque casi fuéron contemporáneos Antonio de Nebrija (1), restaurador de las cámenas y musas latinas de las Españas; y Hernan Nuñez Pinciano, caballero del hábito de Santiago, Juan Ginés de Sepúlveda, Andrés Rosende, Aquiles Estacio, Bartolomé Quevedo, Alvaro Gomez, Antonio Agustin arzobispo de Tarragona, y otros doctísimos varones en todas facultades. No le cupo pequeña parte á Sevilla de esta buena dicha, porque tuvo lo que hemos escrito y verémos.

«Entre estos fué uno Pedro de Quirós, cura del Sagrario de la santa iglesia metropolitana, oficio que siempre lo han tenido y tienen personas de muchas letras, opositores de canongías magistrales y doctorales y merecedores de mitras. Fué natural de esta ciudad, del apellido de Quirós, gente conocida por muy antigua y limpia. Su profesion fué la sagrada teología, por cuyo título mereció el curato. Supo la lengua griega y la latina con eminencia. Su génio le inclinó á hacer y escribir poemas latinos: hizo uno muy celebrado en España y otras provincias de Europa, de la expedicion del Dr. de la Gasca y victoria de los Pizarros en las Indias, de cuya elegancia, y de las muchas partes de este ingénio sevillano, no es ménos que el doctísimo Arias Montano, el que lo celebra en estos versos en el libro 3.º de sus Rethóricos.»

Aquí copia Caro el extenso trozo que varon tan ilustre dedica á Quirós, y prosigue:

«De manera que como dice aquí Arias Montano, tres obras poéticas habia publicado Pedro de Quirós. La primera una silva en verso heróico latino, de la victoria que tuvo el doctor Gasca contra Gonzalo Pizarro en el Perú: ésta historia es bien sabida, decantada y escrita por muchos historiadores, poetas españoles y extranjeros.

«El segundo poema de nuestro Pedro de Quirós, fué tambien en versos latinos heróicos en alabanza de D. Pedro Ponce de Leon, hermano segundo de don Luis Cristóbal Ponce de Leon, duque de Arcos. Era este caballero muy gentil hombre, bizarro á caballo y gran ginete, inclinado como deben de ser los caballeros de tal calidad, á torear, dar rejones y lanzadas á toros; jugar cañas, y finalmente todos aquellos ejercicios que disponen para la guerra y hacen los cuerpos fuertes y ágiles para trances de armas y caballería. Las casas de este caballero fuéron y ahora son el convento de monjas de la Encarnacion, y lo que allí es plaza que llaman de Pedro Ponce, eran casas que él compró y mandó derribar para que los demas caballeros de Sevilla allí tuviesen entretenimiento y lo acompañasen en sus ejercicios. De la vecindad de este caba-

(1) Varones insignes de España que fuéron casi á un mismo tiempo. (*Nota de Caro.*)

llero tomaron su nombre, la plaza y el barrio que no perderán, llamándose hasta hoy plaza y barrio de Pedro Ponce.

«La tercera obra del ingénio de Pedro de Quirós, fué la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, decantada en octava rima, en siete cantos, que el primero comienza así:

Canta con canto triste y doloroso,
O Musa, de dolor enternecida.

»Este libro fué en aquella edad muy bien recibido de la piedad cristiana, y en toda España estimado por el ingénio que en él muestra su autor, y por el argumento que en sí contiene, digno empleo de un sacerdote, y docto y erudito como lo fué su autor. Llamóle *Christopathia*, voz griega que comprende el asunto; en el cual observó los preceptos del arte poética y retórica con mucho primor, guardándolos de manera que parecen naturales y no afectados. De este libro he visto dos impresiones diferentes.»

Hasta aquí Rodrigo Caro. No sabemos por qué llaman D. Nicolás Antonio y otros escritores, á este ingénio, Juan y no Pedro. Tal vez de este error de nombre, provenga tambien el de haberle hecho algunos toledano y no natural de Sevilla, como acabamos de advertir, y afirma más de una vez el erudito historiador de las glorias hispalenses.

El poema de Quirós, la *Christopathia* fué impreso en Toledo el año 1552, á costa de Alonso Calleja, vecino de Alcalá de Henares, y lo forman unos ocho pliegos sin foliar. Hállase al frente del libro el retrato del autor coronado de laurel, lo cual demuestra la estimacion que mereció en su tiempo. En la portada del mismo se titula á su autor, cura de la Santa Iglesia de Sevilla. Despues del privilegio otorgado para su impresion, se incluyen dos sonetos laudatorios. El uno es del insigne Benito Arias Montano *al retrato del poeta*, y termina con estos versos:

Por donde está la fama aparejada
A coronarte con tan grande gloria,
Cuan grande es la empresa que tomaste.

Del otro es autor D. Juan Hurtado de Mendoza. Llama en él al vate sevillano, *nuestro Quirós* y nuestro *cristiano Orfeo*. Esta es, sin duda, una de las ediciones del mismo poema, que Caro dice haber visto.

Copiamos íntegra su primera octava, cuyos versos cita Caro tambien:

Canta con canto triste y doloroso
¡Oh musa de dolor enternecida!
La pasion cruda y trance presuroso,
La muerte acerba y nunca merecida

De Cristo Dios y hombre glorioso,
Que morir quiso para darnos vida,
Llevando en hombros flacos y cansados
La grave carga de los mis pecados.

Este poeta debe ser contado entre los que, no en escaso número, cultivaron en Sevilla el género religioso.

QUIRÓS (Pedro de).—Escasas son las noticias de este ingénio. Hubo de nacer á fines del siglo XVI. Se sabe que murió de edad avanzada, en el año de 1670. Hizo sus estudiós en su pueblo natal, y perteneció en él á la congregacion de clérigos menores. Residió algun tiempo, consagrado á las musas en la villa de Umbrete. Al fallecimiento de Felipe IV, se hallaba de prepósito en el Colegio de San Cárlos de Salamanca, puesto que, segun la breve noticia que de este ingénio dá D. Nicolas Antonio, fué autor de una relacion titulada: *Presentacion Real. Honras que hizo la ciudad de Salamanca al Rey nuestro señor D. Felipe IV.* El padre Quirós, añade Ortiz de Zúñiga en sus *Anales de Sevilla*, escribió otras obras grandes, que su muerte dejó sin perfeccionar.

No sabemos con qué fundamento se le ha atribuido tambien una comedia titulada *La Remediadora*, obra que quizás pudo ser de un autor dramático del mismo apellido, Francisco Bernardo de Quirós; aunque D. Cayetano Alberto de la Barrera, escrupuloso bibliógrafo, no la menciona en su *Catálogo del teatro antiguo español*, entre las de aquel último. Tampoco cuenta entre los poetas dramáticos al Quirós que es objeto de estos apuntes.

D. Adolfo de Castro hace al referido D. Francisco Bernardo de Quirós, natural de Sevilla, ignoramos con qué fundamento.

Otro Juan de Quirós, á quien el citado Barrera llama toledano, es el Quirós cuya noticia antecede, autor del poema sobre la pasion de Cristo, titulado *La Cristophatia*, de nombre Pedro y no Juan, natural de Sevilla. Llámale Caro, como dejamos dicho, doctísimo sevillano, y le coloca entre los ilustres varones en letras que honran la ciudad hispalense. El nacido en Toledo de aquel nombre y apellido, es el Jurado Juan de Quirós, poeta dramático.

El ingénio á quien nos referimos en esta noticia biográfica, escribió, segun se lee en las adiciones al libro que acabamos de nombrar de Caro, «excelentes versos latinos y castellanos, y era muy dado á todo género de buenas letras y humanidad. Dispuso la inscripcion que se puso en la primera piedra de la Iglesia nueva del convento de Padres menores de la ciudad de Sevilla, bien elegante y docta.»

El P. Quirós es autor tambien de la *Vida y virtudes del venerable P. Bartolomé Simorilli, de los clérigos menores.*

Las poesías de Pedro de Quirós fuéron dadas á conocer en 1838 por el señor D. José Amador de los Rios, en el primer periódico literario que bajo el nombre de *El Cisne*, se publicó en Sevilla por una sociedad de jóvenes escolares. Hallábanse en un Ms. del siglo XVII, que es sin duda el original de la Biblioteca Colombina, de donde sacó aquel ilustrado catedrático, las notas biográficas que acompañaron á dichas poesías, hasta entonces no sólo inéditas, sino desconocidas. Salieron á luz, ante todas, el lindo *madrigal Á la Tórtola* y el *soneto á las ruinas de Itálica*, ocurriendo con estas dos composiciones una muy rara circunstancia, que nadie ha notado despues. El primer verso del madrigal dice en el Ms. original:

Pichon amante, que en el robre moras, etc.

El primero, asimismo, del soneto, está concebido en estos términos:

Italia breve, que tu lozanía, etc.

En *El Cisne* aparecieron en la forma con que los hemos copiado en las páginas 77 y 78, y así fuéron reproducidos despues constantemente. ¿Enmendó acaso el Sr. Amador de los Rios ambos versos, sustituyendo á *Pichon* la voz *Tórtola*, y á la invocacion de *Italia breve*, el magnífico apóstrofe de *Itálica ¿dó estás?*.. Si esto fué así, y no de otra manera nos lo ha confesado nuestro respetable y antiguo maestro, felices fuéron y de gran fortuna para Pedro Quirós, aquel juvenil desenfado y atrevimiento que le hemos oido condenar, tal vez con severidad injusta; pues que una y otra poesía, recibieron nuevo sér de aquellas oportunas pinceladas. El propósito de seguir dando á conocer las obras poéticas de Pedro Quirós, no le abandonó, sin embargo, ni murió con *El Cisne*. Primero en *La Aureola*, periódico literario publicado en Cádiz, de 1839 á 1840, y despues en *El Paraiso* y *La Floresta Andaluza*, que se daban á luz en Sevilla, continuó insertando canciones, romances, epigramas y letrillas del indicado Pedro de Quirós, á quien en la traduccion, anotaciones y ampliacion de la *Historia de la literatura española* de Sismonde de Sismondi, dió ya lugar señalado al lado de Rioja. Mas adelante, al hacerse una de las primeras ediciones del *Manual de literatura* del entendido D. Antonio Gil de Zárate, ocupó Pedro de Quirós honroso puesto entre los poetas sevillanos, ya porque el autor del *Manual* hubiere consultado los trabajos del Sr. Amador de los Rios, ya porque encargado este de corregir aquella nueva edicion, introdujese en ella las noticias relativas al expresado ingénio.

Las obras poéticas del mismo, se han publicado en reducido número, en el tomo primero de los *Poetas líricos* de los siglos XVI y XVII de la *Biblioteca de autores españoles*, ya varias veces citada.

RAMIREZ BUSTAMANTE (Juan).—Este sevillano, célebre por su longevidad y numerosa descendencia, se hizo tambien notable por sus escritos y elegantes producciones poéticas. Así lo hemos visto consignado en más de un lugar, en algunos ligeros apuntes biográficos que á él se refieren. Fué hombre de grandes conocimientos. Verdad es que tiempo sobrado tuvo para adquirirlos y perfeccionarlos, puesto que habiendo nacido el año 1557, falleció el de 1678; es decir que vivió ciento veinte y un años. Hizo algunos viajes á América, donde aprendió varios idiómas. Contrajo matrimonio más de una vez, y contó sus hijos en número extraordinario. En 1656, á los noventa y nueve años de edad, se ordenó de presbítero, y celebró todos los dias hasta su muerte el santo sacrificio de la misa. Hállase su sepultura en la bóbeda de sacerdotes de la parroquia de San Lorenzo.

Este varon, en quien tan raras circunstancias concurrian, debe más tal vez su celebridad á aquellas que le distinguieron de las ordinarias de la vida del hombre; pero como tambien mereció un favorable concepto como escritor y poeta, á lo que se dice, hemos creido deber mencionarle entre los cultivadores de un género literario tan propagado en Sevilla.

Tambien se llama á Bustamante en los *Anales* de esta ciudad, *buen poeta*; y en los mismos se confirman todas las particularidades ya expresadas, de su dilatada existencia, así como en la *Olimpiada ó Lustro de la córte*, y en los *Hijos de Sevilla*.

REGAJAL Y DE LA PEÑA (Juan de).—Véase San Agustin (Fray Juan de).

RIBERA (Luis de).—Floreció en el siglo XVI. Sábese sólo que residió largo tiempo en el Perú. Escribió *Sagradas poesías*, Sevilla, 1612. Existe otra edicion de este mismo libro hecha en Madrid el año de 1626. Dichas composiciones están dirigidas á doña Costanza María de Ribera, monja profesa en el hábito de la Concepcion, hermana del autor. Hállase este incluido en la *Bibliotheca-hispana nova* de D. Nicolás Antonio.

En las adiciones manuscritas al libro de Rodrigo Caro, *Varones ilustres*, se lee la siguiente noticia que amplia las anteriores: «El P. Maestro Fr. Antonio de la Calancha (en su *Crónica moralizada*), del órden de San Agustin en el Perú, lib. 1.º, cap. 18, certifica ser hijo de Sevilla Luis de Ribera, y haber sido muy leal al Rey cuando las revoluciones de Pizarro contra el Virey Blasco Nuñez Vela, y entonces la ciudad de Chuquijaca nombró por su Teniente á nuestro sevillano Luis de Ribera, el cual por sus acciones mereció que el rey diese á la ciudad el título de leal.»

Como anteriormente hemos dicho, juzgamos acreedor á tan inspirado hijo de Sevilla, á un distinguido puesto entre lo poetas de esta ciudad. En el *Romancero y Cancionero sagrados* de la *Biblioteca de Autores españoles* (to-

mcxxxv), se incluyen sus obras poéticas reunidas; tanto su numerosa coleccion de sonetos, todos los cuales tratan de asuntos bíblicos, como sus odas y canciones. Creemos digna de aplauso tan acertada eleccion, al publicar en un volúmen el fruto de la inspiracion de nuestros poetas religiosos.

RIBERA (Véase Fernandez de Ribera, Rodrigo).

RIOJA (Francisco de) (1).—Consignaremos del modo más breve, algunas noticias sobre la vida y escritos de este insigne poeta. Debió nacer en los últimos años del siglo XVI. No sólo siguió la carrera eclesiástica: graduóse tambien de licenciado en la facultad de leyes. Obtuvo además de los honrorosos cargos de que ya hemos hecho mérito, debidos á la proteccion que le dispensaba el valido del rey, conde-duque de Olivares, la plaza de Inquisidor de Sevilla, y la del Consejo de la Suprema y General Inquisicion. Fué racionero de la catedral de aquella ciudad. Despues de los disgustos y contratiempos que sufrió en la córte, á consequencia, segun creen algunos, de ciertas sátiras que se le atribuyeron, y de haber regresado á su país, donde exclusivamente se dedicó á las tareas literarias; nombrado por el cabildo de aquella santa iglesia, su agente en Madrid, vino de nuevo á esta capital, en la que murió el año 1659.

Escribió nuestro célebre sevillano, el *Aristarco, ó censura de la proclamacion católica de los catalanes.—Ilephonso, ó tratado de la Purisima Concepcion de Nuestra Señora.—Carta sobre el título de la Cruz.—Respuesta á las advertencias contra su carta.—Aviso á predicadores.*—Diósele por autor de un papel satírico contra las costumbres de su tiempo, intitulado *El Tarquino español ó cueva de Meliso*; pero tan falso parece que él lo fuera, como Quevedo, de quien tambien se creyó era obra. Suyos son, además, otros trabajos impresos, y aquellos que se conservan manuscritos ó se han perdido inéditos, que fuera prólijo enumerar.

Por ser de Lope de Vega, ilustre contemporáneo de Rioja, no dudamos en

(1) Remitida ya nuestra memoria al certámen abierto por la Real Academia sevillana, hemos conocido la elegante edicion de las obras poéticas de D. Francisco de Rioja, ilustradas con feliz acierto y competencia por el Sr. D. Cayetano Alberto de la Barrera, escritor conocido por su laboriosidad y erudicion. Este excelente libro ha sido publicado el año 1867 por la Sociedad de Bibliófilos españoles.

Es tal la copia de noticias curiosas, interesantes todas, reunidas por el Sr. Barrera, que sería difícil y prolijo querer enriquecer estos ligeros apuntes biográficos con algunas de ellas. Por lo tanto, recomendamos la lectura de este libro, á los apasionados del insigne vate de Sevilla; porque de seguro hallarán agradable solaz, y nuevos motivos para admirar su mérito, al recorrer sus páginas.

trasladar á este sitio las estrófas primeras de una epístola que á este mismo dirige, al describirle su jardin:

Divino ingénio, á quien están sujetas
Romanas musas, griegas y españolas,
Que ennobleces, aumentas é interpretas;
Tú, que del cortesano már las olas
Cuerdo olvidaste, y donde quietas yacen
Vives las horas del estudio solas;
Claro Febo andaluz, por quién ya nacen,
En vez de olivas, lauros en el Bétis,
Que más ardientes los ingénios hacen;
La gran ciudad por quién discurre á Tétis,
Mayor que la que dió famosa á Nino
La hija del gran ídolo Bercétis,
Honrada ya de tu laurel divino,
Se precia más de tí que de la infusa
Ciencia del Esmirneo y Venusino.

RIOS SANDOVAL (D. Andrés de los).—Noble sevillano. Es autor de una obra teológica titulada: *Ordinem examinationis Orationum, quæ dicuntur in infirmitatibus, seu præcantationum, quæ Hispane dicuntur Ensalmos*. Sevilla 1620. Hállanse unidos á ella algunos versos, y un tratado en castellano, *De la perfeccion y significacion de los números por la composicion de sus partes*.

RIQUELME (Fray Juan).—Buen poeta, segun Varflora, en la noticia que de él dá en los *hijos de Sevilla*. Su erudicion, dice este mismo, le atrajo el aprecio de muchos en Roma, donde fué custodio de su provincia. Como religioso franciscano, llegó á ser tambien definidor en su órden. Escribió y dió á la prensa desde el año 1685 al 1691, un *Libro en defensa de la Inmaculada Concepcion de María*, otro titulado *Nuntius pronobus*, que trata de las exelencias de San Juan Bautista.—*Veritas pro modestia*.—*Apertum defensorium primæ partis operum Mistica civitatis Dei*.—*Vida de San Juan Capistrano, San Pascual Bailon y San Antonio Estronconio*.—*Frutos espirituales de la confraternidad de la Purísima Concepcion, sita en el Convento de San Francisco de Cádiz*, y por último, la titulada *¿Para que tiene el hombre razon?* impresa en Sevilla en 1687.

Disponiéndose este instruido religioso para pasar á las Indias de Comisario General, falleció en Cádiz el año 1613.

En las adiciones al libro de Rodrigo Claro, *Varones ilustres en letras natura-*

les de Sevilla, hechos por D. Diego Ignacio de Góngora, leemos el siguiente párrafo, referente al autor de quien tratamos.

«Aplicóse cuando mozo al entretenimiento de escribir diferentes versos, ejecutando con acierto muchos en las justas literarias, cuyas poesías no sólo salian premiadas, pero celebradas con muchos aplausos. Su buen natural le llamaba al recogimiento religioso, y su deseo al estudio, le instaba al retiro para poder con desembarazo aplicarse solamente á él, y así eligió el convento de San Francisco de Cádiz, donde vivió mucho tiempo con edificacion de la ciudad, mirándole con la veneracion que merecian sus letras y virtud.»

ROSAS (D. Cristóbal de).—Poeta del siglo XVII. Citalo Luis Velez de Guevara en su *Diablo Cojuelo*, y en el pasaje que ya hemos copiado en otro lugar, Llama á este y á otro D. Diego de Rosas, *ingénios peregrinos*, que han honrado el *poema dramático*, y los presenta entregados á ejercicios literarios en una docta academia establecida en Sevilla.

Hay una comedia que se cita en el *Catálogo del teatro antiguo*, titulada *Los Amantes de Verona*, escrita por un D. Cristóbal de Rozas. La sola diferencia de una letra en el apellido de este, tal vez sea un error de pronunciacion, como observa el autor de dicho catálogo; por lo tanto el poeta indicado y el D. Cristóbal que nombra Velez de Guevara, deben ser uno mismo.

Infiérese con algun fundamento, que fué natural de Sevilla.

ROSAS (D. Diego de).—Hermano del anterior, á lo que parece. No podemos añadir otras noticias á las que damos sobre D. Cristóbal. Creemos, por iguales motivos, que tambien debió ser hijo de aquella ciudad.

RUEDA (Lope de).—El Terencio sevillano, como es nombrado por algunos, nació en los primeros años del siglo XVI. Ejerció el oficio de batidor de oro, que abandonó para consagrarse al de comediante y autor dramático; y como tal aparece por los años de 1544, segun las noticias que sobre él dá Moratin. Recorrió, dirigiendo ya una hábil compañía, varias poblaciones importantes de España, despues de haber obtenido el aplauso de sus paisanos, adquiriendo gran celebridad en las representaciones de sus *farsas, pasos y entremeses*. En el año 1558, con motivo de las fiestas que se hicieron en Segovia á la consagracion de la nueva Catedral, consta que concurrió á ellas con sus trabajos aquel célebre cómico; atrayendo un numeroso auditorio. El historiador Colmenares, describiendo estas solemnes fiestas, dice, refiriéndose al dia 16 de Agosto del citado año, y durante la octava de la Asuncion de la Virgen: «luego la compañía de Lope de Rueda, famoso comediante, de aquella edad,

representó una gustosa comedia; y acabada, anduvo la procesion el claustro, que estaba vistosamente adornado.»

Cervantes, el ministro de Felipe II Antonio Perez, Juan Rufo el Jurado de Córdoba, Lope de Vega, Moratin y otros doctos escritores han convenido en que Lope de Rueda logró por su ingénio natural, y no debido á los estudios, un triunfo que otros no alcanzaron, á pesar de contar con mayores elementos por su erudicion, al dar un impulso notabilísimo al teatro de nuestra patria en su estado naciente; correspondiendo en medio de su sencillez, y con su lenguaje castizo y donoso, á las exigencias del público de entonces, y en especial á las del vulgo, para quien era una novedad que le hablasen de una manera comprensible para él, viéndose el mismo tiempo, fielmente retratado en las tablas.

Lope de Rueda mejoró tambien la parte escénica y de aparato, pobre hasta entonces, de los teatros ambulantes que se improvisaban en las plazas públicas. Hé aquí lo que sobre este particular dice Cervantes en el prólogo de sus obras dramáticas: «En tiempo de este famoso español, todos los aparatos de un autor de comedias se encerraban en un costal, y se cifraban en cuatro pellicos blancos guarnecidos de guadamecí dorado, y en cuatro barbas y cabelleras, y cuatro cayados poco más ó menos, porque todos los personajes que se introducian eran pastores; los paños del vestuario eran de mantas que en donde quiera se tendian sobre un cordel, y se entretegian en la égloga dos ó tres entremeses, ya de negro, ya de rufian, ya de bobo y ya de vizcaino: que estas cuatro figuras y otras muchas hacia el tal Lope con la mayor excelencia y propiedad que pudiera imaginarse. No habia en aquel tiempo tramoyas ni desafíos de moros y cristianos á pié y á caballo. No habia figura que saliese ó pareciese salir del centro de la tierra, por lo hueco del teatro, al cual componian cuatro bancos en cuadro y cuatro á seis tablas encima, con que se lebantaba del suelo cuatro palmos: ni menos bajaban del cielo nubes con ángeles ó con almas.»

El mismo Cervantes, en el prólogo citado, añade, refiriéndose á las comedias de este autor: «Tratóse tambien de quién fué el primero que en España las sacó de mantillas, y las puso en toldo y vistió de gala y apariencia. Yo, como el más viejo que allí estaba, dije que me acordaba de haber visto representar al gran Lope de Rueda, varon insigne en la representacion y en el entendimiento.» (1).

(1) La reforma que hizo este comediante en el modo de presentar los espectáculos escénicos, y la aficion del pueblo en que nació al género dramático, se manifestó en el mismo, no sólo destinándose varios lugares para sus representaciones, sino ofreciéndose sus coliseos con aspecto más decoroso.

Ortiz de Zúñiga refiere en sus *Anales*, no muy gustoso por cierto, á causa de considerar tales diversiones, *profano uso que no ha bastado á detener el espíritu de muchos varones grandes*, haberse reedificado varias veces por accidentes de diversa clase, el situado entonces en

Nuestro dramático sevillano, á quien más tarde habia de parecerse por sus cualidades de autor y cómico á la vez, el que es honra de la escena francesa, el gran Moliere, falleció en Córdoba en el año de 1560 ó al finalizar el anterior; y sin embargo de considerarse en tan poco y hasta como vil profesion la suya en aquella época, «por hombre excelente y famoso, segun el autor del *Ingenioso hidalgo*, le enterraron en la iglesia mayor de aquella ciudad entre los dos coros.» Moratin completa la noticia de Cervantes añadiendo lo que «la posteridad, más injusta, ha dejado perecer y olvidar el depósito de sus cenizas, que ocupan ya desconocido y comun sepulcro.»

Francisco de Ledesma compuso un soneto al fallecimiento de tan popular autor, que Navarrete copia en su *Vida de Cervantes*.

Las obras de Lope de Rueda, como ya expresamos, fuéron publicadas despues de su muerte en 1567, por su amigo, autor tambien, el valenciano Juan de Timoneda, en la ciudad del Cid, que tan fecunda habia de ser en ingénios dramáticos.

Moratin, en sus *Orígenes del teatro español*, á más de citar cronológicamente aquellas, las ilustra con noticias y estimables juicios críticos. Acompaña á estos la reproduccion de algunas de las mismas invenciones dramáticas del donoso farsante. En el catálogo del Sr. Barrera, se hallan tambien otros curiosos detalles sobre su repertorio, y las distintas fechas en que las obras que lo componen se imprimieron. Por nuestra parte, dejamos mencionadas en otro lugar las que juzgamos de mayor importancia.

SAAVEDRA.—(*Véase* Venegas de Saavedra, Pedro).

SAEZ Ó SANZ DE ZUMETA (Juan).

> ¿Qué título, qué honor, qué palma ó lauro
> Se le debe á *Juan Sanz* que de *Zumeta*
> Se nombra, si del indio al rojo mauro
> Cual su musa no hay otra más perfeta?

la parroquia de San Pedro. Hácia el año de 1615 fué destruido por el fuego, cuando se representaba la comedia de *San Onofre*; siendo tan lamentable suceso, ocasion de muchas muertes y desgracias. Describelo desahogado y hermoso, construido en forma circular, y á imitacion de los teatros romanos. «Tenia el cabildo de esta ciudad, dice, tres aposentos propios para asistir á las comedias sus capitulares con grande autoridad, en sus bancas cubiertas de terciopelo carmesí. En lo antiguo, añade, se sabe que tuvo Sevilla otros teatros en la parroquia de San Pedro, donde ahora está el estanco de tabaco, y en la de la Santa Iglesia en el corral de doña Elvira (casa que fué de doña Elvira de Ayala, mujer del almirante D. Alvar Perez de Gnzman), y ahora tiene otro que vulgarmente llaman la Montería en el zaguan del Alcázar real, fabricado todo de madera, y dentro de su jurisdiccion.»

Así elogia Cervantes á este ingénio sevillano, en su *Canto de Calíope*. Tambien lo menciona Fernando de Herrera en sus *Anotaciones á las obras de Garcilaso* (1588).

En las biografías de los poetas encomiados en el referido *Canto de Calíope*, publicadas por el Sr. Barrera en el segundo tomo de las *Obras completas de Cervantes*, edicion dirigida por D. Cayetano Rossell, se dice que en un códice de la Biblioteca Nacional (M-168), se conserva un soneto que escribió Sanz de Zumeta á la invasion y saqueo de Cádiz por la armada inglesa al mando del conde de Esex en 1596, y el tardío socorro dispuesto por el duque de Medina-Sidonia. Así esta poesía como otra de su género que hizo Cervantes al mismo asunto, fuéron publicadas por D. Juan A. Pellicer (Vida de Cervantes, en el Quijote ilustrado).

Juan de la Cueva, en su *Viaje de Sannio*, cita igualmente con grandes alabanzas á Zumeta, en su revista de ingénios nacidos en Sevilla. Dice así:

Mira, si ya la admiracion y espanto
No te priva el mirar, esta figura
De Juan Saez Zumeta, cuyo canto
Hace lo que el de Apolo en su dulzura;
Con él suspende la congoja y llanto
De amor, con él la pena y desventura,
Con él sobreseyó del reino oscuro
Orfeo el uso del castigo duro.

Pacheco incluye el retrato, sin elogio, de Zumeta, en el *Libro de descripcion de ilustres y memorables varones*.

Herrera, como hemos dicho, cita en más de una ocasion al mismo, en sus *Anotaciones* mencionadas, y copia con oportunidad para su objeto, algunos versos suyos, como son las estrofas que trasladamos á nuestra vez á este lugar, para que se juzgue de su poético estilo:

Llévame mi pasion por mar estrecho,
Alterado con viento impetuoso;
Y en medio deste trance peligroso,
Las olas rompen el gobierno al pecho
. . . .
Y tras la trabajosa y larga calma,
Vendrá un próspero viento de favores,
Y del cielo las nubes desterradas,
Con las velas hinchadas
Iré sulcando el mar de los amores.

En los versos siguientes imitó á Garcilaso.

Llevo al cuello colgando la cadena,
Cuando más libre voy de mi tormento;
Con paso débil, laso, sin aliento,
Procurando escaparme de mi pena.

Hé aquí otro fácil y armonioso fragmento de una cancion de nuestro vate.

Corrió con negras ondas y cansadas,
Bétis lleno de lloro,
Y los vellones de oro
Tiñó de negro, y triste, maltratadas
Sus canas veneradas,
Las honras desdeñó, con que gran diosa,
Tú que Aténas mantienes,
En torno le ceñiste ambas las sienes;
Y con su voz llorosa
La alta region hinchó y la tenebrosa.

Refiriéndose Herrera en otro lugar á la contínua amenaza de la muerte á la débil existencia del hombre, copia estos versos de un soneto del mismo Zumeta.

Puestos al cuello con desden severo
Los dulces filos de la amarga espada,
Vivos en el cortar la gloria amada,
Muertos para el dolor, en que hora muero;
La récia mano del verdugo fiero
Sólo templa su furia apresurada,
Por dar muerte más larga y más penada,
Por ver si en tan gran pena desespero.

Cita asimismo el insigne maestro de la escuela poética de su patria, un soneto de Zumeta á Santa Justa, *gloriosa guarda y tutela* de la ciudad de Sevilla, que comienza así:

Ahora que desnuda de aquel velo,
Que el paso impide al inmortal contento,
Con vista clara y cierto movimiento
Mides y ves cuanto atesora el cielo...

Copiarémos, por último, otro soneto, tambien de aquel, traducido de un epigrama en verso latino de Fausto Sabeo.

Vénus al muerto Adónis lamentaba,
Las lágrimas Amor, tambien llorando,
Tierno con blanda mano no cesando
A la llorosa madre le enjugaba;
Y la muerte, aunque niño, consolaba
Con tanta discrecion, que regalando
El lastimado pecho, suspirando
Pudo Vénus mostrar lo que pasaba.
Quita, dice, esa mano allá inhumana,
Que esta llaga mortal, mi llanto eterno,
La causa desta triste amarga muerte;
Muéstrate ahora blando, humano y tierno.
Esa lo ha hecho todo, esa tirana,
Que contra mí la vuelves dura y fuerte.

Vemos, pues, que Saez de Zumeta contribuyó con su talento poético á aumentar el número de los hombres de saber con que contaba Sevilla en una época feliz.

SALCEDO Y CORONEL (D. García).—Caballero de la órden de Santiago, é ingénio del siglo XVII. Fué uno de los que más se apartaron de la escuela poética de su patria, afiliándose no sólo como discípulo, sino como campeon, á la de Góngora. Admirador de este notable poeta, hizo unos extensos comentarios, henchidos de afectada erudicion, á sus obras, á semejanza de los que D. José Pellicer llamó *Lecciones solemnes á las obras de D. Luis de Góngora*, y D. Cristóbal Salazar y Mardones, *Ilustracion y defensa de la fábula de Píramo y Tisbe*. Salcedo tituló su trabajo, *Obras de D. Luis de Góngora comentadas*, y halló en ellas materia nada menos que para cuatro volúmenes. El primero contiene *Las Soledades*, Madrid 1636; el segundo *El Polifemo*; el mismo año: el tercero *Los Sonetos*, Madrid 1644; y el cuarto, *Las canciones, madrigales silvas, églogas, octavas, tercetos y el Panegírico al Duque de Lerma*, idem 1646 Publicó, así mismo sus poesías, con el título de *Rimas*, primera parte, Madrid 1624. Más tarde, en 1649, imprimió la segunda, con el de *Los cristales de Helicona*. En todas ellas se distingue por su apasionada aficion al estilo culto.

En esta última coleccion, afirma Salcedo ser Lope de Vega, con quien le unia estrecha amistad, el licenciado Burguillos, autor de la *Gatomaquia* y otras rimas festivas. El testimonio de este poeta, viene á dejar fuera de toda duda, si esta aún existiese en nuestros dias, la pretendida dualidad de aquel fecundo autor dramático y el que tomó el seudónimo de Burguillos.

Para dar á conocer el entusiasmo de Salcedo por el jefe de su escuela, y

la proligidad con que examinó sus producciones, basta decir que su comentario al soneto del vate cordobés, dirigido á D. Luis Babia, con motivo de su obra *Historia Pontifical*, ocupa veinte páginas de impresion. Copiamos este soneto que con razon califica Luzan de monstruoso, al examinar sus oscuros y extravagantes conceptos, para que se juzgue de qué índole podrán ser los comentarios de nuestro culto vate sevillano.

Este que Babia al mundo hoy ha ofrecido
Poema, si no á números atado
De la disposicion antes limado,
Y de la erudicion despues lamido,
Historia es culta, cuyo encanecido
Estilo, sino métrico, peinado,
Tres ya pilotos del bagel sagrado
Hurta al tiempo y redime del olvido.
Pluma, pues, que claveros celestiales
Eterniza en los bronces de su historia,
Llave es ya de los tiempos, y no pluma.
Ella á sus nombres puertas inmortales
Abre, no de caduca, no, memoria
Que sombras sella en túmulos de espuma.

Ingénio y paciencia se necesita á la verdad, para traducir estos delirios á un lenguaje inteligible; pero por desgracia ni aún con sobra de paciencia y de ingénio, se logra el fin que se propuso nuestro comentador.

En una coleccion de romances sagrados titulada: *Avisos para la muerte*, de la que se han hecho muchas ediciones, la primera á fines del siglo XVI, y la segunda aumentada con obras de otros ingénios, cultos no pocos, en el siguiente, se encuentra una poesía de Salcedo, á quien se llama caballerizo del señor Infante Cardenal. En ella aparece menos dado á las sutilezas de su escuela, y podemos ofrecer en confirmacion de esto mismo, algunos de sus versos. Su autor, prescindiendo de su gusto extraviado, es un escritor estimable y nada vulgar. Hé aquí el trozo del romance que indicamos:

¿Qué es la vida sino sombra,
Caduca flor, humo y viento;
Una pena repetida,
Y un coutinuado riesgo?
La felicidad mayor
De los mortales, ¿no es sueño
Cuyos gustos, siendo nada,
Son desvanecidos, menos?

Como en la ribera suele
Repartirse turbulento
El mar, ó bañar su arena,
Undosamente risueño;
Y despues arrepentido
Volver á su instable seno
El cristal todo, dejando
Aún más que inmundo desierto;
Así las glorias ofrece
El mundo á nuestro deseo,
Para quitarnos despues
Más bien del que poseemos.
¡Oh miseria de los hombres!
Si al que vive con recelo
Toda la vida es castigo,
¿Quién la desconoce ciego?

Lope, consagró á su amigo este recuerdo en su *Laurel de Apolo*:

Y si mirar deseas
La docta escuridad, cuanto elegante,
Del andaluz gigante,
Escarmiento de esquivas Galateas,
Hoy quedarán tus ojos satisfechos,
Los círculos platónicos deshechos,
Y el intrincado nudo gordiano,
Hablando *Polifemo* en castellano;
Que Don García Coronel ha sido
Tan diferente Ulises, que le ha dado
La vista que el de Grecia le ha quitado;
Y estando de tinieblas ofendido,
Es sol resplandeciente,
Humillando su frente
A que tan alto coronel llegase
Y aquel monte de enigmas coronase,
Que Góngora tambien, porque pudiese
Quedar á quien le viese,
Como docto suave,
De sus secretos le dejó la llave.

Luis Velez de Guevara cita en su *Diablo Cojuelo* á Salcedo Coronel, entre los concurrentes á cierta academia poética de Sevilla, con los extre-

mosos dictados de Fénix de las letras humanas y primer Pindaro andaluz.

Salcedo es autor de un canto en octavas titulado *Ariadna:* lo es tambien de un escrito, cuyo nombre es *Inscripcion del sepulcro de Saturnino que se halló en Mérida el año* 1650.

El siguiente fué el del fallecimiento de nuestro poeta.

Varflora en sus *Hijos de Sevilla,* dá la siguiente noticia de los cargos que desempeñó Salcedo: «En Nápoles, dice, obtuvo el grado de capitan de las guardias del Virey, duque de Alcalá. Pasó á ser Gobernador de Cápua y despues gentil hombre de Cámara del Sermo. Sr. D. Fernando de Austria, Infante de España.»

Existe una obra manuscrita de D. Juan Francisco Andrés, titulada *Defensa de los errores que introduce en las obras de D. Luis de Góngora, D. García de Salcedo Coronel, su comentador* (1636).

D. Nicolás Antonio confiesa que profesaba á Salcedo grande amistad, y ella sin duda le movió á los estremados elogios que le tributa. Llámale poeta elegantísimo, y sus obras de poesía, dice, se adornaban de tal gravedad y autoridad, que ellas daban á conocer el autor sin traer el sobrescrito de quién eran.

SALGADO CORREA (Licenciado Alejo).—En un borrador autógrafo del tambien licenciado Francisco Porras de la Cámara, que ya mencionamos en las noticias biográficas del canónigo Pacheco, se encuentra el párrafo siguiente:

«Eranlo asimismo (*oficiales de las musas*), dos pregoneros, cinco escribanos, tres oidores, dos de los Grados, y uno de la Contratacion, que se firmaba *Alejo Salgado Correa, licenciado,* del cual se despidió un su escudero, hidalgo pobre, aunque poeta, no cobrando el salario de año y medio que le habia servido, por no sufrirle y alabarle sus malas coplas que hacia.»

Con tal donaire y desenfado aprecia el racionero de Sevilla, los pocos merecimientos en el arte que al parecer poseia el buen Salgado. Numerosos debieron ser, á la verdad en la época á que aquel se refiere, los versificadores y copleros que aspiraban en la ciudad espresada al título de poetas, á juzgar por la satírica pintura que hace el mismo en el referido escrito.

No incluiríamos entre los cultivadores de la poesia en el suelo sevillano al que es señalado como tal, de un modo desfavorable, si no se advirtiera en tan donosa censura una marcada exageracion.

Tambien D. Nicolás Antonio menciona á Salgado en su *Biblioteca,* como autor del *Regimiento de jueces,* obra impresa en Sevilla, el año 1556.

SALINAS Y CASTRO (Dr. Juan de).—Nació en la segunda mitad del siglo XVI. Siguió la carrera eclesiástica, llegando á ser canónigo de la cate-

dral de Segovia, visitador del arzobispado de Sevilla, y en esta ciudad, en los últimos años de su vida, capellan y administrador del hospital de San Cosme y San Damian. Falleció el 5 de Enero de 1643, y fué enterrado en el convento de religiosas de Nuestra Señora de los Reyes. Mereció gran concepto de sus contemporáneos por sus virtudes y sabiduría.

Residió algun tiempo en Roma, donde parece compuso un poema burlesco sobre *Los egercicios de San Ignacio*, que llegó á imprimirse alterado y con no pocos errores.

De este poeta hemos tratado más extensamente en otro lugar.

El ilustrado escritor D. Aureliano Fernandez Guerra, que posee un códice manuscrito autógrafo de las poesías del Dr. Juan de Salinas, juntas con las del doctor Garay y Baltásar de Alcázar, consigna en una nota suya, ser el primero natural de Nájera. Hé aquí sus palabras, refiriéndose á dicho manuscrito.

«Los versos de Salinas son de su propio puño. Una carta suya á Quevedo, existe original en la Academia de la Historia, Biblioteca de Salazar núm. 27, fól. 29.

»Salinas fué natural de Nájera, estudió en Salamanca, pasó á Florencia y de allí á Roma, donde su ingénio se hizo grande lugar entre los magnates, y por ellos con Clemente VIII. El pontífice le agració con una canongía en Segovia. Cuatro años sirvió su prebenda, pero viniendo á Sevilla, para ver á su hermana mayor, el Arzobispo le nombró su visitador, y luego de monjas, y la ciudad administrador del Hospital de San Cosme y San Damian (que llamaban de las bubas), donde murió muy viejo y pobre, año de 1647. Yace en el convento de Dominicas descalzas de aquella ciudad de Andalucía.

»En las *Setecientas Apotegmas de Juan Rufo* (Toledo, 1596, fól. 74), consta que por aquel año ó el anterior era Salinas canónigo de Segovia. Y dijo de su mérito el Jurado de Córdoba, *que era de gracia y donaire en ingénio de azúcar.*»

El mismo Sr. Fernandez Guerra, añade en distinto lugar otros curiosos pormenores sobre el Dr. Salinas, y da á luz una poesía festiva inédita que de él conserva. Menciona asimismo la estrecha amistad que tuvo con el expresado Juan Rufo, Quevedo y Cervantes. Por aquellos detalles sabemos que residió en Sevilla cerca de medio siglo, siendo hijo de madre sevillana. Rodrigo Caro en sus *Varones ilustres en letras* naturales de aquella ciudad, coloca entre ellos como tal, á Salinas. D. Diego Ignacio de Góngora, D. Luis Arroyo y Figueroa y otros, tambien consignan haber nacido en el suelo hispalense. Salinas murió á la avanzada edad de ochenta y tres años (1).

(1) Escritos ya estos apuntes, hemos visto las *Poesías del Dr. Juan de Salinas, natural de la ciudad de Sevilla*, publicadas en el año 1869, en dos tomos, por la Sociedad de Bibliófilos andaluces. Insértase en esta obra un memorial de su autor solicitando la merced de la administracion del hospital vulgarmente llamado de las *Bubas*, en cuyo documento dice él

Ortiz de Zúñiga manifiesta la estimacion que nuestro poeta llegó á granjearse en Sevilla, así como su íntima amistad con el Obispo de Bona Don Juan de la Sal, autor de unas notables *Cartas al duque de Medina-Sidonia.* Tambien expresa la particular memoria y veneracion que le debia, por haber recibido en sus brazos el sacramento del bautismo, y el grande afecto que sus padres y abuelos le profesaban.

SAN AGUSTIN (Fray Juan de).—Religioso agustino en el convento de esta órden de Sevilla, su patria. Nació el año 1642, y sus apellidos fuéron Regajal y de la Peña. Desempeñó las cátedras de filosofía y teología en su provincia; poseyendo ademas de estos conocimientos, un claro ingénio para el cultivo de las bellas letras y de la historia, y nada vulgar para la poesía, segun Var-

mismo, ser, en efecto, hijo de aquella poblacion. Queda, pues, desvanecida toda duda sobre el particular.

A ser este lugar oportuno, haríamos gustosos un ligero exámen de dicha obra recien publicada, donde se encuentran todas las producciónes de la musa ya religiosa y grave, ya festiva y maliciosa del doctor sevillano. Preceden á estas, una *breve noticia de tan venerable y ejemplar sacerdote,* escrita por D. Diego de Arroyo y Figueroa, hijo del ya citado D. Luis, que asistió á aquel como su amigo íntimo, hasta sus últimos momentos; algunos versos laudatorios de varios poetas, y las notas á la noticia expresada. En una de ella se dice era Salinas sobrino del famoso vate y pintor D. Juan de Jáuregui; y en otra, que en la *Justa poética* que celebraron los jesuitas por la beatificacion de San Ignacio, de la que hicimos mencion en otro lugar, figuraron entre los jueces del certámen, D. Juan de la Sal y nuestro ingénio sevillano. A esta misma justa asistieron notables ingénios andalùces, entre ellos Rodrigo Caro, Jáuregui, Juan Antonio Alcázar, Francisco Pacheco y D. Luis de Góngora. La aprobacion de las obras poéticas de Salinas, es del Licenciado Rodrigo Caro, y tiene la fecha 16 de Mayo de 1646; y la licencia del Inquisidor D. Juan de Ribera, es del siguiente dia. Sólo copiamos aquí, resistiendo á nuestro deseo de extendernos algo más, dos décimas del correcto y donoso poeta; la una porque revela su instintivo buen gusto y el carácter de la escuela poética á que pertenecia, rechazando el *nuevo lenguaje culto*, aunque á veces, y á su pesar acaso, se mostrara inclinado, como digimos en otro lugar, al estilo conceptuoso, ya propagado en su época; y la otra, porque dá á conocer la amistad que tenia con un festivo ingénio, dramático insigne, el mercenario Fr. Gabriel Tellez. La primera es como sigue:

Cultísima elocucion,
Tú que de artículos huyes,
Y en los conceptos incluyes
Tinieblas de Faraon;
Diabólica contagion,
Que aun en las letras te pegas,
Guarte del fuego si llegas
Al castillo de Triana, (1)
Seta hereje culterana,
Pues los artículos niegas.

(1) Tribunal de la Santa Inquisicion.

flora, en la noticia que de él dá en sus *hijos de Sevilla*. Desempeñó varios cargos honrosos de su carrera, obteniendo en el año 1676 el priorato del convento de Córdoba. Escribió la *Historia de la provincia de Andalucía del Orden de San Agustin*, cuyos borradores se perdieron á su muerte, ocurrida en Sevilla el año 1684.

Atribuyese á este docto agustino, el libro titulado: *Triunfo panegírico*, impreso en Sevilla el año 1671. Es un poema heróico en que se describen las fiestas que consagró la santa Iglesia de aquella ciudad, á San Fernando, en celebracion del nuevo culto que le concedió el Papa Clemente X.

SANCHEZ CARRANZA (Gerónimo).—Caballero del hábito de Cristo, notable en su época en el arte de la esgrima y manejo de las armas, y por ello muy celebrado por insignes escritores contemporáneos suyos, tales como Fernando de Herrera, Cristóbal Mosquera de Figueroa y Juan de Malara. El pirmero figura en los diálogos de aquel, de la *Filosofía de las armas*, bajo el nombre de Filandro, y el último con el de Meliso.

Se sabe que en el año 1589 pasó á las Indias occidentales con el cargo de gobernador de la provincia de las Honduras; regresando despues á España, donde vivió consagrado á la virtud y al estudio.

Uno de los autores que más elogian el mérito de Carranza, es D. Nicolás Antonio, en su *Biblioteca*.

Escribió en 1569 el libro *que trata de la filosofía de las armas y de su destreza, y de la agresion y defensa*, que fué impreso en Sanlúcar de Barrameda en 1582.

Hállanse en esta obra unas octavas y una epístola en verso suelto, del mismo Carranza, dedicadas al duque de Medinasidonia, y otras poesías del género

La segunda lleva este epígrafe: «A cierto papel y décima que le envió el Padre Tirso de Molina, lucido ingénio del órden de Nuestra Señora de la Merced.»

Apenas de tu papel
Gusté lo dulce del verso,
Cuando lo *Tirso* en lo terso
Fuí reconociendo en él;
Con la antífona *¡oh Manuel!*
Y las *ó, ó,* de los tercetos,
Sentí júbilos secretos,
Dilatado el corazon
En la alegre espectacion
Del parto de tus concetos.»

Despues de las poesías de distinto género, de Salinas, insértase en la obra á que nos referimos, el poema jocoso de que hicimos mérito, *Los ejercicios de San Ignacio ó la penitencia de los teatinos*. Y por último, una noticia de los códices de las obras de este autor.

de la última, al autor, de los citados Herrera y Mosquera de Figueroa.

Son tambien del escritor sevillano, *Los cinco libros sobre la ley de la injuria, de palabra ó de obra, en que se incluyen las verdaderas resoluciones de honra, y los medios con que se satisfacen las afrentas. Con veinte y seis consejos, y Tratado de la alevosía.*

Juan Gallo de Andrada escribió en Sevilla el año 1616, un *Discurso de armas y letras sobre las palabras del proemio de la Instituta del emperador Justiniano; y una declaracion en verso, en razon de los mordaces murmuradores, y decadencia de las ciencias, artes, facultades y sabiduría, por haber censurado los escritos del autor Gerónimo Sanchez de Carranza, noble é ilustre sevillano, comendador y caballero del hábito de Cristo.*

Cristóbal de Mesa alaba como poeta discreto á Carranza, en su poema *La restauracion de España*, y Cervantes, en su *Canto de Calíope*, de la manera siguiente:

Si quereis ver en una igual balanza
Al rubio Febo y colorado Marte,
Procurad de mirar al gran *Carranza*,
De quien el uno y otro no se parte:
En él vereis amigas pluma y lanza
Con tanta discrecion, certeza y arte,
Que la destreza en partes dividida,
La tiene á ciencia y arte reducida.

Juan de la Cueva encarece el mérito de Juan Páez de Sotomayor, *natural de Sevilla, diestrísimo en la verdadera destreza de Hierónimo de Carranza, tio y maestro suyo.*

SANTAELLA Ó SANTA-ELLA (Mtro. Rodrigo Fernandez de).— Este varon insigne, natural de Carmona, se halla en igual caso que el canónigo Pacheco, para juzgarle acreedor á un honroso recuerdo, entre los que sobresalieron por su saber y escritos, y fuéron hijos de la misma ciudad hispalense. Ya en otra ocasion hemos indicado la influencia que tuvo en los adelantos intelectuales de la juventud de su época, como fundador del colegio de Santa María de Jesús en Sevilla, al que dió el vulgo en llamarle de *Maese Rodrigo*. Tal fué la justa popularidad que alcanzó. Muchos hombres notables en todo género de estudios y consagrados á distintas carreras, salieron de las cátedras cuyo establecimiento fué debido á su laudable celo por las letras y á su notoria ilustracion.

Santaella nació á mediados del siglo xv. Fué maestro de artes y teología en el colegio español de San Clemente de Bolonia. Despues de permanecer en Roma algun tiempo, regresó á Sevilla con el cargo de pronotario apostólico y

de canónigo de su basílica, y más tarde obtuvo el de arcediano de Reina. Durante la permanencia de los Reyes Católicos en aquella ciudad, fué secretario de la ilustre princesa doña Isabel; siendo muy distinguido por sus notables méritos en saber y virtud. Presentado por el rey D. Fernando para el arzobispado de Zaragoza, falleció electo de esta alta dignidad, el año de 1509, á los sesenta y cuatro de su edad, segun se expresa en la losa que cubre su sepultura.

Prueba es de la perseverancia de este docto varon para vencer las dificultades que se oponian á su anhelo de fundar una universidad en la capital andaluza, que desde el año 1472 acariciaba este pensamiento, y principiaron sus diligencias al mismo fin, no logrando ver totalmente cumplido á su muerte, tan noble y generoso propósito. Aquellas constantes diligencias, se hallan consignadas en diversos lugares de los *Anales* de Ortiz de Zúñiga, quien le tributa repetidos elogios.

Santaella cultivó la poesía latina, y de él se halla impreso en Sevilla en 1504, el libro titulado *Odæ in Divæ Dei Genitricis laudem*, con varias composiciones en el mismo idioma, de otro autor, en alabanza de la Vírgen. Tradujo el *Libro del famoso Marco Polo, veneciano, de las casas maravillosas que vido en las partes orientales*, etc.; y añadió á este interesante trabajo, una traduccion del latin, de un *Tratado de la variedad ó mudanza de la fortuna*, de Micer Pogio, florentino, por la analogía de su asunto.

El sábio bibliógrafo sevillano D. Nicolás Antonio, menciona las diversas obras que sobre materias eclesiásticas compuso, tanto las que llegaron á imprimirse, como las que han permanecido manuscritas.

SANTA TERESA (Sor Francisca de).—Véase Parra y Quirog , Gregoria Francisca.

SANZ DE ZUMETA (Juan).—Véase Saez de Zumeta.

SAYAS DE ALFARO (Cristóbal de).—Véase Zayas de Alfaro.

SEPÚLVEDA (Lorenzo).—Habiendo examinado con alguna detencion las obras de este popular autor de romances, sólo completarémos las noticias que de él se tienen, de la manera más breve. Ya espresamos que floreció á mediados del siglo XVI. Fué escribano de profesion, lo cual confirma un donoso diálogo de una comedia suya; porque tambien fué aficionado al género dramático, á lo que parece. En aquel, respondiendo uno de sus interlocutores

á la pregunta que le hacen sobre si conoce al tal Sepúlveda, y si reune las cualidades de buen poeta, dice: «Por hombre de buen entendimiento lo tengo, y la vena de poeta suya, yo osaré afirmar que entre todos los escribanos, es de los mayores poetas, y entre los poetas de los mayores escribanos.» Esta comedia no tiene título, y fué escrita en 1547. Su manuscrito lo halló en Sevilla D. Pascual Gallangos, quien posee otro de la misma en copia. Tomamos estos pormenores del *Catálogo del teatro antiguo español* del Sr. Barrera, el cual consagra algunos renglones á Sepúlveda, como autor dramático.

Sus romances se encuentran en su mayor parte, en la coleccion publicada por D. Agustin Duran. Sepúlveda dice en el prólogo de su obra, «que están en metro castellano y en tono de romances viejos, que es el que agora se usa;» y más adelante:» fuéron sacados á la letra de la Crónica que mandó recopilar el Srmo. Sr. Rey D. Alfonso, que por sus buenas letras y reales y grande erudicion de todo género de esciencia, fué llamado el Sábio.»

D. Nicolás Antonio cita cuatro ediciones de la Coleccion de Sepúlveda.

Romances sacados de la historia antigua, Anvers 1551. *Romances sacados de la historia de España del Rey D. Alfonso*, Medina del Campo, 1562.—Con el mismo título otra edicion de Anvers, 1580; y con *Los cuarenta cantos de Alonso de Fuentes, otros romances sacados de la historia*. Búrgos 1579. Existen además otras ediciones no mencionadas por aquel sábio bibliófilo, una de ellas hecha ne Alcalá en 1563, aunque es probable que esta fecha esté equivocada, segun el citado Sr. Duran, y otras mencionadas por Ebert, en 1566 y 1584. De todas estas trata el mismo D. Agustin Duran, en su catálogo de documentos, orígenes y fuentes de donde tomó los romances de su coleccion.

Nos hemos detenido en expresar las varias ediciones que se hicieron de los de Sepúlveda, sólo en su siglo, porque es una prueba evidente de la popularidad que alcanzaron.

SERNA (D. Alonso de la).—Canónigo de la santa basílica de Sevilla. Suyo es un *Sermon á las hónras de la Magestad de Margarita de Austria, Reina de España, en la casa de la Contratacion de Sevilla*, impreso en la misma ciudad el año 1611.

Dejó sin concluir un *Comentario al Cronicon de Fabio Dextro.*

La Serna fué muy dado al estudio de antigüedades, en el que poseia notables conocimientos. D. Nicolás Antonio le tributa grandes alabanzas.

Este reputado maestro cultivó tambien la poesía; y D. Juan Antonio Ibarra, ofrece como una muestra de su númen, en su *Encomio de los ingénios sevillanos*, un soneto, imitacion de Marcial (1).

(1) Tal vez sea este D. Alonso de la Serna, el autor de una décima dirigida al Dr. Salinas, que se halla en el segundo apéndice de las *Poesías* de este ingénio, publicadas por la Sociedad de Bibliófilos andaluces.

SERNA (Fray Benito de la) benedictino.—Fué hermano de D. Melchor, célebre predicador y canónigo de la patriarcal de Sevilla, y de Fray Pedro de Jesús, docto mercenario. Desempeñó muchos años, segun dice D. Nicolás Antonio, una cátedra en el convento de San Vicente de Salamanca, en cuya Universidad se graduó de maestro en teología. Asimismo fué general de la congregacion de benedictinos de España é Inglaterra. Retirado por último á su convento de Sevilla, donde reunió una librería escogida y abundante, en él se consagró al estudio y los ejercicios piadosos. Espresa Ortiz de Zúñiga en sus *Anales*, que esta notable librería, sirvió de mucho al citado D. Nicolás Antonio, para sus trabajos literarios, cuando residió algun tiempo en Sevilla, retirado en el mismo convento. La Serna es autor de la obra titulada: *Triunfo de María Santísima: declárase el modo de su preservacion de la culpa original, y el lugar que tuvo en el órden de gracia*. Sevilla, 1655. Escribió tambien la que llamó *Cuestiones misceláneas*.

Este sábio hijo de Sevilla, cultivó asimismo dignamente las musas latinas y castellanas. Ya de avanzada edad, se presentó como justador en el certámen literario que celebró en Sevilla el año 1658, al misterio de la Pura Concepcion de María, la cofradía del Santísimo Sacramento del Sagrario de la Santa Iglesia; renunciando modestamente á los premios ofrecidos. La produccion de Fray Benito fué una cancion real, y á ejemplo suyo, muchos religiosos de otras órdenes, concurrieron á tributar este homenaje de su devocion á la Madre de Jesús.

Este piadoso é ilustrado sevillano, murió por el año de 1660.

SERNA (D. Melchor de la).—Del estado eclesiástico: llamábase *esclavo de la Madre de Dios*.

Es autor de un libro que lleva por título *Coloquio espiritual*, atribuido por D. Nicolás Antonio y el autor de los *Anales de Sevilla*, al escritor del mismo apellido que tuvo por nombre Alonso, á quien mencionamos anteriormente.

El Sr. Barrera, colector de las obras de Rioja, dice poseer este *curioso librillo* de Melchor de la Serna, escrito en prosa y en verso, é impreso en Sevilla por Alonso Gamarra, en el año 1615.

SORIA (Fernando de). — Este ingénio, celebrado por Lope de Vega, segun el Sr Gomez Acebes, en sus *Estudios biográficos de sevillanos famosos*, nació por el año de 1520; siendo su padre de noble y desahogada posicion. Desde muy temprano manifestó una aficion decidida por el estudio de las letras, al que se consagró de un modo exclusivo, alejado del mundo, y satisfecho en la quietud y la soledad. Los frutos precoces de su lectura y meditaciones, le grangearon un notable concepto en su época. Hé aquí el elogio de Lope, en su *Laurel de Apolo*:

A Fernando de Soria

Llamaba el Bétis, por tener segura
Del pretendido premio la victoria,
Que tanto ingénio y letras le asegura;
Mas viéndole asimismo retirado,
Dijo á sus ninfas : » En mayor cuidado
Debe de estar atento,
No perturbeis su claro entendimiento. »

Este Soria puede ser tambien el que cita como poeta renombrado, el señor Barrera, en sus biografías de ingénios mencionados en el *Canto de Caliope* de Cervántes.

«Poeta renombrado, dice, fué tambien Fernando de Soria Galvarro, chantre de la Catedral de Córdoba, que ya florecia en aquel tiempo. (Se refiere á los primeros años del siglo XVII). D. Luis Zapata loa en su poema *Carlo-Famoso* (Valencia 1566), á un poeta llamado Antonio de Soria, de quien habla asimismo con grande elogio Fernando de Herrera en sus anotaciones á las obras de Garcilaso (Sevilla, 1580). »

Bartolomé Leonardo de Argensola tiene entre sus poesías una en tercetos, llena de erudicion y doctrina, y dirigida á Fernando de Soria Galvarro.

Aconséjale en ella, que se consagre á la poesía, porque sospecha que esta inclinacion excelente, es la que más ha de satisfacerle.

Tú, retirado en las nocturnas horas,
Escribe á vigilante lamparilla
O en la estudiosa luz de las auroras,
Contra el rapaz que la razon humilla,
Remedios nuevos, con primor juntando
En los versos deleite y maravilla.
Y si te instiga más, dulce Fernando,
La fama de magnánimas acciones,
Costumbres y provincias explorando;
O si á canto más digno te dispones,
Inquiriendo el concurso de los siete
Planetas, y sus varias impresiones,
Resuélvete al designio, y acomete;
Que, á seguir sus estímulos resuelto,
El orbe encerrarás en tu retrete.

D. Francisco de Medrano le dedicó sus poesías; siendo varias las que á él van dirigidas, dándole el nombre de *Sorino*. Hállanse tambien de este en las espresadas, dos sonetos escritos en concurrencia con Medrano sobre un mismo asunto, y el siguiente, que copiamos como una muestra de su estilo.

De Fernando de Soria al autor.

No puedo desatar deste cuidadó
Un punto mi engañado pensamiento,
Que está cual Ixion en su tormento,
A la cadena y dura rueda atado.
Rn balde del camino comenzado
Apartarlo con fuerza ó maña intento,
Si de mi sangre y mal está sediento
El tirano de Amor fiero y airado.
Medrano, ¿qué haré? Romper los lazos
No puede fuerza flaca ya y rendida,
Ni vencer tanto monte de embarazos.
Mostradme vos de afuera la salida,
Sin remitirla á mi vigor ni brazos;
Que si es así no la hallaré en mi vida.

Digna respuesta obtuvo Soria del vate á quien fué dirigido.

La estimacion que alcanzó este Soria Galvarro, que es á nuestro juicio el celebrado por Lope, de Herrera, y la muy especial de Medrano, y su estilo sobre todo, hacen que lo consideremos como uno de los poetas que con más acierto siguieron la escuela de aquellos notables hijos de Sevilla.

SORIA (Dr. Lúcas).—Canónigo de la Santa basílica sevillana, y consultor del Santo Oficio, elogiado como vate distinguido, por D. Fernando de Vera en su *Panegírico por la poesía*, escrito en el año de 1618.

Cervantes celebra en su *Canto de Caliope*, á un Dr. Soria, mostrándosele agradecido de la gloria que le ha dado al merecer tambien sus alabanzas.

Yo te doy sobre muchos palma y gloria,
Pues á mí me la has dado, Doctor Soria.

Pero no puede referirse al canónigo sevillano, puesto que este doctor es citado por tan insigne ingénio, entre los que daban fama y esplendor al suelo bañado por el Pisuerga.

D. Nicolás Antonio cita al poeta que nos referimos, como autor de los siguientes libros: *De la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo*, Sevilla, 1614.—*De la reformacion de las asistencias de los templos*, Sevilla, 1623; y como traductor de una obra escrita en latin, á la que dió en castellano el título *Del conocimiento de Dios por el de las criaturas, y del arte de bien morir del cardenal Bellarmino, y de las postrimerías del hombre*, *del Cartujano*, impresa en Sevilla.

Lúcas de Soria murió el 18 de Marzo de 1641.

SUAREZ Ó XUAREZ (Rodrigo).—Jurado de Sevilla. Juan de la Cueva dirigió á este ingénio, que tenemos por sevillano, una epístola en tercetos, *en que se trata el riesgo que corren los que comunican sus escritos con el vulgo, y cuán poco premio se alcanza hoy de estos trabajos.* Asimismo le consagró una cancion, *habiendo hecho unos comentarios de la guerra de Portugal.* En la primera, se refiere extensamente á este libro de su amigo.

Hé aquí un soneto de Suarez, que inserta entre sus poesías el mismo Cueva, y se halla dirigido á él:

Del Jurado (de Sevilla) Rodrigo Xuarez á Juan de la Cueva.

Altivo Bétis, tu sagrada frente
Saca ufano del agua cristalina,
Pues hoy Juan de la Cueva con divina
Pluma eterniza tu veloz corriente.
Por él penetrará de gente en gente
El nombre tuyo y gloria peregrina,
Desde la fértil tierra Vandalina
Hasta el remoto y último Occidente.
Al Tajo, al Mincio, al Reno, al Tibre ufano
Excederá tu nombre, pues Felicia
Le dió sujeto al levantado estilo
Por quien el dulce acento y diestra mano
Dan con ilustres versos tal noticia,
Que la vendrá á tener quien beba el Nilo.

Otro soneto, tambien dirigido á Juan de la Cueva por Suarez, se halla al principio de las rimas de este (manuscrito original), en cuyo primer verso dá el nombre de *divino* al poeta que encomia.

No sé quién deba á quién, divino Cueva...

Por el que insertamos anteriormente, pueden juzgarse las excelentes dotes poéticas del distinguido jurado de Sevilla.

Hallámosle en el año 1596, citado por Ortiz de Zúñiga en sus *Anales*, en su calidad de tal jurado, y con el carácter de capitan de la Milicia de aquella, como uno de los que contribuyeron á la pronta formacion de un batallon de la misma, con motivo de la alarma que produjo la repentina invasion y saco de los ingleses en Cádiz.

TAMARIZ (Licenciado Francisco).—Lamentándose Argote de Molina, en su *Discurso sobre la poesía castellana*, de la muerte de algunos poetas que florecieron en Sevilla en su tiempo, dice: «Lo cual colmadamente se compensaba con el raro ingénio y felicísima gracia del buen licenciado Tamariz, si sus es-

tudios más graves, y ocupaciones tan santas é importantes, le dieran licencia á dejarnos algunas preciosas prendas de este género de habilidad, en que él solía deleitarse en las horas del extraordinario pasatiempo. Perdimos con su muerte un raro ejemplo de virtud y discrecion, y una grande facilidad de ingénio para todo lo que quería, con una riqueza de muchas facultades y artes que lo hacian más excelente; de todo lo cual, lo menos era su agradable poesía latina y vulgar, que pudiera ser principal caudal de otros sugetos. Quedónos en lugar de esto, la pena de su apresurada muerte, con vivo deseo y perpétua memoria de su virtuoso nombre, que nunca se acabará mientras hubiere cortesía y gusto de buenas letras.»

En el *Buscapié*, atribuido á Cervantes, tambien se lee el siguiente párrafo: «Mal año para el licenciado Tamariz que con su buena y mucha gracia y claro ingénio tantas estancias y ovillejos solia escribir en loor de los corcobados.»

D. Adolfo de Castro, que publicó y anotó este opúsculo, en su opinion de Cervantes, por vez primera el año 1848, despues de copiar el mismo elogio de Argote, que trascribimos, añade haber visto varias obras inéditas de Tamariz, en un *Ms.* del siglo XVII que lleva el título siguiente: *Chrónica de Don Francisco de Zúñiga, criado privado bien quisto y predicador del Emperador Cárlos V, dirigida á S. M. por el mismo D. Francés.* Esta obra entretenida y rara en efecto, fué más tarde coleccionada por el mismo editor del Buscapié, en el tomo de *Curiosidades bibliográficas* de la *Biblioteca de autores españoles*, 1855. Dice el Sr. Castro haber visto de la misma mano, al fin de dicha Crónica, las siguientes novelas:—» Novela de la tinta—de las flores—de los bandos—otra del licenciado Tamariz—otra del Portazgo, del licenciado Tamariz—otra del licenciado Tamariz, del Ahorcado.»

El mismo D. Adolfo de Castro cita en otro lugar á este ingenio, como uno de los fundadores de la escuela poética sevillana.

TARIFA (Marqués de).—Véase Afan de Ribera, D. Fernando.

TELLO DE GUZMAN (D. Alonso). — Poeta sevillano que mereció ser mencionado como tal, especialmente por D. Fernando de Vera, en su *Discurso apologético* de la poesía, impreso el año 1627, obra muy rara y notable.

Refiriendo Ortiz de Zúñiga en sus *Anales*, la jornada que hizo el rey Felipe III el año 1619 á Portugal, para visitar esta parte de los que eran entonces sus estados, nombra como uno de los capitanes de las compañías que Sevilla formó para que fuesen en su séquito, á un D. Alonso Tello de Guzman, quien como todos, *ostentó bien la patria en lucimiento, y lo que se debia en la*

ocasion. No es infundado suponer, que fuese este el ingénio citado por Vera en su *Panegírico*.

TORRE FARFAN (D. Fernando de la).—Nació en el año 1608, y fué bautizado en la parroquia de San Estéban. Entregóse con tal pasion á la poesía desde su edad juvenil, que por ella abandonó el estudio de la jurisprudencia, á que le inclinaba su padre el Jurado de Sevilla D. Gerónimo de la Torre. Ya más entrado en años, tomó el estado eclesiástico; habiendo recibido por algun tiempo sólo las primeras órdenes, y luego las de presbítero. Murió en Sevilla el año de 1677, siendo sepultado en la parroquia de Santa Cruz.

Dedicado con tan vehemente aficion al culto de las musas, fuéron fruto de sus tareas, varias comedias y autos sacramentales; contándose entre aquellas una titulada *Las tres noches en la quinta*, que no tuvo el éxito que esperaba, é imprimió despues; no haciéndolo con sus demás obras dramáticas. Las líricas, inspiraciones de su juventud, tampoco se han conservado. Los títulos de las otras comedias, son: *Dama, galan y fantasma.—Valor, ingénio y fineza, ó Diego Paredes*. En sus poesías sólo trató despues asuntos místicos ó graves, y todas sus demás obras tomaron entonces un carácter piadoso. Comenzó á escribir la vida de San Fernando, y una relacion del certámen poético que se celebró en Sevilla, y en el pátio de su célebre Alcázar, el año de 1653, al misterio de la Concepcion, á la que daba el título de *Laurel de Apolo*, pero ambos trabajos, segun parece, no llegaron á verse terminados.

Por esta época, como en otro lugar decimos, era cuando más en boga se hallaban los certámenes literarios; y por cualquier motivo, especialmente en celebridad de algun suceso notable que redundaba en gloria de nuestra religion, muchas poblaciones importantes rivalizaban con la córte en festejos y justas poéticas, en las cuales, si bien á veces era escaso el brillo que obtenian nuestras letras, siempre se reflejaba el carácter de aquellos tiempos, la mayor fé en las creencias religiosas, y las vicisitudes por que iba pasando nuestra poesía, tan contagiada entonces de los delirios del culteranismo.

La Torre Farfan, que promovió con celoso ardor en su pueblo nativo tales academias, describió tambien algunas de estas solemnidades y concursos del ingénio. Una de sus obras se titula: *Templo panegírico al certámen poético que celebró la hermandad insigne del Santísimo Sacramento, estrenando la gran fábrica del Sagrario nuevo de la Metrópoli sevillana, con las fiestas en obsequio del Breve concedido por Alejandro VII al primer instante de María Santísima Nuestra Señora sin pecado original*. Impreso en Sevilla el año 1663.

Zúñiga dice hallarse escrito este libro en *rumbosa alegoría*, y añade: «Y en el miércoles 29, dia de los príncipes apóstoles San Pedro y San Pablo, en certámen poético de ingénios sevillanos, compitieron más el premio del honor, que los que les previno en preciosas alhajas la curiosidad, de que fué secretario el mismo D. Fernando de la Torre Farfan, que con la descripcion de las

fiestas dió á luz las poesías de su célebre justa literaria.» Casi todas estas son de ingénios desconocidos.

En este mismo libro tradujo con la concision propia del epígrama, y con no poco acierto, muchos de Marcial y Juan Owen. Tambien vertió á nuestro idioma algunos otros de Sannazaro y de Ausonio.

Traduccion suya, del primero de los nombrados, es el siguiente, que por su brevedad, estilo y agudeza, creemos llena las condiciones de este difícil género de poesía.

Como los tuyos no muestras,
Lelio, me muerdes mis versos;
O no me muerdas los mios,
O muestra los tuyos, Lelio.

Véanse estas otras traducciones de Owen, á quien se dá el nombre del Marcial de Inglaterra:

Lino, dos veces cautivo
Te tienen tus ignorancias;
Nada sabes, y no sabes
Tampoco que sabes nada.

Baldino, indignos de luz,
Saca á luz tus papelillos;
Dignos son de luz sin duda,
Porque son del fuego dignos.

Lino, de libros gran copia
Tienes; más docto serias
Si lo que tienes de libros
Lo atesorases de libras.

En 1666 publicó tambien Farfan la *Fiesta que celebró la Iglesia parroquial de Santa María la Blanca*, *capilla de la Santa Iglesia de Sevilla*, (al mismo breve citado); y en 1672 la descripcion de las otras *Fiestas de la Santa Iglesia de Sevilla al Señor Rey D. Fernando III de Castilla*, año de 1671. El autor de los *Anales* sevillanos, copia varios pasajes de este último libro, en que se refieren minuciosamente los obsequios del Cabildo de aquella Santa Iglesia y de Sevilla toda, al triunfante caudillo de la cruz que enclavó en sus muros sus estandartes, en su gloriosa canonizacion. Ortiz de Zúñiga elogia en esta obra, la agudeza del ingénio, la propiedad del estilo y lo grande de los estudios de su autor. Fuélo asimismo este, de una descripcion de la custodia de la catedral de Sevilla.

D. Diego Ignacio de Góngora en sus adiciones al libro de Rodrigo Caro, *Varones ilustres*, habla extensamente de este notable ingénio, á quien tributa merecidos loores.

Fija el año de su fallecimiento, en el que anteriormente indicamos, cuando cumplia los sesenta y nueve de edad, y no en el de 1672, como hemos visto en alguna otra biografía de este escritor sevillano.

«Algunas de las cuales, dice el mismo Góngora, refiriéndose á sus poesías, recogió quien hace esta memoria del dicho D. Fernando de la Torre Farfan, por la ocasion que tuvo de haber vivido muchos meses juntos como muy amigos. Otros borradores de las mismas, añade, quedaron en poder de D. Justino de Neve y Chaves, Canónigo de la Santa Iglesia de Sevilla, que le heredó; pero tan confusos y en papeles tan pequeños, que muchos de ellos no se han podido sacar en limpio.»

TOVAR (Juan Partenio).—Este poeta sevillano, apenas conocido, floreció en los primeros años del siglo XVI. Fué maestro de poética en la universidad de Valencia. En el año 1503 se imprimieron por Jorge Suriano, en la misma ciudad, y en un volúmen en 4.°, tanto las obras de Tovar, como las de Onofre Capella; lo cual indica que ambos debian profesarse amistad íntima. Este libro ha llegado á ser muy raro. Titúlase *Torrentis tarraconensis carmina*, y se contienen en el mismo, varias poesías latinas en alabanza de la Concepcion de Nuestra Señora, así como una correspondencia en verso entre aquellos.

VEGA (Bernardo de la).—«Púsole aparte con grandísimo gusto, y el barbero prosiguió diciendo: estos que siguen son *El pastor de Iberia, Ninfas de Henáres y Desengaño de celos*. Pues no hay más que hacer, dijo el cura, sino entregarlos al brazo seglar del ama, y no se pregunte el por qué, que seria nunca acabar.»

Bernardo de la Vega es el autor de *El Pastor de Iberia*, así condenado por Cervantes en el excrutinio de la librería del hidalgo manchego. Su tal novela pastoril, fué impresa en Sevilla el año 1591, y se halla escrita en verso y prosa. Su mérito escasísimo justifica el severo fallo del príncipe de nuestros ingénios. No es sólo en su D. Quijote donde se acuerda, y no en son de alabanza, del bucólico novelista; en su *Viaje del Parnaso* le ofrece los siguientes versos:

. . . . Ni llamado ni escogido
Fué el gran pastor de Iberia, el gran *Bernardo*
Que *de la Vega* tiene el apellido.
Fuiste envidioso, descuidado y tardo,

Y á las ninfas de Henáres y pastores
Como á enemigos les tiraste un dardo.

Pero no todas fuéron censuras para este escritor, á quien suponemos hijo de Sevilla. En el *Encomio de los ingénios sevillanos en las fiestas de los Santos Ignacio de Loyola y Francisco Javier* (Sevilla 1623), libro coleccionado por D. Juan Antonio de Ibarra, se hacen elogios de su mérito.

No es, sin embargo, dato muy seguro el hallarse incluido Vega entre los que nombra dicho coleccionador como ingénios de aquella ciudad, para creerlo nacido en ella, porque tambien menciona á otros que son hijos de distintas provincias de España.

En el *Romancero general* (tomo II) ordenado por D. Agustin Duran (*Biblioteca de autores españoles* tomo XVI), se halla un romance sacado de la que el mismo Sr. Duran llama novela pastoril artística, *El Pastor de Iberia.*

VENEGAS DE SAAVEDRA (Pedro).— «Varon de este último ilustre apellido, y de la casa de los señores del mayorazgo de Loreto, versado en letras humanas. Escribió de los *Remedios de Amor,* imitando á Ovidio, y otros poemas.» Es cuanto dice sobre este ingénio, Ortiz de Zúñiga en sus *Anales.* Ninguna otra noticia biográfica podemos añadir á las anteriores, sino que floreció á principios del siglo XVII, imprimiéndose sus poesías en Palermo en el año 1617, al mismo tiempo que las de Medrano, con las cuales corren unidas. Aunque las de este último se hallan en segundo término, son superiores en valor literario, á aquellas que las preceden.

Böhl de Faber, en su *Floresta de rimas antiguas castellanas*, inserta una composicion de este ingénio sevillano, tomada de la obra antes citada. Tanto sigue Venegas al poeta latino, que más traduce que imita. Hállase aquella en *sestinas*, género de composicion que no llega á tener la rotundidad y armonia de la octava. La elegida por dicho inteligente colector, es una pintura agradable y entretenida de la vida campestre, de sus tranquilas y provechosas ocupaciones, y de sus placeres dulces y risueños. Hé aquí algunos versos tan sólo:

¡Oh vida, oh dulce vida solitaria!
Gratos dioses del campo! ¡y tú delante
Silvano padre y Céres! Si en contraria
Lucha de vientos náufrago el amante,
Roto el bagel, si fluctuó en incierto
Airado golfo, recogedlo al puerto!
Y en él ofrecerá, cuando en reposo
Sereno cielo y mansas auras sienta,

La tabla del naufragio temeroso,
Y el voto prometido en la tormenta,
Cuando las mansas auras sienta y cuando
La hermosura del campo esté mirando.

Luego encarece la dicha y los goces del que puede consagrarse al despertar la aurora, á las gratas faenas de la vida campestre.

O los espesos sulcos ejercita
Con sus yuntas, vertiendo alegre el grano,
Y de la antigua edad y gente imita
El estudio, en que á Baco y á Silvano
Gratos dones, y á Céres le dispone:
Y espigas en las sacras aras pone.
Suéltanse los arroyos entre tanto
Que desató del hielo el fuerte dia:
Quéjase Filomena en dulce canto
Cuando la luz y el sol más se desvia:
Braman los becerrillos, y el gemido
De la tórtola es música al oido.
Corchos el labrador limpios prepara
A los enjambres y panares luego:
Y con menuda malla arma la cara
Y el brazo con el humo y con el fuego,
Y roba los despojos y labores
Que robó la abejuela de las flores.

En el tomo II de los *Poetas líricos de los siglos* XVI y XVII. (*Biblioteca de autores españoles*), y en la segunda parte de la *Floresta de varia poesía*, se hallan dos sonetos de D. Pedro Venegas de Saavedra. Uno de ellos es el mismo que en el primer tomo de la misma coleccion se da como de Fernando de Soria, y al cual hicimos referencia en la noticia biográfica de este ingénio. Ambos principian con el verso siguiente:

Flavio, ¿qué? Admira ver mal detenida...

No sabemos de qué procederá el atribuir á dos autores distintos una misma poesía; pero es de creer con fundados motivos, que sea más bien de Soria. El soneto que se expresa ser de este, lleva el encabecimiento que sigue: «De Fernando de Soria Galvarro al autor, al cual pidió que en el mesmo argumento escribiese otro en concurrencia.» El autor de quien habla es Medrano; quien en sus referidas obras poéticas, tiene, en efecto, á continuacion de aquel, otro sobre el mismo asunto.

VERA (D. Juan de).—En un libro, cuyo título es *Epístolas satisfactorias, una á las obgecciones que opuso á los poemas de D. Luis de Góngora el licenciado Francisco Cascales*, impreso en Granada el año 1635, y escrito por D. Martin Angulo del Pulgar en defensa del poeta cordobés contra los ataques que dicho licenciado le dirigió el año anterior en sus *Cartas filológicas*; otra á las proposiciones que contra los mismos poemas escribió cierto sujeto grave y docto; se pretende que el estilo culto no falta á las reglas del buen gusto, y se citan en apoyo de tan extraña opinion, los ingénios que siguieron aquella escuela en diversas localidades, algunos de ellos de reconocido concepto. En Sevilla señala el autor de dicha obra, á D. Juan de Vera y á D. Juan de Arguijo. Con respecto al segundo, ya hicimos notar en otro paraje su propension á este género conceptuoso, apenas marcado, y de todos modos, no lo bastante para que el campeon de causa tan difícil lo considere como uno de los representantes, nada menos, en la ciudad sevillana, de la expresada escuela.

En cuanto á Vera, nada podemos decir: no conocemos sus obras; pero sí, merced á la diligencia y erudicion del autor del *Catálogo del teatro antiguo español*, Sr. Barrera, habrémos de consignar algunas particularidades sobre su mérito.

En dicha obra, y en las noticias biográficas de D. Fernando de Vera, sevillano tambien, deudo muy allegado, á lo que parece, del que es objeto ahora de nuestra atencion, y autor de un excelente *Panegírico por la poesía*, publicado en 1627, hallamos interesantes particularidades, copiadas de este mismo libro, para nuestro propósito.

Hé aquí los párrafos que se citan por el autor de aquel *Catálogo*, y que tan oportunamente concurren á nuestro deseo de dar á conocer los poetas de la ciudad hispalense.

Despues de mencionar D. Fernando de Vera los numerosos vates castellanos que han dado nombre á nuestras letras desde el tiempo de D. Juan II, dice: «A D. Francisco Calatayud, D. Alonso Tello de Guzman, D. Juan Picon de Leca, D. Juan de Arguijo, no puedo alabar por ser naturales de Sevilla... Todos sevillanos y otros infinitos caballeros de quien escribiera mucho, como merecen tales ingénios, sino temiese mi afecto que pareciese pasion lo que es verdad... Y sin temor de la recusacion puedo encarecer los versos científicos y dulces de D. Antonio de Monroy (1); y de D. Juan de Vera y Mendoza, del hábito de Alcántara, señor de Palazuelo, *osára decir sin miedo de que la pasion juzgue mal*, que ninguno le excede... Y del ingénio del señor de Torremayor, D. Juan Antonio de Vera y Zúñiga (2), no sabré decir lo que siento, pero bien conocidos son sus libros y sus versos, que por rematar bien, le guardé este

(1) Fué natural de Plasencia.

(2) Nació en Mérida. Es el conde de la Roca, tan celebrado por Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*.

lugar, y porque nos lo gradúo por su antigüedad en este discurso.»

De lo expuesto anteriormente se deduce, y aun afirmarse puede, coordinando fechas, que el próximo pariente del autor de este libro tan lleno de poética erudicion, y el que nombra D. Martin de Angulo como seguidor de la escuela de Góngora, es uno mismo.

En varias ocasiones hemos manifestado la poca simpatía que nos inspira el género inventado por el notabilísimo poeta cordobés; pero no por eso calificamos desfavorablemente á todos los que lo siguieron, porque generalizado en aquellos tiempos, pocos serian, aun de los mismos poetas de mayor renombre, los que pudiéramos exceptuar por completo de la nota de *cultos*.

En el expresado catálogo del teatro antiguo, se incluye en el concepto de autor de una obra dramática titulada *No hay gustos como la honra*, á un don Fernando Luis de Vera y Mendoza, que ignoramos si sea tambien el mismo autor del *Panegírico por la poesía*.

D. Nicolás Antonio menciona un Juan de Vera, autor del libro impreso en Nápoles el año 1612, titulado *Orationem funebrem in morte Dominæ Margarita Austriacæ Hispaniarum Regina*. Tambien expresa ser autor de la obra *Explicacion y notas al libro cuarto del Arte comun*, Granada, 1631, el que lo fué del *Panegírico por la poesía*.

Segun la opinion del Sr. Barrera, consignada tanto en su *Catálogo del teatro antiguo*, como en las biografías de los autores nombrados por Cervantes en el *Viaje del Parnaso*, el conde de la Roca fué padre de Fernando de Vera y Mendoza, autor de aquel *Panegírico*, y tanto este, como D. Pedro su hermano, en el año 1621, y ya huérfanos de madre, eran religiosos de la órden de San Agustin, en el convento de Sevilla.

En las *Flores de poetas ilustres* de Espinosa, se encuentra tambien alguna poesía de D. Juan de Vera y Vargas.

¿Se referirá Cervantes al D. Juan de Vera, conde de la Roca, ó al que es objeto de estos apuntes, cuando dice lo siguiente en su *Viaje del Parnaso*?

Este que le sigue es el de Vera
Don Juan, que por su espada y por su pluma
Le honran en la quinta y cuarta esfera.

VERA (Juan Antonio de).—«Sapientísimo caballero, hijo de D. Fernando, Apolo de Sevilla.»

Así llama Andrés de Claramonte y Corroy á este vate hispalense de igual apellido que los varios escritores que acabamos de citar, entre los ingénios invocados en su *Letanía moral*, obra impresa en Sevilla el año 1612.

Nombra asimismo, á aquel D. Fernando, como ilustrísimo caballero y doctísimo ingénio de Mérida.

Ciertamente que la igualdad de nombres y apellidos de algunos de estos Veras, dificulta el poder resolver atinadamente sobre sus respectivas individualidades. Pudiera deducirse sin embargo, por ser este último de Mérida, patria del Vera y Zúñiga citado por el autor del *Panegírico por la poesía*, de igual nombre y apellido que aquel, que el llamado por Claramonte, Apolo de Sevilla, era acaso deudo del mismo Vera y Zúñiga, conde de la Roca.

En el año 1623 se imprimió en esta ciudad un poema épico, escrito en los versos de la *Gerusalemme liberata, del insigne Torcuato Tasso*, titulado: *El Fernando ó Sevilla restaurada*, cuyo autor es un Juan Antonio de Vera y Figueroa. Se hizo otra edicion de esta obra en Milan, el año 1632. ¿Podrá ser este el Vera de quien tratamos? El colector de las obras no dramáticas de Lope de Vega *(Biblioteca de autores españoles*, tomo XXXVIII), en el índice de los citados en el *Laurel de Apolo*, atribuye aquel poema á Vera, conde de la Roca, natural de Mérida, que es, en efecto, el elogiado por Lope.

VERGARA (Hipólito de).—Poeta nacido en Sevilla, segun D. Nicolás Antonio. Floreció en los últimos años del siglo XVI, y los primeros del siguiente.

Escribió la *Vida del Santo Rey Fernando, en órden á su canonizacion*, y unida á la misma, dió á luz su comedia *El Defensor de la Virgen*, ó hechos de aquel glorioso monarca. Imprimióse este libro en Sevilla, el año 1630.

Hállase citado Vergara, en los siguientes versos del *Viaje al Parnaso* de Cervantes:

Este, que en lista por tercero pones,
Que Hipólito se llama de Vergara,
Si llevarle al Parnaso te dispones,
Haz cuenta que en él llevas una jara,
Una saeta, un arcabuz, un rayo,
Que contra la ignorancia se dispara.

Hubo un Juan de Vergara, actor cómico citado por Agustin de Rojas, y tambien autor de farsas, que por los años 1596 fué muy celebrado en Sevilla, aunque no logró sobreponerse, á pesar de su buena compañía y mejores obras, á otro de su profesion llamado Villegas, muy bien quisto en aquella poblacion.

Ortiz de Zúñiga nombra á Hipólito de Vergara, en más de un lugar de sus *Anales*, para encarecer su vivísimo afecto al Santo Rey Fernando, y su celo y actividad para lograr su canonizacion, tan deseada en el pueblo que rescató con sus armas del poder del agareno. Llámalo alguna vez, Depositario general de la ciudad de Sevilla, cargo que debia recaer, segun parece, en persona de calidad y merecimientos.

Asimismo, el canónigo Navarro cita á Vergara, en su *Discurso á favor de las comedias.*

Y por último, Claramonte y Corroy en su *Letanía moral,* le nombra, entre los ingénios que invoca, Depositario general tambien, y *gallardo y prudentísimo ingénio sevillano.*

VILLAGRAN.—Caballero sevillano, cuyo nombre se ignora, y excelente poeta, segun dice Varflora en sus ilustres *Hijos de Sevilla,* al mencionar al que tanto lo fué por sus virtudes, Fray Juan Bernal. Expresa que aquel, que florecio en la segunda mitad del siglo XVI y principios del inmediato, escribió extensamente la vida de este venerable religioso, en quintillas castellanas, y que es esta obra, á juicio de los inteligentes, muy erudita y bien formada.

VILLEGAS (Antonio de).—Todo induce á sospechar que este célebre comediante y autor, fué natural de Sevilla. Rojas Villandrando pide en una de sus loas á esta ciudad, que *ampare á Villegas*, *como lo ampara,* pues conoce que es su hijo, *y sabe lo que la ama.* Aquel mismo dedica á nuestro cómico, otros versos que demuestran la fecundidad de este. Es presumible que de una buena parte de las obras á que alude, fuese actor y no autor. Merecia sin duda, por sus afanes, el aprecio que llegó á captarse del pueblo sevillano.

El mismo Rojas, poeta y comediante á su vez, perteneció á la compañía de Villegas, una de las mejores y más estimadas en los últimos años del siglo XVI; época en que competia con ella la de Vergara, con más escogido repertorio; pero que no alcanzó á sobreponerse, como dejamos dicho, en el favor del público, á su rival.

En el año 1603, fué Villegas autorizado por decreto de Felipe III, para representar comedias en *estos reinos,* con ciertas restricciones que indicamos, porque no dejan de ser curiosas. En él se prohibe que «en ningun tiempo del año se representen comedias en monasterios de frailes y monjas, ni que en la Cuaresma haya representacion dellas, aunque sea á lo divino.»

Algo despues de haber obtenido la citada autorizacion, y antes del año 1615, debió morir aquel laborioso autor y cómico infatigable.

Mereció las alabanzas de algunos ingénios de su tiempo, entre las cuales son de notar las que le tributa Lope de Vega. Claramonte y Corroy nombra en el *Inquiridion* de los ingénios invocados en su *Letanía moral,* á un Juan de Villegas, *hijo de Antonio de Villegas, tierno ingénio y natural, monstruoso y apacible representante.* (1)

(1) En el Apéndice XIII, inserto á continuacion de la interesante y erudita Memoria del Sr. Marqués de Molins, titulada *La sepultura de Cervantes,* impresa en el año 1870

Otro poeta andaluz de su apellido, Diego de nombre, que floreció posteriormente, acaso fuera tambien hijo de Sevilla. Se sabe que dejó las orillas del Bétis por las del Manzanares.

Don Diego, á quien Manzanares
En justo agradecimiento
De que por él deje el Bétis,
Que le llama en dulces ecos,
Rinde sus morados lirios
A sus piés, y alzando el pecho
Sobre el cristal, á sus ninfas
Coros le pide y requiebros.

Así dice Lope de Vega en un romance, alabando á los justadores del certámen poético de San Isidro, á que aquel concurrió, siendo premiado en primer lugar. D. Diego fué, asimismo, autor bastante atinado de algunas comedias.

Como cumple á nuestra buena fé, consignarémos aquí que hemos hallado algunos de los curiosos pormenores que comprende esta reseña biográfica, en el excelente *Catálogo del teatro antiguo español*, libro que obtuvo galardon merecido en el concurso literario de la Biblioteca Nacional, celebrado el año de 1860. En toda ocasion hemos citado asimismo, los autores y obras que nos han suministrado diversas noticias para la formacion de estos apuntes.

XUAREZ (Rodrigo).—Véase Suarez, Rodrigo.

ZAYAS DE ALFARO (Critóbal de).

Cargado de mil bélicos despojos
Ganados con aquel valor tan alto,

se halla una curiosa noticia de la familia de Villegas, que figuró notablemente como consagrada á la escena del siglo XVII, á propósito de cierto lance de espadas en que un comediante, Pedro de Villegas, causó mortal herida al hermano de nuestro insigne poeta D. Pedro Calderon de la Barca. Refugiado el agresor en la clausura del convento de monjas Trinitarias de la córte, intervino en el suceso aquel ingénio, entonces en todo el lleno de su juventud. Este lance, de ruidosas consecuencias, se halla contado en ameno y elegante estilo, en la expresada Memoria, y excita sumo interés por referirse al príncipe de nuestra escena. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, que ha facilitado tan curiosa noticia al Sr. Marqués de Molins, como se expresa en el mismo libro citado, consigna en el discurso leido en la Biblioteca Nacional el año 1870, más extensos pormenores sobre este episodio de la juventud del gran poeta, y las quejas que suscitó por parte del P. Fray Hortensio Felix Paravicino; ofreciendo datos desconocidos y de verdadero interés para la biografía de aquel eminente varon, gloria de nuestra poesía dramática.

A *Cristóbal de Sayas* ven tus ojos,
Que viéndolo de nada quedas falto.
De Amor las iras cantará y enojos,
De Marte fiero el riguroso asalto,
Cantado en lira y plectro de tal suerte
Que Amor no ofenda y Marte no dé muerte.

Esto dice Juan de la Cueva en su *Viage de Sannio*, libro V, al elogiar los poetas naturales de Sevilla.

Sin duda el alabado por Cueva, es el mismo Cristóbal de Sayas de Alfaro á quien dedica aquel más de una de sus poesías, entre ellas la que encabeza del modo siguiente: «A Cristóbal de Sayas de Alfaro, á quien en una Academia anotaron un soneto é hicieron una invectiva contra la poesía.» Esta composicion termina con estos versos:

En Hispalis, 14 de Febrero
Del año del Señor de ochenta y cinco:
A los academistas remitida
Del museo del inclito Malara,
Presente el ilustrísimo de Jélves.

El conde de Jélves, D. Alvaro de Portugal, á quien tambien celebró Cueva en el citado *Viage de Sannio.*

El mismo autor de este poema, cita á Zayas en su *Ejemplar poético*, refiriéndose á las canciones de otros poetas.

Célebre fué y loada de varones
La del ingenioso y docto *Sayas*,
Sin sujetarse á Lacias opiniones.

Otra de las poesías que Cueva dirige á Cristóbal de Sayas de Alfaro, *natural de Sevilla*, es con motivo de haber compuesto éste una obra titulada *De la verdadera destreza*, y principia con el verso siguiente:

Concédeseos la cumbre del Parnaso...

Pacheco incluye en su *Libro de descripcion de ilustres y memorables varones*, el retrato y elogio de Sayas ó Zayas de Alfaro.

ZUMETA.—(Véase Saez de Zumeta, Juan.)

ZÚÑIGA (D. Manrique de).—D Luis Zapata en su poema *Cárlo Famoso*, canto XXXVIII (Valencia 1566), al encarecer á otros claros ingénios, dice:

Como fué en poca edad, aunque he mancilla,
Don Manrique de Zúñiga en Sevilla.

Describiendo el autor de los *Anales* de esta ciudad, la traslacion de la capilla real antigua á la nueva, de la imágen llamada de los Reyes, y de los cuerpos de los santos Leandro y rey D. Fernando, así como los de su esposa doña Beatriz, é hijo Alfonso el Sábio y otros ilustres personajes, verificada el dia 13 de Junio de 1579; cita como uno de los testigos de aquel acto solemne, en el concepto de comendador del hábito de Santiago, á D. Manrique de Zúñiga, marqués de Villamanrique. Expresa igualmente el referido analista, ser este mismo caracterizado sugeto, uno de los que tuvieron la honra de llevar sobre sus hombros la caja donde se hallaban depositados los restos del santo rey conquistador.

Parécenos muy probable que el Zúñiga mencionado por Zapata, sea dicho marqués; teniendo, además, en cuenta la circunstancia, de que es señalado en el referido poema, entre aquellos ingénios á quienes distinguia un título nobiliario.

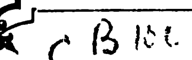
En el año 1630 ya usaba el de marqués de Villamanrique, D. Melchor de Guzman, el cual figuró tambien, segun el mismo Ortiz de Zúñiga, en las fiestas celebradas en Sevilla con motivo de los principios de la canonizacion del mismo insigne santo monarca.

FIN.

INDICE.

ERRATAS.

Pág.	Línea	Dice.	Léase.
6	7	sumergida	sumergido
9	8	Bitis	Bétis
11	9	*judio*	*judino*
11	30	Rey	Ruy
15	6	crecadora	creadora
16	12	conquistas, España	conquistas. España
18	25	*Guido*	*Gnido*
21	10	cenro	centro
22	5	promovedor, de	promovedor de
22	19	*Introductione*	*Introductiones*
30	17	Han vnelto	Han vuelto
30	24	al cantor	al cantar
50	38	noctiias	noticias
66	20	azas	asáz.
67	18	acarrean	acarrea.
69	23	y de un Alfonso	de un Alfonso
80	22	quienes	á quienes
80	28	del á Guadalquivir	del Guadalquivir
91	11	Celos	Ceros
191	21	ni á ver	ni á beber.
110	10	de su	de sus.
129	20	Cristiana	Cristiada
134	12	adornada	adornaba
151	33	ingroso	ingreso
152	27	almirar	admirar
154	8	cristian	cristiana
184	16	1661	1662.
185	18	Antonio de Morales	Ambrosio de Morales
199	35	Guido	Gnido
204	6	indinacion, obtuvo cargos bonrosos	inclinacion, obtuvo cargos honrosos
205	25	se ve confirmado	se ven confirmados
217	10	Gutierrez de Cetina	Gutierre de Cetina
225	35	*hispann*	*hispana*
250	25	discreccion	discrecion
253	6	*libertad de fuero*	*libertad del fuero*
260	11	Juan de Quirós	Pedro de Quirós
296	33	Laudo	Lando
330	14	pirmero	primero
333	21	hecha ne	hecha en
338	38	*ta*	*tal*
350	22	sant ó monarca	santo y monarca



HISTORIA Y JUICIO CRÍTICO

DE LA

ESCUELA POÉTICA SEVILLANA

EN LOS SIGLOS XVI Y XVII.

MEMORIA ESCRITA

POR D. ANGEL LASSO DE LA VEGA Y ARGÜELLES,

PREMIADA POR VOTO UNÁNIME

DE LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS,

IMPRESA CON AUXILIO DEL MINISTERIO DE FOMENTO

Y PRECEDIDA DE UNA CARTA

DEL ILLMO. SR. D. JOSE AMADOR DE LOS RIOS,

INDIVIDUO DE NÚMERO DE LAS REALES ACADEMIAS DE LA HISTORIA Y DE NOBLES ARTES DE SAN FERNANDO, ETC., ETC.

Quod si me lyricis vatibus inseris,
Sublime feriam sidera vertice.
HORACIO.

MADRID
IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJOS DE GALIANO
Plaza de los Ministerios, 2.
1871.

Se halla de venta en las librerías de Durán, Bailly-Bailliere y D. Leocadio Lopez, al precio de seis pesetas.

En provincias, en las principales librerías, ó remitiendo su importe al autor, calle de Leganitos, núm. 47, bajo.



